



LEN DEIGHTON

La segunda novela de la trilogía *Anzuelo, Sedal y Plomo*,
una obra maestra del género de espionaje

**SEDAL,
PARA ESPÍAS**

Lectulandia

Berlín-Kreuzberg, invierno de 1987. En las grises calles de la ciudad, la policía militar británica persigue a Bernard Samson, pero Berlín, la querida ciudad de la infancia de Bernard, posee innumerables escondites para un espía fugitivo. Desde un siniestro cabaret en Potsdamerstrasse, un piso franco del SIS en Charlottenburg o un hotel de la Ku-Damm hasta un bloque de apartamentos abandonados, con precarios comercios de bicicletas usadas. Ciudad de máscaras y secretos, ciudad de amigos que no repararán en hacer lo que sea por un hombre a quien conocen y quieren desde niño. Ciudad de enemigos, visibles e invisibles, cualquiera de los cuales puede localizar y traicionar a Bernard Samson. Puede ser Lange, el agresivo y viejo yanqui con tantos años de residencia en Berlín, o Clemmie, la joven esposa de un agente inglés, que busca una variante a la “tristeza de Berlín” y es fruta madura para el mal. O incluso el veleidoso barón vienés que sabe demasiado de valiosos sellos falsificados.

Lectulandia

Len Deighton

Sedal para espías

Anzuelo - Sedal - Plomo 2

ePub r1.0

Titivillus 26.04.2019

Título original: *Spy Line*
Len Deighton, 1989
Traducción: Francisco Martín

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

1

—¡LA glasnost intenta cruzar el Muro y la silencian con ametralladora! —dijo Kleindorf—. Es el último chiste del otro lado. —Hablaba lo bastante alto para hacerse oír por encima del sonido estridente del piano, con un inglés de acento americano que a veces forzaba.

Reí lo más que pude en cuanto me dijo que era un chiste. Yo ya lo había oído y, de todos modos, Kleindorf era un desastre contando chistes, incluso buenos.

Se quitó el puro de la boca, lanzó humo hacia el techo y sacudió la ceniza en el cenicero. No sé por qué se mostraba tan cuidadoso, porque el puñetero local era todo un auténtico cenicero. El humo discurrió por arte de magia sobre su cabeza en retorcidas espirales cual enfurecidas sierpes atrapadas en el haz luminoso del foco.

Me había reído demasiado, y eso le dio ánimos para contar otro.

—Todas las caras bonitas son iguales, pero una cara fea es distinta a las demás —añadió.

—Eso no es de Tolstoi —repliqué, haciéndome de buena gana el serio ante una persona que podía decirme cosas que me interesaban.

—Ya lo creo que sí. Estaba sentado allí en el bar cuando lo dijo.

Aparte de mirarme de vez en cuando para ver cómo encajaba sus chistes, no quitaba ojo de las bailarinas. Cinco muchachas altas y sonrientes que apenas cabían en el reducido escenario, de tal modo que la última tenía que estar atenta a dónde daba los pasos... Sí, el chistecito de Rudolf Kleindorf —«Der Grosse Kleiner», como era más conocido— quedaba corroborado, pues, efectivamente, las bailarinas de imperturbable sonrisa únicamente se diferenciaban por las distintas masas de celulitis y diferente tinte del pelo, mientras que la torcida narizota de Rudi estaba coronada por espesas y enmarañadas cejas. Su sempiterno gesto ceñudo y los ojos circundados de negras ojeras singularizaban aquel rostro que tantos cuerpos había gastado, muchos de ellos ajenos.

Eché una ojeada al reloj y ví que eran casi las cuatro de la madrugada. Estaba sucio, sin afeitarse y olía mal; necesitaba un baño caliente y una muda.

—Estoy cansado y tengo que dormir —dije.

Kleindorf se quitó el enorme puro de la boca, expulsó humo y gritó:

—¡Vamos con Cantando bajo la lluvia, coged los paraguas!

El piano calló de pronto y las bailarinas se derrumbaron entre sonoros gruñidos, doblándose, estirándose y desmayándose como un montón de muñecas de trapo. Sus cuerpos brillaban de sudor.

—Vaya negocio éste, que me obliga a trabajar a las tres de la madrugada —se quejó Kleindorf, mirando de reojo el Rolex de oro que asomaba por su puño almidonado. Era un hombre de humor variable y misterioso, del que se contaban infinidad de historias, muchas de ellas tachándole de mal carácter y proclive a fuertes estallidos de cólera.

Eché una ojeada al Babylon. Era lóbrego. Los ventiladores estaban parados y el local olía a sudor, a cosméticos baratos y a bebida derramada, como todos los locales de ese tipo cuando se vacían de público. La larga barra de cromados y espejos estaba cerrada con candado y en ella destellaban botellas de toda clase. Los clientes la habían abandonado por otros bares que en Berlín abren a las tres de la madrugada. En el Babylon comenzaba a apretar el frío. Habían reforzado aquel sótano durante la guerra con vigas de hierro para transformarlo en refugio contra los bombardeos y el hormigón de antaño exudaba una humedad fría. A dos manzanas de allí, en la Potsdamerstrasse, había otro de aquellos refugios que durante años había abastecido de champiñones a los berlineses hasta que el Ministerio de Sanidad lo clausuró.

El desbarajuste del local era consecuencia del «apoteosis de carnaval»: serpentinas por encima de las mesas, llenas de botellas y vasos, globos por doquier, muchos desinflados, rotos y arrugados, salvamanteles de cartón para las cervezas, facturas rotas, cartas de licores y basura de todo tipo que nadie iba a recoger. Tiempo tendrían por la mañana, pues el Babylon no abría sus puertas hasta el anochecer.

—¿Por qué no ensayas el nuevo espectáculo durante el día, Rudi? —le pregunté.

Nadie le llamaba «Der Grosse» a la cara, ni yo mismo, que le conocía casi de toda la vida.

—Esas nenas trabajan por el día —respondió arrugando la nariz—, por eso tengo que hacer los ensayos a la hora en que ya debería estar en la cama hace rato.

Tenía una voz recia de alemán a pesar de su inglés coloquial. Voz profunda y ronca, resultado sin duda de su afición a los habanos de hoja madura con solera de seis años como mínimo.

—¿En qué trabajan? —añadió descartando la pregunta con un ademán, enarbolando el puro—. Lo de aquí es pluriempleo. ¿Por qué crees que quieren que les pague en metálico?

—Mañana estarán cansadas.

—Claro. Luego, compras una nevera y se le cae la puerta; no es de extrañar. Y es que una de esas muñecas se ha quedado dormida en la línea de montaje, ¿a que sí?

—A ver —contesté mirando con renovado interés a las chicas. Eran guapas, pero ninguna de ellas realmente joven. ¿Cómo podrían trabajar durante el día y parte de la noche?

El pianista rebuscó hábilmente entre las partituras y encontró la adecuada para inmediatamente atacar la melodía. Las bailarinas volvieron a adoptar la sonrisa y vuelta al ensayo mientras Kleindorf exhalaba humo. Nadie sabía su edad; debía ir ya cuesta abajo de los sesenta, pero era en lo único que iba en declive, porque siempre se le veía con un buen fajo de billetes grandes en el bolsillo y una chica guapa al retortero. Gastaba los mejores trajes, camisas y zapatos de Berlín y junto al bordillo tenía siempre un magnífico Maserati Ghibli con motor de 4,9 litros, un coche para entendidos que él había remozado totalmente, afinándolo para que alcanzase los doscientos por hora por la autopista a la Alemania Federal. Hacía años que yo acariciaba la idea de que me lo dejase probar, pero aquel puñetero se hacía el desentendido.

Era *vox populi* que los Kleindorf pertenecían a la aristocracia prusiana y que el abuelo, el general Freiherr Rudolf von Kleindorf, había mandado una de las mejores divisiones del káiser en las ofensivas de 1918, pero eso nunca se lo había oído decir al propio Rudi. «Der Grosse» contaba que su dinero procedía de «estaciones lavacoches» en Encino, al sur de California. Desde luego, no cabía duda de que no podía haber ganado mucho con aquella sórdida covacha de Berlín, en la que sólo se aventuraban los turistas más intrépidos y en la que rápidamente les hacían sentirse incómodos si no tenían dinero para dejárselo. Se comentaba que Rudi mantenía el club por pura diversión, pero otros opinaban que el local le era imprescindible, no sólo para charlar con sus amigotes, sino porque la barra era uno de los mejores puestos de información de la ciudad y que la gente que se dedicaba a tales menesteres gravitaba en torno a Rudi y él lo fomentaba, porque su fama como persona al tanto de lo que sucedía le confería una importancia que él parecía necesitar.

El barman de Rudi tenía instrucciones de servir gratis a determinados hombres y mujeres: porteros de hotel, secretarías privadas, empleados de teléfonos, detectives, funcionarios del gobierno militar y camareros de fino oído que trabajaban en los comedores reservados de la ciudad. Incluso los inspectores de policía de Berlín —francamente reacios a recurrir a delatores— acudían al bar de Rudi cuando todo lo demás fallaba.

Que el Babylon siguiera funcionando era uno de los inescrutables misterios de Berlín, pues ni siquiera en las noches de fiesta alcanzaba la caja para cubrir el alquiler. La clase de gente que se sentaba en la sala a ver el espectáculo no era de los que derrochaban en bebida, porque sus hígados no se lo permitían. Constituía la tercera edad del hampa berlinesa: exladrones artríticos, soplonos tartamudos y falsificadores paralíticos; hombres cuya época había más que pasado. Llegaban a primera hora, prolongaban sus copas, comiéndose con los ojos a las chicas, se tomaban su píldora con un vaso de agua y se contaban unos a otros viejas historias. Claro que había otros, a veces, incluso, de la «gente guapa» —la Hautvolee berlinesa, con abrigos de pieles y trajes de noche—, que hacían una incursión para ver cómo vivían los jubilados; pero siempre iban camino de otra parte. Y, por otro lado, el Babylon nunca había sido un local de moda para «los jóvenes» en el que se pudiera comprar heroína, «crack», polvo de ángel, disolventes, ni ninguna de las papelinas de lujo que la tribu de corte de pelo con cresta trapicheaba afuera en la calle. Rudi, a ese respecto, era intransigente.

—Por Dios bendito, deja de menear ese hielo. Si quieres otra copa, dilo.

—No, Rudi, gracias. Estoy molido y tengo que irme a la cama.

—¿Y no puedes estarte sentado tranquilo? ¿Qué te pasa?

—Es que fui hiperactivo infantil.

—¿No será que has pillado el nuevo virus ése? Es un asco. Mi encargado lleva ya dos semanas en el hospital. Por eso estoy yo aquí.

—Sí, me lo has dicho.

—Te veo muy pálido. ¿Comes bien?

—Pareces mi madre —repliqué.

—¿Duermes bien, Bernd? Yo creo que deberías ir al médico. Mi paisano de la Wannsee ha hecho milagros conmigo; me recetó unas inyecciones de unas nuevas hormonas suizas y me puso a dieta estricta —dijo, tocando la rodaja de limón que flotaba en el vaso de agua que tenía delante—. ¡Y me encuentro divinamente!

Apuré los restos de *whisky*, pero apenas quedaban dos gotas.

—No necesito médicos. Estoy bien.

—Pues no tienes buen aspecto; pareces enfermo. Nunca te había visto tan pálido y agotado.

—Es muy tarde.

—Yo te doblo la edad, Bernd —replicó con una voz mezcla de satisfacción y reproche. No era verdad, porque tendría como mucho quince años más que yo, pero le noté irritado y no quise discutir. A veces me daba lástima. Años atrás, Rudi había obligado a su único hijo a que se alistase en la Bundeswehr, y el muchacho le había obedecido, pero como era demasiado blando, incluso para el servicio en el nuevo ejército, se había tomado una sobredosis y le habían recogido cadáver en el dormitorio de su cuartel de Hamburgo. En el atestado figuraba como simple accidente y Rudi nunca hablaba de ello, pero todos sabían que se sentía culpable. Su mujer le había dejado y desde la muerte de su hijo él no había vuelto a ser el mismo; hasta sus picaros ojos habían adquirido un fulgor de dureza—. Y creía que habías dejado de fumar —añadió.

—Siempre lo estoy dejando.

—Los puros no son tan nocivos —replicó, expulsando ufano el humo.

—Entonces, ¿nada? —insistí—. ¿No hay ninguna novedad?

—Ha muerto Rudolf Hess, suplente del Führer... —contestó sarcástico—. Vivía en Wilhelmstrasse cuarenta y seis... pero luego se mudó a Spandau y apenas lo veíamos.

—Hablo en serio —volví a decir.

—Entonces, te diré cuál es el último notición: ¡tú mismo, Bernd! Se dice que un chalado te atropello con un camión cuando cruzabas la Waltersdorfer Chaussee. ¡A toda velocidad! Se comenta que casi te mata.

Me le quedé mirando sin decir nada.

Lanzó un resoplido y prosiguió:

—La gente se pregunta qué hacía un chico decente como Bernd Samson por ese culo del mundo en el que no hay más que un viejo puesto de control. Por allí no se va a ninguna parte; ni siquiera puedes pasar a Waltersdorfer porque está el Muro.

—¿Cómo? ¡Qué dices! —exclamé.

—Yo os diré lo que hay allí, les dije. Recuerdos —prosiguió fumando el puro y escrutando la ceniza del extremo como un filatélico que examina un sello raro—. Recuerdos —repitió—. ¿No es cierto, Bernd?

—Ni sé dónde está la Waltersdorfer Chaussee —repliqué—. ¿Es una de esas calles elegantes de Nikolassee?

—Está en Rudow. En su cementerio enterraron a Max Busby, si mal no recuerdo. Anda que no costó idas y venidas y negociaciones para recuperar el cadáver. Cuando disparan contra alguien en su sector al otro lado del Muro, no suelen ser muy considerados con los restos mortales.

—No me digas —dije, conservando la esperanza de que insistiera en que me tomase otro *whisky*; pero no lo hizo.

—¿Nunca has sentido miedo, Bernd? ¿No te has despertado por la noche creyendo que oías pasos en el pasillo?

—¿Miedo de qué?

—Me han dicho que los tuyos han lanzado orden de detención contra ti.

—¿Ah, sí?

—Berlín no es la ciudad ideal para un fugitivo —dijo pensativo, casi como si yo no estuviese delante—. Los tuyos y los americanos conservan poder militar y pueden censurar el correo, intervenir teléfonos y encerrar a los que les estorben. Pueden incluso aplicar la pena de muerte —añadió mirándome como si se le hubiese ocurrido de repente—. ¿Has leído ese artículo del periódico que dice que los vecinos de Gatow han presentado una queja contra el ejército inglés en el tribunal supremo de Londres? Por lo visto, el comandante en jefe del ejército inglés en Berlín alegó ante la magistratura que, como legítimo sucesor de Hitler, puede hacer lo que quiera —puntualizó con una leve sonrisa como si le doliera—. Berlín no es sitio conveniente para un fugitivo, Bernd.

—¿Quién te ha dicho que yo sea un fugitivo?

—Eres el único que conozco de quien los dos bandos desearían desembarazarse —añadió. Quizá tuviese un día particularmente malo, porque había algo de cruel que a floraba constantemente en su persona—. Si esta noche te encontrasen muerto, habría sospechosos a millares: el KGB, la CIA e incluso los tuyos —insistió, conteniendo la risa—. ¿Cómo te has buscado tantos enemigos, Bernd?

—No tengo ningún enemigo, Rudi —repliqué—. No esa clase de enemigos.

—Entonces, ¿por qué andas por ahí con esa ropa vieja y una pistola en el bolsillo? —no respondí ni hice el menor gesto. Se había dado cuenta de la pistola; una imperdonable imprudencia mía—. ¿Por miedo a que te roben, Bernd? No me extraña, a la vista del aspecto de rico que tienes.

—Rudi, ya te has reído bastante de mí —dije—. Ahora dime lo que quiero saber para que pueda marcharme a casa a dormir.

—¿Y qué es lo que quieres saber?

—¿En dónde demonios está Lange Koby?

—Ya te he dicho que no lo sé. ¿Por qué iba yo a saber nada de esa escoria?

No era un calificativo que un alemán emplease a la ligera, y me imaginé que habrían regañado; quizá una pelea seria.

—Porque Lange siempre andaba por aquí y ahora no se le ve, no contesta al teléfono y nadie sale a abrir.

—¿Por qué iba yo a saber el paradero de Lange?

—Porque eras su mejor amigo.

—¿De Lange? —replicó con una sonrisita que me sacó de quicio.

—Sí, de Lange, cabronazo. Eras como uña...

—¿Y carne? ¿Era eso lo que ibas a decir, Bernd?

A pesar de la oscuridad, el sonido del piano y el tono bajo en que hablábamos, las bailarinas parecían percatarse de la discusión. No sé cómo, la tensión se les contagiaba, porque se desvanecía su sonrisa y sus voces sonaban más chillonas.

—Exacto; eso iba a decir.

—Tú llama más fuerte —replicó él eludiendo la cuestión—. A lo mejor el timbre está estropeado. —Arriba se oyó el golpazo de la puerta de entrada, y Werner Volkmann descendió la elegante escalera de caracol cromada y entró en la sala con aquel aire de desolación que siempre adoptaba cuando yo le hacía esperar mucho.

—¿Todo bien? —le pregunté, y él asintió con la cabeza. Kleindorf miró en derredor para ver quién era y luego dirigió su atención a las cansadas bailarinas, que entrecruzaban los paraguas evolucionando con pasos de baile entre los inexistentes bastidores hasta chocar contra la pared.

Werner no se sentó; agarró con ambas manos el respaldo de una silla y se quedó en pie, esperando que yo me levantara para marcharnos. No lejos de allí, yo había ido al colegio con Werner Jacob Volkmann y seguía siendo mi mejor amigo. Era un hombretón y, con su gabán de gran cuello rizado de astracán, parecía aún más corpulento. Había afeitado su feroz barba —eliminada por una casual observación de Ingrid, la mujer de su vida— y me figuré que no tardaría en suprimir el bigote.

—¿Una copa, Werner? —dijo Rudi.

—No, gracias.

Aunque, por el tono de voz, Werner no mostraba impaciencia, me sentí obligado a marcharme.

Werner era otro de los que se creían en la obligación de considerar que yo corría peligro, y llevaba semanas insistiendo en que mirásemos en la calle antes de exponerme a salir. Era exagerar un tanto la prudencia, pero Werner Volkmann era hombre precavido y se preocupaba por mí.

—Bien, Rudi, buenas noches —dije.

—Buenas noches, Bernd —respondió él sin dejar de mirar al escenario—. Si recibo una postal de Lange te la pasaré para que examines el sello con microscopio.

—Gracias por la copa, Rudi.

—Cuando quieras, Bernd —replicó con un gesto, sin dejar el puro—. Tú llama más fuerte, que a lo mejor Lange se está quedando sordo.

Afuera, en la Potsdamerstrasse llena de basura, hacía frío y comenzaba a nevar. Aquel precioso bulevar ahora sólo conducía al Muro y se había convertido en eje de un barrio de mala fama en el que se vendía sexo, cachivaches de recuerdo, comistrajos y ropa vaquera. Junto a la anodina puerta del Babylon unas crudas luces fluorescentes alumbraban un escaparate con cortinas, a través del cual se veía la clientela del café Lebanese: hombres con gorro de punto y bigotes rizados, que se inclinaban sobre el plato, devorando raciones de tajadas de asado de soja, cortadas del sucedáneo de shawarma que daba vueltas en el asador del escaparate. En la acera de enfrente, un borracho se tambaleaba en cuclillas ante la puerta de un salón de masaje, rascándola y chillando enloquecido por el buzón.

La pierna de Werner siempre empeoraba cuando hacía frío. Se le había roto por tres puntos en una ocasión en que sorprendió a tres agentes de la República Democrática saqueándole el piso y ellos le echaron por la ventana. De eso hacía ya mucho tiempo, pero le quedaba el recuerdo de la pierna.

Caminábamos con prudencia por la acera helada, cuando de una tienda salieron tres jóvenes corriendo. Eran turcos: muchachos nervudos en pantalón vaquero y camiseta, insensibles, por lo visto, al frío glacial. Se nos venían encima a grandes zancadas y con ese gesto crispado que produce semejante ejercicio. Y los tres enarbolaban palos. Sin resuello, el que parecía el jefe, gritó algo en turco que no entendí, y los otros dos se bajaron de la acera como para acosarnos por detrás.

Saqué la pistola sin siquiera pensar en que fuera a necesitarla; alargué el brazo y me recosté contra la fría pared de piedra para apuntar.

—¡Bernie! ¡Bernie! —me gritó Werner con un tono de terrible inquietud, tan extraño en él, que me quedé petrificado.

Y al mismo tiempo sentí el seco golpe de su brazo desviando hacia arriba el arma.

—Son unos críos, Bernie. ¡Unos críos!

Los muchachos siguieron corriendo, alejándose entre empujones y porfiando en un ritual que no iba con nosotros.

—Me estoy volviendo nervioso —dije, guardándome la pistola.

—Has reaccionado de un modo exagerado —dijo Werner—. A mí me pasa constantemente —añadió, pero mirándome de una manera que desmentía sus palabras. Tenía el coche junto al bordillo y monté en él.

—¿Por qué no dejas el revólver en la guantera? —me dijo.

—Porque a lo mejor tengo que disparar contra alguien —respondí irritado porque me tratase como a un niño, pese a que por entonces tenía que haberme acostumbrado a su paternalismo. Él se encogió de hombros y conectó la calefacción; enseguida sentí una corriente de aire cálido. Permanecimos un instante callados. Yo tiritaba, y el calor me hizo revivir. El parabrisas tenía pegadas descomunales monedas de plata que fueron derritiéndose y licuándose. Era un Volkswagen Golf rojo que le habían prestado en el taller mecánico mientras reparaban su BMW nuevo. Werner seguía sin arrancar y aún estuvimos un rato con el motor en marcha. Él miraba por el retrovisor a que no pasase ningún coche; luego, desembragó y, con un quejido de caucho maltratado, el coche efectuó un giro en U y partió a todo gas, cruzando por las bocacalles y los depósitos ferroviarios abandonados hasta Yorkstrasse, para luego dirigirse a la casa deshabitada que yo ocupaba en Kreuzberg.

Tras las nubes de nieve comenzaba a abrirse paso la primera luz del día; en la fría rejilla matinal no se veía ninguna tonalidad rosa ni roja. El amanecer en Berlín es desapacible y deslavazado, igual que la ciudad de piedra gris que refleja su color.

Mi guarida no se hallaba en la parte de Kreuzberg que ahora se va llenando paulatinamente de *yuppies*, coquetones restaurantes y bloques de apartamentos de puertas de entrada recién pintadas, en las que preguntan quién es cuando se pulsa el timbre. El 36 de Kreuzberg se hallaba junto al Muro y era un lugar en el que los policías sólo se internaban en parejas, andando con cautela por encima de borrachos y excrementos.

Pasamos ante un bloque de apartamentos abandonado que había sido habilitado para albergar negocios «alternativos»: tiendas de plantones de habichuelas, talleres de bicicletas, una guardería cooperativa, una galería de arte feminista y una imprenta que editaba libros, panfletos y octavillas marxistas; octavillas principalmente. En la acera había una mujer joven —

vestida con el traje tradicional turco y el rostro oculto por un pañuelo— haciendo apresuradamente una pintada en la pared.

En la fachada del bloque en que yo vivía había dos ángeles descomunales armados de ametralladoras, rodeados de hombres con sombrero de copa, de pie sobre manchas irregulares de color que representaban nubes. Estaba destinado a ser un gigantesco mural titulado «La matanza de los inocentes», pero el autor fue víctima de una sobredosis nada más cobrar el dinero de la pintura.

Werner se empeñó en entrar conmigo porque quería estar seguro de que no me estuviese esperando alguna visita poco amistosa que pudiera sorprenderme en mi reducida vivienda, que daba a un patio trasero.

—No tienes por qué preocuparte, Werner —le dije—. No creo que el Departamento vaya a localizarme aquí, y aunque lo hiciese, ¿tú crees que Frank iba a encontrar a alguien con valor suficiente para aventurarse en esta parte de la ciudad?

—Mejor prevenir que curar —replicó Werner.

Del extremo del pasillo nos llegó el sonido de música india. Werner abrió cautelosamente la puerta, encendió la luz —una bombilla de pocos vatios colgada del techo— y echó una ojeada al mísero cuarto. El papel se despegaba del yeso húmedo y mi cama era un colchón sucio con un par de mantas; en la pared había un cartel destrozado con un cerdo vestido de policía. Yo no había cambiado gran cosa al ocuparlo por no llamar la atención, y me amoldaba a vivir en aquella covacha oscura, compartiendo con todos los ocupantes de en torno al patio común un cuarto de baño y dos precarios retretes cuyo hedor insoportable se hacía sentir por doquier.

—Habrás que encontrarte algo mejor que esto, Bernie. —La música india cesó—. Algún sitio en que no pueda localizarte el Departamento.

—Yo no creo que les siga interesando, Werner —dije mirando el cuarto, tratando de verlo como si fuese el propio Werner, pero me había acostumbrado a aquella penuria.

—¿El Departamento? Entonces, ¿por qué querían detenerte? —replicó mirándome. Yo trataba de leer en su mente, pero con Werner nunca se sabía a ciencia cierta.

—De eso hace ya unas semanas. A lo mejor les he seguido el juego enclaustrándome yo mismo, ¿no? Y a ellos les sale gratis. Ahora me ignoran olímpicamente, como un padre que se inhibe expresamente con un mal hijo. ¿Te he comentado que siguen pagándome el sueldo a través del banco?

—Sí, me lo has dicho —respondió él como decepcionado. Quizá le divirtiese la apasionante aventura ajena del fugitivo, en que yo me veía envuelto, y no le apetecía verse privado de ella—. No querrán cerrarse en banda.

—Lo que quieren es tenerme calladito y fuera de la circulación. Y así es como estoy.

—No te fíes, Bernie. A lo mejor están esperando a que hagas un falso movimiento. Me dijiste que son vengativos.

—Sí, no lo niego, pero ya estoy hartito, Werner. Tengo que dormir.

Antes de que hubiese tenido tiempo de quitarme el abrigo, entró un joven en la habitación. Era de piel oscura, grandes ojos marrones, rostro picado de viruelas y pelo corto: un tamil. Sri Lanka había servido a Berlín la última hornada de emigrantes. El muchacho se pasaba el día durmiendo y las noches escuchando ragas en el radiocasete.

—Hola, Johnny —dijo Werner con frialdad. Ambos se habían caído mal nada más verse la primera vez, pues a Werner no le gustaba la indolencia de Johnny y a éste le desagradaba el aspecto pudiente de aquél.

—¿Todo bien? —inquirió Johnny, que se había arrogado el papel de guardián mío a cambio de las lecciones de alemán que yo le daba. No sé quién de los dos sacaba más ventaja, pero me parecía que ninguno de los dos ganábamos nada. Él había llegado a Berlín oriental hecho un acérrimo marxista, pero su fe no había resistido los rigores vivenciales de la República Democrática Alemana y ahora, como tantos otros, se había pasado a Occidente y reestructuraba su filosofía a base de ecología, música pop, misticismo, antiamericanismo y droga.

—Sí, gracias, Johnny —dije—. Voy a acostarme.

—Hay alguien que quiere verle —dijo él.

—¿A las cuatro de la mañana? —objetó Werner mirándome.

—¿Cómo se llama? —dije.

De pronto se oyó un crujido al otro lado del patio, en donde se abrió de golpe una puerta y un hombre cayó de espaldas, percutiendo horrorosamente con la cabeza en los adoquines. Por la sucia ventana ví la luz amarillenta de otra puerta abierta de la que surgieron una mujer de mediana edad en falda corta y sostén y un joven de pelo largo con una botella en la mano; la pareja salió al patio y se quedó mirando el cuerpo inmóvil. Luego, la mujer dio una patada displicente con su pie descalzo al yacente y a continuación entró en la vivienda, para regresar con un sombrero de hombre, un abrigo y una bolsa de lona, que tiró junto al cuerpo tendido. Volvió a salir el joven con un jarro de

agua, que arrojó sobre el hombre. Después volvieron a entrar los dos, cerrando de un portazo.

—Se morirá congelado —dijo el siempre solícito Werner, pero justo cuando lo estaba diciendo, el cuerpo tendido comenzó a rebullirse y al poco desapareció a rastras.

—Dice que es un amigo del trabajo —prosiguió Johnny, que permanecía totalmente impassible a la gresca de la familia silesiana del otro lado del patio. Yo asentí, pensativo, con la cabeza. Los que se anuncian como amigos del trabajo me recuerdan unos sobres marrones baratos con membrete de «confidencial» y me intrigan—. Le dije que esperase arriba con Spengler.

—Mejor será que vaya a ver quién es —dije.

Subí despacio al piso de arriba. Aquel tipo de casa berlinesa carece de números en las puertas, pero yo conocía el cuarto lleno de humedad que ocupaba Spengler. La cerradura llevaba mucho tiempo rota y pasé sin llamar. Spengler —un jugador de ajedrez alcohólico, que Johnny había conocido a raíz de su mutua detención en una manifestación política— estaba sentado en el suelo bebiendo de una botella de schnapps. El cuarto olía, con gran diferencia, mucho peor que el resto del inmueble. Sentado en la única silla disponible estaba un hombre que hacía esfuerzos por no respirar. Llevaba un abrigo Melton, guantes nuevos de anverso trenzado y se tocaba con un fieltro marrón.

—Hola, Bernd —dijo Spengler, que llevaba un pendiente y gafas de montura metálica, pelo largo y muy sucio. En realidad no se llamaba Spengler, pero nadie sabía su verdadero apellido, aunque corría el rumor de que era un sueco que había cambiado el pasaporte por el carnet de identidad de un tal Spengler para cobrar el subsidio de desempleo, mientras que el auténtico Spengler se había marchado a Estados Unidos. Para mayor verosimilitud, se estaba dejando crecer una desordenada barba.

—¿Pregunta usted por mí? —dije al del sombrero.

—¿Es usted Samson? —replicó, poniéndose en pie y mirándome de arriba abajo, forzando un excesivo formalismo—. ¿Cómo está? Me llamo Teacher y le traigo un recado.

Su escueto inglés de colegio privado, sus labios fruncidos y hombros caídos, evidenciaban su repulsa por aquella sórdida vivienda, y quizá también por mí. Dios sabe el tiempo que llevaría esperándome: sobresaliente en perseverancia.

—¿De qué se trata?

—Es que...

—Pierda cuidado —dije—, Spengler hace años que tiene el cerebro tocado por el alcohol.

Una breve sonrisa surcó el pálido rostro de Spengler al oír y comprender mis palabras.

El mensajero, aún indeciso, echó una mirada en derredor antes de pensarse lo que iba a decir.

—Mañana por la mañana se pasa uno y Frank Harrington le invita a que asista al interrogatorio, garantizándole su libertad personal.

—Mañana es domingo —repliqué.

—Exacto: domingo.

—Muchas gracias —dije—. ¿Dónde es?

—Yo le recogeré —dijo el hombre—. ¿A las nueve?

—Muy bien —respondí.

Él asintió con la cabeza sin sonreír y se dirigió a la puerta, procurando que el vuelo de su gabán no tocara nada que pudiera infectarlo; precaución harto difícil. Supuse que esperaba que yo gritase de júbilo, pues cualquier miembro de la unidad de campo —hasta un recadero— habría debido figurarse mi actual situación: agente en activo caído en desgracia, con orden de busca y captura. Que me invitasen al interrogatorio oficial de un disidente recién llegado del Este debía interpretarse como un asombroso cambio de situación.

—¿Te marchas? —inquirió Werner cuando oyó cerrarse la puerta abajo, mientras miraba por el balcón para asegurarse de que el visitante salía de verdad.

—Sí, me marchó.

—Puede ser una trampa —replicó él, no muy convencido.

—Werner, saben dónde encontrarme —dije, haciéndole blanco de mi irritación. Yo sabía que Frank había mandado a su acólito para demostrarme lo fácil que era capturarme si le daba la gana.

—Tómense una copa —dijo Spengler, despatarrado todavía en el suelo, subiéndose las gafas que le habían resbalado por la nariz y pulsando los botones de un mecanismo para que las lucecitas parpadeasen. Finalmente, había encontrado baterías para su ordenador de ajedrez de bolsillo y, a pesar de la borrachera, inició una partida. Me preguntaba a veces el genio que podía haber sido de no haber sucumbido al alcoholismo.

—No, gracias —dije—. Tengo que dormir.

2

SI me llevasen con los ojos vendados a un piso franco, lo reconocería inmediatamente. Werner comentó en cierta ocasión que huelen a electricidad, con lo que venía a referirse al olor a polvo viejo que deja la electricidad estática en las contraventanas, cortinas y alfombras de esos tristes lugares deshabitados. Mi padre decía que no era un olor, sino más bien la ausencia de olores lo que los distingue. No huelen a papilla, a flores frescas ni a amor; la opinión de mi padre era que los pisos francos no huelen a nada, pero que los reflejos condicionados a los estímulos ambientales detectan en la atmósfera el sutil perfume del miedo, aroma rápidamente reconocible por los proclives al terror visceral. De alguna manera, por encima del débil relente en suspensión a orín rancio, a sudor, a vómitos y a heces, conservan un olor dulzón adusto y engañoso. En aquella preciosa casa antigua de Charlottenburg, yo olí el miedo.

Tal vez el joven Teacher lo oliese también, porque cesó en su cháchara nada más poner el pie en el elegante vestíbulo de espejos y pasar frente al silencioso portero que salió de su cubículo de madera desde el que escrutaba a los visitantes. Era un hombre regordete y mayor, de pelo gris, con un gran bigote y rasgos pesados. Vestía un traje dominguero de estameña negra con chaleco y brillo en las mangas, y había algo anacrónico en su aspecto, ya que más bien parecía ese tipo de berlinés que aclama al káiser Guillermo en esas fotos antiguas sepia descoloridas. Un perro pastor alemán de buen tamaño salió también. Teacher hizo caso omiso del animal y de su dueño y comenzó a subir la alfombrada escalera. Andaba con cautela.

—¿Está casado? —me preguntó por encima del hombro, como si se lo hubiese estado pensando.

—Separado —contesté.

—Yo estoy casado —dijo en un tono tajante que traslucía un fatalismo. Agarraba las llaves con tal fuerza que los nudillos se le pusieron blancos.

La balaustrada de hierro forjado era una delicada tracería de hojas y flores, que ascendía en espiral hasta una claraboya de cristal en el último piso.

A través de ella llegaba el fulgor incoloro del cielo cargado de nieve, llenando el hueco de la caja oval de la escalera hasta dar en el geométrico suelo de mármol del vestíbulo, aunque dejando en sombra los tramos de escalera.

Yo nunca había estado allí ni sabía de la existencia de aquel piso. Al entrar detrás de Teacher en una vivienda de la segunda planta, oí el teclear continuo de una máquina de escribir; no era el sonido de una máquina grande de oficina, sino el tamborileo sordo de una portátil pequeña, el tipo de máquina que suelen llevar los interrogadores.

Al principio pensé que el interrogatorio —o deposición, como decían eufemísticamente— había concluido y que el de la máquina se había quedado para hacer el informe. Pero me equivocaba. Teacher me llevó pasillo adelante hasta una sala de espera de altos ventanales, uno de los cuales daba a un pequeño balcón de hierro fundido a través del cual se veían los árboles desnudos del jardín y, por encima de los tejados, la estatua de la cúpula del palacio dieciochesco que da nombre al barrio.

Casi todos los pisos francos eran destartados, descuidados, de una austeridad supeditada a la limpieza, pero aquella antesala estaba admirablemente: empapelado, alfombras y pintura se veían cuidados con ese esmero y afán que sólo los alemanes aplican a sus moradas.

Por la otra puerta de la habitación entró una mujer caballuna de unos treinta y cinco años. Dirigió a Teacher un saludo más bien apagado y, con la cabeza muy erguida, me miró con ojos miopes y lanzó un fuerte resoplido.

—Hola, Pinky —dije. Se llamaba Penélope, pero todos la habían llamado siempre Pinky. Había sido en cierta época, en Londres, ayudante de mi mujer, pero Fiona se deshizo de ella porque no dominaba la ortografía.

Pinky me dirigió una súbita sonrisa al reconocermelo y dijo en voz alta:

—Hola, Bernard. Cuánto tiempo...

Llevaba un vestido de cóctel y collar de perlas. Fácilmente se habría pensado que pertenecía al personal femenino alemán, que siempre parecía ir preparado para una fiesta de campanillas, mientras que la mayor parte del personal femenino inglés, en aquella época del año, vestía arrugadas rebecas y chaquetas de *tweed* deformadas. Quizá fuese su atuendo de los domingos. Pinky desvió su eléctrica sonrisa hacia Teacher y con su cortante acento, añadió:

—Bien, chicos, hay que seguir. Hay que seguir.

Y por la otra puerta salió al pasillo, restregándose las manos para activar la circulación sanguínea. Ésa era otra de las características de los pisos francos: que siempre hacía frío.

—Ése ya está dentro —dijo Teacher, inclinando la cabeza para señalar el cuarto del que había salido Pinky—. Aún está el taquígrafo. Ya nos avisarán.

Hasta entonces no me había hecho ninguna confidencia, salvo que la deposición la hacía un tal Valeri —un alias, por supuesto— y que el permiso para que yo asistiese a ella se me confería a condición de que no hablase directamente con Valeri ni interviniese en ninguna discusión general.

Me repantigué en el sofá y cerré un instante los ojos. Aquel tipo de interrogatorios podían durar mucho. Teacher parecía haber superado su noche en blanco como si nada, pero yo estaba cansado. Me costaba admitirlo, pero era demasiado viejo para gustarme la vida en una casucha; necesitaba bañarme a menudo con agua caliente, jabón caro y buenas toallas, y una cama con sábanas limpias en un dormitorio con su llave. Hasta cierto punto, quizá estuviera solidarizándome con el misterioso tráfuga del cuarto contiguo, que, sin duda, ansiaba también esas comodidades.

Estuve sentado una media hora, cabeceando y durmiéndome una o dos veces. Me despertó el rumor de una discusión que llegaba no de la habitación en que se llevaba a cabo el interrogatorio, sino del cuarto en que sonaba la máquina de escribir, cuyo teclear ya no se oía. Eran voces de mujer, y la discusión discurría tranquila y contenida al modo en que los ingleses expresan su más profundo resentimiento. No oía exactamente lo que decían, pero captaba un conformismo en el diálogo que me recordaba una pauta conocida. Cuando volvió a abrirse la puerta, entró una secretaria mayor a la que llamaban la Duchess, que al verme se sonrió, para dejar a continuación en una mesita dos platos, cubiertos y una bolsa de papel marrón en cuyo interior atisbé panecillos.

La Duchess era una galesa delgada y menuda, pero su aspecto engañaba porque poseía la tenaz energía y resolución de un atleta de competición. Dios sabe lo vieja que era, pues llevaba trabajando una infinidad de años en la oficina de Berlín; poseía una memoria prodigiosa y afirmaba ser capaz de leer el futuro en las rayas de la mano y determinar el horóscopo y cosas así. Era solterona y vivía en un piso de Dahlem rodeada de cientos de gatos, cartas astrales y libros de ocultismo; al menos eso decían. Había quien le tenía miedo y Frank Harrington gastaba bromas diciendo que era una bruja, pero yo había notado que incluso el propio Frank se lo habría pensado antes de habérselas con ella.

La llegada de aquellos platos era mala señal, en el sentido de que el interrogatorio iba a prolongarse hasta tarde.

—Tiene usted buen aspecto, señor Samson —dijo la Duchess—. Muy en forma.

Dirigió una mirada a mi desgastada cazadora de cuero y a los arrugados pantalones y debió achacar el atuendo a mis obligaciones oficiales.

—Gracias —dije, imaginándome que debía referirse a mi cuerpo hambriento, rostro demacrado y la angustia que me embargaba y que sin duda se notaban, porque habitualmente está más bien gordo y nada en forma, aunque contento. En aquel momento entró un gato con el pelo del lomo encrespado, ojos dilatados y como enrabiado, miró en derredor, cual si hubiese algún desafortunado intruso súbitamente transformado en felino.

Reconocí en el viejo animal a Jackdaw, un gato que la Duchess llevaba a todas partes y que saltaba en su regazo mientras ella trabajaba en la oficina. Ahora, condenado al suelo, estaba furioso y se acercó a clavar sus garras en el sofá.

—¡Jackdaw, eso no! —gritó la Duchess, y el animal dejó inmediatamente de hacerse las uñas.

—¿Quiere usted una taza de té, señor Samson? —me preguntó con un acento galés más marcado que nunca.

—Sí, gracias —contesté, agradecido porque me hubiese reconocido después de tanto tiempo fuera de Berlín.

—¿Azúcar?, ¿leche?

—Las dos cosas, por favor.

—¿Y usted, señor Teacher? —preguntó a mi compañero, sin especificar si leche o azúcar, e imaginé que ya lo sabía.

Tomar el té con la Duchess me dio ocasión de estudiar a aquel Teacher con mayor detenimiento de lo que me había sido posible la noche anterior. Tendría unos treinta años y era un tipo delgado y serio de pelo negro corto, cuidadosamente peinado a raya. El chaleco de su traje azul marino era un curioso modelo cruzado con botones de marfil y anchas solapas. ¿Sería una reliquia de su añorada soltería o el cri de coeur de un hombre llamado a una profesión de interminable anonimato? Tenía el rostro surcado por profundas arrugas, labios finos y ojos de una mirada que no revelaba sentimiento alguno, salvo quizá una inevitable tristeza.

Mientras tomábamos el té, la Duchess se dedicó a hablar de los viejos tiempos en la oficina de Berlín, mencionando que Werner Volkmann había convertido el hotel de la Ku-Damm en un «agradable paraíso para algunos de los veteranos». Sabía ella que Werner era mi mejor amigo y seguramente lo decía por eso. Ciertamente que, aunque únicamente pretendía elogiarle, no estaba

yo muy seguro de que tal definición fuese augurio de éxito comercial, ya que la mayoría de «los veteranos» eran gente escandalosa y exigente, en modo alguno la clase de clientela más conveniente para el capítulo de ganancias. Seguimos charlando hasta que, a título de ejemplo de la clase de detalles con que había labrado su fama de bruja, la Duchess vaticinó que me harían pasar al cabo de diez minutos; y en poco se equivocó.

Entré despacio. Había dos hombres sentados uno frente a otro en ambos extremos de una magnífica mesa de comedor de caoba, con tablero protegido por un vidrio, y rodeada de ocho sillas Hepplewhite de imitación, seis de ellas vacías, salvo una que se hallaba cubierta con una chaqueta azul deformada. Del techo pendía una araña de cristal barato, sobre un extremo de la mesa, prueba de que la habían apartado de la ventana, pues incluso en Charlottenburg las ventanas pueden ser un peligro. Uno de los dos hombres fumaba y estaba en mangas de camisa con la corbata aflojada. Tenían la ventana abierta unos centímetros y la corriente de aire hacía ondear suavemente la cortina, aunque sin dispersar la neblina azul del tabaco. Una peste a tabaco basto de la Alemania Oriental se me pegó a la garganta. Fumar era uno de los escasos placeres que aún se autorizaban en el sector Este, donde no existía ni desaprobación oficial ni aversión social hacia ello.

El llamado Valeri era bastante mayor para ser un agente en activo. Los marcados pómulos y los ojos rasgados le conferían ese aspecto casi oriental bastante frecuente en gentes de los países del Este europeo. Tenía un cutis como de jaspe rojo pulimentado, moteado de marcas oscuras y brillantes, como las guijas húmedas de la playa. Era de pelo castaño espeso y crecido, oscurecido y reluciente por la brillantina, y lo llevaba peinado hacia atrás de modo que le tapaba parte de las orejas cual casco reluciente. Hubo un fulgor en sus ojos al verme cruzar la puerta, pero no movió la cabeza y continuó hablando con voz chillona.

En el extremo opuesto, con las piernas cruzadas en postura laxa, se sentaba un joven de rostro fresco llamado Larry Bower, graduado en Cambridge. Pelo rubio ondulado y largo al estilo que yo había oído denominar byroniano, pese a que en el único retrato de Byron que me vino a la mente se representaba al bardo con pelo corto. En contraste con la ropa basta y de corte barato de Valeri, Bower vestía un buen traje a cuadros color cervato, camisa de algodón amarillo pálido, corbata Wykehamist y jersey amarillo. Hablaban en alemán, lengua que Bower dominaba, como cabía esperarse de alguien casado con una alemana y con un abuelo magnate

cerveceros en el Rin, por nombre Bauer. En un sillón del rincón, un funcionario de pelo gris se hallaba inclinado sobre el bloc de notas.

Bower alzó la vista al entrar yo, sin apenas cambiar el gesto, pero yo le conocía de sobra para detectar una mirada fugaz que denotaba su cansancio e irritación. Me senté en una de las butacas desde la que los veía a los dos.

—Hábleme otra vez —dijo Bower— de ese nuevo contacto de Moscú.

Y, como si reflexionase sobre lo expuesto, giró su silla para mirar por la ventana.

—No era nuevo —contestó Valeri—. Llevaba allí tres años.

—Ah, ¿cuántos años? —replicó Bower con voz cansina sin dejar de mirar por la ventana.

—Se lo he dicho —respondió Valeri—. Cuatro años.

Bower se inclinó hacia adelante para tocar el radiador, como comprobando si estaba caliente.

—Cuatro años —repitió.

—Unos cuatro años —replicó Valeri a la defensiva.

Formaba parte del juego: aquella estudiada apatía de Bower, simulando que no entendía bien las cosas para ver si el interrogado las modificaba o se equivocaba en la versión de los hechos. Valeri lo sabía y no le hacía ninguna gracia esa desconfianza implícita del procedimiento. A ninguno nos divertía.

—¿Quiere mostrármelo otra vez? —dijo Bower, empujando una caja de cartón hacia el otro extremo de la mesa.

Valeri abrió la caja y rebuscó en una extensa colección de fotos tamaño postal con pestaña. Lo hacía despacio, consciente de que ganaba un rato de reposo. Incluso para un hombre como él —uno de los nuestros, por lo que sabíamos— el prolongado suplicio del interrogatorio podía hacerle saltar los nervios.

Llegó al final de la primera serie y comenzó con la segunda fila.

—No tenga prisa —dijo Bower como si no supiera el respiro que le daba.

Hasta cuatro años antes, aquellas fotos de identificación habían estado pegadas en grandes álbumes de pastas de piel, pero el KGB había sembrado alarma y confusión en nuestras filas dando instrucciones a tres de sus agentes dobles para que seleccionasen la misma foto, en la misma pose y en la misma página, para marcar como espía a un tal Peter Underlet, que era coronel del KGB. En realidad, la foto de Underlet era una de tantas incluida como control, y no habría debido utilizarse con semejante propósito porque era un oficial encargado de caso notorio de la CIA, y, como los oficiales de caso siempre han sido el blanco más goloso de ambos bandos, Underlet fue investigado a fondo

y, aun después de descubrirse la añagaza del KGB, no volvió a recuperar su categoría y fue destinado a un puesto perdido en Djakarta. Todo aquello había sucedido en la época en que mi mujer Fiona se pasó al otro bando, y si era un método para desviar la presunción y el desdén de la CIA, la cosa dio resultado. Supongo que la maniobra de diversión nos vino tan bien a nosotros como al KGB, y en su momento se me ocurrió pensar si no habría sido idea de Fiona, porque nosotros conocíamos a Peter Underlet y a su mujer, una pareja que parecía depositaría de la simpatía de Fiona.

—Éste —dijo Valeri, cogiendo una foto y poniéndola en la mesa bien apartada del resto. Yo me levanté para verla bien.

—Así que es ése —dijo Bower fingiendo interés, como si fuera la primera vez que hablaban de ello. Cogió la foto, la examinó y me la pasó—. Magnífica bestia, ¿eh? ¿Lo conoce por casualidad?

Miré aquella cara. Conocía bien al individuo. Se hacía llamar Erich Stinnes y era un veterano del KGB en Berlín Este; se decía que era el enlace entre Moscú y la policía de seguridad de Alemania Oriental. Debía ser una foto reciente porque estaba más grueso que la última vez que yo le había visto; pero aún tenía el escaso pelo residual, y los duros ojos tras las pequeñas gafas eran tan feroces como siempre.

—No le he visto en mi vida —dije, devolviendo la foto a Bower—. ¿Es alguien con quien tenemos contacto?

—No, que yo sepa —respondió Bower—. Descríbame otra vez eso de las entregas —añadió dirigiéndose a Valeri.

—El segundo jueves del mes... En el correo del KGB.

—¿Y usted le vio abrirlo? —insistió Bower.

—Sólo esa vez, pero todo el mundo sabe...

—¿Todo el mundo?

—En su oficina. Bueno, en todo Karlhorst.

Bower lanzó una sonrisa sardónica.

—¿Que el enlace del KGB se atiza un colocón el segundo jueves de cada mes? ¿Y Moscú tan tranquilo?

—Ahora las cosas han cambiado —replicó Valeri impasible sin hacer un solo gesto.

—Eso parece —espetó Bower sin ocultar su desconfianza.

—Piense lo que quiera —dijo Valeri—, pero yo le ví agitar en la mano el polvo blanco.

—¿Y aspirarlo?

—Ya le he dicho que yo salía en aquel momento y cerré la puerta de la habitación sin detenerme, para evitar complicaciones.

—¿Y aun así pudo ver que era polvo blanco?

—Ojalá no le hubiese dicho nada.

Ahora ya le tenía catalogado. Era un típico comunista veterano, un exiliado de los que habían pasado la guerra en Moscú. Muchos de éstos habían sido preparados para ocupar cargos importantes en la Alemania conquistada por Stalin. ¿Cuál sería la historia de éste? ¿Por qué se habría prestado a trabajar para nosotros? ¿Por chantaje? ¿Habría cometido algún delito — político o civil— o es que carecía de esa dureza propia de los dirigentes? ¿O sería simplemente uno de esos raros individuos que piensan por sí mismos?

—Sin comentarios —dijo Bower con voz cansada, mirando el reloj.

—La semana que viene observaré con más atención —dijo Valeri.

Noté que Bower se ponía rígido. Era un comentario muy poco prudente por parte de un agente secreto. Yo no tenía que descubrir que Valeri era un agente doble que entraba y salía periódicamente. Aquello era la clase de descuido fatal. Valeri estaba cansado, y yo hice como si no hubiese advertido el lapsus.

Lo mismo hizo Bower. Debería haberlo notado y habérselo reprochado, pero simplemente efectuó un movimiento casi imperceptible con la cabeza hacia el taquígrafo antes de dirigir hacia mí su mirada. Y añadió en tono monocorde:

—¿Sirve de algo?

Era la señal para que yo me fuese.

—No, por lo que veo.

—Frank quería que estuviese al corriente —añadió por si yo no había captado el aviso de marcharme para dejarle continuar su difícil trabajo.

—¿Dónde está?

—Tuvo que ausentarse —respondió Bower cogiendo el teléfono para anunciar que media hora más tarde harían una pausa para almorzar. Pensé si no sería una estratagema, porque los interrogadores hacen a veces cosas así para dilatar la espera y que aumente la tensión del interrogado.

—Dele las gracias —dije poniéndome en pie, y él asintió con la cabeza.

Me reuní con Teacher en la antesala. No me dijo «¿Qué tal ha ido?» ni me hizo ninguna de las preguntas al uso. Los interrogatorios eran como confesiones, que tienen lugar y que se escuchan, pero de los que nunca se habla.

—¿Me va a llevar a Kreuzberg? —le pregunté.

—Si es allí donde quiere estar... —contestó.

Nos despedimos de la Duchess, bajamos y el portero nos abrió la puerta con llave.

Las calles estaban vacías. Hay algo que parte el alma en esa Ladenschlussgesetz de Alemania, la ley inspirada por los sindicatos, que obliga a las tiendas a estar cerradas casi siempre. Los fines de semana en el país son un aburrimiento. Los turistas vagan sin rumbo fijo y los indígenas que necesitan comida y bebida recorren desalentados las calles con la esperanza de encontrar una Tante Emma Laden en la que el tendero se avenga a transgredir la ley y les venda una barra de chocolate o un litro de leche bajo cuerda.

Mientras el coche avanzaba por las desiertas calles, pregunté a Teacher:

—¿Es usted mi cuidador?

Él me miró inexpresivo.

—¿Le han asignado mi custodia? —volví a preguntarle.

—No sé lo que es un cuidador.

—Los que están en los zoológicos cuidando a los animales.

—¿Es lo que necesita, un cuidador?

—¿Es idea de Frank?

—¿Qué Frank?

—Teacher, no me venga con pamplinas. Esta ciudad me la había recorrido de arriba abajo cuando usted andaba aún en pantalón corto.

—Frank no sabe que usted ha estado aquí —respondió mecánicamente. Contradecía todo lo anterior, pero quería poner fin a la conversación dándome a entender que él obedecía órdenes: órdenes de Frank.

—Claro, Frank desaparece para poder decir en Londres que no me ha visto.

Teacher miraba a su alrededor sin saber qué dirección tomar, aminorando la marcha para leer los rótulos de las calles. Yo le dejé que se lo pensase. Finalmente dijo:

—¿Y eso le molesta?

—¿Y cómo no?

—Pues si Frank tuviese sentido común, le metería en el avión de Londres y dejaría que se explicase con los de allí —dijo él.

—¿Eso es lo que usted haría?

—Ya lo creo que lo haría.

Íbamos por Heer Strasse, una vía que en días laborables habría tenido intenso tráfico. A ratos se había estado produciendo un estallido en el aire,

una ráfaga prometedora de nieve, pero ahora ya iba en serio y grandes copos comenzaban a caer en espiral. Habían anunciado innumerables veces que era la última nevada, pero el frío no cedía; como recordando a los habitantes de otros climas que Berlín lindaba con Asia.

Teacher giró de pronto, imprudentemente o para impresionarme con sus conocimientos de Berlín, para buscar un atajo por los terrenos de la Exposición, pero se topó dos veces con un callejón sin salida. Finalmente, me dio lástima y le indiqué cómo salir de Halensee. Llegando ya a Kurfürstendamm, se repantigó en el asiento, suspiró y dijo:

—Supongo que soy su cuidador.

—¿Y...?

—A Frank le gustará saber cómo reacciona.

—Berlín es la capital mundial de la heroína —dije.

—Lo he leído en el Die Welt —replicó Teacher.

No hice caso del sarcasmo.

—Llega toda por el aeropuerto de Schönefeld. Esos cabrones se las agencian bien para que venga a parar a este lado del Muro.

—Si toda llega aquí, es lógico que haya quien procure devolver una poca —dijo Teacher.

—Stinnes es actualmente un pez gordo y tiene mucho que perder. No me trago eso de que hace que un correo militar recoja cargamento de heroína, o lo que sea, en Occidente.

—Pero...

—Sí, hay un pero, porque Stinnes conoce el percal. Ha pasado mucho tiempo en Occidente, es un empedernido mujeriego y conoce muchas clases de droga dura relacionada con la actividad sexual.

—¿Relacionada? ¿De qué manera?

—Muchos utilizan las drogas únicamente para ir a la cama. Quizá Stinnes sea de éstos.

—Bueno, le diré a Frank que usted lo cree posible.

—Sólo posible, no probable.

—Un matiz —apostilló Teacher.

—En cierta ocasión ese Stinnes parecía mi sombra... Me rondaba diciendo que quería pasarse a nosotros.

—¿Sin dejar el KGB?

—Eso decía.

—¿Y usted se lo tragó?

—Yo recomendé prudencia.

—Es lo mejor: cubrir todas las salidas —dijo Teacher. No era yo santo de su devoción y me imaginé que Frank se habría excedido en elogios sobre mi persona.

—En fin: el gato escaldado del agua fría huye.

—Se lo comunicaré a Frank exactamente como usted lo dice.

—Por aquí no se va a Kreuzberg.

—No se inquiete, he pensado invitarle a comer antes de llevarle a esa chabola.

Pensé si no sería también idea de Frank, pues el señor Teacher no me parecía persona muy dada a gestos impulsivos.

—Gracias.

—Vivo en Wilmersdorf y mi mujer siempre tiene comida de sobra. ¿Le parece bien?

—Agradecido —repetí.

—Este mes me he pasado en gastos porque he tenido un aniversario de boda.

Cuando llegamos a Wilmersdorf las calles ya estaban cubiertas con una fina capa de nieve. Teacher vivía en un bloque nuevo de apartamentos. Aparcó en el garaje subterráneo del edificio, una nave bien iluminada y con calefacción, lujosa comparada con Kreuzberg. Tomamos el ascensor hasta su apartamento en el cuarto piso.

Pulsó el timbre mientras abría la puerta con su llave y, una vez dentro, llamó a su mujer.

—Clemmie... ¿Estás en casa, Clem?

Desde arriba llegó una voz contestando.

—¿De dónde demonios vienes? ¿Sabes la hora que es?

—Clemmie...

—Yo ya he comido —se le oyó decir sin dejarse ver—. Tendrás que arreglártelas con un huevo o algo así.

Desconcertado, en el umbral, Teacher dirigió la vista al descansillo vacío, después a mí y sonrió entristecido.

—¿Qué le parece unos huevos? Clemmie nos hará una tortilla.

—Estupendo.

—Vengo con un colega —dijo elevando la voz.

La esposa bajó la escalera, nerviosa y sonriente. La espera había valido la pena: era joven, de piernas largas y bien hecha. Se tocó el bien peinado pelo y me dirigió una mirada. Se diría que acababa de maquillarse. Su sonrisa se borró al advertir los copos de nieve en el abrigo del marido.

—¡Dios mío! ¿Pero es que en esta maldita ciudad nunca va a llegar el verano? —exclamó como si se lo reprochase a él.

—Clemmie —dijo Teacher después de que ella le hubiese presentado la mejilla para recibir un beso—, te presento a Bernard Samson, de la oficina.

—¿El famoso Bernard Samson? —inquirió ella conteniendo la risa. Lo había dicho en un tono de voz más bajo y su mohín de burla no dejaba de ser atractivo.

—Supongo —dije, pensando en la hipócrita indagación de Teacher preguntándome si estaba casado, cuando hasta su mujer conocía mi vida y misterios.

—Quítese el abrigo, Bernard —dijo ella en tono coqueto y alegre que parecía natural. Quizá al adusto Teacher le atraía precisamente por eso. Cogió mi viejo abrigo, lo colgó en una percha de madera con el rótulo de Disneyland, Hotel Anaheim, California, y lo guardó en un armario antiguo de nogal.

Iba muy perfumada, con un vestido verde de punto fino con botones de arriba abajo, grandes pendientes y un collar de oro. No era la clase de atuendo para ir a la iglesia, ni mucho menos. Sería seis u ocho años más joven que el marido, y pensé si no estaría procurando adquirir esa actitud decidida, obligada en las esposas jóvenes para mantenerse a flote en medio de las exigencias sociales que conlleva el destino en Berlín.

—¡El agente secreto Bernard Samson! Es la primera vez que conozco a un auténtico agente en activo.

—De eso ya hace tiempo —dijo Teacher, tratando de sosegarla.

—No hará tanto —replicó ella—, porque es muy joven. ¿Qué se siente al ser agente secreto, Bernard? ¿No le importa que le llame Bernard, verdad?

—Claro que no —contesté, aturdido.

—Usted llámeme Clemmie —añadió ella cogiéndome del brazo con gesto de guasona intimidada—. Por favor, explíqueme qué se siente.

—Es como ser detective privado a ras del suelo —contesté—, en un país en que por ser detective privado te buscas como poco treinta años de trena.

—Clemmie, danos algo de comer —dijo Teacher de un modo que denotaba que su profundo embarazo comenzaba a transformarse en auténtico enfado—. Estamos muertos de hambre.

—Querido, es domingo, así que vamos a celebrarlo. Abramos esa estupenda lata de sevruga que trajiste de un lugar sobre el que no me está permitido indagar.

—Magnífica idea —dijo Teacher con tono de alivio, aunque todavía sin mostrarse contento. Imagino que nunca lo estaba.

Clemmie fue a la cocina a por el caviar, mientras Teacher me conducía a la sala de estar, preguntándome qué quería beber.

—¿Tiene vodka? —pregunté.

—¿Stolichnaya o Zubrovka, o marca alemana? —inquirió sacando los vasos.

—Zubrovka.

—Voy a cogerlo de la nevera. Considérese en su casa.

Una vez a solas, miré a mi alrededor. No es lo que deben hacer las visitas, pero soy incapaz de reprimirme. Era un apartamento pequeño pero confortable: sofá enorme, gran aparato de alta fidelidad y una larga estantería de discos compactos —casi todos de grupos pop anticuados— que supuse serían de Clemmie. En la mesita de centro había un álbum de fotos de éstos con tapas de piel y borlas, en los que se guarda una boda en todas sus secuencias; abultaba porque habían metido en él más fotos de las debidas y unos programas. Lo abrí y ví que en todas sus páginas había retratos de Clemmie: Clemmie en la pista de atletismo, corriendo los 1000 metros, saltando vallas, recibiendo medallas, enarbolando copas de plata. Las páginas estaban todas primorosamente encabezadas con una preciosa caligrafía y al final había amontonadas páginas deportivas ya amarillentas, recortadas de esa clase de periódicos locales que publican grandes anuncios de salones de belleza y clínicas particulares. Clemmie aparecía muy joven en todas las fotos: jovencísima. Debía estar mirándolas cuando abrimos la puerta y nada más oírnos echó a correr arriba para pintarse. Pobre Clemmie.

El bloque de apartamentos era nuevo y de paredes finas, y cuando Teacher entró en la cocina oí que su mujer exclamaba:

—¡Por Dios bendito, Jeremy! ¿Por qué le traes aquí?

—No llevaba dinero, si no, habríamos ido a un restaurante.

—¿A un restaurante...? Si en la oficina se enteran de esto, te verás en un aprieto.

—Frank me dijo que le invitase a comer. Frank le aprecia.

—Frank aprecia a todo el mundo hasta que las cosas se ponen feas.

—Me lo han confiado a mí.

—No debiste aceptar.

—Es que no había nadie más.

—Me dijiste que era un paria, y así es como acabarás tú si no te mantienes alejado de ese cerdo.

—Déjame que haga las cosas a mi manera.

—Por dejarte hacer las cosas a tu manera nos destinaron a esta maldita ciudad.

—Dentro de seis meses tendremos unas buenas vacaciones.

—Seis meses más con estos malditos krauts y me vuelvo loca —replicó ella.

Se oyó el ruido de la puerta del refrigerador cerrándose de golpe y el de los cubitos de hielo cayendo en un jarro.

—Tú no tienes que convivir con ellos —insistía Clemmie con voz aún más chillona—, pero es gente que te empuja y se abre paso a codazos. Los odio. Y detesto este horroroso invierno que no acaba nunca. ¡Aquí no puedo vivir!

—Lo sé, querida, pero haz un esfuerzo, por favor —respondía él con voz suave y afectuosa.

Cuando regresó, sirvió dos medidas grandes de vodka y bebimos sin hablar. Me imagino que no ignoraba lo delgadas que eran las paredes.

No fue una comida agradable. Consumimos, prácticamente en silencio, 250 gramos de caviar ruso, acompañado de pan de centeno y vodka.

—Captura de primavera; la mejor —dijo Teacher al probarlo, como buen conoecedor.

Dudando sobre la respuesta adecuada a semejante observación, me limité a afirmar que era exquisito.

El maquillaje de Clemmie se había corrido y ella reaccionaba con poca euforia a la charla intrascendente del marido, no quería beber alcohol y únicamente bebió agua. Yo lo lamentaba por ellos; me habría gustado decirles que no se preocupasen, que aquello era la morriña propia de Berlín, esa fase de claustrofobia que sienten todas las esposas durante el primer destino en «la isla», pero no tuve valor y me limité a participar en la charla insustancial, fingiendo no advertir que mantenían un sordo enfrentamiento íntimo.

3

—¡NO se detenga! —le grité a Teacher cuando comenzó a aminorar la marcha para dejarme en casa.

—¿Cómo?

—¡Siga, siga, siga!

—Pero ¿qué le pasa? —replicó él, aunque siguió avanzando y rebasó el coche que me había llamado la atención y que estaba aparcado delante del portal.

—Gire a la derecha y dé la vuelta a la manzana.

—Pero ¿qué ha visto? ¿Algún coche conocido?

Contesté con un sonido evasivo.

—¿Pues qué, entonces? —insistió.

—Un coche desconocido.

—¿Cuál?

—El Audi negro... Demasiado elegante para esta calle.

—Se deja usted llevar de los nervios, Samson. No pasa nada. Seguro que...

Conforme hablaba, un coche de la policía nos adelantó lentamente, pero él no pareció advertirlo. Supongo que tendría otras cosas en la cabeza.

—Tal vez tenga razón —dije—. Estoy un poco nervioso; ahora recuerdo que es del hermano de la casera.

—¿No ve? —replicó Teacher—. Ya le dije que no sucedía nada.

—Es que necesito dormir bien. Déjeme en la esquina, tengo que comprar tabaco.

Detuvo el coche ante la tienda.

—Cerrado —dijo.

—En el vestíbulo hay una máquina.

—Ah, sí.

—Gracias por el caviar —dije abriendo la portezuela—. Y dé las gracias a Clemmie. Siento haberme quedado más de la cuenta —me había consentido tomar una ducha caliente y me sentía mejor, pero no podía evitarme el

remordimiento de si la roña les atascaba el desagüe. Me sentía realmente agradecido—. Y mis mejores saludos a Frank —añadí como remate.

—He hablado con él por teléfono —dijo, asintiendo con la cabeza—. Dice que se mantenga al margen de Rudi Kleindorf.

—No le dé saludos.

Me dirigió una sonrisita, aceleró y arrancó nada más cerrar yo la portezuela. Estaba preocupado por su mujer. Respiré a fondo. El aire estaba cargado del olor a las centrales eléctricas de lignito que la República Democrática Alemana tiene repartidas por toda la ciudad, y que destruye los árboles, quema la garganta y atasca las fosas nasales de hollín: la Berlinerluft^[1].

Aguardé a que el coche de Teacher se perdiese de vista antes de regresar con cautela calle abajo para rascar en la ventanilla del Volkswagen Golf rojo. Werner se inclinó a abrir la portezuela y yo monté en el asiento de atrás.

—Gracias a Dios, Bernie. ¿Estás bien?

—¿Por qué no iba a estarlo?

—¿De dónde vienes?

Werner sabía ocultar sus sentimientos, pero era evidente su gran preocupación.

—Qué más da —dije—. ¿Qué sucede?

—Ha muerto Spengler. Le han matado.

La bilis me subió a la garganta. Era demasiado viejo para esas impresiones; demasiado viejo, demasiado comprometido, demasiado casado, demasiado blando.

—¿Le han matado? ¿Cuándo?

—Es lo que iba a preguntarte —respondió Werner.

—¿A qué te refieres, Werner? ¿Acaso crees que he matado yo a ese pobre desgraciado?

Me fastidiaba la actitud de Werner, porque yo apreciaba a Spengler.

—He visto a Johnny y te andaba buscando para avisarte de que la policía ha estado por aquí.

—¿Johnny se encuentra bien?

—Está en el Polizeipräsidium respondiendo al interrogatorio; detenido.

—Y sin documentación —añadí.

—Exacto. Le van a exprimir.

—Pierde cuidado; Johnny es buen chico —dije.

—Pero si tiene que elegir entre ser deportado a Sri Lanka o cantar de plano, les dirá todo lo que sabe —replicó Werner con apabullante lógica.

—Él no sabe nada —repliqué.

—Pero, Bernie, puede hacer hipótesis peligrosas.

—¡Mierda! —dije, restregándome la cara y tratando de recordar algo comprometedor que Johnny hubiera podido ver u oír.

—Agáchate, salen los polis —dijo Werner.

Me aplasté contra el suelo del coche para ocultarme. Olía intensamente a alfombrillas de goma. Werner había corrido los asientos delanteros para hacerme sitio. Pensaba en todo. Bajo su aspecto tranquilo, lógico y convencional, bullía en él una auténtica pasión —por no decir obsesión— por el espionaje. Werner seguía las sagas publicadas e inéditas sobre la guerra fría con la misma dedicación con que otros sucumben a atender las peripecias de los ricos o de los equipos de fútbol. Werner habría sido el espía perfecto, salvo que los espías perfectos —como los maridos perfectos— difícilmente sobreviven en un mundo en el que la suerte está del lado de los impulsivos.

Dos policías uniformados pasaron junto al coche. Oí que uno decía: *Mit der Dummheit kämpfen Götter selbst vergebens*, es decir, «Los dioses luchan en vano contra la estupidez».

—Schiller —dijo Werner entre ufano y sorprendido.

—A lo mejor hace los cursillos para sargento —comenté yo.

—A Spengler le metieron la cabeza en una bolsa de plástico para asfixiarle —dijo Werner una vez que los policías montaron en su coche y se alejaron—. Imagino que estaría borracho y casi no opondría resistencia.

—No creo que la policía repare en detalles —dije, pues un heroinómano muerto en aquella zona de Kreuzberg no era ningún notición que atrajera a fotógrafos de prensa, y hasta es muy posible que ni siquiera diese lugar a una gacetilla en las páginas interiores.

—Spengler estaba durmiendo en tu cama —dijo Werner—. Han querido matarte.

—Pero ¿quién va a querer matarme? —dije.

Werner se limpió la nariz cuidadosamente con un gran pañuelo blanco.

—Bernie, últimamente has pasado por muchas tensiones. Yo no sé si lo habría soportado. Necesitas descansar; descansar de verdad.

—No te pongas en plan niñera —dije—. ¿Qué es lo que intentas decirme?

Frunció el entrecejo, tratando de decidir cómo decirme lo que quería.

—Estás pasando por una fase curiosa: ya no eres capaz de pensar correctamente.

—Tú dime quién va a querer matarme.

—Sabía que te molestarías.

—No me molesto, pero dímelo.

Werner se encogió de hombros.

—¿No ves? —dije—. Todos me decís que mi vida corre peligro, pero no por mano de quién.

—Bernie, has pisado un nido de avispas. Los tuyos querían detenerte, los americanos pensaban que querías meterlos en líos, y a saber lo que piensa Moscú...

Comenzaba a hablar como Rudi Kleindorf; en realidad, comenzaba a hablar como mucha gente que no podía reprimirse el darme buenos consejos.

—¿Me vas a llevar a casa de Lange? —dije.

—Allí no hay nadie —replicó tras pensárselo un instante.

—¿Cómo lo sabes? —dije.

—Le he telefoneado todos los días, como me dijiste. Y le he escrito cartas.

—Voy a llamar a la puerta. Quizá «Der Grosse» no hablase en broma. A lo mejor Lange está y se hace el sordo.

—¿Sin contestar el teléfono ni abrir el correo? No es propio de él.

Lange era un americano que llevaba una eternidad en Berlín y que a Werner no le gustaba. En realidad, era difícil encontrar alguien a quien le gustase Lange, salvo su sufrida esposa; no obstante, la mujer iba varias veces todos los años de visita a casa de parientes.

—A lo mejor también él pasa por una mala racha —dije.

—Subiré contigo.

—No, tú déjame afuera.

—Necesitarás coche para volver —replicó Werner en aquel tono lastimero y dolido que usaba cuando transigía con mis locuras más disparatadas.

Cuando llegamos a la calle en que vivía John «Lange» Koby creí que Werner iba a marcharse dejándome subir solo, pero su indecisión se disipó y no quiso ceder a dejarme a solas.

Era un gran bloque gris de apartamentos de finales de siglo como tantos otros de Berlín. Desde mi última visita habían pintado la puerta principal y el portal, y en un lado del pasillo de entrada habían puesto dos filas de buzones nuevos de aluminio con el nombre de los inquilinos. Pero a partir de la escalera se interrumpían las mejoras. Los descansillos contaban con un automático para encender una luz que esclarecía mortecinamente las pintadas a espray de las paredes, proclamando la superioridad de equipos de fútbol respecto a grupos pop o delineando esos esquemas en espiral o en zigzag que no requieren formación letrada.

El apartamento de Lange estaba en el último piso. La puerta era vieja y gastada y habían arrancado el letrero del botón del timbre como si hubiesen querido eliminar el nombre. Lo pulsé varias veces sin que se oyera ningún ruido dentro. A continuación llamé, primero con los nudillos y luego con una moneda que encontré en el bolsillo.

La moneda me dio una idea.

—Dame dinero —le dije a Werner.

Deferente como nunca, él abrió su cartera y me la ofreció. Cogí un billete de cien marcos, lo partí por el centro y con el fino bolígrafo de plata de Werner escribí en una de las mitades: «Lange, abre, cabrón» y la introduje por debajo de la puerta.

—No está —dijo Werner, comprensiblemente desconcertado por la caprichosa utilización de su dinero—. No se ve luz.

Él quería decir que no había luz que se filtrase por el marco de la puerta ni por debajo. No me tomé la molestia de recordarle que Lange llevaba sus buenos años en el juego del espionaje y que, al margen de lo que se pensase de él —y yo mismo no sabía a qué atenerme, a decir verdad—, el viejo conocía unos cuantos trucos del oficio. No era la clase de persona que fuese a fingir que no estaba dejando que se filtrase luz por la puerta.

Me llevé un dedo a los labios y apenas lo acababa de hacer cuando el automático lanzó un sonoro paf y nos quedamos a oscuras. Estuvimos esperando un buen rato que nos pareció horas, aunque no debió pasar de tres minutos.

De pronto se descorrieron los cerrojos con ruido de detonaciones, Werner contuvo un grito y se quedó atónito, igual que yo. Lange lo advirtió y se echó a reír.

—Pasad, muchachos —dijo, alargándome la mano en la que yo le di la palmada que él esperaba a guisa de saludo. La puerta sólo dejaba filtrar una tenue luz—. ¡Bernard, cabronazo con cuatro ojos! ¿Y quién es este caballero bien trajeado, con bigote falso y narizota roja de plástico? —añadió por encima de mi hombro—. ¿No será Werner Volkmann? —noté que Werner se ponía tenso de indignación—. Creí que eran los testigos de Jehová —prosiguió Lange sin esperar respuesta—. Esos vendedores ambulantes de aleluyas han venido todas las tardes esta semana, pero hoy domingo deben tener el día libre —añadió riendo.

Lange volvió a leer mi nota y se guardó el medio billete en el bolsillo de la camisa conforme pasábamos. En el vestíbulo tenía un perchero de nogal con dibujo de taracea, espejo y colgadores para los abrigos, estante para

sombreros y un compartimento destinado a paraguas y bastones. Cogió el sombrero y el abrigo de Werner para demostrarnos su uso. Era un mueble que ocupaba medio pasillo y tuvimos que encogernos para pasar. Advertí que Lange no encendía la luz hasta después de cerrar la puerta. No quería que su silueta se dibujase en el dintel. ¿Tendría miedo de algo o de alguien? No, Lange no; aquel agresivo cabronazo no conocía el miedo. Apartó una pesada cortina, en puridad una vieja manta de la Wehrmacht, con la raya que indica cuál es la parte de los pies; la tenía colgada de unas gruesas anillas de madera sobre un riel, para impedir las corrientes de aire frío y que saliese la luz del cuarto de estar.

Sólo tenían una habitación grande confortable para sentarse y ver la televisión, que Lange utilizaba también como despacho y en la que había estanterías de libros cubriendo toda una pared desde el suelo hasta el techo, y aun así había volúmenes en doble fila y tumbados en los intersticios. Junto a la ventana había un viejo pupitre con más libros que papeles y una enorme y anticuada máquina de escribir de oficina, sobre la que se mantenían en precario equilibrio unos periódicos alemanes y una taza con su platillo.

—Mira quién ha descubierto al final dónde vivimos —dijo Lange a su esposa, con la voz gutural de Bogart, tan propia de su acento americano. Era una figura flaca, con bolígrafos y lapiceros en el bolsillo de la gastada camisa escocesa, y pantalones de franela con rodilleras, ceñidos por un viejo cinturón de lona del ejército americano.

La esposa se acercó a saludarnos. Con su rostro recién maquillado cuidadosamente y el pelo corto bien peinado, Gerda seguía siendo bonita al estilo severo de las solteras.

—¡Bernard, querido! Me alegro de verte. Y a ti también, Werner.

Era pequeñita, sobre todo al lado de su marido, tan alto. Gerda era alemana, muy alemana. Se habían conocido en 1945 en Berlín, en las ruinas. Por entonces ella era cantante de ópera, y ahora recuerdo que años después seguían parándola en la calle gente que la recordaba y le pedía autógrafos. De eso hacía mucho tiempo y ahora su carrera era monopolio exclusivo de los libros de historia, pero incluso con aquel vestidito negro barato exhalaba un indefinible y mágico misterio, y yo llegaba a imaginármela interpretando la Sofía de El caballero de la rosa, igual que en la gala de aquella noche de 1943 en que puso en pie al público del Staatsoper, convirtiéndose en estrella de la noche a la mañana.

—Queríamos telefonar —dijo Werner disculpándose.

—Tienes buen aspecto —dijo Gerda, examinando con sumo interés a Werner—. Muy distinguido. Tú también, Bernard —añadió cortésmente mirándome, pese a que imaginé que la inquietaba mi pelo largo y las ropas sucias—. ¿Qué queréis, té o café? —inquirió.

—¿O vino? —terció Lange.

—Té o café —me apresuré a contestar.

Cada año, en la época de la cosecha, Gerda hacía acopio de vino de ciruela para Lange, y me horrorizaba pensar en la cantidad que necesitaría, pues él se lo bebía por litros. Era un vino que sabía a quitapinturas.

—Vino de ciruela —dijo Lange—. Lo hace Gerda.

—¿Ah, sí, Gerda? —dije—. Qué lástima, el vino de ciruela me provoca sarpullido.

Lange frunció el entrecejo y Gerda dijo:

—Lange bebe mucho y eso no es bueno.

—Pues no parece sentarle mal —comenté, y, considerando que aquel hombretón agresivo ya había más que cumplido los setenta, casi estuve a punto de probar el zumo selvático de Gerda.

Nos sentamos en el incómodo sofá mientras la señora Koby iba a la cocina a hacernos el té. Lange permaneció de pie ante nosotros. No había cambiado mucho desde la última vez que le había visto. En realidad, seguía siendo casi el mismo feroz déspota para el que había trabajado tantos años atrás. Era un hombre nudoso, y recuerdo que alguien de su oficina decía que prefería enfrentarse a la pared norte del Eiger que a él cuando estaba de mal humor, y que Frank Harrington había contestado que no era para tanto. Desde siempre yo había considerado a Lange un peligroso trozo de granito, cortante e inflexible, de superficie erosionada con un severo rostro descarnado e implacable.

—¿Y qué deseáis, muchachos? —dijo con la solícita cortesía con que un tendero saluda a un cliente que llega uno o dos minutos antes de cerrar.

—Necesito un consejo, Lange.

—Ah, consejos. Todos los piden y nadie los sigue. ¿Qué quieres que te diga?

—Háblame del Muro.

—¿Qué es lo que quieres saber?

—Cómo se fuga uno. Llevo una temporada desconectado. Ponme al día. Se me quedó mirando un instante como reflexionando sobre mi petición.

—Olvídate de la glasnost —dijo—, si es que has venido a preguntarme eso. A los guardias fronterizos nadie les ha hablado de la glasnost. Allá siguen

gastándose dinero en mejorar los campos de minas y las alambradas de espino. Al otro lado las cosas siguen igual: disparan contra el primer desgraciado del que sospechen que quiere abandonar su sector.

—Eso he oído —dije.

—Entonces, ¿por dónde quieres que empiece?

—Por el principio.

—Muro de Berlín: unos ciento sesenta kilómetros que rodean el Berlín Oeste. Construido durante la madrugada de un domingo de agosto de 1961... ¡Bernard, pero si tú estabas aquí!

—Sí, ya. Tú dime lo que les cuentas a los periodistas extranjeros. Necesito volver a oír esa historia.

Un esbozo de sonrisa acogió mi sarcasmo.

—Bien. Al principio, el Muro, construido a toda prisa, era algo destartado y relativamente fácil de cruzar para una persona joven, ágil y decidida.

—¿Cómo?

—Recuerdo que lo cruzaban por las alcantarillas, pues no podían tapiarlas sin organizar un ímprobo trabajo de ingeniería. Uno de mis muchachos entró en Klein-Machnow por un colector, y una semana después levantaron el Muro. Habían puesto rejas para no entorpecer la corriente, pero mis muchachos de aquí entraron por el alcantarillado, cortaron las rejas y lo sacaron. Pero después las cosas fueron de mal en peor; montaron rejas de hierro bien puestas, con alarmas y trampas explosivas sumergidas para que no las viésemos. La última fuga de que tuve noticia por las alcantarillas estos últimos años la protagonizaron dos trabajadores del colector de Berlín Este, que pudieron dejar abierta la reja de antemano.

—Y luego llegó la época de los túneles.

—No, primero fueron las fugas espontáneas. La gente utilizaba escaleras y colchones para cruzarlo por puntos en los que el principal obstáculo era el alambre de espino. Y desde las casas que lindan con él, gente desesperada se tiraba por las ventanas haciéndose matar en pleno salto por los solícitos centinelas. Salían fotografías en los periódicos, que aumentaban su tirada, pero eso duró poco.

—Y está lo de los coches —dijo Werner.

—Sí, claro, los coches... ¿recordáis lo de aquel utilitario... en el que un pobre diablo se había acurrucado en el hueco del depósito de gasolina? Pero enseguida se aprendieron todos los trucos y purgaron a toda la tropa berlinesa que servía en los batallones de frontera —se quejaban de que eran demasiado

complacientes— y la reemplazaron por empedernidos cabrones de provincias, campesinos deseosos de darle al gatillo, que detestaban a los berlineses. Y esos trucos ya no valieron.

—¿Y la falsificación de documentos?

—Tú debes saber más que yo de eso —replicó Lange—. Recuerdo unos cuantos que pasaron con toda clase de papeles falsificados por Rube Goldberg. Vosotros los ingleses teníais doble pasaporte matrimonial y eso se lo puso en bandeja a los falsificadores aficionados, hasta que los de allá comenzaron a poner el sello de «viaja solo» y a guardarse una foto de los que cruzaban el puesto de control para impedir que otro utilizara el documento para volver a salir.

—La gente se fugaba en planeadores, veleros, ultraligeros y hasta en globo —dijo Werner, solícito. Me miraba con curiosidad, tratando de imaginar por qué había inducido yo a Lange a abordar uno de sus temas preferidos.

—Ah, claro —dijo éste—. Una infinidad de inventos estrafalarios... y algunos daban resultado. Pero sólo las ideas baratas eran seguras y fiables.

—¿Baratas? —inquirí—. Eso no lo había oído yo.

—Cuanto más dinero se invertía en una fuga, más personas participaban en el plan y mayor era el riesgo. Un método para amortizar el gasto consistía en vender la historia a periódicos, revistas y cadenas de televisión. A veces reunían así el dinero, pero ello implicaba irremediablemente la presencia de fotógrafos en las calles contiguas y en las ventanas de los edificios colindantes. Algunos de esos jóvenes periodistas no sabían lo que se hacían, y los profesionales de las fugas no se dejaban embarcar en ningún plan en el que fuesen a intervenir los medios de comunicación.

—Lo mejor eran los túneles —terció Werner, que finalmente había comenzado a interesarse por el discurso de Lange.

—Hasta que la República Democrática Alemana estableció la zona restringida de cien metros bordeando su sector, los túneles sí daban resultado, pero después había que perforar mucho trecho y se necesitaba ventilación e ingenieros que supieran lo que se hacían. Y era necesario extraer mucha tierra en poco tiempo para que no se enterase nadie, y por lo tanto los túneles requerían dos o tres docenas de personas dispuestas a excavar y sacar tierra, muchos sacos a llenar y mucho movimiento trayéndolos y llevándolos. Eso exigía un gran número de personas con la boca cerrada, un secreto compartido por muchos; así que era lógico que alguien se fuese de la lengua. Y los berlineses son muy charlatanes.

No dije nada. La señora Koby entró con el té. Traía en la bandeja una tetera de plata y cuatro tazas azules con platillo de reborde dorado, que debían ser reliquias de familia o proceder del rastro de la vieja estación de metro de Tauentzienstrasse. Gerda sirvió el té y nos pasó el azúcar y la bandejita azul claro con cuatro «cigarrillos» de chocolate. Lange prefirió volver a servirse vino de ciruela, al que dio un sorbo, limpiándose luego la boca con un gran pañuelo sucio de vino.

Pero él no paraba con su historia.

—Al otro lado, el Muro se había convertido en un gran negocio. Existía un departamento de administración con burócratas muy bien pagados, y ya sabéis lo que pasa: se le da a un burócrata una perrera de madera y acaba convertida en un zoológico de lujo con un edificio para oficinas. Así, el Muro iba creciendo y mejorando, cada vez con mayor plantilla de personal: vigilantes, empleados de mantenimiento y reparación, para redactar informes al respecto, informes con cálculo de presupuestos, fotos, planos y esquemas. Y no sólo guardianes, también arquitectos, delineantes, topógrafos y todos los correspondientes negociados de infraestructura con funcionarios de escalafón con retiro, etcétera, etcétera.

—Lange, vamos al grano —dije.

Hizo como si no me hubiese oído, se sirvió más vino y bebió. Aquello olía a jarabe, como una medicina para el catarro. Di gracias por la repulsa que suscitaba en mí.

—Un despilfarro —prosiguió—, pero cada semana que pasaba, el Muro iba siendo más impresionante.

—Bernard, un poco más de té... —dijo Gerda Koby—. Cuánto tiempo sin verte...

Si la pobre pensaba que con eso iba él a cambiar de tema de conversación, se equivocaba rotundamente.

—Frank Harrington envió agentes al otro lado —continuó Lange— y luego los sacaba por la red del metro. No sé cómo se las arreglaba; dicen que mandó perforar un pequeño túnel de conexión entre las vías y que salía por él desde Stadtmitte, en donde los trenes del Oeste discurren bajo el sector oriental. Muy ingenioso por parte de Frank —apostilló, él que no se distinguía, precisamente, por elogiar nada de lo que hacía el Departamento.

—Sí, Frank es listo —dije. Me miró y asintió con la cabeza. Parecía estar al corriente de que Frank me había pasado al Este precisamente por ese túnel.

—Las complicaciones vinieron cuando los rusos se enteraron. Lo cercaron y lanzaron una granada por el registro de salida en el momento en que estaban

llegando dos agentes. El oficial correo se quedó sin piernas... ¡y eso que estaba en el túnel a doscientos metros! En aquel entonces, Frank estaba en casita tocándose las narices y hablándoles a todos de lo del título de «sir» que nunca le concedieron.

Yo no tenía ninguna gana de hablarle a Lange de Frank Harrington.

—Entonces, el mejor método son los coches diplomáticos.

—Durante una época, sí —replicó Lange con sonrisa glacial—. Te podría citar diplomáticos africanos que se embolsaban sus buenos cuartos: diez mil dólares por viaje con fugitivo en el maletero. Pero hace un par de años pararon a un Mercedes negro con matrícula diplomática en el control Charlie y lo fumigaron, matando a un operario de grúas de Rostock de treinta y dos años, que iba encerrado en el maletero. Se dice que le habían pagado la fuga unos parientes de Toronto.

—¿Y dices que los guardias abrieron el maletero de un coche diplomático? —inquirió Werner.

—No. No era necesario —replicó Lange con aviesa sonrisa—. A lo mejor tan sólo pretendían darle un buen dolor de cabeza al joven con el gas tóxico, pero cuando abrieron el maletero al otro lado, el pobre era cadáver. ¿Conocías esa historia, Bernard?

—No en esa versión —dije.

—Pues sucedió tal como te la cuento. Yo ví el coche: le habían practicado agujeros de ventilación por debajo del maletero para que no se asfixiara, pero los guardias debían saber dónde estaban situados.

—¿Y en qué acabó la cosa? —inquirió Werner.

—El diplomático africano reaccionó acertadamente y llevó el cadáver a su embajada en Berlín Este. Nacionalizaron africano al muerto, con documentación retrospectiva, y lo declararon fallecido en la embajada con un certificado de defunción firmado por un médico de su país para que no hiciese indagaciones la policía de Alemania Oriental. Le hicieron un discreto funeral y lo enterraron en el cementerio de Marzahn. Pero aquí viene lo bueno: ignorando la verdad, un imbécil con un cargo en el comité de Asuntos Exteriores de la Volkskammer pensó que procedía un gesto de simpatía y, en nombre del gobierno y el pueblo de la República Democrática, envió una monumental corona con el lema de «paz, verdad y amistad» hecha con rosas de pitiminí. Duró dos días en la tumba hasta que la Stasi la retiró discretamente —concluyó Lange con una carcajada—. Anímate, Bernie —añadió con otra carcajada.

—Pensaba que tenías buenas noticias para mí, Lange. Creía que las cosas se habían suavizado.

—Y no vayas a creer que es más fácil pasar por Hungría o Checoslovaquia. Está todo muy controlado. Si lees la lista de los que han caído tratando de cruzar el Muro, hay que añadir los centenares de muertos desangrándose en silencio sin que los vieran desde el otro lado.

—Muy bueno el té, Gerda —dije. Nunca sabía si llamarla señora Lange o Gerda. Era una de esas alemanas anticuadas, partidarias de los convencionalismos, aunque, por otra parte, estaba casada con Lange.

—¿Vais a sacar a alguien, Bernie? —inquirió Lange—. Espero que sea alguien con posibles.

—Al cuñado de Werner que está en Cottbus —respondí—. Pero no tiene dinero ni bienes.

Werner, que no sabía nada de ningún cuñado en Cottbus, se quedó atónito, pero se rehízo inmediatamente, siguiéndome el juego.

—Se lo he prometido —dijo, reclinándose en el asiento y sonriendo falsamente.

Lange nos miró a los dos.

—¿Y puede llegar a Berlín Este?

—Vendrá con su hijo —improvisó Werner— para el festival de verano de la Freie Deutsche Jugend.

Lange asintió con la cabeza. Werner era mejor mentiroso de lo que yo creía. Pensé si no sería una habilidad adquirida por su matrimonio con la regañona Zena.

—Entonces, no os queda mucho tiempo —comentó Lange.

—Tiene que haber una solución —añadió Werner, mirando el reloj de pulsera y poniéndose en pie. No parecía dispuesto a que yo le implicase más en aquella patraña.

—Ya pensaré algo —dijo Lange conforme íbamos a recoger el sombrero y el abrigo de Werner—. ¿Tú no traías abrigo, Bernie?

—No —contesté.

—¿Y no pasas frío, Bernard? —inquirió Gerda.

—No, nunca —dije.

—Déjale en paz —terció Lange, comenzando a abrir la puerta—. ¿Y la otra mitad del billete, Bernard? —añadió manteniéndola entreabierta sin dejarnos salir.

Se la di y él se la guardó en el bolsillo.

—A nadie le sirve medio billete, ¿verdad, Bernie?

—Exacto, Lange —dije—. Sabía que no tardarías en decírmelo.

—Hay muchas cosas que te diré enseguida —añadió retador.

—¿Sí; qué más? —dije conforme salíamos.

—Pues que no hay ningún festival de la Freie Deutsche Jugend este verano en Berlín.

—Pues le habrán informado mal a Werner —repliqué—, a lo mejor es el *Gesellschaft für Sport und Technik*.

—Claro —replicó Lange a nuestras espaldas con su característica voz ronca—. Y a lo mejor la CIA celebra un festival veraniego de agentes en Berlín Oeste.

—Berlín es maravilloso en verano —dije—. Se llena de gente.

Oí que Lange cerraba la puerta de golpe y corría ruidosamente los cerrojos con ese derroche de energía generalmente signo de mal humor.

Cuando bajábamos, Werner dijo:

—¿Era por tu mujer Fiona? ¿Vas a intentar sacarla?

No contesté. El automático se disparó y seguimos bajando a oscuras.

Molesto por no obtener respuesta, Werner añadió con cierta petulancia:

—Los cien marcos que le has dado a Lange eran míos.

—Bueno, al fin y al cabo, es tu cuñado.

4

HAY hombres que han nacido hosteleros, otros se afanan por comprar hoteles, pero Werner Volkmann era una de esas *rara avis* a las que les cae un hotel del cielo. Sería difícil imaginar una persona con menos disposición para convertirse en director de hotel que mi buen amigo Werner Volkmann. Su devoción por Tante Lisl, la anciana que le había criado al quedarse huérfano, le había obligado a sustituirla al frente del negocio cuando se vio demasiado vieja y delicada para continuar con su despótico mandato.

No era un establecimiento suntuoso, pero más céntrico no podía estar. Antes de la guerra había sido la casa de los padres de Lisl, en un buen barrio de Berlín, pero en 1945, el reparto de la ciudad entre rusos y aliados había convertido ese barrio en el centro del «Berlín capitalista».

Werner llevaba a cabo reformas, pero, sensible a los gustos de Lisl, puesto que la anciana seguía viviendo allí y fiscalizaba cualquier cortina o pincelada de pintura, las modificaciones cambiaron poca cosa el carácter de aquel encantador edificio antiguo, cuyo interior, en su mayor parte, seguía igual que cincuenta años atrás.

Aquella tarde, después de salir de casa de Lange, dejé que Werner me convenciese de trasladarme al hotel. Poca justificación tenía aguantar la suciedad e incomodidad de mi residencia en Kreuzberg ahora que Frank Harrington había demostrado la sapiencia de su oficina para alargar la mano y cogerme cuando les diese la gana.

Antes de acostarme, Werner me ofreció una copa. Cruzamos por el recién reformado bar —pues no había nadie— a la oficinita de la parte de atrás. Me sirvió un buen *whisky* escocés con poca soda y él optó por una simple soda con un chorro de Underberg. Eché una mirada a la pieza y comprobé que había experimentado una transformación radical, especialmente agradable para quien hubiese conocido al antiguo Werner. La había convertido en despacho, desenterrando todos sus tesoros: una cabeza de león, viejo cachivache apolillado, en cuyo marco de madera un borracho bromista había grabado con esmero *felis leo venerabilis*; junto a él, en la pared, había un reloj

antiguo de caja astillada por delante, en la que había representada una escena pastoril de dudosa maestría. Era ruidoso y marcaba ocho minutos de retraso, pero aquel reloj era prácticamente la única pertenencia heredada de sus padres. Del techo pendía la maqueta de un hidroavión Dornier a cuya construcción había dedicado Werner mucho tiempo y energías: un aparato con doce motores, de los que, si se levantaba el capó, podían verse las tripas con todo detalle. Recordé los tiempos en que trabajaba en aquellos motores en miniatura, y en que estuvo de un humor de perros durante una semana larga.

No acabábamos de comentar más que el buen aspecto que tenía Lange y lo cabronazo que era, cuando entró Ingrid Winter.

—Bernie se queda con nosotros —dijo Werner con más pesadumbre de la que me esperaba; pero él era así.

Ella había entrado sin que yo lo advirtiese.

—Ah, estupendo —dijo. Se notaba enseguida que Ingrid era tan tímida como una solterona anodina porque le gustaba mostrarse siempre así. El pelo canoso, que no se molestaba en teñir, la voz timorata y el estilo de vestidos con dibujo floral, contribuían a darle esa imagen. Pero, a pesar de lo poco que hacía que nos conocíamos, yo había comprobado que era mujer de gran entereza. Werner también lo había descubierto, amén de otras cosas, pues estaban muy unidos—. Ha vuelto esa mujer —le dijo en tono desaprobatorio.

—¿La Duchess?

—La inglesa. La que dijiste que era una entrometida.

Werner me miró y sonrió forzosamente.

—¿Y qué decía? —inquirió.

—A la Duchess le gusta este sitio —tercié yo—, porque abriga la esperanza de que va a convertirse en una especie de club de sus conocidos.

El rostro de Werner se endureció. Ingrid le contemplaba mientras yo hablaba, pero no dejaba traslucir emoción alguna ni su rostro reflejaba la de Werner. Él me miró y dijo:

—Ingrid cree que hay algo más.

—Algo más, ¿qué?

—Le he dicho lo de Frank —replicó Werner, como si eso lo explicara todo—. Está claro que Frank desea que utilicemos el hotel —añadió al ver que yo no reaccionaba.

—Para mí no está tan claro, Werner —dije—. ¿Utilizarlo, de qué modo?

Werner se sirvió más soda y una escasa gota de Underberg, que simplemente tiñó el contenido. Dio un sorbo y dijo:

—Yo creo que Frank ha dado orden a los suyos de que vengan aquí para que luego en la oficina informen de lo que oyen y ven y todo vaya a parar al archivo.

Semejante paranoia —junto con la audaz atribución a Frank de una gestión rigurosa y eficiente— era ejemplo que ni pintiparado de la acendrada mentalidad alemana de Werner. De hecho, Frank era típicamente inglés. Vago y simpático, no pasaba de ser un funcionario y un individuo despreocupado, sin la energía ni la predisposición a organizar semejante esquema.

Werner, por el contrario, era provinciano e intolerante, como son proclives a serlo los alemanes, y en esa diferencia de carácter se cifraba la razón de su enemistad; pero yo no pensaba decir a ninguno de los dos mi opinión. A Werner le habría horrorizado, pues él siempre se había tenido por un liberal cosmopolita. Aunque, claro, todos los intolerantes acomodados que han visto mundo se arrogan ese calificativo.

—Mientras paguen al contado lo que beban... —dije.

Mi falta de seriedad disgustó a Werner.

—A mí no me importa que la gente de Frank venga aquí, pero no quiero que monopolicen el hotel y quieran convertirlo en una especie de horrendo *pub* inglés. Y, además, Bernie —añadió con voz mesurada, como si hablase con una criatura—, si vives aquí, te espían.

Ingrid se encargó de solventar mis dificultades en responder a Werner. Tuve la impresión de que no nos escuchaba con mucha atención, o quizá estuviera ya al corriente de las sospechas que abrigaba su esposo respecto a que el personal del Departamento fuese a metamorfosear su bar. Durante un lapso en la conversación dijo:

—Es que hay algo más. Les he oído hablar de Bernard y su esposa.

¡Mi esposa! ¡Mi esposa! Ahora sí que acaparaba todo mi interés, y quise escuchar todo lo que tuviera que decir. Nos contó que la Duchess había estado en el bar a primera hora de la tarde, que pidió un gin-tónico y se puso a leer el *Daily Express*. Hacía poco que Werner compraba para el hotel periódicos franceses e ingleses, aparte de los alemanes, y los empalaba en un *Zeitunghalter*^[2] de madera que colgaba en el perchero de los abrigos. Otros dos del Departamento —una mujer y un hombre— entraron al poco rato e invitaron a la Duchess a su mesa.

Por la descripción que hizo Ingrid de la segunda mujer del trío —voz, pañuelo Burberry, broche de diamantes en forma de herradura— deduje que se trataba de Pinky. No había más que una Pinky; a Dios gracias. Su papá era propietario de caballos de carreras, la mamá cazaba el zorro, y las aventuras

nocturnas de su hermanito aparecían regularmente en las crónicas de sociedad. La recordaba de cuando había empezado a trabajar en el Departamento, poco después de divorciarse de «Bang-Bang» Canon, un capitán de la guardia real a caballo, que poco después pasó al ramo de seguros. Decía ella que no soportaba verle de paisano, pero quizá lo dijese en broma. Pinky comenzó a utilizar su apellido de soltera cuando Bang-Bang acabó en la cárcel por estafa.

Desde la barra, Ingrid había oído decir a Pinky, con su voz chillona de provincias: «Cuando un hombre pierde a su mujer, a mí me parece que es por negligencia, querido», mientras reía y pedía otra copa.

—¿Y el teléfono? —replicó el hombre de pelo rubio largo y ondulado, con raya alta, casi en medio, traje a cuadros y camisa color mostaza, Larry Bower, que invitaba a Pinky a una copa tras una dura jornada de trabajo en el piso franco de Charlottenburg.

Pinky contestó:

—Los teléfonos los tenía intervenidos desde el primer día en que ella se marchó. Es lo habitual. Las transcripciones se las envían a Frank.

—Acabarán por echarle —dijo Bower.

—Querido, ya sabes cómo funciona el Departamento —había replicado Pinky—. Tienen que estar seguros en lo que a él respecta y eso les llevará tiempo. Se lo quitarán de en medio en cuanto les venga bien.

—Yo a ella no la conocía —añadió Bower—. ¿Qué clase de mujer era?

—Muy hermosa —había contestado la Duchess—, pero nunca entendí por qué se casó con él. Todos los hombres que le ponían la vista encima la deseaban; para mí que era como una especie de magia. Hay mujeres que tienen ese don.

—Tampoco yo tuve mucha amistad con ella —había terciado Pinky—. Ni nadie... No era una mujer que se llevase bien con las mujeres; no sé si me explico...

—Tengo entendido que gastaba mucho en ropa —añadió la Duchess—, pero con toda franqueza tengo que decir que aunque fuese en jersey y vaqueros parecía...

—¿Una estrella de cine?

—No —replicó Pinky—, una estrella de cine no. ¡No era ninguna mema, querido! Los hombres no admiten que una mujer guapa sea inteligente, pero las hay.

—Bien, pero ¿qué clase de mujer era en el fondo? —replicó Bower—. Todos hablan de ella, pero nadie sabe realmente cómo era.

—¡Una auténtica hembra! —replicó Pinky.

—A veces una auténtica hembra es una buena esposa —sentenció la Duchess.

—¡Oh, no! —replicó Pinky—. Le hacía muy desgraciado. Era de dominio público.

—Pues parece irle bien sin ella —dijo Bower.

—A veces finge muy bien —dijo la Duchess—. Siempre lo ha hecho.

—Y bebe que es un placer —añadió Bower.

—Pues yo nunca le he visto borracho —replicó la Duchess.

—¿Ah, no, querida? Desde luego, aguantar, aguanta. Las cosas como son: nunca se identificó con nosotros, ¿a que no? —había comentado Pinky.

—¿Sabéis que no tiene un céntimo? —añadió la Duchess.

—¿Y no había desaparecido ningún papel? —inquirió Bower.

—Por lo visto, no... —dijo Pinky—, pero a saber lo que pudo copiar.

—¿Dices que telefoneó a Frank? —inquirió la Duchess.

—A primera hora de esta mañana, a su casa —había contestado Pinky, que parecía saberlo todo—. Yo no sé cómo tendría el número, porque lo cambian cada dos por tres.

—No pensarás que ella... y Frank... —dijo Bower.

—¿Con Frank? —la carcajada de Pinky se desvaneció en una risita—. ¡El bueno de Frank! No es mi tipo, querido, pero hay que ver cómo le acosan las damas al pobre. No, no lo creo posible —concluyó en tono más serio.

—¿Ni siquiera en un remoto pasado? —insistió Bower.

—No, ni siquiera en un remoto pasado —respondió la Duchess dando el tema por concluido.

—Entonces, ¿Frank se lo ha dicho? —inquirió Bower.

—¿Al marido? —dijo Pinky—. Lo de la llamada... no. Y no sabemos lo que ella le habrá dicho. Lo único evidente es que Frank anuló sus citas y mandó que le trajesen el coche a la puerta... sin chófer. Nadie sabe a dónde fue. Claro que esa súbita salida a lo mejor nada tiene que ver. Ya sabéis cómo es Frank; a lo mejor decidió pasar el día con sus amigotes del ejército, ir a jugar al golf o vete a saber.

—Espero que no vaya a empezar todo otra vez —dijo la Duchess.

—Una copita para Pinky, querido —dijo Pinky a Bower.

—¿Cómo que empiece todo otra vez? —inquirió Bower.

—Enseguida lo sabrás —respondió la Duchess—. Te complican horriblemente la vida cuando comienzan esas purgas de seguridad. Se presentan los de Seguridad Interna y no paran de hacer preguntas.

—Una copita para Pinky, querido. Una copita.

—Otras tres —había dicho Bower dirigiéndose a Ingrid en la barra. En aquel momento habían entrado cinco alegres australianos que estaban de viaje pagado por el gobierno para la adquisición de diez mil camas de hospital o algo por el estilo, gente que se pasaba el día en un enorme complejo residencial adjudicado por concurso a unos arquitectos de fama internacional que habían edificado los bloques de apartamentos más feos del mundo. Los muchachos necesitaban un trago y los animó oír hablar inglés después de tan larga jornada, se unieron a la Duchess y compañía dispuestos a tomarse unas copas, y la conversación derivó hacia temas menos trascendentes, tal como el de por qué los alemanes habían invadido Polonia.

Di las gracias a Ingrid por informarme a grandes rasgos de la conversación que había escuchado, di rápidamente cuenta de otro *whisky* y me fui a la cama.

Me habían asignado en la buhardilla mi habitación de siempre, paradigma de la que sirvió de inspiración a Puccini para orquestar la muerte de Mimí, y con el cuarto de baño bien lejos. El papel a base de flores enormes y retorcidos acantos se había vuelto marrón oscuro con el paso del tiempo y casi no se veía el dibujo; en el rincón había una cómoda pequeña en la que otrora yo guardaba mi colección de sellos, mis ganzúas artesanas y el montón clandestino de insignias nazis, que mi padre me había prohibido juntar.

Tenía la cama hecha, con un par de pijamas enrollados a una botella de agua caliente. Todo era como si Werner hubiese previsto que era cuestión de tiempo el que yo entrara en razón.

Me desvestí y me metí en la cama, puse la pistola en el zapato para tenerla a mano y me quedé dormido. Debía de estar muy cansado, porque no me faltaban preocupaciones que habrían justificado el insomnio.

5

EL hotel de Lisl —o quizá sería más apropiado llamarlo hotel de Werner e Ingrid— no tenía teléfono en todas las habitaciones. Por la mañana, a las ocho en punto, llamaron a la puerta. Era Richard, uno de los empleados de Lisl, que Werner había conservado.

—Herr Bernd —dijo—, ha telefonado un señor, Herr Bernd. El señor Teacher. Vendrá aquí a las doce en punto.

Era un joven nervioso que había llegado a Berlín, como tantos otros, para no alistarse en la Bundeswehr, trabajaba en el hotel de Lisl, había conocido a una chica y ya no pensaba volver con sus padres en Bremen. De vez en cuando llamaba el progenitor para preguntar si el muchacho «no se metía en líos»; llamadas que solía efectuar tarde por la noche y generalmente con voz ebria.

A veces deseaba que Richard no se empeñase en hablarme en inglés, pero él estaba decidido a mejorar sus idiomas. Su ilusión era trabajar en recepción de un gran hotel de lujo, aunque me había rogado que no se lo dijese a Lisl. Por consiguiente, yo guardaba su secreto y le contesté en inglés, diciéndole que almorzaría abajo y que si Herr Teacher llegaba pronto, le hiciese pasar al bar y le dijese que estaba invitado a comer conmigo.

—Exactamente lo que diga, Herr Bernd —contestó Richard, parpadeando nervioso. Disponía de un acopio de frases hechas que transcribía en inglés aceptable, pero su problema estribaba en unir los fragmentos sin que se notase el hiato.

—Gracias, Richard.

—Calurosamente bien venido, Herr Bernd. Que tenga un buen día.

—Igualmente, Richard —dije.

Una vez despierto, me acosó la acuciante necesidad de tomar una taza de café fuerte. De manera que a las nueve y cuarto me hallaba sentado en el comedor —el salón de desayuno estaba en obras— con Lisl, quien con un ademán solicitó una cafetera a Klara. La fiel Klara llevaba un blanco delantal anticuado y almidonado, con puntilla en el babero. Lisl siempre se refería a

ella como das Dienstmädchen^[3], cual si fuese una sirvienta quinceañera recién empleada, pero Klara era viejísima. Era una mujer delgada y nervuda, una especie de pájaro de ojos brillantes y pelo gris, recogido en tieso moño en la nuca, peinado de moda en su juventud. Estaba encorvada por toda una vida de intenso trabajo, ya que llevaba ni servicio de Lisl desde mucho antes de abrirse el hotel.

—Y esta vez —le dijo Lisl con énfasis— no echés tanto café.

—Hay a quien le gusta el café fuerte —dije yo a Lisl, pero ella le hizo un gesto a Klara para significarle que no me hiciera caso.

Cuando Klara se alejó a donde no nos oía, Lisl añadió con voz alta y sincera:

—Despilfarra el café y es muy caro. ¿Sabes por cuánto me sale?

Con el rabillo del ojo ví que Klara volvía la cabeza para oír mejor lo que decía Lisl. Yo iba a replicarle que ya era hora de que dejase de preocuparse por esas cosas y que pusiera la contabilidad en manos de Werner, pero recordé que la última vez que había hecho una observación por el estilo me había ganado un aluvión de reproches, manifestándome que no era tan vieja para no saber cómo llevar un hotel. Supongo que Ingrid y Werner habrían descubierto el método para manejar a la anciana, dado que no se había opuesto a las reformas llevadas a cabo.

El comedor, por ejemplo, lo habían rehecho totalmente, destapando el recubrimiento original de madera, y los innumerables grabados habían sido sustituidos por acuarelas contemporáneas: escenas callejeras de Berlín de un pintor local; no desentonaban de un crudo dibujo de George Grosz, que era el único detalle conservado de la anterior decoración. Aquel cuadro siempre había estado junto a la mesa que ocupábamos —próxima a una ventana que daba al patio— y que era la preferida de Lisl para almorzar. Uno de los críticos más encarnizados de Lisl había dicho de ella en cierta ocasión que era como un dibujo de Grosz: blanco y negro, una persona extremista, una desdibujada caricatura del Berlín de los años treinta. Y, ahora, aquella mujer obesa, con su vestido negro de manga larga y sus penetrantes ojos pintados de oscuro, sí lo parecía.

Llegó el café y Klara me lo sirvió en la taza. Era un brebaje claro sin aroma ni color. No dije nada y Lisl hizo como si no lo hubiesen traído, dando un sorbo a la leche, pues por entonces no tomaba café. Untaba muy despacio un trozo de manzana roja y una rebanada de pan de centeno con queso Emmenthal suizo; su vieja mano artrítica —blanca, pecosa y llena de sortijas de brillantes— sostenía el afilado cuchillo con el que cortó un trozo muy

pequeño de la manzana. La cogió con los dedos, masticándola despacio, con cuidado de no correrse el llamativo carmín de labios.

—Werner tiene sus ideas —dijo de pronto. Lo exponía como si hubiésemos estado hablando de él y contestase a alguna pregunta—. Werner tiene sus ideas y es decidido.

—¿Qué ideas?

—Ha revisado los libros de registro y ahora usa una de esas procesadoras de palabras para escribir cartas a todos los clientes que se han alojado aquí en los últimos cinco años. Y, además, lleva una relación de todos con su nombre, el de la esposa, lo que les gusta comer y cualquier incidente que hayamos tenido con ellos.

—Excelente —dije—. ¿Y no crees que debe hacerse así? —añadí al ver que torcía el gesto.

—Yo he llevado años el hotel sin necesidad de esas cosas —replicó, pero no dijo que no fuese el modo de llevarlo. No pensaba dar su brazo a torcer hasta comprobar el resultado de las nuevas ideas de Werner; no le gustaba equivocarse.

—Werner es listo para los negocios —dije.

—Y para el *bridge* por las tardes —añadió ella—. Los de Frank Harrington vienen a jugar por las tardes. ¿Verdad que a los ingleses les gusta el *bridge*?

—A algunos —contesté.

Lisl rió inmisericorde. Solía darme buenas palizas al *bridge*. Al reír, su gran talle se agitaba y el vestido de raso brillante se le arrugaba. Alzó la mano y se tocó el rabillo del ojo con el meñique. Era un airoso gesto con el que verificaba la adhesión de sus enormes pestañas postizas.

—Para mí Werner es como un hijo.

—Él te aprecia mucho, Lisl —dije. Supongo que habría debido decir que la quería, porque los sacrificios que Werner hacía por ocuparse del hotel no dejaban lugar a dudas.

—Y quiere a la casa —dijo ella, cogiendo otro trocito de manzana y masticándolo ruidosamente, mientras bajaba la vista al plato como si no la interesase mi respuesta.

—Sí —dije. Era algo que no se me había ocurrido pensar, pero lo cierto es que Werner había nacido en ella durante la guerra y era el hogar en que se había criado. Aquel lugar debía encerrar para él más recuerdos sentimentales que para mí; sin embargo, en nuestras conversaciones nunca me había

manifestado su sentir. Egoísmo imperdonable por mi parte no haber advertido lo que era obvio—. Y, además, tienes aquí a tu sobrina —añadí.

—Ingrid —asintió Lisl con un carraspeo, balanceando la cabeza—. Sí, mi sobrina.

—Claro —insistí. Como Lisl no dejaba de repetir a quien fuese que Ingrid era hija ilegítima de su hermana y, por consiguiente, no sobrina suya, interpreté tal aceptación como un notable progreso para Ingrid.

—¿Tienes que ir a algún sitio? —inquirió ásperamente—. No paras de mirar el reloj.

—Al banco. Debe de haber llegado dinero para mí y tengo una deuda con Frank.

—A Frank le sobra dinero —dijo ella, rebulléndose en la silla. Era su manera de subestimar la generosidad de Frank por prestármelo y mi integridad por devolvérselo—. A ver si un día recoges todas esas cosas de tu padre —añadió al ver que me levantaba.

—¿Qué cosas?

—Hay una pistola y un uniforme apolillado... que nunca se puso menos cuando se lo mandaban... y está la cuna que tu madre prestó a Frau Grieben, la de enfrente, y libros ingleses... de Dickens, creo, y el escabel y el colchón. Además, tienes un montón de papeles, facturas y qué sé yo. Lo habría tirado todo, pero pensé que querrías echarle un vistazo.

—¿Qué clase de papeles?

—Los que había en el viejo escritorio que utilizaba tu padre. Se le olvidó vaciarlo por las prisas y me dijo que volvería a recogerlos, pero no lo hizo. Ya sabes lo distraído que era a veces. Yo, después, convertí el cuarto en trastero y no volví a acordarme.

—¿Y dónde los tienes ahora?

—Hay libros de contabilidad y montones de cartas. No debe ser importante porque no me escribió pidiéndolo. Si no lo quieres, lo tiras; pero es que Werner me ha dicho que limpie ese trastero para transformarlo en cuarto de baño.

—Sí que me gustaría echarles un vistazo, Lisl.

—Y así acabará por tener menos dormitorios. ¿Cómo va a ganar más dinero?

—¿Cuándo puedo echarles un vistazo?

—No seas pesado, Bernd. Está guardado y nadie lo toca. El cuarto ese está lleno de porquerías y no hay donde ponerlas. La semana que viene... o la próxima. Yo sólo quería que me dijese si te interesaba.

—Sí, Lisl, gracias —dije.

—Y cómprame la Guía Michelin de Francia. ¡La nueva que acaba de salir! No me traigas la vieja.

¡La Guía Michelin de hoteles de Francia! Hacía años que Lisl no salía de su casa, salvo para ir al banco, y ni eso desde su ataque cardíaco.

—¿Es que piensas ir a Francia? —inquirí, pensando en si habría trazado algún plan absurdo para visitar a su hermana Inge que vivía allí.

—¿Por qué iba a ir a Francia? Ya se ocupa Werner de todo, ¿no? No hacéis más que decirme que vaya a algún sitio a descansar.

Cierto que Werner estaba pensando en ingresar a Lisl en una casa de reposo, pero yo no veía cómo decírselo.

—La nueva Guía Michelin de Francia —repetí—. Te la traeré.

—Quiero ver cuáles son los mejores restaurantes —dijo ella animada. No sabía si bromeaba, pero con Lisl nunca se sabía.

Pasé el resto de la mañana paseando por la Ku-Damm. Ya no había nieve y el sol era hiriente. Se habían deshecho las nubes y se veían retazos de azul, pero bajo un cielo así la temperatura sigue siendo fría. Los cazas supersónicos soviéticos producían ensordecedores bangs como parte del sistemático acoso a que someten a las principales avanzadillas del capitalismo en el Este. Tras pasarme por el banco, anduve por librerías y fui a los grandes almacenes Wertheim's; en la cafetería de la planta baja había toda clase de apetitosos aperitivos, y me tomé un vaso de cerveza alemana fuerte, comí un par de arenques Bismarck y durante una hora me olvidé de la perspectiva de un almuerzo incómodo, si no francamente conflictivo. Mis problemas se disiparon y a mi alrededor únicamente llamaban mi atención las voces siempre animadas de los berlineses. Aquellas bromas y maldiciones eran únicos para mis oídos, porque Berlín era mi ciudad, y me retrotrajeron a la infancia, cuando corría decidido por la Ku-Damm en busca de mi madre, que me esperaba en la cocina, y de mi padre, en la mesa, en el último piso de aquella extraña casa que era nuestro hogar.

El tiempo pasa rápido cuando la mente rememora semejantes momentos felices, y tuve que darme prisa para llegar al hotel de Lisl a mediodía. Cuando entré en el bar no se veía a Teacher por ninguna parte. Me senté y me puse a leer el periódico. A las doce y media entró un hombre que echó un vistazo buscándome, pero no era Teacher, sino el «residente» en Berlín, Frank Harrington.

—¡Bernard, me alegro de verte! —dijo quitándose el sombrero. Su gesto y cordial saludo no explicaban a qué se debía el cambio de plan, e inmediatamente pensé que su presencia estaba relacionada de algún modo con la enigmática conversación que había escuchado Ingrid.

Quizá fuese la actitud paternal de Frank lo que hacía su comportamiento tan poco fuera de contexto. Creo que ni aterrizando inopinadamente en la luna particular de Frank le habría causado sorpresa alguna y él habría sido muy capaz de saludarme diciendo: «¡Bernard, me alegro de verte!», al tiempo que me ofrecía una copa o me comentaba que yo había engordado.

—Me habían dicho que estabas en Berlín, Frank.

—Anoche llegué de Londres. Gajes del oficio.

—Claro —dije, tratando de leer en su rostro qué se traía entre manos, pero su arrugada cara mostraba la misma afabilidad de siempre—. Esta mañana he estado en el banco —añadí— y te he transferido las mil libras que me prestaste —le entregué el recibo y él lo dobló y se lo guardó en la cartera sin leerlo.

—¿Crees que tu amigo Werner nos servirá una copa? —dijo humedeciéndose los labios.

En su voz se evidenciaba la duda de que su pretensión pudiese exceder las capacidades de Werner o que éste no estuviese dispuesto a hacerlo. Sin quitarse la gabardina y con el sombrero en la mano, miró en derredor casi a hurtadillas. A Frank nunca le habían gustado Lisl, Werner ni el hotel, y, por lo visto, aumentaba su malestar por encontrarse allí ahora que Werner era el director.

—¡Klara! —dije sin necesidad de alzar la voz, pues la anciana se había acercado dispuesta a recoger el abrigo y el sombrero de Frank—. Un gin-tónico doble para mi invitado.

—¿Ginebra Plymouth con Schweppes? —inquirió Klara, que por lo visto sabía mejor que yo lo que bebía Frank, al tiempo que cogía la trinchera, el sombrero y el paraguas.

—Sí, Plymouth con tónica —respondió Frank—. Sin hielo —no se sentó inmediatamente en la silla que le ofrecí y permaneció en pie, preocupado, cual si fuese incapaz de recordar lo que le había traído por allí. Lanzó un suspiro antes de dejarse caer en el banco recién tapizado de cretona—. Sí, gajes del oficio —repitió—. Y en estos momentos es la clase de tarea de la que me gustaría estar exento.

Se le notaba cansado. Tendría sesenta y tantos años y no era tan viejo, pero le habían pedido que continuase en su puesto a una edad en que ya lo

tenía todo a punto para retirarse, y desde entonces había disminuido algo su entrega al trabajo.

O quizá fuesen imaginaciones mías, pues aquel día Frank tenía un aspecto que casi restableció mi fe en el sistema inglés de colegios privados. Irradiaba lealtad, confianza y buena cuna. Tenía el pelo ondulado y canoso, pero no con las ondas de un donjuán ni tan grisáceo que pareciese teñido. Hasta las arrugas del rostro eran esa clase de arrugas que dan aspecto de deportista buena persona. Y, por supuesto, Frank disponía de un criado que le planchaba sus trajes de Savile Row y le limpiaba los zapatos hechos a mano, cuidándose de que tuviese las camisas de Jeremy Street con el punto exacto de almidonado en el cuello.

—¿Te has enterado de lo de mi hijo? —estaba hurgando en los bolsillos y me hizo la pregunta con ese tono intrascendente que, en determinados ingleses, denota que aluden a un asunto de vital importancia.

—No —contesté—. ¿Qué le pasa?

Frank había expresado de siempre la ilusión de que su hijo consiguiese un puesto en el servicio diplomático; tenía preparado ya de antemano el terreno, cuando el muchacho salió de Cambridge con manifiesta intención de hacerse piloto de aviación comercial, y Frank no llegó a tomárselo muy en serio, pero después de verle volar varios años tuvo que admitir a regañadientes que el hijo estaba decidido a vivir su propia vida.

—Le han suspendido en el examen médico.

—Cuánto lo siento, Frank.

—Sí, para un piloto civil es una sentencia de muerte. Así me lo ha dicho por teléfono: «Es mi sentencia de muerte, papá». Sólo ahora comprendo lo que significaba para él esa puñetera profesión —dijo enjugándose nervioso los labios; yo sabía que era la primera persona a quien le confesaba sus pesares—. Volar debe ser tan aburrido, tan monótono. —Era precisamente esa actitud suya de superioridad la que su hijo le había reprochado con gran pesar y la que había sido la causa de aquella barrera infranqueable entre ambos—. Yo nunca la he considerado una profesión para un chico con un buen título universitario —añadió con mirada burlona, y recordé que yo no tenía título de ninguna clase.

—¿Y qué piensa hacer? —inquirí apresuradamente por romper el hielo.

—Aún no ha tenido tiempo de reaccionar —respondió él con una risita, tratando de ocultar la pena que sentía por el drástico final de la carrera de su retoño.

—No será tan grave —dije, improvisando sobre la marcha—, le darán un puesto en tierra y acabará en una poltrona del consejo de administración. — Yo sabía que esa clase de aburrido trabajo administrativo era algo que él aprobaría encantado.

—Son muchos —replicó él—. Hay demasiados pilotos sin trabajo que no saben hacer otra cosa más que pilotar un Airbus. Él no servirá para nada en un despacho, Bernard; tú lo sabes. —No había cesado de hurgarse en el bolsillo distraídamente y al final extrajo una petaca de hule amarillo. Sacó del bolsillo superior de la chaqueta su pipa de cerezo y la sopló para probarla antes de abrir la petaca.

—No sé si seguirá estando permitido fumar aquí, Frank —le dije.

—Tonterías —replicó él, reclinándose y comenzando a llenar la cazoleta, apretando el tabaco con el pulgar.

Llegó Klara con el gin-tónico y, al ponérselo delante, vio la pipa y dijo:

—*Hier darf nicht geraucht werden, Herr Harrington*^[4].

—¡Tonterías! —contestó Frank.

Pese a su seductora sonrisa, Klara enarboló un dedo e insistió:

—*Die Pfeife! Die Pfeife ist strenglich verboten*^[5]!

Frank siguió sonriendo y no contestó. Klara me miró, puso cara de enfado como inquiriendo cómo solventaría Lisl aquel problema, y luego se encogió de hombros antes de marcharse. No creo que a Klara le importase mucho que los clientes fumasen en el comedor, pero se limitaba a cumplir lo que había dispuesto Lisl. Con eso tenía bastante.

Tal vez la advertencia de Klara surtiese efecto, porque Frank siguió jugueteando con sus útiles de fumar sin encender la pipa. Al principio pensé que seguía absorto en las consecuencias de que hubieran suspendido a su hijo en el examen médico de piloto, pero había algo más.

—Te traigo buenas noticias, Bernard —dijo.

—¿El qué, Frank? —inquirí.

—Estás libre. Libre para volver a Inglaterra. —Quizá mi rostro no reflejase la alegría que él se esperaba—. Han levantado todos los cargos. No tienes que comparecer ante ningún comité ni tribunal.

—Ya —dije.

—No sé si entiendes lo que te estoy diciendo. Van a retirar todos los cargos contra ti.

—Creí que habías dicho que los habían retirado.

—Bernard, estás hoy muy suspicaz.

—Puede. Bueno, ¿qué es lo que hay?

Tosió. ¿Sería indicio de nerviosismo, como afirman los equipos de interrogación, o producto de la maldita pipa?

—Quedan sólo un par de trámites. Te lo aseguro.

—Una de dos —dije—: ¿te envía Londres a que me pongas una pistola en la sien? —miré por la ventana. El cielo azul no había sido más que un breve intervalo, un engaño. Volvía a estar nublado y parecía que iba a seguir nevando, a llover si subía la temperatura.

—Vamos, Bernard. No hay nada de eso.

—¿Qué trámites?

—Pues que no nos gustaría que enviases tus memorias a ningún semanario —contestó tamborileando con la pipa en la mesa y sonriendo, como si la imposición fuese algo atroz, como mandar lanzarse en paraguas desde el Big-Ben—. Ni tampoco que apelases al tribunal supremo —concluyó con otra sonrisa.

—Un momento, Frank. ¿Ante el tribunal supremo? Imposible si sigo trabajando en el Departamento —dije mirándole, pero permanecía impávido—. ¿Es que la orden de detención era un truco para deshacerse de mí? ¿Querían que me fugase? ¿Es que alguien pensaba remotamente en que me pasase al Este?

—¡No lo permita Dios!

Una ráfaga de aire sacudió las ventanas como un demonio al asalto. Pese a que eran ventanas dobles, el ruido del viento prosiguió suave y oscilante como un lamento.

—Según el punto de vista del Departamento, eso facilitaría las cosas, ¿no? Si me pasase al Este sería un disidente... Y para su buen nombre eso sería relativamente mejor que hacerme comparecer ante un tribunal inglés o incluso un tribunal militar en Berlín.

—Bernard, por favor. Lo único que se te pide es un compromiso suplementario firmado, que cubra los capítulos de confidencias, contractuales, secreto oficial, etcétera. Ya te digo: unos trámites.

—¿Me estás diciendo que me han despedido? ¿Es eso? ¿La «solución final» al problema Samson? ¿Van a amordazarme y echarme a la calle?

—Para el carro, Bernard.

—Pues dime lo que sea, Frank. Dímelo claramente.

—Quieren que dimitas... Sugieren que des aviso con un año de antelación y trabajes todo ese tiempo normalmente.

—¿Y la indemnización? ¿Y la pensión?

—A negociar.

—Ah, ahí veo la mano de Morgan: trabajar un año relegado a un puesto ignoto en el que por mi mesa no pasa un solo documento clasificado y, si me porto bien y cierro la boca, firmando mil impresos prometiendo no decir nada a nadie so pena de terribles consecuencias, puedo largarme de puntillas por la puerta de servicio con derecho a jubilación. Pero si armo jaleo durante esos doce meses, me quedo a dos velas.

—Esas cosas siempre son según se vean, Bernard.

—Pero es como yo digo, ¿no?

—Es una manera de verlo, pero yo espero que comprendas que para ti tiene su ventaja. La ocasión de poner punto final a una situación insostenible.

—Pues digo que no —contesté.

—Bernard, un momento.

—Yo no he hecho nada deshonesto. Y les consta. ¡Dios, cuando Fiona se largó pasé limpiamente todos los escrutinios ante el ministro de Defensa y el gobierno! Fui declarado libre de toda sospecha y sigo estándolo. Por eso ha lanzado ese absurdo plan de detenerme. Pero los abogados les habrán dicho que nada me obliga a comparecer; ni siquiera aquí, en el Berlín ocupado, en donde prácticamente hacen la ley. Si me hubiesen detenido en Inglaterra habría salido con grandes titulares en los periódicos y ahora el Departamento sería el hazmerreír.

—Pues sí —dijo Frank con una especie de suspiro—. En realidad, tengo entendido que el delegado habló de tu caso y de la orden de detención con un miembro del despacho del ministro de Justicia.

—Y saldría con el rabo entre piernas.

—No sé lo que le dirían —con la mirada baja, centraba toda su atención en la petaca. La posición de Frank como jefe de destacamento de Berlín le ganaba muchos enfrentamientos con Central de Londres. No podía ocultar del todo su contento por el lío que había organizado Londres con aquel asunto, y el hecho de que le hubieran pedido que les sacase las castañas del fuego le daba aún más morbo.

—No pienso dimitir —le dije—. Trabajaré ese año como indican, pero sólo si sigo en el mismo puesto. Si al cabo de doce meses el Departamento quiere mi cabeza, ya hablaremos de indemnizaciones.

—Yo no veo la diferencia, Bernard.

—¿Ah, no, Frank? Pues la diferencia es que si ahora lo dejo voluntariamente, sería como admitir que he hecho algo malo, que he vendido secretos a una potencia extranjera o me he llevado a casa lapiceros de la

oficina. Pero si me emplean normalmente otro año, quedará tácitamente demostrado que las acusaciones eran falsas.

—Esa respuesta no les gustará —replicó Frank—. Porque lo que desean es zanjar el asunto sin dilación.

El viento volvió a soplar furioso, más fuerte esta vez. En cuanto cesase, llovería.

—Ya me imagino. Bien, podemos zanjarlo rápidamente, si eso es lo que quieren. Envío mi historia por telefax al New York Times.

Frank permaneció un instante sin reaccionar. Luego se restregó la cara y dijo:

—No gastes bromas de éstas, Bernard. Tiemblo de pensar el daño que nos podrías hacer con semejante tontería.

—Muy bien, Frank, nada de bromas de éstas; pero tú informa a Londres que eso o nada.

—No conozco a nadie que sepa tanto como tú —añadió en voz baja y mesurada—, ni con tu instinto para seguir las tramas de esta plaza, Bernard. El tiempo que has sido agente secreto, más lo que has trabajado en el negociado alemán en Londres, te convierten en una persona clave y, por consiguiente, en objetivo de primera. Conoces el Departamento desde que tu padre te sentaba en sus rodillas. Supongo que entenderás por qué están tan preocupados.

—Claro, Frank. Tú informa a Londres que eso o nada.

—No aceptarán el chantaje, Bernard.

—Eso suena muy feo, Frank.

—¿Tú crees? Siento de verdad que tengas esa impresión por lo que te he expuesto. Lo único que yo pretendía era hacerte ver que tu enfoque es equivocado. Su oferta es de buena fe. ¿Vas a tirársela a la cara?

—No pienso dimitir.

—Vuelve a Londres. Yo lo arreglaré todo. Vuelve a la oficina y haz tu trabajo normal. Deja de momento lo de dimitir y yo hablaré con el viejo.

—Sigue en pie el asunto de Fiona —dijo.

—De tu mujer no hablemos —replicó Frank, encogido como si le hubiesen agredido.

—Tengo que saber si Fiona desertó o se pasó a ellos para continuar la labor del Departamento.

Frank se me quedó mirando. Era un rostro impasible, sin la menor fisura.

—Muy bien —dijo—, oficialmente no puedes decírmelo; y lo entiendo, Frank. Pero es mi esposa y tengo que saberlo.

Aguardé a que elaborase una respuesta compatible con su criterio de dignidad, pero no contestó.

—A Fiona la enviaron, ¿verdad? ¿Sigue trabajando para nosotros?

Su cara era la del Frank que yo conocía desde niño, pero sus ojos implacables denotaban un Frank cuya existencia yo siempre había negado. Aquella imperturbable reacción a mi pregunta suscitó mi resentimiento; al contrario, me impulsó aún más a desear su ayuda y auxilio. Indudablemente, aquello era el secreto del éxito de Frank durante tantos años. Me había costado mucho descubrirlo.

—¿A que sí?

Creí ver en sus ojos una respuesta afirmativa. Estaba seguro de que Frank no permitiría que yo abrigase el peligroso convencimiento de que Fiona era inocente si verdaderamente se había pasado al enemigo.

Tras lo que se me antojó una eternidad, él dijo:

—Te prohíbo que hables de Fiona conmigo o con quien sea. Ya te dije que haría lo que pudiese por enterarme de lo que quieres saber. Entretanto, tú cierra la boca. Apártala de tu pensamiento.

—Vale.

—Te lo digo en serio.

—Te he dicho que vale.

—¿Así que irás a Londres lo antes posible? —dijo él, ya algo relajado; yo asentí con la cabeza—. Tendrás mucho trabajo atrasado.

Me miró un instante antes de meterse la mano en el bolsillo y ponerme delante un sobre blanco tamaño folio.

Le miré y sonreí. Me había manipulado, y con tal confianza de salir airoso, que había venido incluso con el billete de avión.

—Jaque mate en tres movimientos, ¿eh, Frank? —dije sonriendo, para paliar mi sarcasmo.

—Pensé que querrías ver a Gloria y a los niños sin tardanza —dijo, tocando el billete y acercándomelo un centímetro—. Esta misma noche estarás con ellos. Mañana vas a la oficina y haces tu trabajo normal. Ya te llamaré a casa para decirte cómo va el asunto.

Se guardaba mucho de dejar entrever un deje triunfalista en su voz. Por la entonación se habría dicho que compartíamos la misma adversidad.

—Gracias, Frank —dije cogiendo el billete—. ¿Qué ha pasado hoy con nuestro colega Teacher?

—No te arrepentirás, Bernard. Es un buen consejo el que te he dado; el mismo que te habría dado tu padre. —Hizo una pausa con un profundo

suspiro, sin duda celebrando el poder cambiar de tema—. Teacher... Sí; una pega —dijo, cogiendo la pipa y llevándosela a los labios—. Se ha largado su mujer. Una chica preciosa y muy inteligente, esa Clementine. Una criatura despampanante; un tipazo. ¿La conoces?

Asentí con la cabeza. Frank tenía buen ojo para las mujeres jóvenes y atractivas con buen tipo. Miraba hacia el infinito como pensando en ella.

—Se ha largado con un ostentoso productor de cine yanqui al que conocí hace diez años. Las mujeres son muy impulsivas, ¿no es cierto? ¿Qué puede inducir a una joven casada a semejante arrebató?

El viento había cesado y el cielo estaba encapotado. No tardaría en llover.

—Pobre Teacher —dije—. Parecía quererla mucho.

Me daba cuenta ahora de por qué Clemmie se había revolucionado tanto al verme llegar a su casa a comer el domingo. No tenía sentido que le reprochase al marido el hecho de que yo fuese un agente caído en desgracia, sino que se pensó que el Departamento se olía sus planes y me enviaba a espiarla.

—Ese cabrón americano se la ha llevado a un festival cinematográfico en Varsovia. ¡En Varsovia! Figúrate cómo habrán comenzado a funcionar las alertas. Londres ha reaccionado exageradamente y el télex ha estado al rojo vivo: «Hagan esto; no hagan aquello; anulen mensaje anterior; envíen datos actual paradero». Ya sabes. Afortunadamente, la señora Teacher ha debido darse cuenta de los inconvenientes que nos causaba porque me ha telefoneado desde el hotel de Varsovia para explicarme, en prudentes términos, que era una simple incompatibilidad conyugal. Me ha dicho que es la primera vez que se enamora, entre grandes sollozos, y me ha jurado que nunca volvería con su marido, que piensan asistir a un festival de cine en Japón y luego van a Estados Unidos. Quiere vivir en Beverly Hills. Y me ha dicho que no me preocupara. —Frank sopló en la pipa y me dirigió una sonrisa—. Así que no me preocupo.

Así que era eso lo que había provocado la excitación de la Duchess y sus amigos. Hablaban de los Teacher y no de Fiona.

—¿Y Londres, qué?

—Central de Londres tiene agoreros profesionales en plantilla, pero es imposible encerrar a las esposas de los agentes en el armarito de la limpieza mientras ellos trabajan, ¿no? —dijo, comenzando a aplastar el tabaco en la cazoleta—. En cierto modo, es una lástima no poder hacerlo.

Se oyó un rumor tenue de lluvia acariciando las ventanas. Al principio eran gruesas gotas a intervalos regulares, pero enseguida comenzaron a azotar

los vidrios en auténticos regueros, venciendo las ramas de los árboles y distorsionando furiosamente la panorámica urbana.

6

NO soy paranoico. Es decir, no soy paranoico al extremo de desconfiar de todos los que me rodean. Sólo de algunos. Cuando a la mañana siguiente entré en la oficina todo parecía normal. Una vez que hube terminado de dar un repaso a mi escritorio, me llamaron de arriba. Dicky Cruyer, supremo del negociado alemán y mi inmediato superior, estaba de un humor excelente, que casi habría podido calificarse de jovial.

—¡Buenos días, Bernard! —dijo sonriente. Era un hombre delgado y huesudo, de cutis claro y cabeza tipo negrito con pelo rizado, que yo sospechaba se debía a una asidua permanente.

Durante aquellas semanas de vida dura en Berlín me había hecho a la idea de no volver a entrar en su despacho; realmente, de no volver más a Inglaterra. Así que eché una ojeada a la oficina y me quedé admirado como si fuese la primera vez. Me puse a observar una mesa nueva de palisandro en la que estaba él instalado en lugar de en su escritorio, y, a sus espaldas, la pared llena de fotos, casi todas de él; escruté el sillón Eames de mullido cuero negro y el escabel a juego y la ligeramente tiñosa piel de león en el suelo, que advertí que había situado de modo que entorpeciese menos el paso. Lo miré todo como maravillado.

—Me alegro de que te encuentres en forma para trabajar de lo lindo —dijo Dicky—. Hay mucho que hacer ahora que han concluido las vacaciones —añadió inclinándose hacia adelante, con los codos apoyados en la mesa y las yemas de los dedos tangentes. Estaba en mangas de camisa, con tirantes rojos y una corbata floreada. El delegado había cuestionado sus vaqueros y cazadora de cuero, y ahora Dicky venía a la oficina con traje, pero aquella nueva imagen, con corbatas vistosas y tirantes llamativos, era como una sutil transgresión a las restricciones vestimentarias.

—Sí que lo estoy —dije mirándole, recibiendo una sonrisa por respuesta. ¿Pensaría en serio que había estado de vacaciones? No podía saberse por aquella sonrisa afable y relajada, pero el modo en que se tocaba las puntas de los dedos en rapidísimo staccato, traicionaba un nerviosismo latente.

—El delegado de Control europeo quiere un conciliábulo a las diez y media. Es mejor que vengas tú también y tomes notas.

—¿De qué se trata?

El delegado de Control europeo era un australiano llamado Augustus Stowe. Dicky apenas lograba ocultar la envidia que le tenía, y solía referirse a él por el título del cargo, con sarcástico énfasis como si Stowe lo ocupase sin merecerlo. Aquella actitud hacia Stowe, junto con las indirectas sobre su incompetencia, la compartían algunos del círculo íntimo de Dicky. Stowe, niño prodigio sin par, había sido profesor de Lógica en la universidad de Perth y algunos seguían llamándole «doctor Stowe», cual si un hombre con doctorado fuese poco de fiar para el Departamento.

—Hay una serie de cosas... —dijo Dicky vagamente, que era su manera de confesar que no tenía ni idea. Sospeché que se sentiría intimidado por Stowe, que tenía un genio de mil demonios cuando se descubría alguna deficiencia, por lo que sus entrevistas con Dicky eran bien poco afables muchas veces—. ¿Un café?

—Sí, gracias.

Por muchas deficiencias que tuviese Dicky, éstas no incluían el instinto de conversador ni el café. Gastaba Chagga, de la nueva tienda del señor Higgins en Duke Street, y enviaba un motorista a recogerlo. Un buen día alguien se preguntaría por qué los despachos urgentes secretos llegaban en aromáticos paquetes marrones del señor Higgins dos o tres veces por semana.

—¡Fabuloso! —exclamó al entrar la secretaria con una resplandeciente bandeja de madera y el humeante jarro de vidrio, las tazas de Spode y el jarrito de la leche. Las tazas venían con agua caliente, porque Dicky sostenía que las tazas caldeadas eran un factor fundamental para el aroma. Vertió el agua caliente en un cuenco y se sirvió él primero. Probó el café y entornó los ojos con el jarro en el aire—. Mejor aún que el último envío —sentenció.

—¿Viene a por mí Stowe?

—No viene a por nadie —contestó él.

Miró por la ventana mientras tomaba el café. La meteorología de Berlín seguía con temperatura invernal, pero aflojaba en Inglaterra y una serie de máximas había procurado calor bastante para que los árboles comenzasen a retoñar y un tibio sol dorado bañase las calles. Era un falso verano, la clase de tiempo que incita a que uno salga de casa sin abrigo y vuelva acatarrado.

A las diez y media me dirigí al despacho del delegado para Europa. Lo recordaba de cuando había sido decorado al gusto caro y un tanto vanguardista de Bret Rensselaer —cromados, cristal, cuero negro y mullida

alfombra—, pero ahora no quedaba nada de aquello. Sería faltar a la verdad decir que estaba desnudo, ya que las paredes conservaban aquel color gris-verdoso de antes de marcharse Bret, pero donde antes destacaba un exquisito Durero, colgaba ahora el consabido retrato de la reina. El escritorio de Stowe era de esos metálicos que hay en los departamentos de mecanografía y la poltrona era el modelo de respaldo basculante que usa el Ministerio de Obras Públicas para disuadir a las visitas de permanecer sentadas mucho tiempo en la zona de recepción de la planta baja.

Dicky Cruyer había llegado ya. Se había puesto la americana sobre sus tirantes rojos, lo que interpreté como gesto de deferencia. Es muy posible que la reunión hubiese comenzado antes de la hora, porque a Dicky le gustaba contar con un preámbulo de charla confidencial antes de entrar en materia. Se hallaba sentado en una silla metálica de patas desniveladas que se movía cuando cambiaba de postura. Las tres sillas para visitas de aquel despacho tenían el mismo defecto. A mí me habían contado que el delegado lo había hecho adrede, pero me extraña que Stowe tuviera necesidad de semejante truco psicológico para desequilibrar a sus visitas.

Augustus Stowe tenía el cabello negro como el azabache, aparte de un abundante bigote, y ese mismo pelo negro le salía por oídos y fosas nasales, le guarnecía las mejillas y le cubría el dorso de las manos. Era extraño que fuese tan calvo. El pelo cuidadosamente peinado y las patillas únicamente servían para acentuar la cúpula rosada y brillante de su cráneo.

—Es una tontería que se quede ahí tocándose las narices, Dicky. Tiene que ir algún menda —decía Stowe con esa naturalidad directa de los antípodas que tantas animosidades le había ganado en el Departamento—. Usted puede ir —añadió de un modo que implicaba ser su último y desesperado recurso.

—Usted déjelo en mis manos, Gus —contestó Dicky.

Aunque no era su estilo hacer comentarios a ese respecto, tuve la impresión de que a Stowe no le gustaba que le llamasen Gus. Pensé si Dicky se percataría o es que le provocaba adrede.

—No, Dicky —replicó Stowe—, cuando dejo en sus manos esta clase de cosas, acaban devueltas a mi bandeja seis semanas después... con el sello de urgente.

Dicky se llevó la punta de los dedos a sus delgados y pálidos labios, como conteniendo la tentación de reír un chiste tan bueno.

—Puede ir Bernard —contestó—. Él puede resolverlo.

—¡Resolver! —repitió Stowe despectivo con su categórico gruñido australiano—. Claro que sí; eso es lo que yo decía, que puede hacerlo un atolondrado cualquiera.

—Bernard conoce Viena —añadió Dicky.

Era una burda mentira, pero no le contradije, y Dicky sabía que no lo haría, porque al jefe no se le contradice delante de un superior.

—¿Ah, sí, Bernard? —inquirió Stowe. En torno a su cabeza volaba una mosca gorda, que él espantó con ademán casi regio.

—Estuve allí con Harry Lime —contesté.

Stowe me obsequió con una escueta sonrisa despectiva.

—Viena es sólo parte del asunto —dijo. No era hombre fácil de engañar, aunque quizá no fuese algo tan evidente para quien le viese por primera vez. Stowe vestía traje gris con chaleco de una tela muy rara, una corbata de nudo muy grueso y botas con cremallera lateral. Su indumentaria parecía un disfraz de teatro sacado del guardarropía de una vieja compañía de repertorio. Hasta su reloj de pulsera era de extraña forma trapezoidal, con un cristal marrón descolorido, que le obligaba a acercárselo a la cara para ver la hora.

Para mirar el reloj se había quitado las gafas de concha. Aquellas gafas tan estilizadas constituían un aspecto incongruente de Stowe, pues de él cabía esperar que utilizase anteojos redondos de montura dorada, doblados y quizá sujetos por una pizca de pegamento color carne. Eran unas gafas caras y modernas, que, tras mirar la hora, blandió como alardeando de ellas.

—Y Bernard habla bien ruso —insistió Dicky.

—Todos hablan inglés —replicó Stowe, volviendo a mirar el reloj.

—Pero no entre ellos —replicó Dicky—. Así Bernard los entenderá cuando charlen unos con otros.

—Hummm —replicó Stowe—. ¿Qué hora es? —añadió manipulando la corona del reloj para ajustar las manecillas.

—Las diez cincuenta y dos —dijo Dicky.

—No está autorizado a hacer ninguna concesión —me dijo Stowe con solemnidad—. Escuche lo que digan esos criminales y si cree que son tonterías, vuelve aquí y me lo dice. Pero nada de compromisos. Y vuelva enseguida. Nada de excursiones turísticas por el Danubio azul, ni paseítos para catar el vino de mayo y visitar las casas antiguas de Gronzing. ¿Entendido? —Ni el propio Stowe había podido sustraerse a la tentación de demostrarnos que había estado allí.

—Naturalmente —dijo Dicky. Ahora la mosca le acosaba zumbando, pero él no se inmutó y el insecto se alejó.

—Y, por último, no quiero que se entrometa ninguno de sus malditos amigos yanquis —dijo Stowe abriendo una carpeta y pasando páginas. Dicky me miró, dirigiéndome una fugaz sonrisa y en ese momento me percaté de que a él, Stowe más que intimidarle le desconcertaba. No sabía si responder con su mismo lenguaje tabernario o mantenerle a distancia con deferencia y buenos modales.

—¿Cómo se establece contacto? —inquirió Dicky.

Stowe consultó sus notas. La mosca aterrizó en una página y se paseó insolente por el encabezamiento.

—Ellos se pondrán en contacto con cualquiera de los nuestros que lleguen a Viena. Sí, son ellos los que establecerán contacto, claro —dijo, al tiempo que, con sorprendente rapidez, alargaba la mano y cazaba la mosca cerrando el puño. Cuando lo abrió, no había mosca.

—¿Usted cree, Gus?

—Estoy convencido —contestó él con taimada sonrisa—. Dio resultado con los yanquis en Corea. Yo sé cómo son en el cuartel general —dijo limpiándose la mano en el pantalón. A lo mejor le picaba.

—¿Y cómo son? —inquirió Dicky, dando pie a que Stowe dijera lo que deseaba. Éste le miró y resopló al estilo despreciativo del avezado conferenciante.

—Es consustancial al carácter del americano medio, y constituye una faceta de su historia, ser curioso por naturaleza, emprendedor por formación y empírico por entrenamiento —respondió Stowe—. En una palabra: los yanquis son unos cabrones entrometidos. Manténgase al margen —dijo, tratando inútilmente de capturar a la mosca—. Y no quiero que se presente en el Hilton de Viena en plan ricacho, con gafas oscuras, preguntando en recepción si hay caja fuerte y télex. ¿Entendido?

Dicky, cuyas costumbres en cuanto a gastos de viaje por todo lo alto le inclinaban más hacia el ostentoso Imperial, asintió con la cabeza.

Stowe debió imaginarse por mi mirada que Dicky no me había aleccionado mucho sobre el tema. Y la verdad es que no me había dicho ni palabra.

—Celebrará una entrevista oficiosa con gente del otro lado. Rusos, me refiero —añadió al ver mi perplejidad—. No me pregunte quiénes, cómo ni dónde, porque no estoy autorizado a decírselo.

—Sí, señor —dije.

—Prioridad absoluta; así que es de suponer que debe de ser por alguna puñetera protesta. Y me imagino que también habrá amenazas, porque es

como actúan esos cabrones. Pero usted impasible, no se amilane.

—¿Y no puede hacerlo el destacamento de Viena? —inquirí lo más tímidamente que pude—. Que yo sepa, ellos nunca se han amilanado lo más mínimo.

Stowe se tocó con suma delicadeza la calva, como si acariciase el aire. Debió creer que la mosca se le había posado en la cabeza, cuando en realidad andaba por el escritorio. Por un instante pareció como si se hubiese olvidado de la conversación que sosteníamos, pero luego me miró.

—Ya se lo he dicho; hay que eludir a los yanquis. Viena está llena de yanquis... —insistió clavando en mí su mirada—. La CIA, quiero decir.

Quedaba claro que no me prevenía contra ningún turista ni vendedor de enciclopedias.

—¿Y por qué tendría que interesarle a la CIA? —inquirí—. ¿O quiere usted decir que vamos a enviar específicamente a alguien a Viena a cada contacto oficioso?

En su rostro fue esbozándose una sonrisa. No era realmente una sonrisa, pero la carencia de regocijo estaba compensada por la astucia.

—¡Muy bien, Bernard! —dijo, volviendo la cabeza hacia Dicky para compartir el regocijo. Dicky hizo una sumisa mueca, indicio de que no entendía de qué iba la cosa; lo advertí fácilmente porque era uno de sus gestos consabidos.

Pero enseguida ví que el regocijo de Stowe era fingido por el modo en que reaccionó ante lo que consideraba una pregunta de insubordinación.

—Bernard, sé que la CIA muestra interés —dijo marcando las palabras— porque me lo ha dicho un pajarito. Y si me ordenan que futuros contactos se hagan con discreción, quizá envíe a Viena a alguien en cada ocasión. Y puede que sea precisamente a usted. ¿Qué le parece, Bernard?

No contesté. Dicky sonrió para demostrar que ahora sí sabía de qué hablaba Stowe, y, afortunadamente, dijo:

—Entonces, Gus, ¿cree que la CIA de Viena tratará de entrometerse?

—Estoy seguro —dijo él—. Brody, el jefe de misión en Viena, es un viejo adversario mío y sé que estropeará este asunto a poco que se preste la ocasión.

—¿Y sabe que va a tener lugar? —inquirí.

—Joe Brody es un cabronazo y lo adivina todo —dijo Stowe.

Se me quedó mirando y asintió con la cabeza. Pensé si no sería una advertencia especial con que me obsequiaba.

—¿Qué hora es? —preguntó, dando palmaditas a su reloj.

Dicky le contestó, tras consultar su elaborado reloj de pulsera con cronómetro, calendario perpetuo programado para integrar los años bisiestos hasta el 2001 y una luna diminuta que crecía y menguaba. Stowe lanzó un gruñido y propinó un azote con la palma de la mano a su viejo reloj en castigo por no cumplir.

—De acuerdo, Gus —dijo Dicky poniéndose en pie—. Mañana volveré a verte con alguna idea. O quizá esta tarde —añadió al ver que Stowe abría la boca para hacer alguna objeción.

—Por Dios bendito, Dicky —exclamó Stowe—, ya sé el celo con que guarda su pequeño reino, y ese excesivo amour propre, que es la divisa de todo trato con el negociado alemán, pero si cree que ignora que la semana pasada fue al director general pidiendo el regreso de Bernard porque era el único capaz de hacer este trabajo, está muy equivocado.

Dicky enrojeció de indignación, o de embarazo, o quizá una mezcla de ambos sentimientos de los que, en un caballero inglés, se espera absoluto dominio; aunque sin duda mi presencia agravaba su frustración.

—¿Se lo ha dicho sir Percy? —replicó.

—Me lo ha dicho un espía —replicó Stowe, burlón—. Sí —añadió acto seguido—. ¿De qué cree que hablamos sir Percy y yo en las reuniones, sino de todo lo que ustedes los supervisores van lloriqueándole?

Dicky estaba levantado y agarraba el respaldo de la silla en que había estado sentado como un delincuente en el banquillo de los acusados.

—Yo simplemente dije... confirmé —balbucía confuso— que... le dije a sir Percy lo mismo que a usted... que...

—¿Que Bernard podía hacerlo? Sí, exacto. Bien, ¿y por qué ha venido aquí simulando que no se había saltado el escalafón?

Entró en juego la mosca, que efectuó un círculo en torno al cráneo de Stowe.

—Le aseguro que no fue idea mía designar a Bernard —replicó Dicky indignado, mientras Stowe sonreía taimadamente.

Ahora lo veía claro. Aquella reunión había sido convocada concretamente para desencadenar una trifulca interna y era evidente que el enfrentamiento no era simplemente por quién tenía que acudir a una reunión oficiosa con la delegación del KGB, sino que aquella pugna estaba calculada para reprimir cualquier intento por parte de Dicky de invadir el terreno de Stowe. Mi mala suerte era ser el instrumento elegido por Stowe para cantarle las cuarenta a Dicky.

Al estilo inglés, la voz de Dicky se fue calmando conforme crecía su indignación; ahora sopesaba cuidadosamente sus palabras, apuntalando una enrevesada explicación. Estaba tan ofendido, que me hizo pensar en si no estaría diciendo la verdad; en cuyo caso lo cierto era que el delegado había dispuesto mi regreso, simulando que era a petición de Dicky para ocultárselo a Stowe.

—¿Puedo volver a mi despacho? —inquirí, decidido a ahorrarme aquella disputa—. Estoy esperando una llamada importante.

Stowe hizo un ademán que podía interpretarse como anuencia a que yo saliera o como rechazo a algo que decía Dicky. O quizá fuese un amago a la mosca.

Cuando salía, las palabras de Stowe acallaron las de Dicky y éste dijo:

—Mire, Gus, le doy mi palabra de honor de que no se mencionó a Bernard... —Y volvió a sentarse, como si estuviera dispuesto a quedarse allí un buen rato.

Con un suspiro de alivio salí al pasillo. Acompañado por la mosca.

Aquella tarde regresé contento a mi casita de Balaklava Road. Hasta aquel momento no había sentido gran afecto por aquella vivienda reducida del extrarradio, pero después de la fría y solitaria cama de Berlín, aquello era como un paraíso. Mi intempestiva llegada la noche anterior no contaba. La bienvenida se celebraba ahora.

Los niños habían confeccionado una gran pancarta —Papá, bien venido a casa— que habían colocado extendida encima de la chimenea, en la que ardía un fuego de verdad. Aunque yo era medio berlinés, la visión de un fuego de carbón siempre me inducía a apreciar los sutiles placeres de la vuelta al hogar. Mi maravillosa Gloria había preparado una deliciosa cena que en nada desmerecía a la de un buen restaurante. Tenía lista una botella fría de Bollinger, y me senté en la salita de estar con los niños espatarrados en la alfombra, preguntándome sobre mis aventuras en Berlín. Gloria les había dicho simplemente que estaba de servicio. Tras un par de copas de champán en mi vacío estómago, me inventé una complicada historia de localización de una banda de ladrones, con suficientes detalles inverosímiles para que el relato les hiciera reír.

No acababa de salir de mi sorpresa de lo de prisa que se iban haciendo mayores, si bien entre sus comentarios y bromas —casi todas ellas relativamente adultas y estructuradas— surgía la evidencia de algún pueril jolgorio, reclamando un juego tonto, buscar tesoros o una canción infantil.

Era una suerte vivir con ellos mientras crecían. ¿Qué morboso convencimiento del deber patriótico había impulsado a Fiona a marcharse? ¿Sería su concepto de la prioridad algún vínculo que únicamente esclavizaba a las clases medias? Yo me había criado entre chicos de la clase obrera, en una comunidad en la que todo se supeditaba a la lealtad familiar, pero Fiona había antepuesto sus obligaciones morales a su relación conmigo y los niños; nos había obligado a participar en su sacrificio. ¿Cómo no iba a sentirme profundamente dolido?

Tintineó un reloj de cocina y Gloria encabezó complacida la entrada al comedor, en el que estaba dispuesta la mesa con nuestra mejor vajilla y cristalería. Llegó la exquisita cena. «¿Te parece bien que cenemos con champán?». «Eso ni se pregunta, claro». Otra botella de Bollinger y un risotto con porcini. Después, langosta. Luego, queso Brie con pan francés y, de postre, hermosas manzanas asadas con miel y pasas, acompañadas de un gran cuenco de natillas. Un final perfecto para una cena excepcional. Sally fue retirando todas las pasas y colocándolas en el borde del plato: siempre lo hacía. Bill se dedicó a contarlas, diciendo: «Hombre rico, pobre, mendigo, ladrón...», para pronosticar que Sally se casaría con un mendigo. Sally comentó que odiaba desde siempre aquella cantinela, y Gloria —optimista, feminista y matemática— la impugnó diciendo que no era justa porque sólo daba a las chicas cuatro oportunidades de casorio.

Los niños se hallaban en esa tierra de nadie entre la niñez y la madurez. Billy era un fanático de los coches y de una cuidada caligrafía. A Sally la habían nombrado para interpretar Porcia en Julio César y nos recitó su escena preferida, con su osito a guisa de Bruto:

*Dime, Bruto, si el lazo del matrimonio
me permite conocer secretos relacionados con tu persona.*

Al margen de la alusión íntima, todos convinimos en que era una memorable reunión familiar.

—Los niños ya tienen edad para disfrutar de estas veladas en familia —dijo Gloria una vez que estuvieron acostados. Estaba de pie, mirando los rescoldos del fuego.

—Nunca olvidaré esta velada —dije—. Nunca.

—Te quiero, Bernard —dijo ella volviéndose, como si no lo hubiese dicho nunca—. Antes de que me sienta, ¿quieres una copa?

—Gloria, yo también te quiero —dije. Me había reprimido tanto en expresar mis sentimientos porque aún sentía una punzada de mala conciencia por nuestra diferencia de edad, pero el tiempo que había pasado lejos de ella lo había cambiado todo. Ahora me sentía dichoso expresándole mis sentimientos—. Eres maravillosa —añadí, cogiéndola de la mano y haciendo que se sentara a mi lado en el sofá—. Haces milagros con nosotros. Debería preguntarte qué puedo darte yo.

Tenía su cara muy cerca y parecía triste cuando me puso la mano en la mejilla como quien toca una estatua, una estatua muy preciada, pero una estatua. Me miró a los ojos como si me viese por primera vez y dijo:

—Bernard, me gustaría que alguna vez me dijese que me quieres sin que sea yo la primera que lo dice.

—Perdona, cariño. ¿Te han dado las gracias los niños por la deliciosa cena?

—Sí, Bernard. Son unos niños encantadores.

—Eres muy buena con nosotros —dije.

—La cena la encargué en Alfonso's —me confesó con esa vocecita de niña que adoptaba a veces—. Menos las manzanas asadas y las natillas, que las hice yo.

—Las manzanas asadas han sido lo mejor de esta vuelta al hogar.

—Espero que lo mejor de tu regreso a casa esté por venir —replicó con malicia.

—Veamos —contesté, y ella apagó la luz. Había luna llena y el jardín estaba bañado en ese horrendo fulgor azulado que le daba aspecto de imagen televisiva. Detesto el plenilunio.

—¿Qué sucede?

—Es estupendo estar en casa —dije mirando el horrendo jardincito. Ella se puso detrás de mí y me abrazó.

—No vuelvas a marcharte —dijo—. Nunca. ¿Lo prometes?

—Prometido —contesté, pensando en que no era momento para comunicarle que Dicky y Stowe me tenían preparada una excursioncita a Viena. Ella debió pensar que me encantaba la perspectiva de salir de casa, pero lo cierto es que sentía una especie de terror irracional. Viena no era una gran ciudad, nunca lo había sido, sino una urbe pequeña de provincias en la que campesinos de estrechas miras van a la ópera en lugar de ir al mercado de cerdos, para contarse malévolos chismorreos. Al menos, así era como yo lo veía: en tiempos pasados, Viena nunca me había dado suerte.

RECUERDO que le dije a un joven en libertad provisional llamado MacKenzie que cuanto más informal es una entrevista, mayor imprecisión revestía la operación que se iniciara. Era esa clase de comentario cínico que se les hace a los jóvenes como MacKenzie que beben las palabras del que les habla y pretenden hacerlo todo tal cual se les enseña en los cursillos de formación, pero tuve tiempo de sobra para reflexionar sobre la verdad del dicho. Cuando, posteriormente, consideré la manera en que me habían embarcado en la operación de Viena, me incliné a pensar que a Stowe no le quedaba otra alternativa y que le habían ordenado que me eligiese a mí.

La operación se denominaba Fledermaus, no «Operación Fledermaus», pues habían decidido que el índice de repetición de la palabra «operación» y el modo en que siempre iba seguida de un vocablo secreto, la hacía demasiado vulnerable a que nuestros adversarios lo captasen por ordenador.

No cabe duda de que Fledermaus se inició con gran secreto en el Departamento. Esa clase de trabajitos denominados BOA (de «instrucciones a la llegada») siempre me ponían algo nervioso, pues no había manera de preparar lo que hubiese que hacer. Era como si la decisión de mantener el asunto secreto frente a los americanos impusiese una restricción de documentación, una disciplina de comunicaciones y una delicadeza de aplicación que raras veces se conseguía cuando el propósito era simplemente que no se enterase el KGB.

Volé a Salzburgo, una reluciente ciudad de juguete que domina un castillo del siglo XI con famosísima cámara de torturas. Sus estrechas calles están atestadas de turistas con mochila los doce meses del año y en ellas pueden comprarse a manos llenas postales, helados y recuerdos. Mi hotel —como casi todos los de Austria— se hallaba cerca de una casa en la que había residido el infatigable viajero Wolfgang Amadeus Mozart.

Se había programado mi llegada para que coincidiese con una importante subasta filatélica y, así, hice mi entrada en el hotel al tiempo que una docena de comerciantes de sellos que viajaban en el mismo avión. En el registro

quedó anotada una diversidad de procedencias en la que no faltaban Chicago, Hamburgo y Zurich. En el mostrador de la recepción había un expositor de cartón con una Julie Andrews joven, de brazos abiertos, en pleno canto, anunciando el «Tour Sonrisas y lágrimas. —Visite los lugares en que se rodó el film». Detrás, sentado, un viejecito frágil de traje negro y cuello duro, iba escribiendo con una pluma que mojaba en un tintero y pasando un secante sobre lo escrito.

Era un hotel lóbrego, espacioso y confortable. Era la clase de gran hotel anticuado que predomina en Austria; en el aire flotaba el aroma a limpiamuebles sintético como prueba de higiene manual. Un arcaico ascensor de latón y caoba ascendía entre espasmos por un hueco enrejado con ruido asmático y esporádicos traqueteos, lo que me animó a utilizar la escalera durante mi estancia. Había incluso un criado con chaleco negro y delantal verde de bayeta que se hizo cargo de mi bolsa.

Un austríaco llamado Otto Hoffmann me esperaba en el aeropuerto; él me había conseguido una buena habitación.

—En la parte de atrás, con vistas al río —me dijo con su potente acento austríaco, al tiempo que me azotaba una fría corriente de aire cuando abrió la ventana para mirar afuera y comprobar que el río seguía allí—. Nada de ruido de tráfico, olores a cocina ni barullo de la terraza del café. Dele al mozo diez *schillings* de propina.

Así lo hice.

Hoffmann tendría unos cuarenta años y era un hombre bajo muy dinámico, con ojillos alegres, nariz respingona y perpetua sonrisa. Sus modales, la espaciosa frente, el cutis claro sin arrugas, la disposición de los rasgos en la redonda cabeza y su escaso cabello, le conferían aspecto de niño ebrio. No sé hasta qué extremo le habrían informado sobre la Fledermaus, pero él nunca hizo referencia a la operación. Sabía que mi asumida identidad de comerciante filatélico era falsa, y a él le habían elegido con toda evidencia por sus conocimientos en el tema.

—Y ahora le invito a beber algo —dijo, cerrando la ventana interna y pasando la mano por el radiador para asegurarse de que la calefacción funcionaba. La invitación consistía en una taza de té flojo. Como guardaba el dinero en el bolsillo trasero del pantalón, en un gran rollo sujeto por una goma elástica, Hoffmann tenía la desconcertante costumbre de estarse tocando el trasero para comprobar que conservaba su capital. En aquel momento lo estaba haciendo.

Me puso al corriente en aquella conversación sentados en el salón del hotel; era un espacio sombrío con cúpula celestial de ángeles haciendo cabriolas, de la que pendía una impresionante araña de cristal tallado. Bordeando las paredes había macetas entre mesitas y sillas en las que algunos clientes, con pocas ganas de paseo por las abarrotadas calles, tomaban en vasos altos té con limón acompañado de succulentos pasteles o de esos colosales brebajes de frutas y helado que sirven de pausa a la larga jornada austríaca.

Pidió dos té y un borracho al ron, y me comentó que allí lo hacían delicioso; pero yo estaba intentando dejar los borrachos.

—La subasta es casi toda de sellos austríacos y alemanes —dijo—. Por supuesto, el mercado principal lo constituyen Austria y Alemania, pero habrá coleccionistas americanos que pujarán tan alto como se lo permita el cambio del dólar. Habrá también compatriotas suyos de Londres, porque Londres es un importante centro de filatelia y allí sigue habiendo no pocos coleccionistas importantes de sellos alemanes y austríacos, principalmente refugiados que huyeron del nazismo y se quedaron a vivir en Inglaterra.

Enseguida vino la camarera con lo que había pedido: té en un vaso con elaborado soporte plateado y una pinza de la que pendía la cucharilla. Puso dos grandes rodajas de limón y vertió una buena cantidad de líquido alcohólico sobre un bizcocho esponjoso brillante, coronado de nata.

—¿De verdad que no quiere uno...? —insistió Hoffmann. Yo moví negativamente la cabeza, mientras la camarera garabateaba una nota, la dejaba en la mesa y se iba.

—¿Y qué pinto yo aquí? —inquirí bajando la voz.

Él frunció el entrecejo. Luego debió entenderlo y frunció la nariz. Había en la mesa dos preciosos catálogos, de los que me dio uno; era un volumen de unos tres centímetros de grueso con portada a color, papel de excelente calidad y magníficas ilustraciones, lo que lo hacían parecer más un libro de arte que un catálogo comercial. Habría debido de costar una fortuna. Lo abrió para mostrarme fotos de sellos y sobres antiguos, señalándome algunas páginas en las que había fotos que llamaban su atención.

—La mayoría de los ejemplares realmente interesantes son emisiones de los antiguos estados alemanes, Württemberg y Braunschweig y algunas rarezas de Oldenburg, Hannover, etcétera. Hay también una colección de antiguas colonias alemanas en China, Marruecos, Nueva Guinea, Togo y Samoa.

Conforme hojeaba el catálogo, Herr Hoffmann fue perdiendo el hilo de la conversación y por fin suspendió la mirada en una página.

—Los datos de estos sellos de Togo parecen estupendos —dijo con voz admirativa, leyendo las descripciones con tal reverencia, que los labios le temblaban; pero dejó las excelentes ofertas y me señaló el programa de la subasta inscrito en la contraportada. El horario, de ocho de la mañana hasta aproximadamente las tres de la tarde, con una hora para comer, incluía los lotes numerados que se subastarían en cada una de las sesiones. Se subastaban varios miles de lotes en cinco días—. Algunos coleccionistas ricos —prosiguió— confían las compras a agentes que adquieren ejemplares muy determinados, a cambio de lo cual éstos se llevan una buena comisión. Usted será un agente comercial.

—¿Y por qué no licitan por correo?

—Hay coleccionistas que se muestran suspicaces respecto a estas subastas —replicó con una leve sonrisa—. Si se indica por correo la cantidad que uno autoriza a licitar, es de suponer que es la oferta más elevada y que la entidad subastadora se compromete a no cobrar más que un simple paso más respecto a la máxima oferta anterior —añadió estrujando el limón sobre el té, tras tocar el vaso con un dedo para comprobar que aún estaba muy caliente.

—¿Y...?

Lanzó otra sonrisita, pero como su expresión era ya de por sí sonriente, resultaba difícil saber si realmente le divertía mi pregunta.

—Siempre que licito por correo es como si alguien pujase misteriosamente justo un escalón por debajo de mi oferta máxima, y siempre resulta que acabo pagando la cantidad máxima que he marcado —dijo cogiendo el tenedor, mirando el pastel con la concentración con que un especialista en voladuras sitúa la dinamita.

—Y por eso los coleccionistas tienen agentes que les garanticen la autenticidad de las pujas... —dije.

—Exactamente. Y aun así es difícil saber si se produce fraude, porque a veces hay un funcionario de la subasta al teléfono, recibiendo licitaciones, y el subastador tiene delante las licitaciones por correo —su conversación había estado puntuada por sonrisitas, pero ahora estaba serio, dispuesto a atacar con el tenedor un trozo del borracho—. El repostero es vienés —me comentó mientras lo saboreaba.

—¿Y qué más tiene que hacer el agente?

—Haber examinado los lotes por los que va a pujar para comprobar que no están deteriorados ni son falsificaciones retocadas.

—¿Es que hay muchas falsificaciones?

—En esta subasta sacan a licitación algunos lotes por valor de cien mil dólares, lo que es muchísimo dinero. Mucha gente paga mucho menos por la hipoteca de una casa.

—Y que lo diga, señor Hoffmann —comenté—. Pero ¿las casas subastadoras no disponen de especialistas que detecten las falsificaciones?

—Claro que sí, pero los subastadores se ganan su porcentaje sobre el precio de venta y, entonces, ¿qué aliciente tiene descubrir la falsificación? Y si la descubren, ¿qué hacen? ¿Acusar de estafa a su cliente? Si la falsificación se vende, ellos se llevan una buena tajada, mientras que si la devuelven se buscan un enemigo y se quedan sin comisión —dijo, deteniéndose de pronto para engullir más pastel. En una mesa próxima había dos hombres que se levantaron y salieron. Eran americanos por su voz e indumentaria atildada, buen afeitado y relucientes zapatos.

—Por lo que me cuenta, todo esto parece cosa de maleantes —dije.

—No tanto. Yo conozco comerciantes en quienes confiaría con los ojos cerrados, pero es un negocio precario —respondió Hoffmann sonriendo, como si fuese precisamente lo que le gustaba del negocio.

A mí me parecía que la venta de sellos falsos no le sublevaba como habría sido lógico, y pensé si no estaría vinculado a aquellas falsificaciones que de vez en cuando encargaba el Departamento. Tal vez me leyera el pensamiento, porque me obsequió con una sonrisa taimada.

—¿Y todos los que están en el hotel son comerciantes?

Él dirigió una mirada al lóbrego salón. Las camareras de severo vestido negro y delantal blanco almidonado iban y venían de un lado para otro por aquel suelo de mármol blanco, con bandejas de té y pasteles. Los hombres, de diversas edades, aunque en su mayoría maduros o viejos, estaban inclinados haciendo anotaciones en los catálogos y murmurándose unos a otros como conspiradores, igual que nosotros.

—Los conozco a casi todos —dijo Hoffmann.

—¿Y son todos agentes masculinos?

—Sí, no conozco ninguna mujer comerciante de importancia. Y prácticamente tampoco existen mujeres coleccionistas. Si una hereda una colección de sellos, la vende inmediatamente, créame —dijo, al tiempo que decidía que el té ya estaba frío y daba un sorbo.

—¿Y cómo se determina el valor aproximado? —inquirí hojeando el catálogo.

—No haga mucho caso de las cifras que figuran ahí —contestó—. Sólo son para despertar el apetito. Los precios aproximados reales están muy por debajo de lo que el subastador señala.

—¿Como cuánto?

—No se puede saber. Varía de un subastador a otro, y pasan cosas raras. Hay veces en que llegan dos agentes con órdenes de comprar a la oferta.

—¿Qué es eso de comprar a la oferta?

—Adquirir al precio que sea.

—¿Al precio que sea?

—No puede usted hacerse idea del ansia, o deseo desmedido, que muestran algunos coleccionistas por un ejemplar que quieren a toda costa, no se puede calificar de otra manera. —Se limpió minuciosamente los dedos con la servilleta y luego sacó del bolsillo una carpetita de plástico duro transparente en el que había un sobre usado (o lo que a mí me habían enseñado a llamar plica) con un sello (que a mí me habían enseñado a llamar timbre)—. Mire esto —dijo, dándome un sobre blanco surtido de numerosos sellos y matasellos. Estaba manchado y descolorido, habían escrito dos veces la dirección y era tal batiburrillo gráfico, que seguramente yo lo habría tirado inmediatamente a la papelería de haberlo encontrado en mi escritorio. Para mí no decía nada, pero lo miré con la clase de respeto que Hoffmann debía esperar de mí.

—Muy interesante —dije.

—Por esto fue a la cárcel un hombre —dijo—. Una persona respetable, jefe de negociado en una compañía de seguros. Era cliente mío, un hombre de casi cincuenta años, con tres hijos y un empleo con jubilación. Yo mismo le asesoraba en ciertos detalles, porque él era un especialista muy concreto y daba conferencias exhibiendo sus sellos en agrupaciones filatélicas. Después, se enteró de que había muerto un famoso coleccionista, cuya colección él sabía que incluía este sobre: la joya que le faltaba para completar la suya. Me preguntó si sabía cuándo iba a salir a subasta, porque estaba decidido a hacerse con él. Yo conocía su existencia por pura casualidad y me figuré que la viuda lo vendería todo como siempre hacen, aunque no conviene presentarse husmeando enseguida, porque, si no, la familia sospecha. Mientras que, por otro lado, si se deja pasar demasiado tiempo, llega otro comerciante y se queda con toda la colección... Y a veces la compra por cuatro cuartos si los herederos no saben lo que tienen. En este negocio hay mucha gente sin escrúpulos, créame.

—Empiezo a convencerme.

—¿Le pasa algo a su té?

—No; está delicioso —dije.

—Como no se lo toma...

—Ya me lo tomaré.

—La viuda era rica y no daba importancia a aquella colección. Cuando me presenté en la casa y le pregunté por los sellos, ella decidió confiármelos como agente para valorarla y venderla. Eso me ponía en una difícil situación con respecto al otro coleccionista, pero nunca se me ocurrió pensar que tuviera verdadera intención de adquirirlo, porque como ese sobre hay muy pocos, y la última vez que se subastó uno alcanzó el precio de cincuenta mil dólares, y eso que hace casi diez años. Aun suponiendo que éste sólo alcanzase esa cifra, mi amigo de la compañía de seguros no dispondría de esa cantidad.

—¿Cincuenta mil dólares? —dije mirando el sobre—. ¿Es posible?

Hoffmann asintió con la cabeza. Ya no sonreía. Son serios los filatélicos.

—En el catálogo de este año, los timbres sólo ya figuran valorados en casi ese precio: claro que los precios de catálogo no significan mucho, pero tengo un posible cliente en Munich... Me ha telefoneado tres veces; le vuelve loco la idea de poseerlo y no cesa de insistir en que se lo enseñe... A mí me interesa saber en cuánto lo valora, porque es un hombre que invierte mucho en su colección.

—¿Y su amigo de la compañía de seguros?

—¡Pobre diablo! Robó el dinero en la empresa rellenando una falsa reclamación, falsificó un cheque y lo cobró. ¿Se imagina usted? Lo descubrieron inmediatamente, fue declarado culpable y la empresa se empeñó en que lo condenasen para hacer un escarmiento. Tenían razón, claro, y él lo entiende. Ayer fui a verle.

—¿En la cárcel? —dije, devolviéndole el sobre.

—Sí, en Graz. Fui testigo en el juicio y declaré que era una persona honrada y de buen carácter, pero, claro, tenía en contra suya las pruebas del robo.

—Se alegraría de verle... —dije.

—Voy a venderle la colección porque está sin un céntimo, pues los abogados le esquilmaron. Lo vende todo —dijo Hoffmann guardándose el sobre en el bolsillo.

—¿Y no le intranquiliza llevar encima algo tan valioso?

—¿Intranquilo? No.

—¿A cuánto le condenaron?

—¿A mi cliente? —replicó con un trozo de borracho en la boca.

—Sí, al de la compañía de seguros.

Deglutió tranquilamente el bocado y luego dio un sorbo de té.

—A cinco años. Le llevé una foto en color del sobre —dijo dándose una palmadita en el bolsillo— y el alcaide le concedió permiso especial para tenerla en la celda —añadió dando otro sorbo de té—. Lo gracioso es que estoy empezando a pensar que es una falsificación, en cuyo caso no valdría nada —concluyó con una carcajada, mirando al plato como si fuera a resistir la tentación de dar cuenta del último trozo de pastel. Pero no.

—¿Y lo sabía usted desde un principio?

—Con certeza, no —contestó limpiándose los labios.

—¿Simple sospecha?

—Es que lo examiné a la luz ultravioleta, que es un proceso muy delicado, y después se lo llevé a un entendido; pero aún no estoy seguro —dijo con un nuevo sorbo de té—. ¿De verdad que no quiere usted un pastel de nata? Aquí los hacen deliciosos, parecen de pluma.

—No, gracias.

—Son mi debilidad —dijo; había acabado el borracho, pero le quedaba un gran burujo de nata a un lado del plato—. ¿Ni siquiera una tarta de manzana?

—No.

—Usted asistirá a la subasta y pujará por el lote número quinientos ochenta y cuatro. Lo sacarán a licitación por la mañana hacia las diez, pero conviene que esté en la sala un poquito antes. —Le miré y comprendí que aquello eran las instrucciones: Central de Londres me había enviado allí a comprar—. Páguelo en metálico. Está valorado en unos mil *schillings*. Voy a entregarle tres mil *schillings* austríacos para que tenga de sobra. Se lo lleva a Viena y telefona a Staiger. Supongo que habrá oído hablar del barón.

—No —contesté.

—No tendrá que verle —dijo, mirándome sorprendido— pero le darán instrucciones —añadió entregándome una tarjeta de visita en la que sólo figuraba impreso el nombre de Staiger, un título y su condición de «asesor de inversiones»; habían añadido en letra pequeña a lápiz una dirección de Viena. En Austria era ilegal el uso de títulos nobiliarios, pero a Staiger, como a tantos otros, no parecía preocuparle.

Hoffmann sacó el rollo de billetes austríacos del bolsillo trasero del pantalón y los contó. Tenía un pequeño recibo de esos que venden en las papelerías.

—Fírmeme aquí, por favor —dijo.

—¿Usted no va a entrar mañana a la subasta? —inquirí, firmando el recibo.

—Lamentablemente, no; tengo que viajar esta noche a Munich —dijo sonriendo y comprobando la legibilidad de mi firma, para, a continuación, guardarse el papel en la cartera—. Para licitar, levante la tarjeta numerada que le entreguen y siéntese en primera fila para que le vea el subastador y nadie más de la sala sepa que está pujando. El lote se lo entregarán unos cinco minutos después de adjudicárselo y, pagando al contado, no tendrá que presentar tarjeta de crédito ni documento de identificación.

—¿Volveré a verle a usted?

—No creo —contestó, al tiempo que hacía un ademán hacia mí con la cuchara.

—¿Tiene que decirme algo más? —inquirí.

—No. A partir de ahora es el barón Staiger quien lo dirige todo —utilizó el tenedor para coger la masa de nata y llevársela a la boca, poniendo cara de auténtica felicidad mientras la saboreaba y deglutía—. No se ha tomado el té —dijo.

—No —contesté.

Se puso en pie, juntó los talones y se despidió. Yo permanecí sentado unos minutos, dedicado más a tomarme el té que a mirar por el salón, y ví que me había dejado la cuenta.

Cogí el catálogo que me había entregado Hoffmann y me dirigí a la terraza que daba al río Salzach. Hacía demasiado fresco y no había nadie, pero me complacía la idea de estar a solas.

Examiné el lote 584. Figuraba en la sección denominada «Sellos del Reich —Servicio aéreo por zepelín», con una descripción en prosa altisonante, propia de los anuncios de venta de apartamentos a tiempo compartido en la Costa Brava:

Lote 584. Catálogo Sieger 62 B. Carta. Tabla cromática IV. Schillings austríacos 1000. 1930, envío de Sudamérica, Correos de Paraguay. Carta con timbres aéreos dotada de matasellos violeta especial Paraguay, incluyendo matasellos violeta «Por zepelín» de los servicios aéreos de Paraguay 16. 5. Carta enviada a Alemania según tarifa, ejemplar insólito, valioso y extremadamente raro, imprescindible para grandes coleccionistas. De lo que deduje que en 1930 el sobre de la fotografía en color de la figura número 4 se valoraba en mil schillings austríacos; había sido enviado desde

Paraguay en el Graf Zeppelin con los debidos requisitos postales, y se había convertido en valiosísima rareza filatélica y raro ejemplar imprescindible para «grandes coleccionistas».

En la foto en color se veía un sobre azul claro bien conservado, con diversos matasellos y timbres, dirigido a Herr Davis en Bremen. A mí no me parecía algo que valiera mil *schillings*.

Mientras contemplaba el río y el castillo Hohensalzburg que ocupaba la mitad del perfil de las alturas contra el cielo, se abrieron las puertas basculantes de cristal y salió un cliente a la terraza. Al principio no pareció percatarse de mi presencia; caminó hasta la barandilla metálica del mirador y estuvo examinando la altura que había, como hacen casi todos.

Al volverse para buscar mejor panorámica del castillo tuve ocasión de verle bien. Era uno de los americanos en que me había fijado antes. Vestía abrigo corto de caza, verde oscuro, con grandes bolsillos, correas y presillas; su cabello era canoso y bien cortado y se tocaba con un simpático loden. Comenzó a hablarme sin preámbulos.

—Ayer tuve una experiencia inolvidable al visitar la casa en que nació Mozart —dijo con una sonora voz de vaquero, que desmentía la emoción que confesaba—. En el nueve de Getreidegasse. ¿Ha estado en ella?

—Una vez... hace mucho tiempo —contesté.

—Hay que ir a primera hora —prosiguió— porque si no, se llena de chicos con acné y mochila que beben Coca-Cola en lata.

—Yo huyo de eso —repliqué, abriendo el catálogo con la esperanza de que se fuese.

—Mozart nació en el tercer piso, y es una lata que sólo enseñen el museo en la planta baja. Decepcionante, ¿no?

—Supongo —dije.

—A mí me encanta Mozart —siguió diciendo—. *Così fan tutte* es una experiencia musical sublime. Bueno, los críticos se inclinan por Don Giovanni, y la propia esposa de Mozart, Constanze, decía que la composición predilecta del maestro era *Idomeneo*, su primer gran éxito. El estreno de *Idomeneo* en Munich convirtió al joven Wolfgang en una estrella, pero *Così* tiene auténtica categoría si nos fijamos en la introspección psicológica, la integridad dramática y la elegancia musical. Ya lo creo; y es dulce, de una dulzura total. En el coche pongo *Così* y me la sé de memoria, incluso la letra. Yo sostengo la tesis de que las protagonistas no se dejan engañar por los disfraces y lo que quieren es cambiar alegremente de pareja. Ése es en

realidad el argumento: el cambio de pareja. Mozart no podía explicitarlo claramente porque habría provocado un escándalo. Pero piénselo.

—Lo haré —asentí.

—¿Quiere que le diga una cosa sobre el gran artista? Mozart podía componer de cabeza: música a raudales. Después se sentaba y lo iba transcribiendo. ¿Y sabe que consentía que su mujer parlotease durante el té? y él le preguntaba: «¿Y tú qué dijiste? ¿Y ella qué contestó?», y mientras seguía trabajando en la partitura del Réquiem, de una ópera o de un cuarteto de cuerdas sin dejar de conversar. ¿Qué le parece?

—No es nada fácil —dije con auténtica emoción.

—Ya veo que quiere examinar el catálogo. Me han dicho que hay no sé qué jueguita de filatélicos en el hotel, pero no sabía que tú fueses coleccionista, Bernie.

Me contuve y alcé despacio la vista hacia él, diciendo:

—Colecciono sobres de correo aéreo.

—¿No me conoces, verdad, Bernie? —replicó sonriendo.

—No —contesté, tratando de relacionar su cara con algo.

—Bueno, claro, no puedes; yo sí que recuerdo haberte visto cuando compartía despacho con Peter Underlet, luego los Underlet fueron a Djakarta y yo a Bonn para trabajar con Joe Brody. Por Dios, Bernie, ¿es que se te ha olvidado?

—Ah, no —contesté, aunque no recordaba nada. Aquel hombre, yo no le conocía.

—Así que, ¿de vacaciones?

—Me quedaban unos días.

—Y te viniste a Salzburgo. Claro, al cuerno el sol. Éste es el lugar ideal para olvidarse de todo. ¿Estás... acompañado? —inquirió cortésmente.

—Solito —dije.

—Me gustaría cenar contigo —añadió con pesar—, pero tengo que regresar a Viena por la noche. Mañana vuelo a Washington.

—Lástima —dije.

—Tenía que hacer esta peregrinación —dijo—. A veces hay cosas que son obligadas. ¿Me entiendes?

—Sí —dije.

—Bien, buena suerte con la filatelia. ¿Qué dijiste que era... correo por zepelín?

—Sí —contesté, aunque yo no le había dicho eso, sino correo aéreo.

Me saludó con la mano y cruzó las puertas de cristal del salón. Si le había enviado Joe Brody con la intención de inquietarme, lo había conseguido. Cerré el catálogo y me enfrasqué en la contemplación de los siniestros muros grises de la fortaleza Hohensalzburg. Necesitaba soltar una carcajada. Quizá después de un buen trago diera un paseo por la ciudad y tomara el funicular hasta el castillo para visitar aquella cámara de la tortura.

8

NO cené en el hotel. Encontré un sitio encantador junto al monumento a Mozart, o tal vez fuese cerca de la fuente de Papageno^[6] en la pasarela Mozart. Al pasar oí música de acordeón tocando una sentida versión de El cabrero solitario y entré. El interior estaba forrado de madera oscura y las mesas tenían manteles a cuadros rojos. No había casi nadie. De las paredes colgaban brillantes cacerolas de cobre con las auténticas marionetas utilizadas en las óperas de Mozart representadas en el famoso Marionettentheater. O quizá fuesen réplicas de plástico. El camarero me recomendó con insistencia chuletas de cerdo empanadas, pero ya me lo había advertido mi madre que no hay que confiar en nadie con pantalones de cuero. Para recuperarme tuve que endosarme unos cuantos vasos de cerveza local Weizengold. La música de acordeón era grabada.

Regresé tarde al hotel. Sólo se veían hombres: de pie en el vestíbulo, bebiendo muy serios en el bar, y todos mirándose aburridos. Sabía que eran comerciantes de filatelia, pero se advertía en ellos esa gravedad ponderada que suele darse la primera noche entre hombres que se han reunido para hacer negocios.

Hasta los serios bebedores estaban callados. Un grupo cerca de la barra hablaba en ese alemán afectado que suele ser característico de los expatriados. Uno de ellos decía: «No sé por qué dicen que los austríacos son avariciosos, porque han tardado más de un siglo en darse cuenta de lo que podían ganar con Mozart».

Sus colegas le impusieron silencio, y con gran acierto, porque a pesar de que hablaba en voz baja, se le oía desde el otro extremo del salón. Luego, en la puerta giratoria se oyeron pasos y chirridos y dos jóvenes parejas irrumpieron en el vestíbulo. De cutis lustroso y pelo ondulado impecable, ropa elegante y cara, las mujeres con rutilantes joyas y los cuatro con desbordante seguridad. No eran filatélicos. Todos se volvieron a mirarlos por aquella desabrida irrupción en el lóbrego vestíbulo, comparable a los vistosos

anuncios televisivos que interrumpen la muelle nostalgia de una película en blanco y negro.

Debieron notar la reacción que provocaba su repentina entrada, porque bajaron la voz, haciendo gestos más comedidos mientras cruzaban el suelo de mármol. No funcionaba el ascensor y subieron por la escalera. Los ojos de todos los presentes siguieron a aquellos elegantes intrusos; las mujeres con sus largos vestidos decorosamente recogidos salvando los escalones y los dos hombres hablando en voz baja.

Miré a mi alrededor buscando al misterioso americano, pero no se le veía por ninguna parte. Había sido una larga jornada y me fui a dormir. Nada más meterme en la cama, un reloj comenzó a dar las once y enseguida se le unió otro.

La subasta comenzó puntualmente, como casi todo en esa parte de Europa. Aquel día todo era correo por zepelín, desde los primeros ejemplares del servicio de las aeronaves pioneras Viktoria Luise y Schwaben. Luego, salió a subasta una postal del Deutschland con matasellos rojo de la compañía aérea; las licitaciones subieron y subieron astronómicamente. Había tres compitiendo por la tarjeta y se hizo un silencio en el salón mientras el subastador recitaba incansablemente una letanía de cifras, mirando impasible de un lado a otro. La subasta cesó de pronto cuando dos de los licitantes parecieron decidir al unísono que no les quedaba margen de beneficio. Martillazo y una eclosión de murmullos, músculos y respiraciones que se relajan. Todos los presentes anotan el precio en el catálogo, convencidos de que aquella oferta revalorizaba aquel tipo de sellos y, en consecuencia, sus fondos.

La sala no estaba abarrotada, pero había un continuo ir y venir de especialistas, interesados por un determinado ejemplar, que participaban en las animadas pujas para luego ir a tomarse un café en el bar acristalado contiguo o salir a la terraza a fumar y charlar con los colegas.

Debía de ir algo retrasada la sesión, porque el subastador no cesaba de mirarse el reloj, y se advertía una tendencia general al apresuramiento.

Al llegar la subasta a la fecha de 1914 y los zepelines de tiempo de guerra, se produjo una especie de éxodo y en la sala sólo quedaron unos veintitantos especialistas. Yo no sabía si era porque los sellos de la primera guerra mundial no eran ejemplares muy solicitados por los coleccionistas, o porque en aquella subasta en concreto se ofertasen ejemplares poco interesantes, pero cuando el subastador anunció que iba a ofertarse el principio de una colección

húngara de correo del Graf Zeppelin, puesta a la venta por orden del albacea del fallecido, volvieron a llenarse casi todos los asientos, pese a que hubo quien optó por quedarse de pie al fondo.

Yo estaba preparado mucho antes de que se anunciase el lote 584. Delante, en la mesa, tenía boca abajo un tarjetón blanco con un gran 12 impreso. Era mi número. Así, cuando se abrió la licitación del lote lo puse boca arriba para que lo viese el subastador. Durante una milésima de segundo sus ojos se cruzaron con los míos, significándome que me tenía en cuenta, y automáticamente incrementó el precio de salida. Detrás de mí debía de haber una docena por lo menos de interesados, y era difícil saber si mi tarjetón importaba o no; el subastador miraba por encima de mí, sin manifestar expresamente de dónde provenían las licitaciones.

La letanía fue decreciendo en ritmo, y a la primera avalancha de ofertas sucedió otra más cadenciosa de cuantía más importante.

—¡Mil novecientos! —vociferó, y a continuación la cifra fue subiendo cada vez más.

Se pujaba fuerte. Yo levanté el tarjetón para seguir, pero había uno detrás de mí que no cedía. Habíamos alcanzado el doble del precio de salida y la cosa no paraba.

El subastador ni se inmutaba. Aquella mañana se habían dado situaciones más sorprendentes: ejemplares desconocidos y sellos que habían triplicado y cuadruplicado el precio de salida. Traté de recordar el dinero que llevaba en la cartera, complementando el que me había entregado Hoffmann.

—¡Dos mil quinientos!

Ya se pujaba de cien en cien *schillings* y se seguía ofertando.

—¡Dos mil novecientos!

El subastador me miraba ya alzando una ceja. Volví a levantar el tarjetón y él dirigió la vista al fondo.

—Tres mil... —y sin acabar de decirlo volvió a mirar por encima de mi cabeza—. Tres mil cien... tres mil doscientos...

Volvió a mirarme y yo mantuve decidido el tarjetón en el aire, pero él desvió discretamente su mirada por encima de mí.

—Tres mil trescientos... tres mil cuatrocientos... Tres mil quinientos.

Ni siquiera me volvía a mirar. Debía de haber dos pujando tercamente y sin parar. Me volví a mirar y observé que un funcionario de la subasta, que estaba en un rincón al teléfono, levantaba la mano. Así que el que licitaba era un cliente por teléfono, aparte del que estaba al fondo.

—¡Tres mil setecientos *schillings*!

Se había producido una especie de pausa, porque el subastador volvió a fijar la vista en mí.

—Tres mil setecientos *schillings* ahí atrás —me dijo.

Yo hice signo afirmativo con la cabeza.

—Tres mil ochocientos aquí delante.

A mis espaldas oí una voz con deje alemán decir: «Tres mil novecientos, —y otra, también alemana—, Cuatro mil por teléfono».

—Cuatro mil cien al fondo del salón —anunció el subastador, e inmediatamente—: Cuatro doscientos... trescientos... cuatro quinientos —incluso él estaba asombrado—. Cuatro mil seiscientos al fondo del salón.

Ahora me miraba. Yo asentí con la cabeza, y él alzó la vista y dijo:

—Cuatro... Cinco mil cien *schillings* al fondo del salón.

Me volví para ver bien al que pujaba, a tiempo para advertir que el del teléfono hacía un gesto con la mano indicando que al otro lado del hilo desistían.

—A las dos... cinco mil cien *schillings* —dijo el subastador mirándome burlón.

Levanté la tarjeta y dije:

—Cinco mil doscientos aquí.

Por un instante pensé que había cerrado la subasta y sentí un gran alivio. Si me vaciaba los bolsillos y lograba que en el hotel me aceptasen un cheque inglés, quizá reuniera la cantidad. En ese momento, el subastador anunció:

—Cinco mil trescientos... Cinco mil cuatrocientos... quinientos... —añadió sin mirar hacia mí.

Había un nuevo licitador, y, sin darme tiempo a respirar, la oferta se había puesto en seis mil *schillings* austríacos.

El subastador volvía a golpear con el martillo.

—A las tres... —Hice signo negativo con la cabeza—. ¡Adjudicado!

Una vez más el Departamento había cursado órdenes y preparado las cosas para que su agente no pudiera desempeñar la misión. Me guardé el tarjetón en el bolsillo como recuerdo y me levanté. Quería ver al propietario de lo que me habían enviado a mí a comprar.

Él no se ocultó. Parecía tener unos sesenta años: pelo canoso, un poco metido en carnes, aunque esbelto. Vestía americana negra Black Watch, pantalón oscuro y corbata de lazo moteada. Su barba gris bien recortada y gafas bifocales de montura dorada le daban aspecto de profesor universitario americano en año sabático. Estaba inclinado sobre la mesa y al verme sonrió y se abrió camino entre los demás para venir a mi encuentro. Le esperé.

—¡Hay que ver! —exclamó en inglés con leve acento americano—. No sabía en qué iba a acabar; creí que usted iba a seguir pujando.

—No —repliqué—. Tenía un límite.

—De lo cual me alegro, porque podríamos haber seguido subiendo hasta el tejado. ¿Me acepta una copa?

—Bien, gracias —dije.

—No le había visto por aquí.

—Trabajo en Londres —contesté.

Al llegar a la puerta preguntó a un empleado dónde podía recoger su adquisición y le dijeron que se acercara a caja, una dependencia en la planta baja por la parte de atrás del hotel. Estaba todo bien organizado y era evidente que aquella empresa celebraba a menudo subastas en el hotel.

—Dios mío, mire cómo llueve; y ahora se pone a granizar —dijo mientras pasábamos frente al quiosco de prensa y entrábamos en el pasillo.

Cuando llegamos a la caja había cola ante la puerta y nos incorporamos a ella.

—Es un buen ejemplar —dijo él—, pero los he visto mejores. Me llamo Johnson, Bart Johnson; trabajo en Frankfurt pero soy de Chicago. ¿Es usted especialista en ejemplares Zepelín?

—No —le contesté.

Me miró y asintió con la cabeza.

—Es que el Graf Zeppelin es una especie de ídolo para mí. Siempre me han vuelto loco los dirigibles; empecé de chico, cuando me regalaron un trozo de lona del Shenandoah, que se estrelló en Ohio en 1925. Todavía la conservo y la tengo enmarcada. Sí, en mi oficina tengo un archivo, y consultando el Handbuch der Luftpostkunde de Berezowski... que usted conocerá, naturalmente...

—Pues no sé...

—Dios mío, yo me guío por el Berezowski más que por el Sieger Katalog —dijo mostrando un catálogo y una carpeta azul con recortes y notas manuscritas, que abrió ante mis ojos.

—¿De verdad? —inquirí, al advertir que esperaba alguna reacción por mi parte.

—El Berezowski de mil novecientos treinta es un texto obligado; ahora lo han reeditado y hay ejemplares a la venta. Le daré una dirección y puede recibirlo por correo. El caso es que entre mis recortes encontré un artículo del doctor Max Kronstein publicado en enero de mil novecientos setenta en el Airpost Journal y en él señala que el servicio de correos de Paraguay se negó

a aceptar los cupones respuesta internacionales y por eso es tan raro el correo de Paraguay. El único correo con timbres de ese país procede de residentes... residentes extranjeros.

—Muy interesante —dije.

—¿Verdad que sí? —cerró la carpeta y se guardó el bolígrafo de oro en el bolsillo—. Y desde que en el Sieger figura el correo a Europa con un diez por ciento más de valor que el correo a Estados Unidos, nuestros clientes lo prefieren. Mire, yo consulté el Kummer y dice que a Estados Unidos sólo llegaron cuatro ejemplares, en comparación con unos ciento ochenta a Europa; cuando yo habría pensado que era al revés. Ahora que, le advierto que no se puede tener certeza absoluta, por que el correo enviado a Europa puede haber desaparecido durante la guerra, mientras que los ejemplares de coleccionistas americanos se conservan todos —añadió con un dedo en la carpeta, por si venía al caso mostrar me los datos.

—Sí —dije.

—Claro que sí, eso lo sé con certeza. Bueno, no le diré más porque me parece verle desilusionado. ¿Era para su colección?

—No, era un encargo.

—Bueno, amigo, no se apure. Hay muchos sellos de los zepelines a la venta, ¿no?

Asentí con la cabeza y él se atusó la barba sonriente. La cola avanzó al salir algunos con sus adquisiciones.

—Oiga, ¿quién era ese individuo con quién charlaba ayer en la terraza?

—Un conocido —dije.

—¿Cómo se llama?

—No he logrado recordarlo —contesté—. Creí que le acompañaba a usted.

—Thurkettle —replicó—. Me dijo que se llamaba Ronnie Thurkettle. ¿Así que no es amigo suyo?

—Lo conozco poco —contesté; ahora el nombre me sonaba pero su cara seguía sin decirme nada.

—Oiga, ¿qué clase de trabajo hace ese tío? No es del negocio filatélico, ¿verdad? Yo solía verle mucho por Frankfurt, pero nunca me enteré de a qué se dedicaba.

—Trabaja en el Departamento de Estado —dije—, pero es lo único que sé.

—Es que me abordó ayer en plan amistoso, pero lo único que quería era sacarme todo lo que sé sobre correo por zepelín. Y para empezar, él no sabe

nada de nada de correo aéreo. Por lo visto pretendía que le explicase el catálogo, pero yo le dije que se buscara un buen libro sobre el tema. Yo no estoy para enseñar a tipos como él. No sé si me entiende...

—¿Y cómo se lo tomó?

—¿Que cómo se lo tomó? Cambió de tema y se puso a hablar de otra cosa. No es amigo mío, ni mucho menos. Sólo le conozco de vista de cuando yo trabajaba de relaciones públicas en Frankfurt, coincidíamos en esas fiestecitas que las empresas de contratas dan a sus clientes, cócteles, y cosas así. Yo ya me imaginaba que trabajaba para el gobierno, porque lleva la impronta de Washington, ¿a que sí?, pero le suponía más bien un paisano en la nómina del ejército.

—No; del Departamento de Estado —dije.

—Yo procuro mantenerme al margen de esos tipos, porque siempre traen problemas y yo no quiero historias. —La cola volvió a avanzar hasta que quedamos los primeros. Se oyó un zumbador suave y el guardia de seguridad nos hizo signo de pasar. La oficina del cajero era muy pequeña. Un moroso empleado miraba por una rejilla metálica y a su espalda había una muchacha con una mesa llena de sobres y tarjetas con sellos en bolsitas de plástico transparente junto a una caja llena de cheques y billetes de diversa procedencia.

—Mi apellido es Johnson, Bartholomew H. —dijo mi acompañante—. Lote número quinientos ochenta y cuatro. Seis mil *schillings*. Tengo cuenta con ustedes. —Flotaba en el cuarto un olor que me resultaba conocido; era parecido a incienso. Quizá fuese la loción de afeitar del empleado. O el dinero.

—¿Qué número? —inquirió el de la rejilla pasando páginas de un registro.

—Lote quinientos ochenta y cuatro —dijo Johnson que había sacado un fajo de dinero austríaco y lo removía. Por lo visto, a todos los filatélicos les gustaba el dinero contante y sonante.

—Debe haber un error —dijo el de la rejilla.

—Johnson, Bartholomew H. Tengo cuenta. Seis mil *schillings*. Si quiere le pago al contado ahora mismo —dijo sacudiendo el fajo de billetes—. Diez mil *schillings* no me los gasto esta tarde antes de tomar el avión...

—El lote quinientos ochenta y cuatro se adjudicó por seis mil doscientos *schillings*, a una licitación por teléfono.

—¡No, señor! —exclamó Johnson—. Lo adquiriré yo.

—Está en un error, señor —replicó el empleado.

—El que está en un error es usted, amigo. Deme el sobre.

—Lo siento.

—¡Le digo que es mío! Entréguemelo —insistió Johnson, enojado.

—Lo siento pero ya no está aquí —contestó el empleado—. Ha sido entregado con otros ejemplares a un cliente muy conocido.

—¿Y yo qué soy? —replicó Johnson, furibundo.

—Lamento su decepción, señor —dijo el hombre—, pero yo nada puedo hacer y hay gente aguardando.

—¿Qué le parece? —exclamó Johnson en voz tan alta, que el guardián de seguridad asomó la cabeza por la puerta, pero el americano comenzaba ya a calmarse.

—Vámonos —dije, en cumplimiento de la regla básica de mi profesión que consiste en no tenérselas con la ley.

—¡Esto no va a quedar así! —dijo Johnson al de la rejilla.

—Lo siento mucho, señor. De verdad.

Una vez en el pasillo, los que habían oído gritar a Johnson nos miraron con curiosidad. Él, molesto, se sacudió el traje y dijo:

—Olvidémoslo. Vamos a tomar una copa.

—Buena idea —dije.

Tardó un rato en recobrar su compostura. Parecía profundamente fuera de sí. Si lo fingía, su actuación merecía un Oscar. Una vez sentados en la barra, me dijo:

—¿Ha visto? Usted estaba en la sala y es testigo de que yo adquirí el puñetero sobre. ¿O es que estoy volviéndome loco?

—No, no se está volviendo loco —dije.

—¿Me ha dicho usted cómo se llama?

—No, no se lo he dicho.

—Pues no me estoy volviendo loco —dijo Johnson—. Son esos malditos austríacos los que están chiflados. Un *whisky* doble —indicó al barman, dirigiéndome una mirada, a la que yo asentí con la cabeza—. Que sean dos dobles.

—Deje que pague yo —dije—. De pronto me siento como rico.

—Igual que yo —replicó él riendo—. No aguanto quedarme aquí; esta gente me saca de quicio. ¿Quiere que le lleve al aeropuerto? ¿O tiene coche?:

—¿Cuándo se marcharía usted?

—Tengo que tomar el avión de las siete para Viena —contestó; yo le dije que aceptaba. El *whisky* le calmó y le dejé que hablase de sus sellos, intercalando algunas exclamaciones de rigor, mientras yo seguía pensando en mis cosas.

Después, subimos juntos a nuestras respectivas habitaciones. La suya estaba junto a la escalera y la mía al final del pasillo. Desde la puerta, dijo:

—Voy a tomar un baño y quizá pida un emparedado. ¿Nos vemos en el vestíbulo a las cinco y media?

—Muy bien —dije.

«¡Pero habrase visto!», le oí decir al cerrar la puerta, y me quedé pensando a qué se referiría. Aunque ya me había acostumbrado a sus modales extrovertidos y me figuré que hablaba consigo.

Tenía mucho tiempo por delante y pensé en telefonar a Londres para decir que el sobre lo había adquirido otro, pero decidí esperar una o dos horas. Así hablaría con el oficial de guardia en vez de con Dicky o Stowe.

Me acerqué a la ventana y miré la calle bajo la lluvia. Los turistas eran infatigables; con los llamativos impermeables abotonados, los pies embutidos en chanclas transparentes de plástico y las capuchas bien cerradas, por las que asomaba el círculo de sus caras enrojecidas, iban y venían cual combatientes veteranos que se desplazan resueltamente por la línea de fuego. Cogí un vaso del cuarto de baño y me serví una porción del *whisky* comprado en la tienda libre de impuestos del aeropuerto. Le había prometido a Gloria no beber en este viaje, pero eso había sido sin prever el chasco de la subasta ni el hecho de tener que dar cuenta de mi fracaso a no tardar.

Me quité los zapatos, me tumbé en la cama y di una cabezada. Todo el día —cual perro errante que arrastra su correa— me había estado estrujando el cerebro escrutando otra época y otros lugares. Pero los reacios recuerdos no dejaban de ser vagos y confusos. Fue al cerrar los ojos para relajarme cuando me vinieron los recuerdos que toda la jornada me habían traído de cabeza.

¡«Deuce» Thurkettle! ¡Dios bendito!, ¿cómo había podido olvidarme de Deuce Thurkettle, aunque ahora se hiciese llamar Ronnie? Yo no le había llegado a conocer personalmente, pero su expediente era para no olvidarlo.

Le llamaban Deuce a causa del bestial doble asesinato por el que había ido a la cárcel. Deuce Thurkettle aterrizó en Berlín nada más salir de un penal de máxima seguridad en Arizona, en el que cumplía cadena perpetua por homicidio en primer grado.

Quizá fuese consecuencia de una tarde aburrida, después de haber comido una cantidad excesiva de pollo frito sureño, el que algún listo de un despacho de Langley, en Virginia, hubiese tenido la genial idea de enviar a un convicto de asesinato a Berlín en visita turística para que quitase de en medio a algún molesto agente del KGB que hasta entonces hubiera sabido salir con bien de todas las emboscadas.

Recordaba el expediente de Deuce Thurkettle, y cómo me lo había leído de corrido, y supongo que hasta cierto punto lo hice porque me estaba vedado. Era un documento de la CIA bien oculto en el oscuro lugar en que la CIA guarda sus secretos, o al menos es donde habría debido estar. Pobre Peter Underlet, que se lo había traído a casa; me lo había enseñado una noche después de cenar juntos —con dos botellas de estupendo Château Beychevelle de 1957— en su apartamento. Recordaba página por página aquel informe producto de la encasillada mentalidad de un funcionario: «... y la maestría de Thurkettle en dispositivos electrónicos, cerraduras sofisticadas, armas modernas y explosivos, junto con sus probados recursos físicos, le cualifican para ser un notable agente».

El expediente formaba parte de un extenso informe de Langley, y Underlet lo había abierto por aquella página precisamente, tirándomelo encima de las rodillas:

—¡Fíjate! —había dicho asqueado—. Ése es el concepto que esos mierdas de Washington tienen de un agente. Sin entrenamiento ni experiencia, ese asesino malnacido se convierte en agente secreto de la noche a la mañana, y «notable agente», dice ahí.

Recordé a Underlet dejándose caer desalentado en un sillón y bebiendo su vaso de vino sin decir palabra mientras yo devoraba el expediente. «Deuce» Thurkettle. ¿Cómo había podido olvidar a aquel hombre que fue el primero de un trío que enviaron, sin que nadie lo pidiera, a la CIA de Europa durante aquella época lamentable?

Después —semanas después— volvimos a hablar de ello. Por entonces había crecido aún más mi indignación respecto a la ética de Washington, más que por lo que la anécdota en sí daba a entender sobre el criterio del funcionario de Langley en cuanto a agentes secretos.

Ya no estaba estirado, sino sentado en la cama, y notando cómo se me aceleraba el pulso y me invadía esa tensión cuando la mente está a punto de recordar una escena importante. ¿Qué había sido de aquellos tres facinerosos? A los tres les fabricaron una elaborada nueva identidad que posteriormente fue la recompensa para mafiosos que testificaran a favor del Departamento de Estado. Thurkettle. Había corrido el rumor de que había asesinado a un rico propietario de supermercados en Colonia, un hombre con cuya esposa él tenía un lío. No estaba seguro de si aquello había sido obra de Thurkettle. ¿Figuraba el nombre de Thurkettle en alguna de las listas confidenciales de los «más buscados»? Mi memoria no alcanzaba a tanto.

Ahora ya estaba levantado. Me puse a pasear por el cuarto, perfectamente consciente de que todo me encaminaba a una conclusión irrefutable si se plantean las preguntas. Es decir, irrefutable para el que las plantea.

Decidí preguntarle a Johnson algo más sobre Thurkettle y lo que surgiese. Me calcé, crucé el pasillo y llamé a la puerta de la habitación. No contestaba. Giré el pomo y ví que la llave no estaba echada.

En el dormitorio no había nadie. Sobre la cama había colocada una muda de ropa interior, con camisa y calcetines incluidos, del modo como un cuidadoso mayordomo prepara las cosas para su señor. Del baño llegaba ruido de agua corriente y, aunque la puerta estaba cerrada, oí que Johnson decía:

—Déjelo en la mesa. Ahí tiene una propina.

—No es el criado; soy yo —dije.

—¿Ha venido pronto, verdad? —inquirió con voz distorsionada como de quién se lava los dientes.

—Es por ese tipo, Thurkettle; he recordado una cosa de él.

—Vuelva dentro de quince minutos —replicó, y oí un gargarismo, como si se estuviera enjuagando la boca.

Bien, pensé, todo normal. Y regresé a mi habitación. No sé cuánto tiempo estuve sentado hasta que una explosión me hizo saltar de la silla y salir al pasillo. Luego, los periódicos dijeron que la policía calculaba la carga explosiva en unos 300 gramos, pero una cantidad así habría hecho volar la puerta del cuarto de baño, la pared e incluso a mí.

En cualquier caso, fue una tremenda deflagración, y por el pasillo me envolvió la vaharada del inconfundible olor a explosivo. Me quedé paralizado. La experiencia me dictaba meterme bajo la cama, pero la curiosidad me impulsó a enterarme de lo que había sucedido.

Para bien o para mal, corrí pasillo adelante hacia la habitación de Johnson, entré en el baño y me quedé con el pomo de la puerta en la mano. No sé qué clase de explosivo sería, pero todo el cuarto de baño estaba lleno de hollín y cascotes. A lo mejor procedía de otro sitio. El lavabo era lo más dañado: el espejo había desaparecido, a excepción de unas astillas que colgaban de los tornillos. Debajo, a guisa de escultura moderna, el pedestal de loza azul sostenía una airosa raja del receptáculo.

Boca arriba, en el suelo, se veían los restos de Johnson, retorcidos entre la taza y el bidé. Presentaba en el tórax unas quemaduras impresionantes y tenía la ropa chamuscada. No había mucha sangre porque el calor de la explosión había cauterizado los vasos sanguíneos. Rodeando el cadáver había centenares de fragmentos de loza. No necesité mirar dos veces para hacerme

idea de lo que había sucedido. Una mano era un muñón y lo que quedaba más arriba del cuello, una masa informe viscosa desparramada por el suelo de mármol.

Una bomba en la máquina de afeitar eléctrica; un viejo truco, cuyos efectos veía yo por primera vez. Se averigua el modelo de maquinilla de afeitar que utiliza la víctima, se rellena con una buena cantidad de explosivo y se conecta un pequeño detonador (made in Taiwan; por favor, indique en el pedido si lo quiere de 110 o 220 V) y el usuario, obediente, se la acerca a la cara y da al interruptor de la luz.

Pobre Johnson. A mis espaldas, voces excitadas me dieron a entender que comenzaba a llegar gente a la habitación; así que me escurrí entre los curiosos, preguntando a voces qué es lo que había pasado. Johnson. ¿Le estaría esperando alguien cuando entró en la habitación? ¿Qué significaría aquello de «¡Pero, habrase visto!», simple retórica o se lo decía a algún visitante, a alguien como Deuce Thurkettle, cuya «maestría en dispositivos electrónicos, cerraduras sofisticadas, armas modernas y explosivos se unían a sus probados recursos físicos y le calificaban como notable agente secreto»?

Y si era Thurkettle el asesino, ¿por qué? O, llegando a la conclusión inevitable, ¿sería Thurkettle un agente secreto que actuaba con inventados antecedentes de convicto de asesinato? En caso afirmativo, ¿quién había matado a Johnson, si es que era su verdadero nombre? Y, por encima de aquellos interrogantes, algo en mi interior me decía que a Central de Londres no le iba a gustar que yo telefonease en aquel momento. Ni el propio Stowe esperaría que estableciese contacto, y menos con aquel lío del que tenía que alejarme y la posibilidad de que la policía austríaca interceptase la llamada. Pese a todo, dicho impedimento me resultaba un consuelo.

9

MI avión despegó del aeropuerto de Salzburgo en medio de una tormenta wagneriana que iluminaba los Alpes entre monstruosos relámpagos azulados y espantosos truenos. El azote de la lluvia sobre el fuselaje se oía por encima de la música de fondo, y el aparato cabeceaba y sufría sacudidas como si, contra los enfurecidos vientos, fuese ascendiendo por un sendero entre las altas montañas.

Aún no había conseguido borrar de mi mente la horrible visión de aquel cuerpo despedazado. No teniendo nada para leer, salvo el boletín de a bordo, saqué de la bolsa el catálogo filatélico y volví a mirar el sobre que no había podido adquirir. Examiné minuciosamente la foto y traté de comprender qué demonio inducía a la gente a acumular costosas colecciones de aquellas diminutas estampitas. La foto en color era tan fiel, que parecía casi posible coger los sellos de la página. Con las tijeritas de mi navaja suiza recorté la ilustración y me la guardé en el bolsillo.

Era ya tarde cuando aterrizamos en Viena. Había cesado la tormenta y en el cielo sin luna brillaban las estrellas. La dirección que Hoffmann me había dado estaba en el cinturón del casco antiguo. Volví a mirar el plano de Viena que había cogido en el mostrador de la compañía aérea y en el que figuraba la ciudad con vivos colores y grabados isométricos de algunos edificios como el palacio imperial; plano recuadrado por una orla con anuncios como «bar- revista», «club de contactos, con sauna» y «servicios privados de azafata», todos ellos en alemán, árabe y japonés. Vi en él que mi destino era una bocacalle de Kártner Strasse, una conocida vía que va desde el anillo de la Ópera, que rodea la ciudad interna, hasta la catedral de San Esteban en el mismo centro.

Ya había anochecido cuando el taxi me dejó frente a la inmensa mole de la Ópera, en el momento en que acababa de caer el telón y el público salía de ver El barbero de Sevilla. Se abrieron varias puertas simultáneamente, proyectando sobre el pavimento rectángulos amarillos, y empezó a salir gente; al principio sólo una docena de personas que oteaban en silencio las calles

relucientes por la lluvia con aire de desorientada cautela, cual viajeros intergalácticos que desembarcan de una pétrea nave nodriza. Del interior llegó un clamor amortiguado de aplausos, y momentos después, tras la última reverencia de la compañía, surgió a borbotones un público clamoroso y eufórico. Un nutrido grupo cruzó la acera de la fachada, invadiendo la calzada sin preocuparse por el tráfico, entre risas y gritos, cual presos de lujo recién liberados.

—Zona peatonal —dijo el taxista, efectuando un giro prohibido en U y situando el vehículo en posición para el asalto de la multitud, que ya comenzaba a levantar el brazo solicitándole—. Desde aquí tendrá que seguir a pie.

La calle se iba ya llenando de gente con esos increíbles abrigos de piel y trajes de noche obligados para el público alemán y austríaco que acude a un acto cultural. Un grupo de amantes de la ópera vestidos de esa guisa acosaron al taxi nada más detenerse y comenzaron a reclamarlo a voces, que no tardaron en degenerar en discusión.

Pagué al taxista y me abrí camino entre aquella horda que seguía vomitando las puertas del teatro. Conforme avanzaba disminuía la masa de público, que en su mayoría no se internaba por las callejas del centro. Muy pronto caminaba solo y oía resonar mis pasos frente a las tiendas sin luz y los cafés cerrados. La gente del centro de Viena se acuesta pronto.

La dirección a la que me dirigía era un callejón mal alumbrado bordeado de tiendas de anticuario de fachadas descuidadas y desaliñadas como sólo lo están las tiendas de antigüedades más selectas. A través de los escaparates en penumbra entreveía valiosas alfombras orientales, muebles y brillante cristalería. En la puerta de una tienda ví la placa de latón que discretamente rezaba Karl Staiger. Pulsé el timbre y tardaron un buen rato en contestar hasta que se abrió una ventana del primer piso, que cerró acto seguido.

Por fin pude ver a través del escaparate, al encenderse una tenue luz al fondo de la tienda, que silueteó lo muebles y la figura de un hombre bajo y rechoncho que avanzaba hacia la puerta sorteando los objetos. Tardó un rato en descorrer los cerrojos y las cerraduras de seguridad. Luego, abrió la puerta justo lo que daba de sí la cadena y por el intersticio preguntó:

—Sí... ¿Qué desea?

—Busco el barón Staiger —dije—. Vengo de Salzburgo.

Se oyó un suspiro y volvió a cerrar la puerta para quitar la cadena.

Al abrirla para mirarme, ví que era Otto Hoffmann en persona. No era de extrañar que no le hubiese reconocido porque era un individuo mucho más

sobrio que el jovial hombrecillo que en Salzburgo me había entregado los tres mil *schillings* austríacos y obsequiado con una conferencia sobre filatelia. Vestía aquella noche camisa almidonada y severa corbata de lazo con una llamativa chaqueta de esmoquin bordada. Se me quedó mirando un instante sin decir nada, casi como si busca se un pretexto para despedirme, pero finalmente farfulló:

—Hola, Samson. Le había dicho que telefonease.

No era una acogida muy amistosa.

—Fue imposible telefonar.

—¿Por qué?

—No tenía monedas —dije en guasa.

—Bueno, pase. Aquí en Viena soy Von Staiger. —Lo decía con el mismo acento puro vienés, marcando las «i» y sin guturalizar las «ch». Me hizo pasar a la tienda y yo aguardé a que cumplimentase el galimatías de cierres de seguridad.

Apagó la luz de la tienda, encabezó la marcha hacia la trastienda y tomó por la estrecha escalera de madera. Del sótano llegaba olor a pegamentos, madera recién serrada y pulimentos propio de un taller. Los tres pisos superiores formaban la vivienda. En la escalera había grabados y bordados en marcos antiguos y, en el descansillo, una cómoda de roble perfectamente conservada. Me dio la impresión de que algunas habitaciones servían de sala de exposición. Cuando llegábamos al último piso oí música, y un olor a comida —mejor dicho, a indicios de algún guiso previamente concluido— sustituyó a los aromas acrílicos del sótano.

—Tengo gente —dijo Staiger—. Deje el gabán en el perchero y la bolsa aquí mismo. Luego hablaremos.

—De acuerdo.

En aquel último piso habían transformado dos habitaciones en una sola y allí se encontraban unas doce personas. Sus atuendos eran tan extravagantes, que en Londres los habría confundido con prendas de moda. Las mujeres lucían profusión de alhajas y vestidos escotados; una llevaba un modelo de seda color humo con volantes escalonados; otra, un diseño muy llamativo adornado con encaje antiguo. Los hombres vestían esmoquin con vistosos fajines, y algunos de los de más edad exhibían condecoraciones.

Aquel barón Staiger distaba mucho de ser el alborozado individuo que yo había visto en el Hoffmann de Salzburgo. No hizo nada por presentarme a sus invitados y se limitó a anunciar con apatía a los que habían advertido nuestra entrada:

—El señor Samson, un amigo de Salzburgo.

Notaba la humedad; la lluvia me había calado la trinchera, y mi viejo traje estaba deformado y arrugado en los sitios más comprometedores. Todos me miraron con desgana.

En un rincón, un pianista luchaba a brazo partido con George Gershwin, con mutuo fracaso. Después de mi entrada atacó unos irregulares compases de vals, dirigiéndome una sonrisa como si me conociese, hasta que al poco rato dejó de tocar. Tuve la impresión de que mi llegada había estropeado la gemütlich^[7] reunión.

Se me acercó el camarero a preguntarme qué quería tomar y, al ver que no había alcohol, opté por un Gspritzter en espera de que todos se marchasen. No podía desechar la sensación de que Staiger parecía querer distanciarse de mí en todos los aspectos, dado que, una vez que vio que tenía de beber, se fue hacia otro grupo al extremo del salón.

—¿Así que ahora vive en Salzburgo? —preguntaba alguien a mi espalda. Me volví y era el pianista, a quien, visto con mejor luz, reconocí con gran pesar.

¡Dios mío! Era un malévolo reptil llamado Theodor Kiss, que prefería hacerse llamar Dodo. En nuestro último encuentro había estado a punto de liquidarme, y disponía de medios para haberlo hecho. Ahora me sonreía amablemente y su pelo blanco largo le confería un aspecto bastante regio, pese a su traje arrugado. Era un viejo perverso, un húngaro que había cambiado de chaqueta al perder la guerra Alemania, labrándose un porvenir con los vencedores.

—No —repliqué—. ¿Usted sí?

—No... vivo en Viena. Tengo un precioso apartamento. Decidí cambiarme porque el sur de Francia... se había puesto muy... vulgar.

—¿Ah, sí?

Veía en el cráneo de Dodo la cicatriz rojiza que le había dejado Jim Prettyman, probablemente salvándome con ello la vida.

—¿Y cómo está mi querida Zu? —preguntó, porque era amigo de familia de Gloria.

Mascullé unas palabras diciendo que estaba bien.

Él sabía que yo no deseaba hablar con él, pero le divertía insistir.

—Bueno, yo fui estudiante en Viena y para mí esta ciudad es como mi patria. Tengo muchos amigos y colegas.

Asentí con la cabeza. Claro, un exnazi como él: montones de colegas. El camarero nos presentó una bandeja con trocitos de queso Liptauer montados

en tostaditas, y me llevé un par de ellos a la boca. No había comido en el avión.

—Viena es la ciudad más bonita del mundo —dijo Dodo—. ¡Y tan gemütlich! ¿Le gusta la ópera?

Finalmente me rescató de su conversación uno que me preguntó si era periodista y que hizo que Dodo se alejase. Mi nuevo interlocutor era grueso, con una barbita de las llamadas Van Dyke, aunque a él le quedaba algo mefistofélica. Le contesté que no y mi respuesta pareció satisfacerle. Alzó un brazo señalando un gran cuadro: una absurda composición de formas abstractas en colores rudimentarios.

—¿Le gusta? —me preguntó.

—¿Qué es? —dije.

—Arte moderno —contestó en tono paternalista—. ¿Sabe usted lo que es?

—Sí; arte moderno es lo que se originó cuando los pintores dejaron de mirar a las mujeres.

—No me diga... —replicó fríamente—. ¿Eso no es Kulturbolchewismus?

Menuda puya. Bolchevismo cultural era la etiqueta acuñada por los nazis para descalificar todo lo que no fuese el realismo social patrocinado por el Estado.

—Pero me va gustando —dije con mi habitual poquedad—. ¿Es usted pintor?

—¡Andras Scolik! —dijo él, entrechocando los talones e inclinando la cerviz—. Compositor de música vienesa —añadió.

—¿De valeses?

—¡Valeses! —exclamó con desdén—. ¡Claro que no! ¡De auténtica música!

—Ah, ya —dije, aprovechando para llamar la atención de un camarero que pasaba y consiguiendo esta vez champán del país, que sabía igual que el Gspritzter.

—No —prosiguió el músico—, yo no he compuesto el famoso Yodeler ni canciones pastoriles como En el Salzkammergut la gente es alegre. Espero no decepcionarle en demasía.

—No —dije.

—Es una batalla contra la historia —continuó—. Los austríacos lo hacemos todo con exceso, ¿verdad?

—No... —dije.

—Sí que lo hacemos. Los extranjeros se ríen de nosotros: nuestro traje nacional es de risa, nuestra versión del idioma alemán incomprensible,

nuestra cocina indigesta y nuestra burocracia abominable. Hasta nuestro paisaje y nuestro, clima son absurdos y extremados. ¡Montañas y nieve! Lo detesto. Diga a un extranjero que nombre a un austríaco famoso y le contestará: Julie Andrews.

No esperaba yo suscitar semejante acaloramiento y traté de calmarle.

—Yo me habría inclinado por Mozart —dije apresuradamente; pero eso pareció enfurecerle aún más.

—No me hable de Mozart. Este puñetero país vive esclavo de su recuerdo. Los músicos somos prisioneros de Mozart y de su maldita música del siglo dieciocho. Ta-ta-ta-ta-tum-tu-tu-tum. ¡Desprecio a Mozart!

—Pensé que Mozart gustaba a todo el mundo.

—A los ingleses les gusta. Esa maldita música dieciochesca anémica se adapta al exangüe carácter británico.

—Quizá —dije, dando por perdida la esperanza de apaciguarle.

—¡Compositores muertos! Sólo les gustan los músicos muertos, pues cuando Mozart vivía le sentaban con los criados, por encima de los cocineros, pero muy por debajo de los mayordomos. Eso es lo que hacen con los músicos vivos.

—En el fondo no desprecia usted a Mozart, ¿eh? —dije.

—Ta-ta-ta-ta-tum-tu-tu-tum.

—Debe usted tener en cuenta —añadí como si fuese un entendido— la profundidad psicológica, la dramática integridad y la elegancia musical.

—Pamplinas. ¿Por qué desperdició ese tonto tanto tiempo con las óperas en alemán, música de juguete, sin darse cuenta de que el futuro de la ópera estaba vinculado al genio sublime de los italianos? Escuche usted La traviata y sabrá lo que es pasión... sentimientos humanos profundos expresados con el exuberante sonido de una orquesta completa, una partitura compuesta por alguien con auténtico genio que conocía el arte del canto de un modo imposible para Mozart.

—¡Andras! —le llamó alguien desde el otro extremo del salón—. ¿Puedes venir aquí a discutir?

El airado músico inclinó rígidamente el cuello y, derramando unas gotas de su copa de vino, se despidió de mí con todo formalismo. Yo di un sorbo a mi champán austríaco y miré en derredor. El ambiente general había mejorado y en lugar de aquel aire de aburrimiento parecido al de los asistentes a un velorio, reinaba ahora una especie de expectación, aunque no podía imaginar qué es lo que esperaban.

Examiné el salón y deduje que debían haber apartado algunos muebles para celebrar la reunión, porque unos rectángulos descoloridos en las paredes señalaban la posición ocupada por grandes cuadros, ahora sustituidos por otros más pequeños. Los pocos muebles que habían dejado eran antiguos y muy selectos, mesas rinconeras taraceadas y un aparador Hepplewhite, pero lo que realmente atrajo mi atención fue un conjunto del extremo del cuarto. Era evidente que lo habían colocado para cautivar a algún cliente rico: eran tres preciosas sillas del robusto y geométrico estilo secesionista, y detrás de ellas habían puesto dos carteles de Schiele. Me acerqué a verlo mejor y mi distanciado anfitrión debió advertir mi admiración porque se aproximó sonriente con una botella de champán en la mano.

—Espero que Andras no se haya excedido —dijo Staiger, llenándome el vaso; me dio la impresión de que me había perdonado que le hubiese aguado la fiesta.

—Ha sido muy interesante.

—¿Es usted del cuerpo diplomático? —esta vez esgrimía una extraña sonrisa y fruncía la nariz—. ¿O es que Londres nos envía ahora una clase de hombre más sutil?

Staiger tendría unos diez años menos que yo, pero era una observación que, en cualquier caso, denotaba descontento o resentimiento. El barón Staiger de Viena, Herr Hoffmann de Salzburgo y Dios sabe qué en otros lugares, estaba más dotado de ese Zauber^[8] vienés, que el resto del mundo denomina Schmaltz^[9].

—Andras tiene una noche lamentable —dijo—. Diez años llevaba tratando de que le estrenasen un cuarteto para cuerdas y el evento ha tenido lugar hoy; acudieron sus amigos más fieles y apenas llenábamos la sala —añadió dando un sorbo—. Pero lo peor es que creo que él se ha dado cuenta de que su composición no era muy buena.

—Pobre Andras —dije.

—Sus padres son propietarios del Scolik Konditorei —dijo él, irónico—. ¿Lo conoce? Todas las tardes se llena de ancianas que devoran el succulento strudel de la casa a base de semillas de amapola, con una buena ración de Schlagobers. Una mina de oro. El strudel le ayudará a superar esa crisis de identidad.

—¿Eso es lo que le abruma?

—¿El strudel? —inquirió burlón—. No, usted dice la crisis de identidad. Mañana tendrá que enfrentarse a las críticas musicales, y en Viena hay una raza silvestre de críticos.

—¡Karl! —dijo una mujercita de rasgos afilados, que pronto me hizo ver por sus modales que era la esposa de Staiger—. Ha llegado Anna-Klara, Karl —añadió tocándole el brazo. Me pregunté si conocería las otras identidades de su marido y pensaría que yo tenía relación con ellas.

—¿Ah, sí? —exclamó Staiger sonriendo satisfecho—. Kolossal! —Luego descubriría que para él la visita de aquella dama era como un éxito social de cierta envergadura. Miró en derredor para asegurarse de que no había en el salón ningún detalle que le denigrase a los ojos de la recién llegada y sólo en mi persona encontró objeción. Pensé que iba a esconderme en un armario, pero se limitó a tragar saliva y a mirar compungido a su mujer—. Cuando se marchen los invitados —añadió como explicitando su preocupación—, tengo trabajo con Herr Doktor Samson —y se atusó su escaso cabello como para asegurarse de que seguía allí.

Su esposa me miró y asintió muy seria con la cabeza. Sabía que no era realmente un Doktor, porque a un auténtico Doktor le habría llamado «barón», y a un barón, «príncipe». Así son las cosas en Austria. Esboqué una sonrisa, pero ella no me la devolvió: era una obediente esposa austríaca que dejaba que su marido adoptase las decisiones en lo tocante a trabajo, pero no tenían por qué gustarle obligatoriamente sus desastrados colegas.

—Ahí llega Anna-Klara —dijo ella.

La entrada de la invitada de honor era lo que todos esperaban. La soprano había actuado aquella misma noche en la Ópera y pasó al salón en consonancia con la reverencia que le prodigaron los reunidos. Hizo una entrada fulgurante con un lucido ondular de su larga falda. Llevaba el pelo rubio peinado alto y rutilante de joyas, y ostentaba un maquillaje algo exagerado, pero lógico en quien viene directamente del escenario.

Los invitados la saludaron en compacto murmullo de respeto y admiración. Con los Staiger a su lado, la gnadige Frau fue de uno a otro, como el general que pasa revista a la guardia de honor. Ora un Doktor Doktor con su correspondiente Frau Doktor la obsequiaban con una profunda reverencia, ora la esposa de un burócrata —Frau Kommerzialrat— le ofrecía sus cortesías o un Hofrat —asesor de corte de algún emperador de la casa de Habsburgo ya fallecido— le besaba la mano. Anna-Klara tenía amables palabras para todos y especiales cumplidos para Andras Scolik y su estreno del cuarteto para cuerdas al que no le había sido posible asistir. Scolik no cabía en sí de gozo por los elogios de Anna-Klara. Y, al fin y al cabo, siempre quedaba el strudel.

Fue una actuación impresionante, pero, con irreprochable instinto, Anna-Klara permaneció el tiempo justo para consumir una copa de champán. Tras su marcha, la reunión se deshizo rápidamente.

Era ya medianoche cuando me sentaba con Karl Staiger en su despacho de la trastienda. Todos los relojes de Viena anunciaban la hora bruja. El cuarto olía a barniz, y, pese a lo frío de la noche, Staiger abrió un poco la ventana. A continuación desplazó un montón de correspondencia que estaba apoyado contra un reloj antiguo y comprobó la hora en el suyo de pulsera. Era un precioso reloj con esfera decorada con una escena de damas bailando y la maquinaria producía un alegre tictac dentro de la caja de laterales de cristal. Él asintió ufano, mirándome como lo habría hecho un padre cuyo retoño toca el piano para los invitados; satisfecho, desplazó otros libros y papeles para despejar el escritorio, en el que una lámpara de pantalla verde proyectaba un círculo perfecto sobre el secante rosa.

—¿Qué ha sucedido? —inquirió.

—No lo he conseguido —dije. No tenía intención de comentarle lo de la muerte de Johnson, ni de hablarle de Thurkettle y su posible intervención en el asesinato.

—¿Que no ha conseguido qué? —inquirió con los brazos cargados de libros.

Me saqué del bolsillo de la chaqueta la cartera y puse en el centro exacto del círculo de luz la foto en color del sobre.

—Esto —dije, alisándolo con la mano—. Esto no he conseguido.

Staiger puso los libros en un aparador y miró la foto. Y, sin decir nada, cogió el montón de correspondencia apoyado contra el reloj, rebuscó rápidamente y apartó un paquete de grandes e impresionantes etiquetas de una empresa de mensajeros. Era una bolsita almohadillada con grapas metálicas; la abrió con simple torsión y vació el contenido.

Sobre la mesa cayó un sobre azul con sellos de Paraguay y matasellos del Zeppelin: el mismo de la foto en color, que ahora tapaba.

—Yo sí lo he conseguido —dijo con sonrisa de satisfacción.

—¿Qué es lo que sucedió? —inquirí cogiendo el sobre que tantos problemas había traído, amén de, probablemente, haber causado la muerte del pobre Johnson. Le di la vuelta en mis manos y me pareció un trozo de papel que no valía tan alto precio.

—Yo sólo sé lo que puedo leer entre líneas —replicó Staiger—, pero supongo que los americanos enviaron un comprador para que pujase más que

usted, y tuve que recurrir a uno de mis principales comerciantes de Viena, viejo amigo mío, para rogarle que lo adquiriese al precio que fuera.

—Debió hacer la puja por teléfono.

—Es que no daba tiempo a enviar a nadie a Salzburgo para la subasta.

—Pues engañaron con fraude al subastador. Al menos en esa licitación.

—Son cosas que pasan —comentó Staiger—. No tenía ni idea de que los americanos fuesen a intervenir, si no, le habría dejado a usted más dinero. A mí me dijeron que me hiciera con él y ahí está —añadió alzando el sobre y mirándolo a contraluz.

—¿Hay algo dentro?

—Suelen traer un material duro de protección, un trozo de cartón, a veces anunciando un antiguo comerciante filatélico. —Y mientras lo explicaba, sacó del cajón del escritorio un precioso abrecartas de marfil que golpeó contra la palma de la mano—. Ya sabe que los mejores ejemplares de la subasta procedían de una colección privada reunida en los años treinta por un famoso comerciante húngaro de sellos aéreos llamado Zoltan Szarek: el autor del Manual Szarek del Correo Aéreo de mil novecientos treinta y cinco, actualmente descatalogado. Ahora que la colección Szarek se ha fraccionado, es el fin de una de las mejores del mundo —añadió, dando la vuelta al abrecartas, cuyo extremo ocultaba un pequeño cortaplumas, del que desplegó la hoja y, para mi sorpresa, cortó el preciado sobre.

Habiendo sido testigo de la pasión que aquellos ejemplares filatélicos despertaban en personas como Staiger, semejante vandalismo me dejó perplejo. Pero no acabó ahí mi sorpresa, pues dentro del sobre azul había dos fotos de tamaño pasaporte. Dos fotos muy recientes, porque los retratados no habían envejecido gran cosa desde la última vez que yo los había visto y eran, además, unas fotos desvaídas que adolecían de los matices negros correctos por haber sido realizadas sobre ese papel grisáceo que se utiliza en los países que carecen de una buena emulsión de plata. Staiger las puso en el secante para que las viese.

—¿Los conoce usted? —dijo.

Desde la mesa me contemplaban dos rostros: hombre y mujer. El primero era un agente del KGB que operaba con el nombre de Erich Stinnes; versión en pose rígida de la foto que Bower me había mostrado en Berlín. El segundo era el de mi esposa.

Pero había algo más: el «refuerzo» lo constituían dos carnets de identidad color rosa impresos con los bastos y característicos tipos de imprenta de la omnipresente burocracia de los países del Este de Europa. Ambos eran un

visado para un viaje específico: unipersonales, un solo viaje, una entrada a una república popular socialista y una salida. El sello era de la Statni Tajna Bezpecnost, la policía secreta checoslovaca. Uno llevaba la foto de Staiger y el otro la mía.

10

MORAVIA es la región checoslovaca que bordea la frontera norte de Austria. Aunque lo parezca, no se tarda mucho en llegar en coche desde Viena. O no habríamos tardado de no habernos tropezado con el Festival Haydn. Una vez que en la frontera pasamos los controles austríacos con una breve parada, en la que Staiger mostró los papeles por la ventanilla, nos dirigimos al control checoslovaco, que era otra historia.

Punto de intenso tráfico por hallarse en la ruta directa de Viena a Praga y, posteriormente, a Berlín, allí, por la brecha entre los Alpes y los Cárpatos, el viento procedente de la estepa rusa causa bruscos descensos de temperatura y se mete en los huesos, desafiando a los mejores abrigos. Aparte de los coches, aquel día había una cerrada fila de unos veinte camiones pesados de todos los rincones de Europa. En las cabinas, con las ventanillas bien cerradas, los conductores dormitaban, charlaban o leían, esperando pacientemente su turno, y en la casona pintada de gris, burócratas de ojillos brillantes, dedos llenos de tinta y pistola bien engrasada, comprobaban sin prisas y de mala gana la declaración de carga y la documentación de los vehículos, con previos e interminables interrogatorios antes de sellarlos.

El barón Staiger, alias Otto Hoffmann, que aquella mañana exhibía un ondulado tupé moreno, me había recogido en el hotel vienés en que pernocté después de dejar su casa. Viajábamos en un Subaru tipo *jeep*, y llamábamos un poco la atención entre aquella colección de extraños vehículos de los países del bloque del Este. Había Ladas llenos de barro, Wartburgs de dos tiempos con peste a gasolina, un cabriolé Skoda repintado de rosa chillón y un magnífico y antiguo Tatravan con una pronunciada aleta trasera en la que destacaban los respiraderos del motor. Con soberana indiferencia por los demás conductores, Staiger se situó en cabeza de la cola y se detuvo negligentemente junto a la caseta acristalada en la que media docena de militares checos contemplaban el paisaje con impávido desdén.

—Espere en el coche —me dijo Staiger, dirigiéndose hacia el centinela, con el que entabló animada charla mientras daba un papirotazo a los carnets

de color rosado. No sé en qué idioma hablaría el centinela, pero Staiger debió contestarle en el mismo porque la reacción del soldado fue amistosa y solícita. Le hizo signo afirmativo con la cabeza y Staiger alzó la vista, haciendo un gesto con la mano en dirección a un gran coche verde que había dentro de la zona checa. De él se acercaron apresuradamente dos hombres de paisano. Eran individuos altos y fornidos con gabardina, la clase de hombres que hacen alarde ante todos de que trabajan en la Primera Sección de la STB, la más eficaz de todas las policías secretas de los países del Este, que, curiosamente, ha elegido como cuartel general un antiguo monasterio de Praga. Inmediatamente nos alzaron la barrera.

—Todo en orden —dijo Staiger sentándose de nuevo al volante y dejando entrar en el coche una ráfaga de gélido aire invernal.

—¿Todo en orden? —repetí—. Pues es un consuelo...

—¿Cómo?

—No, es que después de esa payasada de la subasta... que al final se fastidió...

—Es una ruta habitual para nuestros documentos —replicó con aire de suficiencia—. Lo montó la oficina de Praga y suele funcionar como un reloj.

—Tal vez alguien debiera decirles que vivimos en la era de los relojes de cuarzo —dije.

—Es que los americanos quisieron pisarnos el terreno al enterarse de lo que se ventilaba, y la oficina de la CIA vienesa envió un agente cargado de dinero.

—Y nosotros no trabajamos con iguales posibilidades —dije con amargura, recordando mi parca asignación de *schillings*.

—Nadie puede licitar por encima de los americanos —dijo—. Suerte que pude arreglarlo.

El coche verde nos precedía; cruzamos el punto fronterizo por una zona limpia de árboles y maleza en la que se advertían los campos de minas.

—Ésos nos acompañan.

—¿Ah, sí? —dije, tratando de parecer complacido.

Avanzamos siguiéndolos por el paisaje de Moravi; hasta que el coche verde tomó por un desvío de la carretera general a Praga. La pista en que entramos estaba muy descuidada y Staiger tuvo que conectar la tracción integral.

Discurríamos por un terreno extraño y siniestro: un triste legado de la historia, pues hasta unos treinta años atrás aquellas regiones fronterizas habían sido tan prósperas como el resto de las del país y desde tiempos del

imperio era la población de habla alemana la que habitaba aquellos preciosos pueblecitos de calles arboladas, casas barrocas y espaciosas plazas.

Pero Adolf Hitler se valió del concepto del Volkdeutsche como pretexto de anexión al Tercer Reich de las regiones limítrofes. Aquello era el «país lejano» por el que el primer ministro inglés no pensaba ir a la guerra, inventando así la primera reunión mundial en la cumbre, en la que la palabra «apaciguamiento» adquirió su peyorativo significado y «Munich» se convirtió en sinónimo de capitulación. Allí vivían los checos que saludaron a las banderas de la cruz gamada y recibieron a los invasores alemanes con vítores en su propia lengua.

Pero una vez vencido Hitler, el gobierno estalinista de Praga expulsó brutalmente del país a tres millones y medio de checos de habla alemana, concediéndoles sólo unas horas para que marcharan al exilio llevándose a cuestas lo que pudieran. Aquella gente cruzó la frontera en busca de una nueva patria y las casas abandonadas fueron saqueadas con permiso oficial, siendo a la vez objeto de pillaje incontrolado. Después, en gesto más político que práctico, las viviendas fueron entregadas a vagabundos y gitanos, y actualmente quedan muy pocas habitadas.

Cruzamos pueblos que reflejaban la indecisión estatal respecto a aquella antigua «región germana»: desarrollismo y restricción; palos de ciego, los balbuceos y crisis de una pesada burocracia socialista tarada por su propia perspectiva histórica. Había edificios viejos medio derruidos y otros nuevos sin acabar, montones de escombros al borde de la carretera y mohosas estructuras de cemento abandonadas sin tejado ni ventanas, ni esperanza de tenerlos.

Cruzamos dando tumbos una ciudad fantasma, turbando el sueño de una manada de perros flacos que huyeron sin ladrar. No se veía gente. Las casas de la plaza principal —con el estucado «amarillo María Teresa» lamentablemente desconchado— estaban tapadas con tablas, igual que las tiendas.

Volví a apretar el botón de la calefacción.

—Por última vez, Staiger, ¿cuándo va a decirme qué es lo que vamos a hacer?

En Londres me habían ordenado hacer lo que él me dijera, y no es que me negase, pero me fastidiaba aquella desinformación.

Él se rebulló en el asiento como para ejercitar su columna vertebral.

—No puedo —respondió afable, igual que lo había hecho otras veces antes de aquel interminable y fatigoso viaje—. A mí me han ordenado llevarle

al sitio al que nos dirigimos y nada más.

—¿Y volver a traerme?

—Sí —contestó sonriendo—. Volver a traerle. A las cuatro en punto. Eso es todo lo que sé.

Hasta aquel momento los escasos trozos de conversación que habíamos sostenido habían girado en torno a chismorreos sobre Viena y gente que yo conocía muy poco o nada. Pero eso no fue lo malo, sino que Staiger me endosó sus alambicados razonamientos sobre confitería vienesa, y las Torten en particular, explicándome con prolijidad de detalles por qué prefería la simplicidad de una sola capa de la Linzertorte a cualquier otro producto de Sacher. Me hizo confidente de los más recónditos secretos de las delicadas Haselnutsstorten de Demel, indicándome específicamente cuál de su amplia selección salía ganando por la adición de un poco de nata y cuál desmerecía lamentablemente con semejante añadido. Me facilitó incluso las señas de un modesto café en el que la extraordinaria calidad del relleno de albaricoque que ponían en las Sachertorte superaba al de las que servían en Sacher.

—¿Qué tengo que hacer en esa entrevista? ¿Se lo han concretado en las órdenes?

—Dicen que usted sabrá —contestó, apartando su mente de la pastelería.

—¿Es un ruso?

—Ya le digo que no lo sé. De verdad que no lo sé. Ya falta poco.

Le notaba decepcionado porque yo hubiese acogido tan tibiamente sus teorías confiteras; quizá en otras circunstancias me habría complacido su disertación, e incluso le hubiese acompañado en una gira cafeteril por la ciudad; pero aquel día no.

Las nubes eran sombrías y las montañas lejanas parecían bajo aquella luz amenazadoras y más impresionantes. Todo era gris: cielo, montañas, granjas; hasta la nieve. Era como la copia mal hecha de una instantánea, sin matices negros y blancos. La vida en Europa del Este era así por entonces; se había perdido la fe y el comunismo se había desvanecido sin que llegara el capitalismo, y la gente, sin salir de su perplejidad, obedecía sin alicientes.

Seguíamos avanzando, más despacio ahora, porque la carretera era un desastre. Llegamos a un cruce en el que había junto al arcén dos camiones de color caqui. Tres hombres con uniforme de combate en tela de camuflaje y casco con red estaban junto al tablero posterior del último camión. Al llegar a su altura, ví que eran un oficial y dos soldados, con rifles automáticos en bandolera. Se volvieron a vernos pasar.

En aquel cruce doblamos para internarnos por una carretera aún peor. No tardó en detenerse el coche verde, apartándose para que pudiésemos continuar. Al rebasarlo, sus ocupantes nos miraron con una curiosidad impropia en esa clase de gente. Staiger continuaba impasible. La carretera ascendía y avanzábamos dando tumbos y traqueteos sobre aquella pista con baches, en la que los charcos de barro se hallaban cubiertos por una costra quebrada de hielo. En los campos se veían zonas de nieve vieja y seca que dejaba al descubierto la tierra estéril. Los pájaros volaban en círculo buscando donde guarecerse. Por todas partes habían restos de nieve que habían amontonado a trechos a lo largo de la carretera, montones en los que brillaban pequeños cristales de hielo, sin que se advirtiera mancha alguna de grasa de tráfico anterior.

—Allí están —dijo Staiger—. Mire las huellas de los neumáticos.

—Sí —dije.

—O a lo mejor son del quitanieves.

—¿Ha traído algo de comer? —inquirí.

—Pensé que tendríamos tiempo para haber parado en la frontera austríaca; no me imaginé que nos retrasaríamos tanto —añadió con solemne preocupación, levantando la mano del volante para señalar otra granja que había más adelante.

Construida en una época pretérita en la que la vida del campesino alternaba con el papel de guerrero, el edificio se hallaba en un promontorio desde el que se dominaba un campo de tiro que cubría todo el valle que dejábamos atrás. El conjunto de dependencias incluía dos enormes graneros con la techumbre cubierta de nieve y había un portón de entrada bastante grande, cuyo blasón esculpido había sido deliberadamente demolido, aunque sobrevivían los restos de un león decapitado precariamente aferrado a medio escudo. Resguardados a sotavento del portón y sentados a horcajadas en sus motos, había dos policías de tráfico checos que nos miraron al pasar.

Tras el portón, el camino de acceso discurría entre unos abrevaderos de madera, que despedían cierto vaho, y porquerizas de chapa ondulada anexas a lo que otrora había sido la dependencia principal de la granja fortificada.

El coche pasó muy justo por el arco de entrada, dando bandazos sobre los adoquines del patio cerrado, para detenerse ante la puerta trasera de una casa en cuyos muros apenas se distinguía el enlucido artesano de temas florales. El patio era grande; en un rincón tenía un cobertizo con aperos agrícolas oxidados y unos pollos que, aturdidos momentáneamente por la llegada del

coche, siguieron rebuscando su subsistencia entre las piedras. Reinaba un olor a basura quemada, o quizá fuese que el horno necesitaba una limpieza.

Paseando por el tejado había dos hombres con potentes prismáticos. Otros dos con chaquetón de cuero y grandes botas estaban sentados en un banco del patio. Con el sombrero caído sobre la frente, permanecían despatarrados como borrachos tumbados al sol, pero me di cuenta de que era la postura relajada de quienes pasan muchas horas quietos y no se me escapó que llevaban desabrochados los botones superiores del chaquetón para sacar fácilmente algo de una funda sobaquera en caso de urgencia.

Como estatuas, nos miraron sin mover los párpados. Bajé del coche y aguardé a que Staiger cerrase las portezuelas.

De pronto, por una puerta salió disparado un perrazo negro bastardo, ladrando y gruñendo y, con temeraria rapidez y desprecio suicida por la cadena, se me lanzó a la garganta; afortunadamente la atadura no le daba de sí y cayó de lado casi estrangulado con un ladrido ahogado. Sin dejar de tirar furiosamente de la cadena, permaneció agachado gruñendo y mostrando los dientes en desaforada demostración agresiva, como hacen muchos seres que no pueden desahogar su indignación.

Los que estaban sentados en el banco apenas se habían movido durante aquella exhibición de furor canino. Ahora, Staiger reía nervioso y verificaba la equilibrada posición del sombrero sobre su tupé.

—Entre —me dijo—. Yo le espero aquí.

Por entonces ya había comenzado a imaginar lo que me esperaba. En el interior de la granja había poca luz, pues las reducidas ventanas en los gruesos muros eran muy bajas; el suelo era de baldosas rústicas desgastadas y los muebles escasos. Lo que más destacaba era una enorme mesa de refectorio que habían arrimado a la pared para hacer sitio, y unas sillas viejas de asiento de paja.

Ella esperaba de pie en la oscuridad y habló en un susurro.

—¡Bernard!

Mi primera impresión fue que Fiona era más baja y menuda de como yo la recordaba. Luego, con cierto remordimiento, comprendí que se debía a que llevaba mucho tiempo con Gloria.

—¿Pero en qué locura de juego estás metida? —dije.

Las palabras me habían surgido como un balbuceo, que, supongo, revelaba mi turbación. Seguía amándola pero estaba harto de ella, incapaz de saber lo que quería de mí y sin ganas de darle nueva ocasión para que de algún modo me embaucase.

—No te enfades.

—No te enfades... —repetí hastiado. Su deliberada pasividad atizaba mi indignación—. Perra imbécil y enrevesada —grité sin poder contenerme—, ¿qué es lo que pretendes? ¿Te has vuelto loca?

Ella me miró de arriba abajo y sonrió. Quién sabe la clase de animosidad que inhibía. Si ella también estaba enojada conmigo, no lo hacía ver. Aguardó a que me apaciguase, segura de sí misma, y volvió a sonreír. Conservaba aquella maravillosa sonrisa que me había arrobado cuando la conocí; era una sonrisa lúdica, con cierto aire burlón y al mismo tiempo invitación a compartir su punto de vista sobre la situación que vivíamos, invitación a la que no podía resistirme.

—Aquí no hay nada de comer. Nada. Sabía que vendrías con hambre.

Era una voz monótona, deliberadamente quizá, y, a pesar de que era mi esposa, no llegaba a captar su verdadero estado emocional. Siempre había sido así. Reflexionaba a veces sobre aquel don enigmático que tan atractiva la hacía a mis ojos, y me preguntaba hasta qué punto ella, a su vez, no entendía mi forma de ser. No creo que se le escapase mucho.

—Bernard, querido —dijo, tratando de rodearme con sus brazos; yo la rehuí—. ¿Cómo están los niños? —añadió, y sentí el ardor de su cuerpo, embriagado por un perfume que casi había olvidado.

—Bien. Te echan de menos. Te echamos de menos —corregí, mientras ella me dirigía una mirada burlona—. Billy está muy crecido. Casi tan alto como tú; le chiflan los coches... tiene carteles, maquetas, e incluso un enorme motor de plástico que no para de montar y desmontar.

—¿Regalo tuyo de Navidad? —inquirió, demostrando su increíble intuición. Era absurdo tratar de ocultarle ningún secreto, y yo no escarmentaba.

—Sí; ponía que era un «juguete educativo» —dije. Ella lanzó una risita, pensando en la broma compartida por los dos de que yo me dejaba embaucar por cualquier chisme que llevase semejante etiqueta—. A Sally la han elegido en el colegio para interpretar Porcia. Me da la impresión de que Billy tiene un poco de pelusa.

—No me extraña —replicó ella sonriendo—. El actor es Billy. Porcia... ¿de El mercader de Venecia?

—*De Julio César.*

—Sí, claro: «¿Soy yo tú, / mas como si lo fuera, en esa medida, o limitación, de / acompañarte en las comidas, calentar tu cama, / y hablarte a

veces? ¿Actuar en la linde / de tu buen placer? Aunque no más que en eso, / Porcia es la prostituta de Bruto, no su esposa».

—Qué memoria tienes —dije.

Ella contestó:

—Se supone que debes responder: «Tú eres mi verdadera y honorable esposa, / tan cara para mí como lo son las gotas escarlata / que acoge mi triste corazón». ¿Es que no estudiaste a Shakespeare en el colegio?

—Lo aprendí en alemán —dije.

Mi respuesta le hizo gracia.

—Ahora leo mucho: Dickens, Jane Austen, Trollope, Thackeray, Shakespeare.

En lo más profundo de mi ser sonó una especie de alarma: era literatura inglesa y a la mayoría de los de Seguridad les resultaría extraño algo que tan sospechosamente olía a nostalgia, pero no lo mencioné.

—Porcia lucirá un precioso vestido azul con orla dorada —dije.

Ella me alargó la mano y se la cogí. Aquel gesto me pareció de una conmovedora intimidad; su mano era pequeña y cálida, como siempre lo había sido.

—Qué absurdo que las cosas tengan que ser así —dijo—. Me costó tanto salir de Berlín y, luego, de pronto, tuve que asistir a una conferencia en Praga y todo resultó fácil —añadió apresuradamente, como para eludir otros temas de los que no quería hablar. Y lo había hecho con un falso tono de alegría, el tono que yo recordaba de un tiempo en que ella trataba de hacer una broma a propósito de Billy, diciendo que por culpa de la gripe iba a estropearle el cumpleaños, o cierta ocasión en que había abierto indignada la portezuela del coche, arañando la pintura—. ¿Qué te han contado de todo esto?

Retrocedí para verla mejor. Estaba tan preciosa como siempre. Llevaba el pelo peinado estirado hacia atrás, en aquel severo estilo que había adoptado desde su huida al Este. Vestía un sencillo traje sastre verde oscuro, casi Chanel, pero imaginé que se lo habría confeccionado alguna buena costurera descubierta por ella. Fiona siempre se las arreglaba para encontrar algún «tesoro» que le hacía las cosas a su gusto. Conservaba la alianza matrimonial; miró nuestras manos entrelazadas como si fuese a renovar los votos conyugales, y ví que era la arrebatadora muchacha con quien tan orgulloso me había casado; pero de eso hacía un siglo, y los cambios que los últimos agitados años habían causado en su persona eran evidentes. Noté en ella algo que antes nunca había advertido: cierta desgana, ¿o sería recelo? Quizá fuese lo que de entrada yo había interpretado como disminución de estatura.

Ella rebulló su mano dentro de la mía.

—Has perdido el anillo de compromiso —dije.

—Ya compraremos otro.

No comenté nada.

—Es que fui a trabajar a Dresde; mataron a un hombre y fue una noche horrorosa. Fui a lavarme las manos a la enfermería y me descuidé. Cuando di la vuelta con el coche y volví, nadie sabía nada.

Agarraba mis manos con fuerza, como para darme a entender que la pérdida del anillo había sido una horrible experiencia, pero también noté que se mantenía más impávida que nunca. Yo sabía que ella vencía el miedo gracias a la voluntad, igual que esas actrices geniales que interpretan su papel dando vida a un personaje trivial.

—Ese pantalón no hace juego con la chaqueta. —Y añadió sin darme tiempo a contestar—: La nueva mujer de tu vida no te cuida, cariño.

Se hallaba relajada y tranquila, desvanecidos ya los terribles recuerdos.

—No puedo quejarme.

—¿Te plancha las camisas? Mira que eras latoso con las camisas... Cuando estaba de viaje, me asaltaba a veces la preocupación por la ropa. ¿Verdad que es una tontada? —lo decía con cierta amargura, un rasgo de la auténtica Fiona que resurgía. Era todo en broma, por supuesto, lo de la ropa y los sondeos sobre otras mujeres. Todo broma, hasta que ella decidió tocar el silbato y acabar el recreo.

—Es una chica decente, fiel y que me quiere —espeté, molesto por sus sarcasmos, arrepintiéndome nada más decirlo, pero eso era lo que ella buscaba. Habiéndome dejado llevar por los sentimientos, ella ya podía seguir.

—¿Qué te han explicado de todo esto? —repitió.

—Nada —contesté—. No me han contado nada —añadí, pensando en el ceño fruncido de Stowe y en sus reticentes respuestas. Era evidente que a Stowe tampoco le habían contado nada, y me pregunté quién demonios sería el que realmente estaba al corriente de lo que sucedía.

—Pobre cariño mío; aunque quizá haya sido mejor así.

—Estás a punto de pasarte —dije, exponiendo en palabras lo que mis ojos se resistían a creer—. ¿Tenía yo razón, verdad? —pero, aun así, no era inequívocamente seguro que ella hubiese estado trabajando para Londres.

—Falta poco ya —dijo.

—¿Y no vas a volver a Berlín?

—Sólo un poquito.

—¿Por qué?

—Ya sabes lo que pasa... hay otros que corren peligro. Tengo que desbrozar el camino. Cuestión de semanas; quizá sólo de días.

No dije nada. El perro ladró afuera como si se acercase alguien. Fiona miró su reloj y yo recordé de pronto cómo detestaba aquella absoluta dedicación suya al Departamento, que ella anteponía a todo. Competir con su cargo era peor que competir con un amante seductor. Debió de leer mis pensamientos, porque dijo:

—No me hagas ningún reproche, Bernard. Ahora no.

Entonces me di cuenta de que lo había enfocado mal. Con absurdo prejuicio, la había tomado por su valía aparente y eso es una cosa que odian las mujeres. Otra clase de hombre la habría alzado en sus brazos y le habría hecho el amor sobre la marcha, sin preocuparse de las consecuencias. Otra clase de mujer habría propiciado la ocasión para que yo lo hiciese; pero éramos nosotros: dos profesionales que hablaban técnicamente cara a cara.

Se apartó de mí y, mientras se miraba el anillo de casada, dijo:

—Soy yo la única que puede adoptar esa decisión y les dije que debo volver.

—¿Y por qué has venido aquí? ¿Por qué te has arriesgado? —inquirí, aunque estaba seguro de que ella habría encontrado un pretexto convincente para celebrar aquella entrevista con el enemigo; pero era una locura que arriesgase su vida por verme. Recordé cuántos hombres excelentes habían muerto por una locura parecida. Hombres que no pudieron resistir la tentación de ver a una novia por última vez; hombres que no habían sabido sustraerse a una última comida en su café preferido, o como el bueno de Karl Busch, que me escondió durante tres angustiosos días en Weimar y que, una vez a seguro, volvió a su casa a recoger su colección de sellos y se los encontró esperándole. El pobre fue a parar al cuartel de la Seguridad en Leipzig y nunca más se supo de él.

—Oh, Bernard —contestó ella con un suspiro.

—¿Por qué?

—Por ti. No seas tan duro de mollera.

—¿Por mí?

—Lo fisgabas todo... Todo lo mío... —dijo con un ademán de desesperación.

—No irás a decirme que has hecho este temerario viajecito sólo para decirme que deje de indagar los hechos...

—Central de Londres hizo todo lo posible para tranquilizarte, pero tú no cedías.

—Todo, menos sencillamente explicarme la verdad —repliqué enardecido.

—Te lanzaron indirectas y te insinuaron consejos. Pero, al final, ya no sabían qué hacer para convencerte. Yo no sé hasta dónde pensaban llegar... y les dije que tendría que decírtelo yo. Convinimos esta entrevista oficial, pero oficiosa. Londres ya ha hecho concesiones y yo volveré como si fuese una hábil negociadora. No pasará nada.

—¡Serán locos! ¿No les has explicado lo peligroso que es para ti estar hablando aquí conmigo?

—Sabes que es peligroso, pero es que tú no dejas de fisgar en todo. Estabas reconstruyendo la trama de toda la operación. Y, además, dejabas pistas, lo que es más peligroso aún.

—Claro que fisgaba. ¿Qué esperabas que hiciese? Eres mi esposa —me detuve, exasperado. Aunque mi tesis había resultado cierta, me costaba asumirla en toda la extensión de la barbaridad que implicaba: Central de Londres había enviado a Fiona de agente secreto al Este sin confiármelo a mí —. Por Dios bendito...

—Cuando se adoptó la decisión, lo consideramos muy buena idea —dijo ella con calma. Pero, a pesar de la frase, no había ningún indicio en su voz que diera a entender que ya no siguiera siendo una buena idea.

—¿Quién pensó que era una buena idea?

—Bernard, tu sorpresa, o mejor dicho, perplejidad..., Tu rabia, indignación y evidente desconcierto eran mi mejor garantía.

—Te he preguntado quién lo juzgó una buena idea...

—Yo quería decírtelo todo, cariño. Al principio insistí; quería que asistieses a todas las reuniones preparatorias y la idea primitiva era que tú fueses el oficial del caso, pero luego se hizo evidente que no podía haber un oficial de caso en el sentido exacto del término, porque estaba descartado todo contacto periódico normal.

—¿Y quién decidió en contra?

—Al principio el director general se oponía a toda la operación; no le daba más de un veinticinco por ciento de posibilidades.

—Menos habría dado yo.

—El DG estipuló como condición que no te pusiésemos al corriente de nada.

—¿El DG... sir Henry?

—Tiene sus días buenos y sus días malos.

—Para que cuanto más me emperrase yo, mejor...

—Al principio sí. Y dio buen resultado —dijo ella—. Durante las primeras semanas, Moscú te tuvo bajo vigilancia prioritaria y fuiste observado con el mayor interés. Incluso hicieron que un psicólogo especialista en conducta redactase un informe, del que Erich Stinnes pudo conseguir copia: decía que no había actor capaz de hacer una interpretación como la tuya. Y, desde luego, no se equivocaban. Fue tu modo de actuar lo que en definitiva los convenció de que yo era de los suyos.

—¿Y no adivinaron la verdad? ¿Que actuabas sin que yo lo supiese?

—En la Unión Soviética habrá mujeres piloto y operarías de grúas, pero el matrimonio es una institución sagrada, y, debido a los millones de víctimas que hubo en la guerra, las opiniones de Marx sobre el matrimonio —como en tantas otras cosas— han quedado definitivamente archivadas. En la URSS las mujeres hacen lo que les dice el marido.

La miré en silencio y ella sonrió. Ahora sí que me preguntaba por qué me habría extrañado todo aquello: Fiona, hija culta y privilegiada de un fariseo nuevo rico, graduada excepcional por Oxford y con estudios de ruso en la Sorbona, ingresa en el Departamento y se casa con un hombre que no es universitario y cuyo único título respetable es su fama como agente secreto. ¿Cómo no va a querer una mujer así ser un agente secreto todavía mejor, al coste que sea para el marido, los hijos y todos los que la rodean?

—¿Cuándo empezó todo esto? —inquirí.

—Hace tiempo —contestó ella sin darle importancia.

—¿En septiembre del setenta y ocho? —Había sido en la noche de uno de aquellos pánicos Baader-Meinhof. El contenido de una interceptación de señales del ejército ruso volvió tan rápido a Karlshorst, que todos pensaron que teníamos un superespía en Operaciones. Ella asintió con la cabeza—. ¿Les filtraste tú la señal interceptada? Así que ya trabajabas para los dos bandos. —Hice una breve pausa para recordar los hechos—. Encargaron a Joe Brody abrir una investigación, únicamente para calmar la angustia de los americanos; no sé cómo te escurriste de él... y, descartada tú, le echaron la culpa a Werner Volkmann, a quien no dieron ni oportunidad de defenderse. A partir de entonces Frank no quiso que volviese a trabajar y él se lo tomó a mal.

—Exacto —dijo ella mordiéndose el labio. Nunca le había gustado Werner, o al menos lo había descalificado considerándolo inocentón. ¿Estaría en la raíz de esa animosidad cierta mala conciencia por el papel que ella había desempeñado?—. Luego, le abrieron expediente naranja a Trent y le atribuyeron la responsabilidad.

—A Trent lo mataron —dije.

—Sí —replicó ella, al quite, con voz tranquila y conciliadora—, tu amigo Rolf Mauser, con una pistola que tú le prestaste. No puedes achacar al Departamento la muerte de Trent.

—Pero les vino muy bien, porque Trent se llevó el secreto a la tumba; y el secreto era que él no pasó a los rusos la interceptación.

Ella no replicó.

—¿Dónde establecieron contacto contigo? ¿En Oxford? —dije—. ¿Ya en aquella época?

—El Departamento, sí.

Así que era eso. Aquellas historias de que andaba con grupos marxistas en la universidad eran ciertas; pero lo habían hecho para sondearla. Algo que me afectaba más íntimamente era el modo en que había logrado que yo la recomendase para conseguir empleo en el Departamento. Todo había sido una artimaña y un método para encubrir su previa afiliación, porque ya por entonces debía estar en contacto regular con el KGB. Su agente tutor debió de quedar extasiado al ver que ingresaba en el SIS. Ahora comprendía la paciente planificación que la había convertido en tan convincente agente de los rusos. Me hacía sentirme idiota perdido, pero dominé mi indignación.

—¿Quién más lo sabía? —inquirí.

—No puedo decírtelo, cariño.

—¿Quién más?

—Nadie más. Ni Coordinación, ni Pagaduría Central, ni Seguridad Interna, ni siquiera el delegado.

—Pero lo sabía el director general —insistí.

—Nadie de los que trabajan actualmente —dijo con suficiencia—. Fue la condición que impuso el director general. ¡Nadie!

—Convertiste mi vida en un infierno —dije apaciblemente.

—Pensé que te sentirías orgulloso de mí.

—Y lo estoy —repliqué, procurando poner sentimiento—. De verdad que lo estoy, pero ya es hora de salir de esto. Vuelve conmigo a Viena. Con tu carnet del KGB y mi tarjeta especial de identidad pasaremos el control. Podríamos coger un avión para Londres esta misma noche.

—No estoy tan segura, Bernard. Ahora todos los puntos fronterizos están informatizados. Créeme, sé lo que me digo.

Conocía aquel tono de voz y sabía que no admitía réplica.

Yo le tenía dicho mil veces que un agente secreto tiene que ser quien diga la última palabra en semejantes situaciones, y siempre me había valido de mi

experiencia profesional para adoptar las decisiones irrefutables. Y ahora era mi mujer la que demostraba ser la agente secreta más asombrosa del mundo, que había alcanzado el más alto escalafón en la red de espionaje del Este, engañándolos a todos. No podía llevarle la contraria.

En tono intrascendente, como llevando la conversación hacia un terreno frívolo, dijo:

—Tengo que estar segura de que el ordenador da el visto bueno cuando me pase. Londres me ha prometido algo muy especial en cuanto a documentación.

—Tienen buena gente aquí —dije sin estar muy convencido y pensando si la documentación falsificada que le facilitasen la procuraría Staiger y sería obra de los mismos maleantes que se encargaban de los sellos y los sobres.

—Lo sé.

—¿Y Erich Stinnes también?

Cuando se escribiese la historia del Departamento, ninguno de los recientes fracasos evidenciaría la manera indecisa y confusa con que habían llevado el asunto Stinnes. Stinnes era un elemento escurridizo, un auténtico oficial veterano del KGB que había dicho que quería desertar de nosotros; luego surgieron dudas por ambas partes hasta que se le tachó de hostil y fue encarcelado por nosotros, para, finalmente, regresar al Este en virtud de un intercambio.

—Stinnes queda totalmente al margen de esto. Se planeó así. —Hizo una pausa y cambió ligeramente de tema—. Cuando eliminasteis a esa bestia de Moskvín me evitasteis el peligro más temible, porque él sí sospechaba la verdad.

—Se lo cargó una bala rusa de los tuyos. ¿Lo sabías?

Fiona respondió con una gélida sonrisa.

—Ojalá... —comencé a decir para que no quedara así la cosa, pero ella levantó la mano para silenciar mis recriminaciones.

—Nos quedan pocos minutos —dijo—. El coche tiene que salir a las cuatro y yo debo volver a Praga. Mañana se celebra ese maldito congreso de seguridad y tengo que recibir instrucciones.

El perro volvió a ladrar, con más fuerza esta vez, y luego calló con un agudo chillido como si le hubiesen dado un palo.

—Sí, a las cuatro. Comprendo.

—Entonces, te han dicho algo, ¿eh?

Era una broma tonta, pero esboqué una sonrisa y dije disculpándome:

—Hemos salido pronto de Viena, pero celebraban el Festival Haydn y la carretera...

—Claro —dijo ella—, siempre pasa igual cuando hay que acudir a algo importante. Tú mismo lo decías.

—¿Cuándo llegaba tarde?

—No, no me refería a eso, Bernard —replicó, echando una ojeada al reloj—. Hay otra cosa... —añadió—. Mi abrigo de pieles. Se lo dejé a mi hermana Tessa y temo que se le ocurra venderlo o deshacerse de él, no sé...

Recordaba aquel abrigo. Era un suntuoso regalo de cumpleaños de su padre, en una época en que el hombre se preocupaba mucho de demostrarle su cariño, del mismo modo que su riqueza y éxito en la vida. El enorme abrigo de marta cibelina había debido de costar miles de libras, y Fiona, que siempre había sido irreductible y explícita opositora a las prendas hechas con pieles de animales, con aquella prenda había hecho una excepción de sus reparos éticos respecto al tráfico peletero.

—¿Qué quieres que haga? —dije.

—Que lo recuperes.

—Es que... —dije, dubitativo—, no puedo decirle que he hablado contigo.

—Ya encontrarás una solución —replicó ella. Se quitaba el problema de encima. Ahora entendía por qué era tan buena ejecutiva.

Se produjo esa clase de silencio extraño que sólo una pareja inglesa es capaz de crear.

—¿Y todo lo demás, bien? ¿Los niños se encuentran bien? —volvió a preguntar.

—Estupendamente —contesté. Ella lo sabía, por supuesto, porque debía formar parte del acuerdo recibir información regularmente sobre los niños. Y sobre mí. Pensé si esos informes incluirían detalles sobre mi vida con Gloria y, por un angustioso momento, me pregunté si no habrían encargado a Gloria vivir conmigo para enterarse de todo lo que hacía, decía y pensaba... pero deseché la idea. Gloria era muy poco convencional para ser una soplona—. Claro que los niños te echan de menos —añadí.

—¿No habrán llegado a odiarme, verdad, Bernard?

—No, cariño, claro que no.

Lo dije tan sin pensarlo, que debió notar mis reservas al respecto. Asintió con la cabeza, pero no le iba a ser fácil restablecer su relación con los niños.

—¿Y tú? —inquirió.

No sabía si me preguntaba si estaba bien o si le guardaba rencor.

—Yo estoy bien —contesté.

—Te veo más delgado, Bernard. ¿Seguro que estás bien?

—Es que he hecho régimen para poder ponerme los trajes viejos.

—Me alegra que sigas siendo el mismo —dijo en tono un tanto ambiguo; pero aquella frase banal denotaba más afecto que todo lo que había dicho hasta aquel momento.

Supongo que yo habría debido decirle todo lo que me guardaba: que estaba tan guapa como siempre, que era más valiente que nadie y que me sentía orgulloso de ella, pero lo que dije fue:

—Cuídate. Ahora ya te queda poco.

—No te preocupes, cariño, todo irá bien.

Noté por el tono de voz que su mente ya no estaba centrada en mí ni en los niños. Pensaba ya en la siguiente fase, como una profesional. El único modo de sobrevivir.

Nos llegó el ruido de un potente motor de ocho cilindros, y, por la ventana, ví que el coche se desplazaba de donde había estado aparcado. Era un gran coche negro oficial, una máquina grandota y reluciente de esas que llevan matrícula de un ministerio y motoristas para llamar la atención. Pensé que sería imposible que pasara bajo aquel portón y circulase por aquella pista llena de baches.

En fin, Fiona se distinguía por conseguir lo imposible. Lo había demostrado una y mil veces.

UNA vez de regreso a Londres no me costó creer que mi viaje a Europa central había sido un sueño. De hecho, expulsé de mi mente todo pensamiento relativo a la entrevista con Fiona. O lo intenté. Cuando Gloria me recibió en el aeropuerto, dio un grito de alegría que se oyó en todo el edificio. Me agarró, me besó y me abrazó con fuerza. Sólo en ese momento empecé a percatarme de la magnitud del espantoso dilema emocional que había creado. O, mejor dicho, del dilema que Fiona me había creado.

Gloria había dejado su nuevo coche —un Metro color naranja— aparcado en doble fila ante la terminal número dos, un lugar que el inflexible cuerpo de agentes de tráfico vigila con auténtica saña. Pero ella salió indemne: supongo que era la hora del té.

Acababa de estrenarlo y estaba ilusionada con enseñarme sus prestaciones. Yo me acomodé en el asiento y me deleité en contemplarla. La horrible verdad era que me sentía tranquilo y en casa, allí en Londres con Gloria en mis brazos. Era joven y vital y me excitaba. Mis sentimientos por Fiona eran distintos... y más complejos. Aparte de ser mi esposa, mi colega y rival, era la madre de mis hijos.

Zena, la sarcástica esposa de Werner Volkmann, dijo en cierta ocasión que yo me había casado con Fiona porque representaba para mí todo lo que yo no tenía. Supongo que se referiría a que era culta, refinada y bien relacionada, pero yo no estaba de acuerdo: mi cultura, refinamiento y los círculos en que me movía eran radicalmente distintos, pero no desmerecían. Me había casado con ella porque la amaba con locura, aunque quizá fuese un amor lastrado por el respeto. Quizá nos hubiésemos casado convencidos de que lo que realmente importaba era la fusión de nuestro talento y experiencia; que podíamos demostrar que éramos una pareja invencible capaz de concebir niños prodigio. Pero tal razonamiento era una falacia, porque el matrimonio no se sostiene sólo en el respeto mutuo, y menos cuando ese respeto depende de la experiencia, como suele suceder. Ahora nos conocíamos mejor y yo había descubierto que el amor que me tenía Fiona era reprimido y cerebral,

igual que su pasión por aprender y el amor a su patria. El amor de Gloria era la mitad de joven que el de Fiona —¡Dios, qué pensamiento tan abrumador! — pero Gloria poseía una energía, apasionamiento, terquedad y curiosidad irreprimibles. A Gloria yo la amaba igual que a la sensación pletórica que había aportado a mi vida y al inmenso cariño que nos procuraba a mí y a los niños. Pero también amaba a Fiona.

—¿Has tenido buen viaje? —dijo, mostrándome cómo funcionaba la radio autosintonizable y el casete con rebobinado también automático, mientras adelantaba a un autobús por el interior. Era una conductora desinhibida, como lo era en el amor y en todo lo demás.

—Lo de siempre: Salzburgo y Viena. Ya sabes.

No sentía remordimientos por mentir diciendo que el viaje había sido rutinario. No era el momento adecuado para contar la verdad y oír su opinión sobre Fiona. Además, yo aún no tenía formada mi propia opinión.

—¡Yo qué voy a saber! ¿Cómo quieres que lo sepa? Cuéntame.

—Pues en Salzburgo estuvimos en los ensayos de Von Karajan, tomando uno de esos horrendos cafés que le hacen bajo el atril. Luego, en Viena, una exposición de Bruegel y un aburrido cóctel de bienvenida en mi honor. Después, cena íntima con el embajador, pasando por la Ópera, en ese incómodo palco de abono de la embajada. Lo de siempre. —Ella describió los labios en una sonrisa—. Ah, sí: y me atacó un perro furioso —añadí.

—Estamos invitados a casa de los Cruyer —dijo Gloria al llegar al semáforo junto a la casa de Hogarth—. Me telefoneó Daphne a casa. Amistosísima; me sorprendió, porque siempre se ha mostrado bastante distante conmigo. De traje de noche, ¿puedes creerlo? Y esmoquin.

—No me tomes el pelo.

—No, en serio.

—¿De esmoquin y traje de noche? ¿En casa de los Cruyer?

—El sábado por la noche. Va también tu cuñada Tessa con el marido y no sé quién más.

—¿Y has dicho que sí?

—Dicky sabía que regresabas hoy.

—¡Dios mío!

—He mandado tu esmoquin a la tintorería y lo tendrás listo el sábado por la mañana.

—¿Sabes que estos pantalones no hacen juego con la chaqueta? —dije.

—Claro que no. No hago más que advertírtelo. Creí que lo hacías por fastidiar a Dicky.

—¿Y por qué iba a molestarle a Dicky que lleve pantalones que no hacen juego con la chaqueta?

—Bueno, a mí no me eches la culpa. Lo que tendrías que hacer es dejar la ropa bien colgada en las perchas y no todo tirado porque, claro, así se mezclan los pantalones. ¿Es que te lo ha hecho notar alguien?

—No, acabo de darme cuenta.

—Seguro que te lo ha comentado alguien y tú te has sentido humillado —replicó ella riendo—. ¿Qué te dijeron?: «¿Tiene otro traje igual en casa?». ¿Te dijeron eso? —insistió, conteniendo la risa. A Gloria le encantaban sus propios chistes y eran los únicos a los que encontraba gracia; pero su risa era contagiosa y, muy a mi pesar, también me eché a reír.

—No lo ha notado nadie más que yo —repetí.

—Ya es hora de que te compres un traje nuevo. O, si no, ¿qué te parece unos pantalones grises de franela y un *blazer* azul marino? Podrías ponértelo para ir a la oficina.

—No quiero traje nuevo, ni *blazer* con pantalón de franela —repliqué—. Y si me compro ropa nueva no es para llevarla a la oficina.

—Un *blazer* te quedaría bien.

Nunca sabía cuándo hablaba en serio y cuándo bromeaba.

—¿Y no me haría falta un escudo en el bolsillo?

—¿De Alcohólicos Anónimos? —dijo ella.

—Muy gracioso.

—Me he comprado un vestido precioso —me confesó—. Lila con mangas abullonadas.

Así que era eso: todo aquel preámbulo de que me comprase un traje nuevo era una simple maniobra para sosegar su mala conciencia por haber gastado en un vestido.

—Bien —dije.

Pero no bastaba para tranquilizarla.

—Es que no tenía traje de noche y no quería alquilar uno.

—Bien, bien. Te he dicho que bien.

—Cariño, qué cerdo eres.

La besé en la oreja con un gruñido.

—No me hagas eso cuando voy conduciendo.

Los Cruyer debían haber preparado la fiesta con semanas de antelación, porque en otras cenas, Daphne —entusiasta cocinera— no hacía más que entrar y salir de la cocina, consultar libros de gastronomía y susurrar

indicaciones a Dicky. Pero esta vez tenían un individuo de voz grave para abrir la puerta, que echaba su hálito alcohólico a los invitados, y una señora mayor, vestida de cocinera profesional, toca incluida, que se ocupaba de todo lo referente a los guisos. Sentimos olor a pescado cuando asomó la cabeza por la puerta de la cocina para mirarnos al entrar; no sé si es que contaba a los que llegaban o controlaba la sobriedad del portero. Mi mente se recreaba dilucidando ambas posibilidades, cuando volvió a sonar el timbre.

Del aparato de alta fidelidad llegaba una suave música de guitarra.

—Queríamos que viniese Paul Bocuse —decía Dicky cuando entrábamos en la atestada sala de estar—, pero nos ha enviado un subordinado —se volvió a mirarnos—. ¡Gloria, chérie, qué guapísima! —exclamó con la voz pastosa que adoptaba para contar chistes, al tiempo que le estampaba con aires de superioridad un discreto beso en ambas mejillas para no estropearle el maquillaje—. ¡Eh, Bernard, muchacho! —añadió en tono que sugería que se trataba de una curiosa coincidencia el que Gloria y yo llegásemos juntos—. No necesito presentarte a nadie. ¡Adelante! Somos todos compañeros.

La mayor parte de los presentes debía de haber consumido ya un par de vasos de vino, porque se advertía esa excitación estridente producto de trincar con el estómago vacío. Daphne Cruyer se acercó a saludarnos. Siempre me había gustado Daphne; en cierto modo, compartíamos el problema de tratar a Dicky a diario. No es que ella lo hubiese mencionado jamás, desde luego, pero muchas veces detectaba yo en ella ese recíproco sentimiento de compañerismo.

Daphne era estudiante de arte en la época en que conoció a Dicky, y nunca había conseguido superar del todo ambas experiencias. Aquella noche tenían el cuarto de estar profusamente adornado con farolillos japoneses y peces de papel. Imaginé que debía ser la adquisición de un fantástico kimono de seda con dibujos arco iris lo que había motivado aquella reunión de etiqueta. Difícilmente cabía pensar que el motivo fuese la chaqueta en seda retorcida del nuevo esmoquin blanco de Dicky. Pero nunca se sabe.

Daphne me preguntó cómo estaba, con ese tono poco frecuente que denotaba su auténtico interés por saberlo. Esforzándome por corresponder a su amabilidad, no se lo dije, sino que opté por elogiar su kimono y peinado madame Butterfly. Se lo había comprado en unas vacaciones en Tokio, pues habían hecho un viaje de diez días a Japón con sus vecinos, avezados viajeros. Yo jamás habría imaginado cuánto costaba una taza de café en el Ginza, pero, por lo visto, a Daphne le había encantado todo; hasta el pescado crudo. Me dijo que Gloria estaba guapísima, me mostré totalmente de acuerdo y

reflexioné sobre el hecho de que los Cruyer hubiesen tardado tres años en decidir que Gloria y yo formábamos una pareja socialmente aceptable, y que esa repentina decisión coincidía con el momento en que acababa de enterarme de que mi esposa estaba a punto de volver.

—Dice Dicky que cuando tú no estás la oficina es un verdadero caos —dijo Daphne.

—Ya lo creo —asentí.

—Dicky ha estado de un humor de perros; estaba extenuado. Me daba lástima.

—Pues aquí estoy.

—Y me alegro —dijo ella, sonriente. Pensé hasta qué punto le habría contado Dicky mis andanzas por Berlín. Esperaba que no le hubiese dicho nada, aunque no sería la primera vez que Daphne le sonsacaba información, porque era muy hábil manejándole. Tendría que tomar clases de ella.

—Hemos hecho obras en el ático —dijo ella—. Ahora tengo un pequeño estudio arriba; ya lo verás la próxima vez que vengas.

—¿Para pintar?

—Bodegones de frutas y flores, y cosas así. Dicky quería que volviera a hacer pintura abstracta, pero él siempre me añadía manchas de color y, como me ponía furiosa, decidí volver a los bodegones. Dicky es un entrometido. Supongo que lo sabes.

—Lo sé, lo sé.

Una vez que Daphne se hubo alejado fui saludando a todos, incluido sir Giles Streeply-Cox —un jubilado del Foreign Office— y señora. Al «horripilante Pox», con su rostro sanguíneo y pobladas patillas blancas, se le habría tomado fácilmente por un granjero acomodado hasta oírle hablar con aquel rebuscado acento de Whitehall. Ahora se dedicaba a criar rosas entre sus espaciadas visitas a Londres, donde presidía el comité de entrevistas para el Servicio Civil y siempre andaba rondando por los círculos más tranquilos de Whitehall sembrando la alarma y el desaliento. Al igual que todos aquellos viejos funcionarios y políticos, tenía una memoria prodigiosa y me recordó de otra fiesta de no hacía mucho.

—Samson hijo, ¿verdad? Le ví en la reunión en casa de esa Matthews. Una cena nouvelle cuisine, ¿no? Sí, sí, eso creo. Se queda uno con apetito.

Desde luego, los Streeply-Cox se relacionaban.

Se inclinó sobre mí y me dijo:

—Óigame una cosa, Samson. ¿Sabe cómo se llama esa puñetera melodía?

—Es Córdoba de Albéniz —dije—. Interpretada por Julian Bream —le había contestado sin vacilar, porque Dicky, después de comprarse el aparato de alta fidelidad, había puesto el disco repetidas veces para probar el selector de surco.

—Una composición muy bonita —comentó Streeply-Cox, mirando a su esposa y asintiendo con la cabeza—. Mi esposa dice que usted lo sabe todo —añadió.

—Hago lo que puedo, sir Giles —contesté, y me aparté musitando que iba a por otro vaso de vino.

Una vez libre del temible Streeply-Cox, decidí que no estaría nada mal tomar otra copa de champán, me acerqué al viejo encargado de las bebidas y eché una ojeada a la fiesta. El mismo cuadro deteriorado de Adán y Eva presidía el salón sobre la chimenea. Dicky lo de nominaba naif para darle categoría, pero para mí el dibujo era sencillamente malo. Ya no estaba la foto enmarcada del barco de Dicky, lo que tal vez confirmase los rumores de que lo había puesto a la venta. A Daphne nunca le había hecho gracia aquel barco porque era proclive al mareo, pero si no acompañaba al marido en sus náuticos fines de semana era consciente de que existía el peligro de que otra mujer compartiese el camarote del capitán.

El armarito antiguo en el que antes tenían una colección de cajas de fósforos, daba albergue ahora a una daga japonesa, algunos netsuke^[10] y otros diminutos objetos orientales. Sobre él, en la pared, había seis xilografías enmarcadas con la inevitable «ola rompiente». Habían puesto un guardafuego de rejilla fina ante las ascuas artificiales; supongo que la gente arrojaría porquerías y Dicky tendría que estar constantemente de rodillas recogiendo de los carbones de plástico colillas y papeles arrugados.

Consideré que habían cambiado toda la decoración, salvo el Adán y Eva que Daphne había encontrado en el rastro de Amsterdam, lo cual era indicio de las buenas perspectivas de los Cruyer y del crecimiento de su bolsa. Me pregunté cuánto duraría el Adán y Eva y qué lo sustituiría. Ya se observaba en Adán una mirada recelosa.

Estaba a punto de ponerme a analizar la expresión de Eva, cuando ví a mi veleidosa cuñada Tessa y a su marido George Kosinski. Iban los dos hechos unos figurines, pero Tessa, pese a su traje de noche modelo de París, no superaba a la radiante Gloria, que estaba más encantadora que nunca.

Tessa se me acercó. Debía andar por los cuarenta, pero seguía siendo muy atractiva con su rubio cabello largo y sus ojos azules, y aún conservaba aquel

modo anhelante de hablar que hacía que uno creyese realmente en sus deseos de volver a verte.

—Creí que a lo mejor te habían enviado a la luna, ricura —dijo, dándome un inopinado beso coquetón—. Te he echado de menos, querido.

Confieso que el beso me causó escalofríos. Hasta aquel momento no había reparado yo en cuánto se parecía a Fiona. Sobre todo aquella noche. Quizá fuese algo relacionado con el vestido o el maquillaje, o por el hecho de que iba haciéndose mayor; ella o Fiona. O tal vez yo. Independientemente de lo que fuese, me la queje mirando un instante sin saber qué decir.

—¡Mierda!, ¿se me ha corrido el maquillaje o qué? —exclamó ella, haciéndome reaccionar.

—No, Tessa. Estás más encantadora que nunca. De impresión —repliqué.

—Pues eso sí que es de agradecer viniendo de ti, Bernard. Todas saben que llamar la atención de Bernard Samson es el no va más.

El anciano a quien había oído que Daphne llamaba «Jenkins» se acercó con una bandeja de copas de champán. Tessa cogió una rápidamente y la miró a la luz, cual si brindase en silencio, pero yo sabía que trataba de saber qué marca era por el color y las burbujas. Era uno de sus numeritos en las fiestas, y a George debía haberle costado una fortuna el aprendizaje.

Tras aprobar lo que había identificado sin nombrarlo, dio un sorbo.

—¿Has visto qué mayordomo tan encantador? —dijo cuando el viejo se hubo alejado—. Es un detalle estupendo por parte de Daphne dar trabajo a un pensionista sin recursos.

Pensé en cómo iba a convencer a Tessa para que me devolviese el abrigo de pieles de Fiona. ¿Qué pretexto alegaría? ¿Y podría arreglar aquel asunto sin necesidad de discutirlo a fondo con Gloria?

—Estaba pensando en el abrigo de pieles de Fiona —comencé a decir.

—Ah, sí, querido. Dime.

—No, que tal vez fuese mejor que se lo guardase con sus otras cosas.

—¿Qué otras cosas? —inquirió apartándose el pelo de la cara.

—Cosillas y trastos a los que ella tenía particular afecto.

—Es un abrigo precioso, ¿sabes? A papá le costó un ojo de la cara.

—Sí, para ti es una responsabilidad.

—Yo no me lo pongo, ricura, si te refieres a eso.

—No, estoy seguro de que no, Tessa, y eres muy amable en cuidarlo desde hace tanto tiempo. Es que si me había ocurrido...

—No es ninguna molestia, querido. Lo guardo con mis pieles y al llegar el verano... si es que llega, lo llevo todo a que lo conserven refrigerado.

—Mira, Tessa, es que... —comencé a replicar, y ella ladeó la cabeza como si estuviera muy interesada en lo que iba a decirle, pero dejando que el pelo le cayese sobre el rostro para ocultarse. En aquel momento nos interrumpió un antiguo conocido mío: Posh Harry, un conflictivo mediador de la CIA de Washington, un hombre bajito y regordete de leve aspecto oriental, de origen étnico mitad hawaiano y caucásico, que en el lugar en que él había nacido llaman hapa haoli. Tenía treinta y tantos años, iba siempre muy atildado y era una persona agradable. No costaba mucho imaginárselo— con la indumentaria al caso haciendo el papel de barítono en *Madame Butterfly*, o tal vez, mejor aún, en *Al sur del Pacífico*.

—¿Pero quién será esta maravillosa dama con quien hablas, Bernard? —inquirió Harry.

—¿Tan pronto lo has olvidado, Harry? —replicó Tessa cogiéndole del brazo—. Me siento ofendida.

Posh Harry sonrió y, antes de que pudiese entrar en explicaciones, la voz sonora de Jenkins anunció:

—Señoras y caballeros: la cena está servida.

Miré a Tessa y ví que sonreía sardónica.

Su marido hablaba con Gloria. George era un cuarentón, nacido en el East End de Londres de humildes padres polacos, un individuo que se había enriquecido vendiendo coches y, posteriormente, inmuebles. Tenía la impresión de que se vestía en los mejores sastres y camiseros y se ponía en manos de los mejores peluqueros. Siempre se le veía estrenando un esmoquin nuevo acorde a la cambiante moda.

Aquella noche, George parecía haberse fijado en Gloria por primera vez, pues no había dejado de charlar animadamente con ella desde que habíamos llegado. Me sorprendió un tanto, porque él siempre había parecido apocado con las mujeres, salvo las que conocía bien, y a veces yo me preguntaba por qué habría ido a casarse con Tessa. Fiona solía decir que las continuas infidelidades de ella eran el acicate que le había hecho ganar tanto dinero, pero George llevaba ya camino de hacerse rico mucho antes de casarse con Tessa.

George era una persona de irreprochable integridad, algo que yo no habría considerado cualidad idónea en el negocio de coches usados, y en cierta ocasión se lo comenté. Él, haciendo honor a su carácter, me había respondido con una breve perorata a propósito de la probidad y buena voluntad en su profesión.

George y Gloria seguían charlando cuando nos invitaron a pasar al comedor; como George era bajito, ella se había sentado en el brazo del sofá para que él no tuviera que levantar la cabeza al mirarla. A George le gustaba Gloria, se le notaba en los ojos; además, cuando otros se acercaban a tomar parte en la conversación, él procuraba a toda costa conservar el interés de ella. Jenkins volvió a repetir el anuncio con voz más fuerte y todos alzaron la cabeza.

Tras un par de intentos fallidos, Jenkins logró abrir de par en par las puertas del comedor. Sin luz eléctrica, al fulgor de los candelabros, vimos la larga y rutilante mesa adornada con flores y brillante vajilla y cubertería. Todos hicimos una breve pausa para contemplar la decoración, y a mí me dio la impresión de que aquello marcaba el hito de una nueva era Cruyer, anunciando una vida mejor, con la adecuada solera para un hombre llamado a codearse con los poderosos, a administrar magistralmente los entresijos más secretos de los asuntos políticos y a jubilarse con el codiciado título de «sir». Lo único que no acababa de entender era por qué me había invitado.

—¡Daphne, qué coquetón! —exclamó Tessa conforme pasábamos al comedor—. ¡Un véritable coup de théâtre, querida!

—¡Chiss! —oí que le decía George, mientras íbamos buscando en torno a la mesa las tarjetas con nuestro nombre. Lo había dicho de un modo impersonal y apacible, como cualquier espectador que, en el teatro, impone silencio a alguien que llega tarde para que no perturbe la representación. Una vez sentados, George, con su envidiable memoria, recordó una visita de Posh Harry años atrás, en la que el americano había estado en su emporio de coches usados en uno de los sectores más insalubres de Southwark, al sur de Londres.

Posh Harry sonrió sin confirmarlo ni negarlo. En su modo de ser: un hombre que llegaba a ser inescrutable. Lucía un elegante esmoquin negro brillante con camisa ribeteada de encaje, digna de Beau Brummel, de no haber sido por aquel adorno un tanto excesivo. Harry vestía siempre con elegancia, y había que reconocer que tenía apostura. Le acompañaba, embutida en un vestido largo de raso sin hombreras, la misma mujer americana con quien yo le había visto en Southwark. Era una mujer de treinta años, que habría sido bonita de no ser por su rostro algo rechoncho, que le daba un aire de irredenta petulancia. Corroboraba tal impresión la estridente y edulcorada volubilidad con que hablaba con un extraño dengue. La tenía sentada a mi lado y resultó que se llamaba Jo-Jo.

Resultaba interesante observar el tejemaneje que se traían Posh Harry y nuestro anfitrión. Yo me esforzaba en recordar cuándo se habían conocido,

preguntándome si la presencia de Harry en Londres era prueba de alguna maniobra de la CIA de la que yo no estaba enterado. Sí sabía que tenían un nuevo jefe local; tal vez Harry fuese su intermediario.

—¿Cómo es tu nuevo jefe? —preguntó Dicky a Harry, como quien no quiere la cosa, una vez que todos estuvimos sentados y comenzó a servirse el vino.

—Oye, Dicky —replicó Harry, que estaba sentado frente a mí—, ¿qué quiere decir eso de die neue Sachlichkeit?

—El nuevo realismo. Pintura realista —respondió Dicky—. ¿No es así, Bernard?

Incapaz por naturaleza de responder a semejante pregunta de forma incompleta, contesté:

—Y poesía. Es jerga del siglo veinte... una reacción contra el impresionismo, en contra de la belleza y a favor del funcionalismo.

—¿Lo ves? Bernard no es un simple guaperas —dijo Dicky riendo, secundado por Jo-Jo. Les habría machacado la cabeza a los dos.

—Pues mi nuevo jefe —dijo Harry— no hace más que hablar de die neue Sachlichkeit como si fuese una escoba con la que sacudir a todos.

Dicky sonrió. Supongo que Harry simplemente había contestado a una pregunta preparada, porque Posh Harry hablaba un alemán excelente y me extrañaba mucho que ignorase el significado de la expresión.

—Bueno, al margen de la sapiencia de Bernard —añadió Posh Harry—, me gustaría saber por qué nos ha estado escondiendo a esa chica tan guapísima. —Estaba al lado de Gloria, quien daba un sorbo al vino para encubrir su satisfacción.

El primer plato fue una sopa de cangrejos con pan de ajo. Mientras Jenkins la servía con sabia minuciosidad, se habló de cosas intrascendentes. Daphne Cruyer, liberada de sus obligaciones culinarias y exenta de la carga de servir, era por primera vez anfitriona de su fiesta y parecía hallarse en su elemento. También Dicky parecía encantado de poder jugar al anfitrión; estuvo radiante toda la velada, salvo cuando Jenkins —al servirle por segunda vez sopa de cangrejo de una pesada sopera japonesa— le vertió algo encima. No obstante, pese a todo, aunque sí con voz bastante fuerte, él se limitó a decir:

—¡Tranquilo, Jenkins!

En aquel preciso momento advertí que Daphne lanzaba un fuerte suspiro, como conminando al obviamente poco tranquilo Jenkins a servir el salmón. El

hombre puso la bandeja ante Dicky, y hay que precisar que no con gesto muy airoso, sino soltándola de golpe y haciendo tintinear toda la cristalería.

—Estoy totalmente de acuerdo con la interpretación que hace Jefferson de la décima enmienda —decía Dicky en el momento en que el pescado sobrevino tan espectacularmente ante él.

Había estado aleccionando a los de aquel extremo de la mesa —es decir, a mí y a Harry, porque las señoras que tenía a ambos lados trataban de escuchar a Daphne, situada al otro extremo— a propósito de sus opiniones sobre gobierno federal.

Dicky se quedó mirando el salmón con cierta perplejidad. Confusión parcialmente debida, sin duda, a las enormes escamas verdes del pez, si bien, examinadas con mayor detenimiento, resultaron ser delgadísima rodajas de pepino laboriosamente colocadas en capa superpuestas. Alzó la vista y halló a Daphne, que desde el extremo contrario de la mesa le miraba, efectuando enérgicos balanceos con la mano. Él miró a Posh Harry, quien le devolvió una sonrisa inescrutable, murmurando algo a propósito de que su cargo de empleado gubernamental le impedía expresar opinión alguna sobre derechos federales.

Dicky tuvo que contentarse con tal excusa, porque ya se hallaba esforzadamente dedicado a partir el salmón escalfado. No sé qué le induciría a probar de cortarlo de través en lugar de en filetes a partir de la raspa; quizá interpretase al pie de la letra la mímica de Daphne, mas enseguida comprobó que la espina del salmón, por muy guisado que esté, es difícil de cortar con una paleta de plata. Haciendo gran acopio de fuerzas, porque otra cosa no pero fuerte sí lo era, logró que la cabeza se saliera de la bandeja y fuese a aterrizar en el florero del centro, desde el que le miró con reproche.

Daphne, sin quitarle ojo, acaparó la atención de todos los comensales comenzando a describir inopinadamente un local al norte de Londres al que iba a dar clases de esquí en pista de nieve artificial. Todos se volvieron hacia ella y noté en su voz un timbre algo estridente, quizá por haber concluido la temporada de esquí. Como si de pronto lo hubiese recordado, dijo que iba a dar clases verano e invierno, de manera que al año siguiente habría aprendido mucho. Sólo Tessa —que estaba a mi derecha— se volvió a ver lo que sucedía en el momento de amputación de la cabeza.

—Qué magnífico ejemplar. ¿Lo has pescado tú? —dijo.

Dicky sonrió adusto, igual que el indomable Jenkins, a quien ví en aquel momento desgarbadamente reclinado en el aparador, observando atentamente los debates de Dicky.

—No es salmón de criadero —dijo Daphne—. Es bravio.

—Igual que yo lo sería, querida —replicó Tessa volviéndose hacia ella.

Daphne la obsequió con una sonrisa helada. Se sospechaba que Tessa había tenido una apasionada historia con Dicky años antes y ella no se lo perdonaba.

—Jenkins —dijo Daphne con voz chillona de parvulario—, haga el favor de servir el vino. El Chamberlain no, Jenkins; el Hermitage blanco —añadió a tiempo, esta vez con voz menos engolada, consecuencia de su larga experiencia aleccionando a Dicky.

Como dijo después el propio Dicky, la deliciosa salsa blanca de mantequilla ocultaba totalmente los trozos de pescado, pero Tessa manifestó que era como comer terribles espinas rebozadas en algodón. Tessa era de esas señoras a quienes no les gusta encontrarse espinas en el pescado. De todos modos, repetimos bastante.

Había además liebre al vino tinto, que sirvieron directamente troceada en el plato. La viejecita de la cocina había hecho maravillas, y a la tarta de ruibarbo siguió un gran queso Stilton con oporto de reserva.

Ya recuperado de su mano a mano con el salmón, Dicky se mostraba en plena forma; es decir, atento y encantador. Nunca hasta entonces había yo entendido tan bien el éxito de Dicky en todo lo que emprendía. Se dedicó a contar chistes —buenos— y a reírles las anécdotas a sus invitados. Se esmeró en que todos tuviesen lo que les apetecía, desde licores a habanos, y hasta se mostró cordial con Daphne.

George y sir Giles flanqueaban a Daphne, pero advertí que a Tessa la habían situado lejos de Dicky, y pensé si no habría dispuesto Daphne los asientos; desde luego, las tarjetas las había escrito ella, y tenía clavados los ojos en Tessa cuando se puso en pie para decir de retirarse las señoras. Pensé que Tessa iba a protestar, negándose —como la había visto hacer en otras ocasiones en que se ponía en plan soviético—, pero se levantó sin decir nada y salió del comedor con las demás.

Cual si fuese una señal, sir Giles contó tres anécdotas seguidas de sus tiempos en Whitehall, llegando casi a la indiscreción para ganarse nuestro interés, aunque se guardó mucho de no dar pistas.

Hacia el final de la sesión de oporto y habanos Dicky arrastró a sir Giles y a George hacia una discusión sobre los tipos de interés —no hay en Londres cena elegante que se precie en la que no se analice exhaustivamente la política fiscal de Hacienda— y, volviéndose hacia mí, Posh Harry me dijo:

—¿Has sabido lo de tu amigo Kleindorf?

—No; ¿el qué?

—¡Ha muerto! —añadió y permaneció callado, seguramente al ver cómo me afectaba la noticia.

—¿De qué?

—Tomó una sobredosis. Me dijeron que tú lo habías visto hacía poco.

—¿Por error?

—¿Error? ¿Seguida de una botella de coñac para mayor seguridad?

—¿De coñac?

—Francés de reserva; el mejor de su bodega. Imagino que lo haría por no dejarla atrás.

—Pobre Rudi.

—Era lo bastante viejo para tener buenos amigos a ambos lados del Muro. Pocos quedan de éstos. «Der Grosse Kleiner» era uno de los últimos veteranos de Berlín —dijo Posh Harry.

—Más o menos —asentí.

—¿Qué otros quedan? No lo dirás por Lange... Ése es americano. El viejo cerdo de Rudi Kleindorf sabía dónde están enterrados los cadáveres y se ha llevado el secreto a la tumba, Bernard —dijo masticando un trozo de galleta sosa; a Harry no le gustaba mucho el queso—. Nunca se repuso de la pérdida de su hijo, pero seguía siendo el mismo: al pie del cañón, ¡madre mía! ¿Y adónde irán ahora esos pordioseros con el Babylon cerrado?

—Pobre Rudi —volví a decir—. ¿Y por qué lo haría?

—Me han dicho que tenía problemas con las autoridades.

—Con las autoridades siempre tuvo problemas —repliqué.

—Su padre era una especie de héroe de guerra: Rudolf Freiherr von Kleindorf, oficial de carrera. Se hizo famoso en las campañas de invierno en el frente del Este. Cuando el primer ejército de panzers se abrió paso desde Tarnopol, él llevó a cubierto uno tras otro a tres de sus muchachos heridos, y bajo fuego enemigo, con riesgo de que los rusos le tumbasen, pero, por lo visto, una ventisca les reducía la visibilidad. Le propusieron para la Cruz de Caballero con diamantes o no sé qué condecoración, pero no se la concedieron; quizá por eso se divulgó la historia, convirtiéndole en auténtica leyenda entre los oficiales. Un oficial prusiano aristócrata que arriesga su vida por salvar a tres soldados lo tiene todo a su favor —esbozó una sonrisa—. Y cuando se alcanza semejante fama, hay que estar a la altura, ¿no? Imagino que era uno de esos tipos de temple de acero que piensa que nunca le van a matar. Hemos conocido a unos cuantos, ¿verdad, Bernard?

—¿Y?

—Pues que tenía razón; suelen tenerla, ¿no? Kleindorf padre sobrevivió a la guerra y compareció en un juicio para defender al comandante de su cuerpo de ejército acusado de crímenes de guerra. El puñetero advirtió que algún imbécil de la comisión de crímenes de guerra había escrito en la acusación «División Australiana» en lugar de «División Aerotransportada», y logró que el tribunal rechazase la acusación por vicio de forma. ¡Más listo que el hambre! Y cuentan que cuando acudió a una reunión de esas de excombatientes, después de la guerra, le aclamaron durante quince minutos. Así que Rudi creció a la sombra del padre, y me imagino que el viejo debió ser para él un ejemplo inalcanzable. Por eso nunca hablaba de él.

—Sabes muchísimo de los Kleindorf —comenté.

—Hace unos años tuve que hacer un informe sobre él y consulté todos los archivos, incluido el expediente de su padre. Fue fascinante.

—Ahora entiendo por qué Rudi quería que su hijo ingresara en el ejército.

—¿Para mantener la tradición familiar, quieres decir? Sí, creo que todos tenemos cierta tendencia a hacer que otros apechen con lo que nosotros no hemos hecho por nuestros padres, ¿no crees?

—No sé.

No me insistió, pero cuando volvió a tomar la palabra se inclinó levemente hacia mí como para poner de relieve la importancia de lo que había dicho.

—Esos teutones son muy gregarios, Bernard. Con diez minutos seguidos que estés en Europa te das cuenta. Podría servirnos de ejemplo, ¿no crees?

No tenía ni idea de adonde quería ir a parar, pero contesté:

—Tienes razón, Harry.

Mi cuñado George le miraba con sumo interés. George era el único invitado ajeno a nuestra profesión, pero no ignoraba que Harry tenía algún tipo de relación con la CIA, porque él mismo se lo había prácticamente hecho saber cuando le conoció, época en la que Harry era muy agresivo; ahora se había vuelto mucho más tranquilo.

En ese momento Dicky se quitó el puro de la boca y exhalando un poco de humo me miró y dijo:

—Bernard, Harry querría que fueses a almorzar con su gente la semana que viene.

—¿De veras? —repliqué, preguntándome por qué Posh Harry no me habría propuesto personalmente aquella reunión gastronómica. Miré a Harry, pero él estaba mirando a Dicky.

—Les he dicho que de acuerdo —dijo Dicky.

—¿Quiere eso decir que tú vienes al almuerzo? —inquirí.

—No, Bernard —contestó él, sonriendo—. A ellos no les apetece almorzar con un chupatintas como yo; lo que quieren es un agente veterano que les resuelva sus dudas —añadió pasándose la punta del dedo por los labios, imagino que pensando en si yo iba a pagarle con la misma moneda.

Quizá lo habría hecho de no haber sido por Posh Harry, que se apresuró a decirme:

—Te lo agradeceríamos, Bernie; de verdad.

Streeply-Cox me miró y, con voz mojigata, sentenció:

—Hay que cooperar al máximo. Es la única manera, la única manera —y, luego, con la mano se sacudió las patillas.

—Me lo ha quitado de la boca, sir Giles —dije.

—Espléndido, espléndido —apostilló él.

—Creo que debemos reunimos con las señoras —dijo Dicky poniéndose en pie.

Cuando entré en la sala de estar, Daphne parecía dedicada a demostrar algún paso de baile, pero se detuvo azorada al ver aparecer a Dicky con los demás. Gloria se hallaba sentada al lado de Tessa; alzó la vista y me dirigió un guiño al verme. Me fui hacia ella en respuesta a su seña.

—Oh, Bernard —me musitó—, Tessa quiere que vayamos con ellos a una simpática fiesta. ¿Vamos? Di que sí.

—¿Cuándo?

—Ahora, cuando acabe esto.

—Volveremos muy tarde a casa —repliqué mirando el reloj.

—Pero ya que estamos vestidos... Anda, vamos.

—Si te apetece... —dije.

—Es una pareja estupenda —insistió Gloria—. George me encanta, y Tessa es divertidísima.

—Eso depende de dónde esté uno sentado —repliqué—. ¿Y dónde es la fiesta?

—George dice que vayamos en su Rolls. Hay sitio de sobra.

—¿Y dejamos el coche aquí?

—Ya vendré yo a por él.

—¿Y yo cómo vuelvo a casa? ¿Andando?

—No seas ruin, Bernard; venimos los dos a por él. O podemos volver a casa en taxi y venir por la mañana.

—La bajada de bandera son ocho libras cincuenta.

—Bernard, ¿vamos o no vamos?

—Por mí, preferiría irme a casa ahora mismo con la mujer más guapa de la reunión —repliqué mirándola.

—Anda, vamos a la fiesta —insistió ella, que evidentemente no estaba dispuesta a darme gusto.

—Estupendo.

—Te quiero, Bernard.

—Eres una engatusadora tremenda —dije.

—¡Es en casa de unos príncipes bávaros!

¡Dios mío!, pensé, ¿adónde me dejo arrastrar? Pero, al mismo tiempo, me dije que tendría ocasión de hablar con Tessa del maldito abrigo de pieles.

12

EL príncipe y la princesa bávaros vivían en Pimlico, una extremidad del área central de Londres, rodeada por la curva del Támesis antes de Westminster. Hace muchos años, cuando Thomas Cubitt se hartó de vender mansiones de fachada estucada con balcones a los ricos del barrio de Belgravia, construyó el mismo tipo de casa en solares más baratos del cercano Pimlico. Se decía que Pimlico estaba de moda, y sigue estándolo porque nunca se convirtió en un nuevo Belgravia a pesar de la similitud de sus jardines, plazas y aparatosas mansiones. Pimlico era, y sigue siendo, una zona de variadas fortunas: situación a la que contribuye la decisión municipal de mantenerlo como un barrio con calles de dirección única con barreras, lo cual lo convierte en una tremenda maraña para los automovilistas.

Las grandes casas de Cubitt se hallan actualmente fraccionadas en reducidos apartamentos, o como dicen los anuncios, en «pisos-estudio» o «áticos-terraza». Destartalados hoteles y pensiones de rudimentarios rótulos ofrecen alojamiento no muy lejos de la estación del único autobús londinense que sale al campo y de la multitudinaria terminal del ferrocarril Victoria.

Era en una de las calles más tranquilas del barrio en la que nuestros anfitriones habían comprado una casona, gastándose una buena suma en arreglarla. Era una buena inversión, me explicó George por el camino. El tipo de inversión que él admiraba en muchos alemanes, ahora que el marco alemán se cotizaba tanto. El príncipe la utilizaba en sus viajes a Londres para recibir a socios de sus negocios y ahorrarse así un dinero que habría tenido que desembolsar invitándolos a hoteles y restaurantes. El precio de los inmuebles en aquella zona iba a seguir en aumento, y existía la posibilidad de que al cabo de veinte años la inversión le hubiese procurado una buena ganancia. Lo cual me indujo a preguntar a George por qué se había comprado él un piso en Mayfair —la zona residencial más cara de Londres— en lugar de una casa como aquélla.

—Ah —me contestó—, porque yo soy hijo de padres pobres y quiero disfrutar de los placeres del dinero. Me gusta volver a casa todas las noches y

dormir en medio de los hombres más ricos de Inglaterra. Necesito esa tranquilidad —añadió conteniendo la risa.

—No es verdad —terció Tessa—. La culpa es mía; vivimos en Mayfair porque a Pimlico no iría yo por nada del mundo.

Nos echamos a reír. Había algo de cierto en lo que alegaban los dos, pero la auténtica verdad era que Tessa y George eran un matrimonio sin hijos, despreocupado por invertir pensando en el futuro. En el silencio que siguió, me arrepentí de haberle preguntado el precio de los inmuebles.

Todos los aparcamientos próximos a la casa estaban abarrotados, pero no nos apeamos y seguimos con George hasta que logró aparcar el Rolls una manzana más lejos. Hacía frío, y las farolas proyectaban sobre las calles desiertas un azul mortecino que daba aún más frío. Nada más entrar en la casa, el cambio fue radical. El calor que exudaban los invitados con sus cuerpos, el bullicio y la excitación eran contagiosos. Igual que el deseo de beber algo.

Era una gran fiesta con no menos de cien personas que andaban de un lado para otro riendo, charlando sin tapujos en voz alta y bebiendo sin cesar. En el salón más amplio habría una docena de personas bailando a los acordes de una pequeña orquesta; no faltaba un buffet con mariscos, salmón ahumado y lonchas de carne de buey, todo constantemente repuesto por camareros con chaqueta blanca.

—Así vive la otra mitad —dijo Gloria en el momento en que irrumpíamos en la pieza en que nuestros jóvenes y rutilantes anfitriones se hallaban charlando junto a la chimenea con un hombre barbudo bien vestido, que resultó ser el proveedor de la fiesta.

Gloria tenía razón. El mundo del príncipe Joppi era muy distinto a nuestro mundo más secreto, en el que, por diversas razones, la gente bebe y conversa con estudiada cautela. No era tampoco el mundo corriente de la oferta y la demanda, sino un mundo de abundancia. No veía a mi alrededor más que gente desahogada: sobreexcitada, sobrealimentada, superdominante, supereducada, superengreída, superhumilde, supertriumfadora, supervendedora, superderrochona y superproductora. Comían, bebían y celebraban ruidosamente su buena fortuna sin preocuparse del día de mañana, pues siempre habría gente como Fiona, yo y Bartholomew H. Johnson que se encargaran de eso.

La princesa nos dirigió una acogedora sonrisa al vernos con George y Tessa. Era una mujer pequeñita y muy delgada; con pelo negro peinado en esa modalidad rata mojada en la que los peluqueros caros invierten varias horas.

Su maquillaje, en particular el de los ojos —a base de unos rebuscados verdes, azules y negros—, era teatral. Pero lo más llamativo de su persona era un oscuro bronceado de piel. Alemania es uno de los países con menos sol, y existe un tipo de alemán para quien la piel bronceada por el sol es símbolo social irrenunciable, por mucho riesgo que represente para la salud.

Cesó la música y las parejas se detuvieron para continuar, pero los de la orquesta abandonaron los instrumentos y se fueron a tomar un refresco.

—¡Tessa, querida! —dijo la princesa al acercarnos a ella. Se abrazaron de ese modo restringido propio de las mujeres maquilladas, con alhajas y peluquería reciente—. Prométeme que no volverás a consentir que George se lleve a mi marido.

—Pero ¿qué han hecho ahora? —replicó Tessa casi riendo, cual si la respuesta fuese a ser chocante y divertida.

—Se trata de esa horrenda escuela de submarinismo. Joppi no sabe hablar de otra cosa desde que estuvieron allá.

—Si de eso hace siglos... —replicó Tessa—. Cuando el viaje a Cannes.

—Sí, ya. Y creí que se le pasaría como lo del óleo y los ordenadores, que lo dejó al cabo de una semana, pero a Joppi esto le trae loco... Se ha comprado el equipo; botellas de oxígeno y qué sé yo... Hasta libros sobre el tema. Y quiere que yo también aprenda, pero yo no sé nadar.

—Pobre Ita —dijo Tessa con evidente hipocresía.

Para mejor mostrar su desesperación, la princesa se abanicó, en gesto manierista más propio de colegiala que de mujer adulta.

—George —dijo—, haz algo para sacar a Joppi del salón de billar. Siempre le pasa igual en las fiestas —añadió malhumorada, dirigiéndose a Tessa—. Se recluye allí y no me ayuda nada.

—Tienes suerte, Ita —replicó Tessa—. George me ayuda y es un desastre. George sonrió y dijo:

—Voy a presentarte a Gloria y a mi cuñado Bernard.

—¿En serio que es usted hermano de Tessa?

—No; estoy casado con su hermana.

—Y usted es Gloria —añadió la princesa, condescendiente y sonriendo para demostrar la clase de satisfacción que hallan las mujeres en descubrir relaciones ilícitas.

Después de un par de bromas más, Tessa se llevó a Gloria, desapareciendo las dos camino del piso de arriba, mientras George me conducía al salón de billar para presentarme al anfitrión. A tenor de la descripción de George, yo me esperaba un hombre mayor gordo, una especie

de hombretón como los que se ven en las cervecerías, jarra en mano, acompañando el ritmo de *In München steht ein Hofbraühaus... eins, zwei, gsuffa!*, pero el príncipe era un individuo alto y esbelto de unos treinta y cinco años, un tipo duro y cosmopolita que hablaba inglés sin el más mínimo deje. Bronceado como su esposa, tenía un cabello casi artificial de lo negro y brillante que era, y lo llevaba peinado hacia atrás. Lucía un esmoquin de corte clásico pero obra de un sastre caro. Igual que George y otros muchos invitados, lo portaba de ese modo desenfadado propio de quienes están acostumbrados a vestirlo con frecuencia.

Se hallaba junto al marcador, bebiendo un vaso de vino y estudiando la posición de la bola blanca.

—¡George! —exclamó con tono que me pareció de auténtica alegría.

—¿Juegas solo? —replicó George—. Quizá prefieras...

—No, George. Te esperaba —dijo soltando el taco en el soporte con rápido ademán y excesiva fuerza, cual soldado bien entrenado que deja el fusil al alcance de la mano.

—Te presento a Bernard —dijo George—, un buen amigo mío, aunque sea mi cuñado.

—¡Cuñado y amigo! —exclamó el príncipe con mueca de sorpresa—. Resultado, sin duda, de la mutua gentileza y generosidad —añadió.

Conforme despachábamos las formalidades de rigor, comenzó a invadirme la vaga sensación de conocer a aquel hombre. Yo había visto las hazañas de aquel «príncipe *playboy*» en algunos periódicos y revistas alemanes de los menos serios.

—Cuánta gente elegante esta noche, Joppi —dijo George.

—Pero amigos, pocos. Es gente a la que mi mujer cree que debemos favores y hospitalidad —contestó Joppi, como si su mujer padeciese un extraño y lamentable error, un mal del que él no desesperaba pudiera sanar.

—Me ha dicho Ita que te has convertido en un profesional, Joppi —comentó George.

—Efectivamente; la próxima vez ya verás cómo lo hago mejor que tú —contestó el príncipe—. Es cuestión de estar en forma, George. Y de entrenamiento. —Se me ocurrió pensar que el hecho de que un alemán subestimase modestamente logros tan arduos no era grano de anís—. Pasamos la Navidad en la casa de playa de mi hermano, cerca de Río, y el agua estaba ideal. Sí, ahora lo hago muy bien, pero que muy bien.

—Suerte la tuya —dijo George.

—Pero bueno, invitados, ¿y sin beber nada? —dijo el príncipe—. Eso hay que subsanarlo inmediatamente —añadió alisándose la impecable chaqueta del esmoquin y dirigiéndose a la puerta, cual si adivinase que su mujer le había pedido a George que le sacase del salón de billar.

Hizo un chasquido con los dedos, al estilo alemán, en dirección al camarero más próximo e inmediatamente tuvimos las copas, pero antes de que hubiera cogido la mía, Tessa —sonriente y con ojos brillantes— me agarró del brazo.

—Primero a bailar, Bernard. No me digas que no.

Hacía mucho tiempo que no bailaba y tuve que concentrarme de lleno para no pisarla, pero enseguida me ví con soltura suficiente para mantener una charla.

—¿Cuándo puedo pasar a por el abrigo de pieles? —dije.

—Joppi baila muy bien, ¿verdad? —inquirió ella como si no me hubiese oído.

Volví la cabeza y ví al príncipe bailando muy abrazado a Gloria.

—Sí —contesté.

—Ya sabía yo que le interesaría Gloria. Es exactamente su tipo de mujer.

—¿Y Gloria le encontrará interesante? —inquirí.

—Eso da lo mismo —respondió Tessa—. Él sí que la encontrará interesante, y eso es lo que atrae a cualquier mujer.

No quise discutir; probablemente tenía razón. Yo nunca había entendido a las mujeres y había perdido toda esperanza de conseguirlo. En cualquier caso, de nada iba a servirme discutir con Tessa. Ella vivía la vida a su manera sin concesiones a nadie; ni siquiera a su propio marido.

—Él es así —dijo ella con tonillo de guasa. Se mostraba provocativa sin rebozo—. Es muy mujeriego. Mira lo que te digo: le hará proposiciones.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—¡Qué tonto eres!

—¿Y cuándo fue? —inquirí, haciéndole dar una brusca vuelta para no chocar con otra pareja.

—¿Joppi y yo? Él quería que yo dejase a George, pero lo decía por simple machismo; porque me habría dejado tirada al cabo de unos meses. Estoy segura.

—¿Lo sabe George?

—No hay nada que saber, querido. —Seguimos bailando un rato en silencio—. Gloria está muy preocupada por ti, querido —espetó ella de pronto.

—¿Que Gloria está preocupada?

—No tienes un aspecto boyante, Bernard. No me niegues que te lo han dicho otras personas...

—¿Me estás recomendando que vaya al médico? ¿Según tú estoy enfermo?

—El estrés tiene secuelas muy raras, Bernard. Seguro que trabajas demasiado... No sé, pero te veo excesivamente nervioso y suspicaz. Y, además, tienes mala cara.

—Estoy como un roble —dije.

—El que me trata a mí en Harley Street es un portento, Bernard. ¿Por qué no vas a que te haga un chequeo? Hazlo como favor personal.

—Veo que lo dices en serio.

—Pues claro que sí, y le he prometido a Gloria que te lo diría.

—Me lo pensaré.

—No. Dime que vas a ir. Yo me encargo de que te dé hora.

—Te he dicho que me lo pensaré.

—Te telefono la semana que viene. No te dejaré en paz hasta que vayas.

—Por Dios bendito, Tessa... —advertí que estaba siendo poco cortés sin necesidad y le di un beso en la mejilla. Lo que no le dije es que incluso una revisión médica rutinaria como aquélla había que comunicarla al Departamento, y yo no quería que nadie me preguntase si estaba enfermo, porque de ello podían dimanar toda clase de complicaciones. Ellos no buscaban más que una excusa para condenarme al ostracismo.

Veía de nuevo a Joppi. Era un hábil bailarín, y Gloria estaba disfrutando. Ella sí que no parecía dedicarse a decirle al príncipe que fuese al médico. Conforme evolucionaban por la pista, lamenté no haber hecho un esfuerzo en las clases de baile de Frau Brand en Uhlandstrasse cuando tenía doce años.

—¿Y él es amigo de George? —inquirí.

—¿Amigo? George no le puede ver. Bernard, ya sabes que George detesta a los alemanes. Rechazó la oferta de representación de la Mercedes y ni siquiera compra coches alemanes usados para la reventa.

—Entonces, ¿por qué venís aquí?

—Porque Ita es una de mis mejores amigas. Es un encanto. Vamos juntas de compras, y, cuando a mí me toca organizar una de esas comidas de beneficencia, no sabes lo que les gusta a esas señoras que les presenten a una princesa.

—Estaba pensando cuándo podría recoger el abrigo de pieles —dije, perdida toda esperanza de introducir el tema con mayor sutileza.

—Fue George quien los conoció —dijo ella—. Conoció a Joppi en misa; George va siempre a misa. ¿A que no te habrías figurado que se conocieron en una misa?

—No, eso sí que no me lo habría figurado. —Vi a Joppi, que reía con Gloria y la apretaba mientras bailaban—. ¿Por qué no venís un día a vernos al agro y os quedáis a cenar? —añadí.

—Nos encantaría, Bernard, cariño. Pero, por favor, no me pidas que te lleve el puñetero abrigo porque la respuesta es no.

—Es que...

—Tu Gloria es una mujer deliciosa. No es que la conozca mucho, pero por lo que he visto, me complace. Y me agrada ese modo que tiene de preocuparse por ti; qué suerte tienes. Pero no pienso darte el abrigo de pieles de Fiona para que se lo pases a ella. Eso no se hace, Bernard. Está feo y me sorprende que no lo veas así.

—Venid a cenar de todas formas —dije.

—Ya es casi verano —replicó ella.

—Sí —asentí cuando concluía la música.

—Mira —dijo ella con voz alegre, sin ocultar el malicioso placer que regía su visión del mundo—, seguro que ahora le está haciendo proposiciones. La invitará a ir a Roma el fin de semana o al ático que tienen en Nueva York. Una verdadera tentación.

De nada valía mostrar enfado. Nadie se libraba de la Schadenfreude^[11] de Tessa.

—Se está haciendo tarde —dije—, y mañana tengo que levantarme temprano.

George insistió generosamente en que fuésemos a su piso de Mayfair a tomar la última. Y, dejando a Gloria y a Tessa charlando, me hizo acompañarle a por el coche.

—La casa de Joppi se está pudriendo.

—¿Ah, sí? —dije.

—Fui arriba al servicio, y, ¡Dios mío, si vieras las maderas! Y ha atacado al yeso de las paredes... ¿No te has dado cuenta?

—No —contesté.

—Para arreglarlo tiene que desmontar la casa entera.

—¿Y se lo has dicho?

—¿Y hacer de mensajero de desgracias? No; pobre hombre. No he tenido valor para amargarle la fiesta.

—¿Pero es que no encargó un peritaje?

—Se fió demasiado de ese arquitecto de moda, uno de esos partidarios del acero inoxidable y las plantas de interior, y yo a esos tipos no los entiendo.

—¿Y no hay posibilidades de arreglarlo?

—¿Pleiteando con los constructores, dices? ¿Una indemnización? Ninguna posibilidad. Esa gente lo hace muy bien: constituyen una nueva empresa para cada trabajo y en cuanto cobran se declaran en quiebra. Trabajan así.

—Pobre príncipe Joppi —dije.

—Sí, pobre diablo —apostilló George en tono enfático. Si Tessa no me hubiese hablado de su verdadero sentir, yo habría creído que lo decía con toda sinceridad. George era buen conductor, cuidadoso, alerta y considerado con los otros automovilistas. De pronto surgió un joven al volante de un Ford abollado y le adelantó a toda velocidad por el lado incorrecto, obsequiándole con un bocinazo como en reproche por conducir con excesiva precaución; George se limitó a apartarse para dejarle más sitio.

—¡Imbécil! —imprequé yo al del Ford, sin poderme contener.

—A lo mejor tiene un mal día —comentó George sin alterarse. A veces me preguntaba yo si sería su religiosidad lo que le confería una tolerancia tan encomiable. Si era eso, me dije que sería un argumento convincente a favor de los católicos.

—Bernard, tú eres un hombre de mundo —dijo de pronto.

Iba a contestarle con algún despropósito, pero me di cuenta de que tenía algo en mente. Así que farfullé que ojalá.

—¿Tienes experiencia en drogadicción? ¿Cocaína, heroína y ese tipo de sustancias?

—No soy un especialista.

—Es que hay un tipo que le ronda a Tessa... La otra noche ella me estuvo hablando de drogas, alegando que se dicen muchas tonterías al respecto, y no lo pongo en duda.

A partir de ahí, no dijo más.

—George —dije—, mejor será que la cosa quede clara. ¿Acaso crees que ese tipo le vende droga?

—Sí, Bernard, creo que sí —contestó con reserva.

—Dame el nombre y la dirección.

—No quiero excederme, Bernard —dijo él—. Eso podría provocar lo que precisamente ansío evitar.

—Nada se pierde con comprobarlo —repliqué—. Conozco buena gente que te podría sacar de dudas en un par de días.

—Se hace llamar Bill Turton, pero eso no creo que quiera decir nada. Es un americano con aspecto de rico; no es viejo —había comenzado a desahogarse, pero se detuvo un instante—. No será fácil, Bernard. Es de esas personas sin domicilio fijo, que viven en hoteles, clubs, piso de alquiler, y van de un país a otro. Nunca está mucho tiempo seguido en un sitio.

—¿Es eso lo que te cuenta Tessa?

—La otra noche le invitó a tomar una copa a casa. A mí no me gustó nada. Sí, es encantador y simpático... pero mi instinto me predisponía en contra.

—A lo mejor te preocupas tontamente.

—Esta noche estaba en casa de Joppi.

—¿Ah, sí? —me sorprendí, y pensé que ojalá George me hubiese hablado del tema en la fiesta para haberme fijado en él.

—En casa de Joppi siempre hay de esa porquería. ¿Fuiste arriba?

—¿Arriba? No.

—En una de las habitaciones de arriba... Ellos lo consideran muy simpático y sofisticado.

—Sí que observé que reinaba un ambiente... una especie de histeria.

—Sí, histeria. Ésa es la palabra, ¿no es cierto? Yo no comprendo cómo la gente puede envenenarse la sangre con sustancias químicas. ¿Sabes que Tessa no come carne en conserva por los aditivos químicos? Y por el contrario...

—Lo siento, George.

—Por eso quería venir a la fiesta. ¿No te fijaste cómo se animó?

—No más que de costumbre. Ella siempre está muy animada; bien lo sabes, George.

—Es un tipo alto, de pelo gris ondulado; con gafas.

—Había muchos así —dije.

—Éste lleva barba recortada, sin bigote. Un tipo de mirada rara.

—No le he visto —le contesté con toda sinceridad. La descripción habría podido corresponder al señor Bart Johnson, pero Bart Johnson había muerto.

13

A la mañana siguiente de la fiesta del príncipe Joppi, caminaba por South Audley Street cuando me tropecé con Rolf Máuser. Rolf tendría cerca de setenta años y era un excombatiente capitán de artillería, que no dejaba que nadie olvidase que le habían concedido la Cruz de Caballero. Era un pillastre sin principios, pero sabía ganarse a la gente, y, cuando trabajaba para mi padre, y después en el bar del hotel de Lisl, yo le veía mucho. Había sido Rolf Máuser quien me había enseñado a utilizar las ganzúas y a esconder un naipe mientras barajaba. Cuando yo era niño le tenía mucho afecto y, a pesar de que hacía tiempo que sabía cómo era, nunca había podido sustraerme a ese aura. Aunque para mí Rolf se había convertido en un viejo chusco, bajo la simpatía que dimanaba subyacía a veces algo cruel y aterrador.

Me sorprendió verle en Londres, pues lo último que había sabido de él era que se había ido a vivir definitivamente a Berlín Este.

—Te veo muy bien, Rolf. ¿Qué haces en Londres?

Era un individuo alto; llevaba uno de esos pesados abrigos de cuero marrón con profusión de correas y botones. Por su puño cerrado, se habría pensado que estaba a punto de estallar, y esa impresión de inminente explosión la acentuaba el rubor de mejillas y nariz.

—¡Hola, Bernd! He venido a ver a unos parientes. Tengo un primo que vive en Luton.

—¿Pero tú dónde vives ahora? —inquirí.

Agachó la cabeza y se llevó la mano al Loden verdigris como para aliviar la tensión de la mano, pero su ademán cabía interpretarse como disculpa.

—Sigo viviendo en el Este. Bernd, cuando uno llega a mi edad, busca paz y tranquilidad. Y, además, es barato.

—¿Sigues en el mismo piso?

Me había dejado vivir allí en cierta ocasión. Era un piso grande y cómodo, pero algo descuidado, como el propio Rolf.

—Sí, en Prenzlauer Berg. ¡Cincuenta y cinco marcos al mes! El mismo alquiler que hace veinticinco años. ¿Hay pisos así en Occidente?

—No.

—A veces —dijo a la defensiva, dejando caer sus espesas cejas— hay restricciones, pero los alimentos básicos —pan, leche, carne y huevos— son baratos. Aparte de los restaurantes y las entradas para el teatro y los conciertos. Yo estoy a gusto en el Este, Bernd. Muy a gusto.

Me sonaba a canción aprendida de memoria.

—Y allí, con poco dinero vas a muchos sitios —comenté.

Endureció el gesto. Máuser había trabajado para el Departamento y probablemente le quedaba alguna reducida pensión, gracias a los buenos oficios de Schneider, de Schill und Weber, el banco berlinés que discretamente se encargaba de esos delicados asuntos financieros. Las pensiones de seguridad social de los viejos —a diferencia de otros tipos de prestaciones— son muy altas en la Alemania Oriental, y sólo un redomado cínico como Rolf Máuser podía ensalzar, y más ante mí, los prodigios del régimen que había elegido para su retiro, cuando sabíamos que fundamentalmente vivía de la pensión que cobraba por haber tratado de derrocarlo.

—Es lo que yo te decía, ¿no?

—Me alegro de verte, Rolf.

—Sí, a veces tengo que hacer cola para los ultramarinos y la carne, pero a mí no me importa hacer cola; tengo tiempo de sobra. Y cuando vuelvo a casa con la compra, no tengo que temer que me atraquen o hayan entrado en mi casa.

—Tienes suerte. ¿Adónde ibas?

—Sí que tengo suerte —asintió, como si no estuviera muy convencido de que se lo decía en serio—. Por muy inflexibles que sean con los jóvenes, a los viejos como yo nos dejan ir y venir. Y no tengo que trepar el Muro, Bernd —añadió con una sonrisa.

Si algo sabía yo de Rolf Mauser —y sabía unas cuantas cosas— era el hecho de que nunca estaría totalmente de acuerdo con un régimen socialista, porque él era un rebelde perdedor. Los comunistas —igual que los nazis y la Iglesia, por supuesto— siempre han acogido con los brazos abiertos a los conversos a su causa, pero costaba imaginarse a Mauser adquiriendo sozialistisches Staatsbewusstsein^[12], ese entusiasmo acrítico por el régimen que la Alemania comunista espera de sus ciudadanos. Mauser era un pragmático muy equilibrado. Hacía mucho que yo había oído a mi padre calificarle de alemán arrogante y belicoso que hacía granjearse a su raza el desprecio universal. Sosegadamente, mi madre le había preguntado por qué le

daba trabajo y mi padre le había contestado que por ser capaz de hacer lo que nadie osaba.

—Vamos a tomar un café —dije. Imaginaba que no andaría muy sobrado de dinero, y las tazas de café es una de las primeras cosas que tienen que sacrificar esos indigentes.

—Con mucho gusto, Bernard. El café es algo que no se encuentra a un precio decente. Suerte que mi hijo me envía un paquete todos los meses. Sin una buena taza de café por la mañana no puedo vivir.

Había una simpática cafetería cerca de allí y no tardamos en llegar, mientras por el camino Rolf no paraba de quejarse de la inclemencia del tiempo.

—Se me mete en los huesos —dijo cuando nos sentábamos. Se refería a la humedad, claro; porque Rolf, como casi todos los berlineses, no hallaba tanta compensación en el clima inglés, ligeramente más cálido, dada esa penetrante humedad, que la mayor parte de la población británica ni siquiera nota.

Yo conocía bien aquel local con sillas de zaraza porque solía ir allí a tomar café con Fiona cuando trabajábamos en un despacho cercano. Eso era antes de casarnos. Pedí un buen tazón de café y nos acomodamos en una mesa. Era lo mejor para que no tardasen en servir.

—¿Cómo está Axel? Hace mucho que no le he visto.

Yo había ido al colegio con el hijo de Mauser y hubo una época en que éramos muy amigos.

—Viven en una bonita casa en Hermsdorf, pero no le va muy bien en su matrimonio. Desde que su mujer tiene un trabajo tan bueno y gana dinero, se ha vuelto imposible —dijo encogiéndose de hombros y cogiendo un pastelillo.

—Vaya, lo siento.

—Trabajar y nada más que trabajar; eso es lo único en que piensa esa mujer. Sólo piensa en su carrera —añadió con desdén—, pero Axel no consiente que se hable mal de ella. No sé qué atractivo le encuentra; lo que necesitaría él es una mujer de verdad.

Hacía muchos años que escuchaba a Rolf despotricar de su nuera y, a juzgar por lo que decía de ella, no se habría pensado que el matrimonio duraba ya sus buenos veinte años y que tenían un hijo mocito.

—Axel era de los más listos en el colegio —dije. Rolf siempre había estado muy pagado de sí mismo por el hecho de que Axel fuese casi siempre el primero de la clase, y se complacía en decirle a mi padre que su hijo sacaba mejores notas que yo.

Rompió el envoltorio de un terrón de azúcar. Había una ferocidad —por no decir malevolencia— en todo lo que hacía. Saludos, adioses, incluso las gracias que daba, traslucían su espíritu beligerante. Pensé si no sería una pose que cultivaba por mor de conservar aquella autoridad suya de joven oficial, afectación que, en definitiva, devoraba su auténtica naturaleza.

—Ahora está empleado en el Polizeipräsidium. Ya sé que está desperdiciando su talento, pero él no me hace caso —dijo, echando el azúcar al café.

—Me imagino que se preocupa por el hijo.

—¿Por su hijo? ¿Por qué iba a preocuparle?

—No quiero decir eso, sino que seguramente Axel trabaja con tesón para conservar su matrimonio y que el hijo tenga una madre, un padre y un hogar tranquilo.

—¡Bobadas! —replicó él, masticando el pastel con furiosos movimientos bucales.

—Axel quiere al chico —dije—. Recuerdo con qué cariño le montó pieza por pieza una bicicleta de carreras.

—Lo sé, lo sé. Después, el chico tuvo un accidente; le atropello un loco con un Porsche, que le rompió una pierna y se dio a la fuga. Me imagino que iría bebido. Pues Axel se sintió responsable. Qué tontería, ¿no?

—Depende —contesté.

En realidad, cualquier padre habría tenido mala conciencia; sólo los matones como el viejo Rolf veían las cosas bajo una perspectiva tan simplista. Supongo que sería por efecto de la guerra. Recuerdo que Rolf contaba anécdotas de cuando la batalla de Berlín, cuando él, el capitán Rolf, había sido enviado de patrulla con «un consejo de guerra ambulante» para ejecutar sumariamente en la calle a todo el que no justificase debidamente su situación. Fusilaban sobre la marcha y colgaban el cadáver del ajusticiado bien visible con un letrero que rezaba: Desertor. Axel me había comentado que no se imaginaba a su padre en aquel cometido, pero yo conocía a Rolf bajo otra perspectiva y sabía que podía ser un flemático asesino en caso necesario.

Quizá leyese mi pensamiento, aunque se hizo eco de una forma distorsionada, porque dijo:

—Si Axel hubiese pasado por el ejército, habría adquirido mayor sentido de la proporción.

—¿Es eso lo que tú adquiriste en el ejército, Rolf?

Frunció el entrecejo; sus cejas eran tan hirsutas que le daban un feroz aspecto. Recordé que cuando yo era niño aquellas muecas me asustaban.

—¿Tú sueñas, Bernd?

—¿Con ser rico o estrella de cine?

Bien sabía yo a lo que se refería, pero no pude resistir la tentación de bromear, porque la verdad era que no tenía ganas de que me contase sus sueños; no me apetecía escuchar los sueños de nadie. Bastante tenía con los míos.

—Actualmente no duermo bien. He ido al médico y me ha dicho que es la edad. ¡Será idiota! —dijo inclinándose hacia adelante—. Sueño siempre con la época del ejército, Bernd, y me acuerdo de cosas que tenía olvidadas hace años. ¡Y con qué detalle! Yo, en el frente, mandaba una batería autotransportada; mi comandante sufrió una especie de acceso febril. No me imaginaba yo que en pleno invierno se pudiera coger fiebre, pero en Rusia aprendí mucho. Era Navidad y estábamos de reparaciones en Krasnograd. ¿Has oído hablar de Krasnograd?

—No creo —contesté.

—Es un pueblucho perdido en el culo del mundo. Pero había árboles; y muchos, si tenemos, en cuenta que había sido zona de combate. A los hombres les gustaban los árboles porque les recordaba Alemania; era un paisaje boscoso lleno de nieve. Sí, con un esfuerzo de imaginación, podía recordar la patria. Los campesinos seguían allí, claro, como siempre. Los campesinos rusos prefieren morir antes que abandonar sus pueblos; todos eran igual. Yo no lo entendía. Bueno, estaba yo tomándome el cuenco diario de sopa de guisantes, esa porquería en polvo, si bien el cocinero le había echado unas patatas que había encontrado, cuando el teniente de transmisiones llegó del cuartel general y me comunicó que me habían dado el mando de la batería. ¡Guau!, qué bien me supo de repente la sopa.

Se reclinó en el asiento y esbozó una sonrisa, pero no dirigida a mí; en aquel momento ni siquiera me veía: estaba a miles de kilómetros, varias decenas de años atrás, haciendo su guerra en Rusia.

—Tomar el mando de seis enormes obuses de quince centímetros —prosiguió, restregándose la cara—, montados en chasis de tanque, fue para mí el gran acontecimiento. Era joven y me lo tomé a pecho. Fui a hablar con todos los oficiales y los hombres bajo mi mando: dos oficiales, veintinueve suboficiales y noventa y dos reclutas. La mayoría eran de un reemplazo recién llegado, muchachos que habían salido hacía poco del cuartel. Pues la otra noche, en mi sueño, recordé las caras y los nombres de todos, y hasta recordé

el armamento de que me hice cargo. —Me miró muy serio para hacerme comprender lo importante que era aquello para él—. Hasta notaba el sabor de la puñetera Erbsensuppe.

—¿Y cuando te despertaste...?

—Lo recordaba todo. Veintiocho camiones, dos motocicletas, dieciséis ametralladoras ligeras, veinte metralletas, cuarenta y ocho pistolas y setenta y ocho fusiles. Incluso recordaba los nombres y los grados. Todas aquellas caras de idiota.

Por un instante creí que iba a recitarme los nombres y el número de identificación de su tropa, con los detalles del armamento y su respectivo estado. Quizá dejase traslucir mi consternación, porque añadió:

—Te lo juro, Bernard. Veo a esos hombres: las caras, el acento y el deje con que hablaban. Perecieron casi todos en el hielo y la nieve, y al llegar el verano sólo me quedaban media docena.

Por primera vez comprendí que Rolf Máuser había dedicado su vida a alimentar sueños de gloria militar. Ambición absurda quizá, pero no menos absurda que los sueños de otros; y, si hemos de creer a las estadísticas, no menos inverosímiles que el fin de acabar felizmente casado y con hijos. Lo de «general Rolf Máuser» era algo poco plausible, pero la concesión de una medalla debió alimentar sus esperanzas de ascenso y, desde luego, la crueldad imprescindible no le faltaba.

—Todo el mundo sueña, Rolf —dije—. Nada tiene que ver con la edad.

—¿Y qué tengo que hacer?

—Ve a otro médico.

Me dirigió una sarcástica sonrisa antes de centrar toda su atención en el café y el resto del pastel.

Estuvimos un breve rato sin hablar, mientras él tragaba lo último del pastel antes de decir:

—Ha muerto «Der Grosse Kleiner».

—Eso me han dicho. ¿Qué sabes tú del asunto?

—No me vengas con que ha sido un suicidio.

—Yo no sé nada —repliqué.

—Kleindorf no era de los que se suicidan —dijo quitándose con la punta de la lengua una migaja que le había quedado en un diente.

—Entonces, ¿qué ha sido?

—Traficaba en drogas. Estaba en el negocio del refinado y era el contacto entre el Este y el Oeste.

—¿Quién ha dicho semejante cosa?

—A él le llegaban los cargamentos periódicos a través de Schonfeld, que entraban en Occidente para empaquetar y luego reenviarlos. Había funcionarios de la República Democrática llevándose su tajada. Pero se ha echado tierra al asunto. Hasta las autoridades de Berlín Oeste cierran la boca.

—¿Por qué?

—Se alega oficialmente que no deben resultar afectadas las relaciones entre las dos Alemanias por esa clase de delitos.

—¿Y oficiosamente?

Rolf dejó que una pasmosa sonrisa cruzase su rostro redondo.

—Que hay implicados muchos funcionarios de ambos lados. Peces gordos, ¿sabes?

—Me parece un tanto enrevesado —repliqué, poco convencido.

—¿Ah, sí, Bernard? Hace mucho que nos conocemos, ¿no? ¿Y, en serio, pretendes decirme que nunca has oído rumores de trapicheos como éste?

—Rumores sí —respondí, pensando en si él sabría la clase de historias que le había expuesto el agente doble Valeri a Larry Bower—. Pero, de todos modos...

—Kleindorf murió de una sobredosis de heroína. ¿Lo sabías?

—Tenía entendido que era de somníferos.

—Sí, ésa es la versión que han dado —dijo asintiendo con la cabeza—. ¿Tienes un cigarrillo, Bernard?

Yo llevaba bastante tiempo sin fumar y últimamente aceptaba los cigarrillos que me ofrecían, pero aquella mañana mi voluntad había flaqueado y había comprado un paquete de puritos. Decidí, de pronto, hacerme el fuerte y se lo di entero a Rolf sin abrir.

—¿No te gustan más éstos? —dije.

—Muy amable, Bernd. ¿Me los das, en serio?

—He dejado el tabaco.

—Pero la auténtica historia —prosiguió encendiendo uno— es que Kleindorf murió mientras estaba en la cama con una de sus bailarinas, una mujer de marcado acento silesiano, que desapareció mucho antes de que llegase la policía y de la que no se ha encontrado ni rastro.

—¿Adónde quieres ir a parar?

—Esa mujer sólo llevaba trabajando en el *cabaret* unos días, y el nombre y dirección que dio en el Babylon eran falsos —añadió expulsando humo—. Llegó a Berlín con una mujer americana con la que viajaba; tenían dos billetes de avión en primera clase a Roma. Kleindorf no presentaba señales de agujas, salvo el del pinchazo que le mató. —Esperó a que yo encajase la noticia—. Él

nunca tomaba drogas duras; era un tipo muy sano que todas las mañanas hacía *jogging*.

—¿Cuál ha sido el resultado de la autopsia?

—No ha habido autopsia. En el certificado de defunción figura que la muerte fue debida a una sobredosis de somníferos: un accidente. Le han enterrado a toda prisa y han rechazado tajantemente la solicitud para abrir una investigación.

—A mí me han dicho que se había bebido una botella entera de coñac de marca.

—En el dormitorio encontraron una botella vacía. ¿Quién puede afirmar cuánto bebió si no le abren el estómago? Seguramente tomaría una copa con la chica. ¿Tú viste alguna vez borracho a Kleindorf?

—No —contesté.

—Pues eso. Es una tapadera que suena perfectamente creíble si no se conoce bien al muerto.

—Vamos a ver —dije—. La droga llega de Asia hasta Berlín Este, la aduana del aeropuerto de Schonfeld la deja pasar porque la política oficial es contribuir a la decadencia de Occidente. Bien. Lo que no entiendo es por qué da la vuelta y vuelve de nuevo al Este.

—Los cargamentos que llegan son de droga marrón sin refinar. Para meterse eso en la sangre hace falta estar muy desesperado, y ninguno de los que están al final de la cadena tiene conocimientos, recursos ni instalaciones para el refinado, ni agallas para hacerlo. Eso lo hacía Kleindorf.

—Tómame otro café, Rolf —dije, llamando a la camarera.

—Es muy bueno el café aquí —dijo Máuser, agradecido—. Me alegro de haberte encontrado, Bernard.

—¿Qué clase de gente compra la droga en el Este? —inquirí—. ¿Y de dónde sacan el dinero?

Rolf Máuser se daba cuenta de que le estaba tirando de la lengua, pero lo prefería a quedar por ignorante.

—Bernd, ya sabes cómo funcionan esas cosas: droga a cambio de papeleo.

Hizo una pausa como si hubiese dicho algo esclarecedor de por sí. Quizá lo fuese, pero yo no iba a contentarme con eso.

—¿Me amplías la idea?

—Permisos, importaciones, contratos. Una firma y un sello en un despacho del otro lado significan mucho dinero aquí. Tú lo sabes, Bernd. Y tu amigo Werner Volkmann también —dijo expulsando humo, cual moderado gesto agresivo, y se me quedó mirando en espera de una respuesta.

—¿No irás a decir que Werner está implicado?

Antes de hacerse cargo del hotel de Lisl, Werner había ganado mucho dinero como avalista, gestionando importaciones y exportaciones para que la República Democrática no tuviese que pagar en divisas fuertes. Y en ese aspecto, claro, las ganancias de Werner habían dependido de las firmas y sellos de Berlín Este.

—No lo sé —dijo con un gesto de la mano—, pero si lo estaba, supo salirse del negocio a tiempo. Él ya no va por allí.

—Ahora está ocupado con Lisl —dije, mirando cómo sacudía la ceniza del purito. Se me habían pasado las ganas de fumar y me daban asco el humo, el olor, la ceniza y el acto en sí.

—Ya lo creo que sí —replicó Máuser—. En tu lugar, Bernd, yo me buscaría algo en que ocuparme —añadió con una significativa mirada—, porque hay muchos a ambos lados del Muro que buscan un chivo expiatorio, y tú les vendrías de perlas.

—¿A título de «camello»?

—¿Con pruebas de ambos lados? Sería terminante. ¿Quién iba a tomar en serio tu alegación de inocencia si el Este y el Oeste hicieran un montaje?

—Rolf, ¿cómo sabes tú todo eso?

—Conozco a mucha gente y mantengo el oído atento.

Estuve aún charlando con él una media hora, pero Rolf había decidido no contar nada más; o quizá no supiese más, y la conversación desembocó en simple charla sobre su familia y otros amigos comunes. No volvió a mencionar al pariente de Luton a que había hecho referencia y pensé si el supuesto primo no sería un pretexto para ocultar el verdadero motivo de su viaje. Había no muy lejos de donde estábamos varios funcionarios de poltrona del Departamento a quienes habría encantado un individuo como Rolf Máuser para ampliar sus largos, aburridos y panfletarios informes sobre la Alemania Oriental, cuyos contenidos poca relación guardaban con la realidad. Sería grave imprudencia que él continuase trabajando para nosotros, pero dada por una parte la presión que el Departamento siempre estaba dispuesto a ejercer sobre cualquiera que pudiera servirles, y por otra el apetito de Rolf Máuser por el riesgo y el dinero, estaba convencido de que él habría aceptado. Y un factor complementario lo constituía la posibilidad de hacer un doble juego informando de todo a los del otro lado. Esperaba que cualquiera del Departamento que hubiese podido tener tratos con él, no hubiese omitido tal posibilidad.

Al dejar a Máuser, me ganó una inquietud por la conversación recién sostenida. Había algo en lo que había dicho que me intranquilizaba. De niño había conocido aquella misma sensación. A Máuser le encantaba sembrar la alarma.

BORRÉ a Rolf Máuser de mi mente mientras caminaba por Oxford Street y entraba en el departamento de ferretería de Selfridges a comprar una bisagra nueva para la puerta del garaje. Tenía que ser grande, porque la madera no estaba muy boyante; sabía que, al final, tendría que poner una puerta metálica, pero en aquel momento no quería planteármelo. Además, cuando Gloria marchase a estudiar a Cambridge, a lo mejor vendía la casa. Un empleado abandonó el mostrador y volvió con la bisagra que me hacía falta. La llevaba conmigo, envuelta en papel marrón, cuando entré en la casa de Upper Brook Street, detrás de la embajada americana, a reunirme con Posh Harry para el prometido almuerzo.

—No había necesidad de que trajeses tu Kalashnikov —dijo él nada más ver el bulto—. Es un encuentro pacífico; se lo prometí a Dicky —soltó una carcajada en ese estilo «niño travieso» que gastan a veces los orientales—. Vamos a tomar una copa —añadió subiendo delante de mí al primer piso. Iba, como siempre, pulcramente vestido en supuesto estilo inglés con pantalones grises de franela y un *blazer* negro con elaborados botones metálicos y, en el bolsillo, la insignia en brocado de un club de golf de Los Ángeles.

Mayfair es un barrio elitista de elegantes residencias, casi todas oficinas encubiertas. Es una zona de alquileres altos y breves, de bancos privados y promotores inmobiliarios, comerciantes de arte y empresas inversoras discretamente disimuladas por simples placas grabadas. Las casas son pequeñas, y el reducido cuarto al que me hicieron pasar estaba amueblado pensando en acaudalados viajeros en tránsito. Habían aplicado a la casa ese tipo de reforma que mi cuñado denominaba «tratamiento trampa dorada»: muchas mesitas con lámparas a base de masivos jarrones y resistentes pantallas, sofás tapizados en zaraza brillante y alfombras inmunes a las manchas de vino.

El hipotético efecto airoso del ambiente dieciochesco quedaba desvirtuado por el «centro de refrigerio» del rincón: una mesa con sobre de formica en la que había un calentador con dos cafeteras, tazas, vasos de plástico y galletas,

amén de un letrero escrito a mano, que invitaba a depositar diez centavos en la caja y a no utilizar las tazas que tuvieran nombre marcado.

—Libra tus pies del peso de tu cuerpo —dijo Harry abriendo con llave el hemisferio norte de un globo terráqueo, que cedía sobre una bisagra dispuesta sobre el ecuador, dejando al descubierto un buen surtido de bebidas—; martini o tú dirás.

—Sí, dame un martini —dije, mientras él cogía dos botellas, una de Beefeater y otra de Noilly Prat.

—Una cosa te digo, Bernard —añadió conforme cruzaba la habitación y tiraba de una librería—, puedes quedarte con California. —Sus esfuerzos dieron fruto y un estante con tomos encuadernados en piel cedió dejando a la vista una pequeña nevera—. ¡Sí, señor! —Con encomiable celeridad, echó cubitos de hielo en un jarro y cogió dos copas heladas, sujetando la botella de ginebra bajo el sobaco.

Acto seguido, quitó el tapón de la botella y preparó hábilmente los cócteles sin apenas mirar.

—No te pases con la ginebra —le dije.

—No me había imaginado que fueses un tío al que le gusta el vermut —añadió él, haciendo caso omiso de mis instrucciones. Levantó los vasos como para comprobar el color de la mezcla y me dio uno—. Es lo único que no tolero, Bernard... los adictos al vermut. Huélelo: el martini perfecto.

—Pues a mí me gusta California —dije.

—No trabajando para mi grupo, no te gustaría —replicó. Fue a la ventana y miró el tráfico que, procedente de Hyde Park, desembocaba en aquella calle de dirección única como una horda compacta de relucientes animales migratorios en incesante discurrir—. Me han dejado salir. ¿Puedes creerlo?

Sonreí y probé el martini. Por muchos fallos que Posh hubiese podido cometer en California, el cóctel de martini no era uno de ellos.

—Hay un par de expedientes —añadió— sobre los que me gustaría saber tu opinión antes de almorzar —y echó una ojeada a su reloj—. Tenemos mesa para la una, ¿te parece bien?

—Por supuesto.

—Me alegro que hayas venido, Bernard. No sabes el favor que me haces.

—¿Ah, sí?

—Y además me das un pretexto para salir de la oficina. Está aquí en Londres Joe Brody dando la lata de lo lindo.

—¿Joe Brody?

—Eso es, ¡Joe Brody! —repitió él, imagino que al notar que yo alargaba la antena—. Ha venido en avión de Viena y hoy almuerza con el embajador, lo que no le ha impedido venir a la oficina y montar la bronca a casi todos.

—¿Tan duro es Joe Brody?

—Puede serlo, si no sabes llevarle —respondió Posh con sonrisa zorruna—. Hay que tratarle con guante de terciopelo, no sé si me entiendes... Tú debes conocerle.

—Nos hemos visto en Berlín.

—Brody está deseando ascender; se rumorea que van a pasarle a Operaciones con un buen cargo.

—Es demasiado viejo.

—En la CIA, amiguito, nadie es demasiado viejo. De ese modo nos mantienen bien alerta y meneando la cola ante los jefes.

—¿Ante Brody?

—Y él está decidido a demostrar a Washington que está vivito y coleando. ¿Me entiendes?

—Yo creía que Brody estaba en Viena.

—Bueno, déjalo; yo a Brody sé manejarle. Voy a enseñarte esos expedientes. Me señalas unas casillas, nos dices qué tenemos mal y luego vamos a gastarnos el resto de las dietas de este mes al Connaught. ¿Te parece?

—Trato hecho —dije.

—Vete mirando esto mientras traigo de arriba lo que me falta —dijo él dándome un archivador de color y un rotulador.

Miré el expediente. Tenía su correspondiente hoja rosa complementaria al final, junto a un formulario de la CIA, destinado a «la renovación diaria» de los datos urgentes. Las preguntas en recuadro no presentaban dificultad, pese a que tenía que guiarme estrictamente por mi memoria. Pero había muchas.

Harry regresó con otros dos expedientes. Al ver que tenía el vaso vacío, fue a servir otros dos martinis «perfectos».

—Queda otro expediente, pero no lo encuentro. Me ha dicho un empleado que lo han enviado a Grosvenor Square; a lo mejor lo quería Brody. A ver si lo devuelven a mediodía con el mensajero. Bueno, haz lo que puedas y luego nos vamos a comer. Ese paquete puedes dejarlo aquí; volvemos después y si han devuelto el maldito archivador le echas una ojeada.

—De acuerdo.

Concluido mi trabajo, fuimos andando hasta el hotel Connaught en Carlos Place; el aire fresco dispó a medias el efecto de los martinis.

Teníamos reservada mesa junto a una ventana y Harry cumplió todo lo prometido. Comimos *á la carte* y los vinos que eligió eran adecuados y excelentes. Era la primera vez que sostenía una conversación tan amigable con Posh Harry, pues, aunque le conocía desde hacía muchos años, siempre habíamos hablado de cosas de la profesión.

Si la competencia de un agente se midiese por su tapadera personal, Posh Harry era uno de los más eficaces que yo conocía. Durante años nadie había podido saber con certeza sus vínculos con la CIA, e incluso ahora yo no estaba seguro de que trabajase exclusivamente para ellos. El hermano de Harry —mucho mayor que él— había perecido oscuramente en una misión de la CIA en Vietnam y, por lo que me habían contado, Harry imputó a la empresa la responsabilidad de su muerte. No obstante, yo nunca le había comentado nada y, aunque le quedara algún resquemor por aquel antiguo episodio, era poco probable que me confesara sus sentimientos.

Harry, no menos enfático ni menos enrevesado que Rolf Máuser, era todo lo que el viejo no era. Pues si Máuser representaba al tipo agresivo que disfrutaba con el agitado y tenaz proceso de salirse con la suya, para Harry lo que contaba era el fin. Supongo que sería la diferencia fundamental entre Europa y Oriente, entre lo visible y lo oculto, la fuerza y el sigilo, el boxeo y el judo.

Habría sido más prudente por mi parte haber considerado con mayor detenimiento estas premisas antes de almorzar, pero lo cierto es que cuando volvimos a la casa de Brook Street me cogió desprevenido el furioso recibimiento de que fui objeto.

—¿Sabes qué hora es? —vociferó Joe Brody, cuyo almuerzo con el embajador debía haber sido más breve y más sobrio que el nuestro.

—Lo siento, Joe —contestó Harry, al verse sorprendido a mitad de la escalera por el colérico Brody, que le gritaba desde el descansillo. Miré a Brody con interés, porque hasta entonces siempre le había visto relajado y amable.

Brody vestía un traje azul a rayas con chaleco, a tono con su almuerzo con el embajador. Era viejo, un hombre calvo de gafas redondas con montura de oro, que se acoplaban a su rostro como monedas crecidas en el tronco de un árbol nudoso. En otras ocasiones le había visto sonreír apaciblemente con una copa en la mano, mientras escuchaba indulgentemente a sus interlocutores; pero aquél era un individuo enfurecido, capaz de destrozar a zarpazos el rostro inmutable de Harry.

—¿Que lo sientes? Bien puedo creérmelo. ¿Y ése quién es? Ah, sí, tu Samson. Casi ni me acordaba que tenía que venir. ¿Ha acabado ya?

En aquel momento llegábamos al descansillo superior, y Joe Brody nos hizo pasar al cuarto en que habíamos estado antes de almorzar, lo cruzó a zancadas, se quitó la chaqueta y la dejó en la silla. Lentamente, como un reptil que se desenrosca, la prenda se escurrió hasta el suelo. Brody no dio muestra de advertirlo.

Yo no dije nada. Brody se me quedó mirando y después miró a Harry. Me sentía azarado, como el que casualmente va de visita a una casa en la que se desarrolla una riña conyugal que súbitamente degenera en gresca de mucho cuidado. En el silencio se oía el ruido del tráfico, una especie de rugido constante con truenos lejanos.

Cuando Harry comprendió que yo optaba por no decirle a Brody si habíamos acabado, dijo:

—No del todo, Joe.

—¡Dios bendito! —exclamó él—. ¡Dios bendito! —aún más furioso.

—Nos queda un expediente —alegó, contrito, Harry.

—¿Le has preguntado lo de Salzburgo? —continuó Brody, hablando como si yo no existiese.

—No estaba seguro de si querías que lo plantease —contestó Harry.

—Siéntate, Bernard —dijo Brody, dirigiéndome una tenue sonrisa como si quisiera significarme que yo no entraba en su querrela con Harry, pero en el gesto se traslucía cierto furor.

—¿Quieres beber algo, Joe? —dijo Harry, probando una vez más a apaciguarle.

—No, no quiero beber nada. Lo único que quiero es ver que se hace el trabajo.

Se agarró la nariz como si fuese a tomarse alguna medicina repugnante, mientras Harry musitaba algo sobre la necesidad de un vaso de soda, yendo a servírselo. Yo nunca había visto a Posh Harry ni siquiera levemente aturdido, pero ahora le temblaban las manos.

Brody se dejó caer en un sillón frente a mí y lanzó un suspiro. De pronto se le veía agotado. Llevaba flojo el nudo de la corbata, el chaleco desabrochado a medias y en la cintura se le había arrugado la camisa como un flotador. Su mal humor le había estropeado vestimenta y figura. Pero si alguna esperanza abrigaba yo de que fuese a mejorar su humor, se disipó al escuchar su voz áspera cuando volvió a tomar la palabra.

—En Salzburgo despacharon a uno de los nuestros con una explosión. ¿Qué sucedió exactamente, Bernard?

—¿Así que era uno de los suyos?

—Te he preguntado qué sucedió exactamente.

—No sé lo que sucedió exactamente.

—No me vengas con pamplinas, Bernard. No tengo mucho tiempo y no estoy de buen humor.

—No puedo decirle más de lo que figura en la investigación policial.

—¿Tú has visto el informe policial?

—No —confesé.

—Entonces, ¿cómo demonios lo sabes? —volvió a agarrarse la nariz y concluyó el gesto restregándose furiosamente la boca con la palma de la mano. Imaginé que era un ademán de autocontención por parte de quien está al borde de un berrinche.

—Tranquilo, señor Brody —dije—. Fue una carga explosiva conectada a la red eléctrica. Su Johnson murió y es todo lo que puedo decirle.

—Quieres, por favor, describirme a Johnson.

—De buenos modales; tirando a alto, buena forma física aunque algo gordo; pelo gris ondulado, barba recortada sin bigote. Bifocales con montura de oro...

—Basta. ¿Quién lo montó, hijo?

—No tengo ni idea.

—Para mí que fuiste tú —dijo Brody, confiriendo a su voz un ligero tono siniestro.

—Dígame cómo —repliqué.

—Soy yo quien pregunta —dijo él—. Piensa.

—Le he dicho todo lo que sé, señor Brody.

Él continuaba mirándome con el entrecejo fruncido.

—Voy a preguntártelo otra vez, Bernard. Quiero situarlo a nivel oficial.

—Puede ponerlo al nivel que le dé la gana —dije—, pero ya le he dicho de una vez por todas que no lo sé.

—Nuestro muchacho —dijo, e hizo una pausa. Yo había olvidado el modo en que siempre pronuncian los veteranos de la CIA eso de «nuestro muchacho». Cuando siguió, hablaba de la manera atropellada propia de los que están enfadados—. Nuestro muchacho se llamaba Bart Johnson. Era una buena persona... trabajaba en Frankfurt. Hacía veinte años que yo le conocía; habíamos estado juntos en Moscú, hace mucho tiempo. Y juntos hemos pasado por muchas de gordas. Hoy he almorzado con el embajador para

hacerle saber que Washington me ha autorizado a llevar este caso con toda la energía que mis medios me permitan.

—Me alegra oírlo, señor Brody, porque si a mí me sucediese lo que a su amigo Johnson, me alegraría saber que hay quien está dispuesto a llevar el caso tan enérgicamente como sus medios se lo permitan.

—Vale, Bernard; sabemos que estableciste contacto con Bart Johnson. Nadie dice que estés implicado en el asesinato, pero quiero saber exactamente lo que pasó en aquel puñetero hotel hasta el momento de la explosión.

—Lo único que sé decirle es que, hasta la explosión, en el hotel se celebraba una subasta filatélica —le contesté, procurando mantener la voz pausada y cortés sin conseguirlo del todo.

—Piensa un poco más.

—Hágame preguntas más sencillas.

—De acuerdo. Ahí va una pregunta más sencilla: ¿por qué eres tan imbécil?

Me puse en pie y crucé la habitación. En los paneles de roble que la recubrían había una puerta disimulada y delante de ella una mesita de centro con un tablero de ajedrez con sus piezas dispuestas por algún decorador. Me volví. Brody se había puesto en pie. Di una patada a la mesita y probé a abrir la puerta. Estaba cerrada con llave.

—¿Me abre la puerta, señor Brody, o lo hago yo?

Tal vez sin la botella de Château Talbot y el *whisky* doble con que había concluido el almuerzo no habría tenido la temeridad ni la energía para lo que hice a continuación. Alcé la pierna y di una patada con la bota a la puerta, que casi se salió de los goznes, al tiempo que irrumpía en la habitación contigua con un estrépito del demonio.

Pensé por un instante que había cometido un error garrafal, pero no: de pie, cegados por la repentina luz, había dos hombres en mangas de camisa con auriculares en posición de escucha y gesto de auténtico horror. A sus espaldas se veían unos monitores de televisión que centelleaban en la oscuridad. Los técnicos se habían puesto en pie de un salto y uno de ellos, al retroceder, arrancó con el casco una pieza de la consola del equipo, que cayó con estruendo al suelo. Tras lo cual, la pesada puerta basculó sobre la bisagra que quedaba, y con un prolongado chirrido se desplomó en tierra con mayor estrépito aún. Ninguno de ellos dijo nada: a lo mejor les sucedía a menudo.

Me estaban filmando en vídeo, por supuesto. Yo imagino que habría sido una tontería por su parte escuchar mi declaración sin grabarla, pero eso no quería decir que tuviera que estarme allí sentado, confesando alegremente

algo que ulteriormente pudiese servirles para manipularlo y presentarlo como prueba de mi participación en un asesinato.

—Vale, listo, te has explicado —dijo Brody, tranquilo. Ahora su voz era distinta. Pero yo no acababa de saber hasta qué punto era fingido su anterior malhumor. Ni si era fingido para intimidarme a mí o a Posh Harry—. Anda, vuelve a sentarte. Hablaremos en plan oficioso, si quieres. Largaos, muchachos —dijo dirigiéndose a los técnicos—. Lo del tumulto lo cortamos —añadió, sonriéndose de su propia gracia.

Posh Harry no se había movido. Impasible, junto a la nevera, se tomaba la soda.

—¿Podemos bajar a hablar en otro cuarto? —dije—. ¿A la cocina, por ejemplo?

—¿Con el grifo abierto y la luz fluorescente? —inquirió Brody, sarcástico. Recogió su chaqueta del suelo, cacheándola para asegurarse de que estaba la cartera—. Claro. Lo que te apetezca, Bernard. —Ahora se mostraba más afable, cual si le agradase la idea de hablar de su fallecido amigo con alguien capaz de derribar puertas de un patadón.

Fuimos abajo a la cocinita del sótano. Tenía el mismo aspecto cuidado que el resto de la casa y se veía que era un lugar en el que nunca se guisaba: había tazas y platillos en el fregadero y unos vasos en el escurridor, sobre el cual, en una estantería, había paquetes de café y una caja enorme de bolsitas de té con un tarro de plástico transparente con la inscripción Azúcar. Cubría la ventana una persiana veneciana.

Joe Brody abrió una nevera llena de bebidas enlatadas, cogió una Pepsi-Cola, que destapó y bebió directamente. No nos ofreció nada: parecía absorto en sus pensamientos.

Yo me senté con Harry en la mesa redonda y él cogió una silla, apoyó el pie en un travesaño y dijo:

—¿Había dos americanos o sólo uno?

—Dos —dije, describiéndole a Thurkettle y contándole cómo había salido a la terraza, me había abordado y me había dicho que en cierta época compartía un despacho con Peter Underlet, así como el posterior acercamiento de Johnson tras la subasta. Me guardé de explicarle que yo también había licitado y no mencioné para nada lo del sobre.

—Lo de la subasta lo sabemos —dijo Brody sentándose.

—¿Por qué no me cuenta lo que sabe, señor Brody, y yo relleno las lagunas?

—¿Sobre Thurkettle, quieres decir?

—Eso mismo —contesté.

—Bueno, pues ya entiendes por qué he querido prescindir de ciertos detalles —replicó él—. Lo que intentamos es determinar si estaban los dos allí en el momento de la explosión.

—A Johnson le oí hablar con Thurkettle al entrar en la habitación, pero en aquel momento pensé que hablaba consigo mismo. Después... pues, no sé.

—¿Eso cuándo fue? —inquirió Brody, apurando la Pepsi con evidente fruición. Imagino que necesitaba glucosa.

—Digamos que media hora antes de la explosión —contesté.

—¿Y qué decía? —me preguntó, al tiempo que lanzaba indolentemente la lata vacía, que aterrizó en el cubo de la basura.

—Creo que dijo «¡Pero habrase visto!» —contesté cuando Brody volvió a mirarme—. El tipo de comentario que uno puede hacerse a sí mismo en voz alta, aunque pudo ser un saludo.

—¿A alguien que se hallaba en la habitación?

—Él sabía que Thurkettle estaba allí desde el día anterior.

—¿Eso cómo lo sabes?

—Me lo dijo él. Me preguntó si yo sabía quién era.

—¿Eso te preguntó?

—Me dijo que conocía a Thurkettle de antes, pero que no sabía para quién trabajaba o a qué se dedicaba.

—¿Sabes quién es Thurkettle? ¿Lo sabes bien?

—Lo sé —contesté.

—Voy a plantearte una pregunta hipotética —dijo Brody—. ¿Por qué iba Thurkettle a regresar al hotel y entrar en esa habitación? La bomba ya estaba puesta en la máquina de afeitar. ¿Por qué volvió?

—Hummm —contesté.

—No me vengas con humms. Debiste preguntártelo. ¿Por qué volvió?

—No lo sé —repliqué—. Cuando yo volví a advertirle quién era Thurkettle...

—Un momento —me interrumpió Brody—. ¿Tú crees que voy a tragarme que fuiste a avisar a Johnson de quién era Thurkettle? ¿Tú? ¿El tipo que está ahí sentado impertérrito sin dar una sola explicación sobre el asesinato? No, señor; no me lo creo.

—Yo no había decidido completamente lo que iba a decirle. Volví a su habitación para ver si me enteraba algo del asunto.

—De acuerdo. Sigue.

Posh Harry se levantó y fue a la nevera y, tras mirar lo que había, cogió un vaso del armarito y se sirvió una soda. Debía gustarle mucho la soda. O quizá estuviera dejando el alcohol. Brody le dirigió una mirada destemplada para significarle que tanto movimiento entorpecía su concentración, pero Harry dio un sorbo a la bebida sin mirarle.

—Fui a su habitación —proseguí— a hablar con él poco antes de la explosión, y él me dijo que volviese al cabo de unos quince minutos. Poco después estallaba el artefacto.

—A ver si lo entiendo. ¿Hablaste con Johnson en su habitación unos minutos antes de que muriese?

—Él me contestó desde el cuarto de baño.

—¿Tenía cerrada la puerta del cuarto de baño? —dijo Brody—. ¿Tú no le viste? —añadió, tirándose de la nariz, como concentrándose.

—Exacto. —Comenzaba a imaginarme lo que pensaba Brody. Él hizo una larga pausa, supongo que para decidir lo que iba a contarme.

—Cuando oíste esa voz diciéndote de volver quince minutos más tarde —añadió finalmente— había dos hombres en el baño. Seguramente Johnson estaba a punto de morir.

—Ya —dije.

—Me parece que no lo entiendes —replicó Brody.

—¿Para quién trabajaba Thurkettle?

—Es un renegado. Un asesino a sueldo del KGB desde hace dos años. Se ha cargado a cuatro de los nuestros por lo menos, pero ésta es la primera vez que se acerca tanto. Johnson y Thurkettle se conocían bien, porque habían trabajado juntos en los buenos tiempos.

—Es muy fuerte —dije.

Brody no podía estarse quieto. De pronto se puso en pie y se remitió la camisa en los pantalones.

—Ya lo creo. Echaré mano a ese hijoputa aunque sea lo último que haga.

—Entonces, ¿no murió como consecuencia de la explosión?

—Eso es lo que te habías figurado, ¿verdad? —dijo él sarcástico, dirigiéndose al fregadero y volviéndose a mirarme, apoyado de espaldas en el escurridor—. Thurkettle mató a Johnson y luego lo hizo volar con el explosivo. ¿Para qué? ¿Para hacer desaparecer las pruebas? ¿O Johnson no llegó a caer en la trampa de la bomba? ¿Sorprendió a Thurkettle cambiando la maquinilla? ¿O éste mató a Johnson y luego puso la bomba con un dispositivo de relojería? —Sin quitarme los ojos de encima, Brody esbozó una sonrisa despectiva—. Así no le salpicaban los sesos y la sangre.

Posh Harry ya había recobrado su habitual compostura. Con el vaso de agua burbujeante en la mano, se acercó a donde estaba Brody y dijo:

—Es preferible que se lo digas todo, Joe.

Brody me miró sin decir palabra.

—Si quieres que los ingleses te ayuden —insistió Harry—, tienen que saber cómo sucedió de verdad.

Brody, pausada y enfáticamente, dijo:

—Creemos que Thurkettle mató a Johnson y luego hizo estallar la bomba para borrar pruebas, pero el que te dijo que era Johnson, era en realidad Thurkettle.

—¡Qué coño iba a ser! —repliqué en voz baja, al darme cuenta de las implicaciones.

—El cadáver que viste en el baño —añadió Brody, contento por mi consternación— era del hombre que te habló en la terraza.

—Ya.

—No acabas de verlo, Samson, hijo —dijo Brody. Me merecía la reprimenda: habría debido examinar más detenidamente el cadáver del cuarto de baño.

—Thurkettle cambió la identidad con su víctima en otra ocasión —dijo Posh Harry—. Nos tuvo mucho tiempo hechos un lío.

—Entonces, ¿qué piensas hacer, Bernard? —dijo Brody.

—Seguiré usando crema y brocha —repliqué. Brody frunció el entrecejo. Yo me puse en pie para mostrarles que me marchaba. Él se dio la vuelta, inclinándose sobre el fregadero para abrir la persiana y mirar por la ventana a un reducido patio de paredes encaladas y grandes macetas con tallos famélicos. De la parte delantera de la casa llegaba, a través del doble vidrio, el ruido del tráfico, ahora más fuerte al aproximarse la hora de salida del trabajo.

—No te olvides el Kalashnikov —dijo Posh Harry.

Joe Brody seguía mirando al patio y no pareció oírlo.

Subí a por mi paquete, acompañado por Harry, que añadió algunos datos a lo que yo sabía de Thurkettle. Otras agencias gubernamentales de Estados Unidos, dolidas por el método que había seguido la CIA para excarcelar a Thurkettle, entregándole documentación falsa, se habían mostrado muy poco serviciales ahora que el interfecto —en palabras de Harry— «había enloquecido». La CIA había conseguido una acusación secreta de un jurado federal del distrito de Columbia, que posteriormente había rechazado la judicatura por falta de identificación. También les había fallado una instancia al ministro de Justicia, igual que el intento de revocación de la nacionalidad

de Thurkettle. Me explicó Harry que necesitaban desesperadamente vincular a Thurkettle con un crimen, y todos —supongo que se refería a Brody— cifraban sus esperanzas en que yo hubiese aportado la prueba de tal vinculación. Mientras no la tuvieran, Thurkettle se burlaba de ellos y campaba por sus respetos.

—Sigo sin entenderlo —dije—. Si descubris por qué Thurkettle puso el explosivo que mató a Johnson las cosas estarán más claras.

—Lo sabemos —replicó Harry en voz baja—. Johnson tenía la mercancía.

—¿De Thurkettle?

—Era la misión de Johnson. Ellos eran amigos. Joe Brody encomendó a Johnson que le localizase y se hiciera el amable. La semana pasada, Johnson telefoneó a Brody y le confirmó que Thurkettle traficaba en narcóticos. Por teléfono no podía decir mucho, pero explicó que disponía de pruebas suficientes para hacer comparecer a Thurkettle ante un jurado de acusación.

—Pero Thurkettle se anticipó a todos —dije.

—Y Joe Brody se siente responsable.

—Narcóticos.

—La tesis que se baraja en Grosvenor Square —añadió Harry— es que Thurkettle se cargó también al pobre Kleindorf.

—¿Y por qué iba a hacerlo?

—Esperaba que me lo dijese tú. Nosotros pensamos que Thurkettle trabaja para Central de Londres —dijo, riéndose como si hubiese contado un chiste. Yo opté por no enfadarme: era demasiado viejo para emberrenchinarme dos veces en un día.

Asentí con la cabeza, le di las gracias por el almuerzo y me alegré de no haber mencionado al nuevo amigo de Tessa de barba recortada sin bigote, porque se habrían echado encima de ella y de George. En cualquier caso, a lo mejor ya se la había afeitado.

Charlamos aún unos minutos y luego me despedí de Posh Harry para marcharme a casa. Aquel día no había ido en coche a Londres y tomé el tren. Durante el trayecto tuve ocasión de reflexionar, en el destartalado compartimento, sobre todos aquellos acontecimientos. ¿Estaría todo planeado? La irritación de Brody había sido harto convincente y la reacción de Posh Harry tal vez no hubiese sido totalmente fingida. ¿Pero no habrían sido los potentes martinis y la succulenta comida bien regada más que un método para ablandarme con vistas al implacable interrogatorio de Brody? ¿Y hasta qué extremo sabría Dicky en lo que iba a meterme?

CONOCÍA a «tío» Silas de toda la vida. Había sido jefe de mi padre desde antes de que yo naciera, y le recordaba de haberle visto de niño en Berlín. Era padrino de Billy y pariente lejano de mi suegra.

Ya hacía tiempo que vivía retirado del Departamento en una granja de las sierras de Costwold. Era viejo y cada vez más cascarrabias, pero tengo que admitir que había habido veces en que yo le había exasperado más que él a mí. En honor a la verdad, me imagino que conservaba tanto tiempo mi empleo gracias a los buenos amigos que había hecho mi padre. Y tío Silas era uno de ellos.

Así que, cuando recibí una llamada telefónica de la señora Porter, su ama de llaves, toda nervios y diciéndome que Silas Gaunt se encontraba muy mal y quería verme, no me lo pensé dos veces. No pedí permiso ni le dije a Dicky que quería un par de días libres, ni siquiera avisé en la oficina. Fui allí directamente.

El día había amanecido con una fuerte y pertinaz lluvia y las carreteras mojadas me hicieron conducir con cuidado. Era un largo viaje y por ello tuve tiempo de sobra para reflexionar sobre mi impulsiva decisión. Al llegar a los Costwold, el paisaje estaba oculto por sedosas marañas de niebla gris que envolvía los árboles de la finca. Whitelands estaba formada por unos seiscientos acres de buena tierra agrícola y un heteróclito amasijo de pequeñas edificaciones. Había un magnífico granero del diezmo de capacidad suficiente para guardar el maíz del párroco, y establos para seis caballos. La construcción de la granja propiamente dicha, una casona de piedra ocre, había sufrido las agresiones de dos siglos de sus fariseos habitantes y exhibía una torre neogótica y un ala estrafalaria que albergaba el gran salón de billar.

Estaba acostumbrado a encontrarme al llegar con una docena de coches delante de la casa —los días de sol— aparcados a la sombra de los altos olmos que delimitaban el césped. En días tales, la casa bullía de admirados visitantes. Pero aquel día no era de ésos. El camino de llegada estaba vacío, con excepción de un Land-Rover lleno de barro, del que tres jóvenes de

gastado uniforme de algodón descargaban herramientas, entre las que distinguí tres relucientes cascos rojos y tres juegos de protectores de oídos. Había cesado la lluvia, pero seguía escurriendo agua de los árboles y el césped estaba encharcado.

Al poner el pie en la rejilla metálica del porche, el ruido me hizo recordar el restregarme el barro de los zapatos. Empujé la puerta y entré en el vestíbulo. No se oía ruido y la casa estaba tan oscura como suelen estarlo ese tipo de granjas. Las pequeñas ventanas de aquellos gruesos muros eran unos rectángulos que se proyectaban sobre la alfombra oriental cual policromas esterillas. De pronto, de la sala de estar, a través de varias puertas cerradas, llegó el canto de Lohengrin In fernem Land.

La señora Porter, mujer de perenne alegría, cocinera sin par, ama de llaves e infalible factótum, salió de la cocina para saludarme y recoger mi abrigo. Con él en la mano, se llegó hasta la puerta a mirar afuera. Oisqueó el aire con fruición, igual que el comandante de un submarino disfruta de la noche tras una prolongada inmersión. Por encima de su hombro ví que uno de los leñadores, con casco y protectores de oídos, trepaba a un árbol. Se estaba empapando de lo lindo.

—Ya me había parecido oír su coche —dijo la señora Porter volviendo a dónde yo estaba—. Cuánto me alegra que haya venido, señor Samson. Estaba preocupada... y aún lo estoy. Se pone tan apático cuando está enfermo...

—No me diga —repliqué. Me costaba figurarme apático a tío Silas.

—Se ha levantado para vestirse al saber que venía usted, y yo he telefoneado al médico para advertírselo, pero me ha dicho que no importaba con tal de que no salga de casa, esté tranquilo y no coja frío.

—¿Y qué va a decir el médico? —le contesté.

Ella sonrió confusa. Las mujeres como la señora Porter se asustan si se pone en tela de juicio a la medicina.

—El médico dice que el señor Gaunt puede írsenos en cualquier momento —añadió con voz que parecía pensada para recordarme el primordial papel que el médico de cabecera de Silas representaba en un drama del que yo no era más que un actor secundario. Yo adopté una expresión a tenor de las circunstancias—. Está escribiendo sus memorias. ¡Pobre!, debe darse cuenta de que se acerca su hora —añadió.

¡Sus memorias! Sería el fin de algunas carreras políticas, el desastre para ciertas reputaciones. Era impensable que a tío Silas le autorizasen a escribir semejante libro, pero no la contradije.

—Cuando entro las esconde para que no me entere, pero yo ya lo adiviné al ver que dejaba escondida abajo la máquina pequeña. Antes del último arrechucho le oía teclear todos los días en el salón de música. Ahí está ahora; pase, que le llevaré el té.

El «salón de música» era la sala de estar en que Silas había instalado el aparato de alta fidelidad y sus discos. La televisión no le atraía mucho. Yo no me atrevía a interrumpirle la audición, pero la señora Porter se acercó a la puerta y dijo:

—Pase, pase. Seguramente se habrá quedado dormido por las pastillas —añadió casi en un susurro, que entendí gracias a su exagerado movimiento labial.

Ante la insistencia de la mujer entré sin pedir permiso. De momento no le vi, porque estaba de espaldas mirando el fuego de la chimenea. Vestía una camisa oscura y chaqueta de esmoquin de terciopelo color ciruela, con su pañuelo de seda color crema asomando por el bolsillo superior. La clase de atuendo que habría elegido un actor eduardiano para acudir al café Royal. Junto a él, en el suelo, había una manta de viaje de tartán; se le habría resbalado de las rodillas o quizá la hubiese tirado al oírme llegar. Sus pies — con pantuflas de color rojo— descansaban en los morillos. La música sonaba fuerte y la habitación olía a humo de leña. Como reaccionando a una corriente que entrara al abrir la puerta, el fuego se reavivó y el fulgor de las llamas resplandeció en el bajo techo.

—¿Quién es? —gruñó. No estaba dormido.

Quienes conocían bien a Silas Gaunt, y entre los que, sin lugar a dudas, se contaba mi padre, alababan su exquisita cortesía, sus modales señoriales y su irresistible encanto. En cierta ocasión, mi padre le definió calificándole de boulevardier^[13], la primera vez que yo oía esa palabra. Escuchando lo que decían de Gaunt, uno no podía menos de imaginarse a uno de esos extravagantes ingleses de Squire Allworthy de Henry Fielding, pero el Silas Gaunt que yo conocía era un taimado de tomo y lomo que paradójicamente mostraba piel de rinoceronte y sensibilidad de mariposa, con arreglo a sus previsiones a largo plazo.

—Espero no molestar —dije sin alzar la voz.

—¡Estoy escuchando Lohengrin, maldita sea! —exclamó, y yo sentí cierto alivio al ver que, independientemente de cuál fuese su estado físico, conservaba indemne su belicoso carácter. Volvió a continuación la cabeza para verme, en el momento en que el fuego se reavivaba—. Ah, eres tú, Bernard. Creí que volvía la señora Porter, que no deja de importunarme.

Silas siempre me había demostrado afecto cuando niño, pero ahora era ya viejo y la edad, la enfermedad y la muerte le habían retrotraído a sus propias preocupaciones. Ya no era tan afectuoso.

—Es que se preocupa por ti, Silas —dije.

—Lo que está es conchabada con ese maldito recetador de píldoras —replicó él, parando el tocadiscos con el mecanismo elevador de la aguja; bajo la tapa transparente, el disco siguió dando vueltas.

Busqué sitio para sentarme y noté que había adelgazado mucho. La ropa le venía ancha y su pescuezo arrugado asomaba por el cuello demasiado holgado de la camisa. El oscuro cuarto estaba atiborrado de cachivaches, objetos de anticuario y recuerdos de otros lugares: escarabeos, una talla africana, una locomotora de juguete abollada, una banderilla, un piolet en el que había grabados los nombres de escaladas famosas, un Buda minúsculo de marfil y un crucifijo roto. En cierta ocasión, Silas me había dicho que no quería que le enterrasen; rechazaba lo de la sepultura en un camposanto y habría preferido que le confinaran en un museo, rodeado de sus pertenencias, como esos reyes egipcios que descubren los arqueólogos.

—Nos preocupas a todos —dije. Era una respuesta algo tibia y me lanzó una mirada.

—Ese puñetero médico quiere el reloj de mi abuelo —dijo él.

—¿Ah, sí?

—Por eso viene. Cuando está aquí no le quita ojo; el otro día le dije que le aplicase en la caja su puñetero estetoscopio, ya que tanto se interesa preguntándome si va bien.

—A lo mejor no es más que por darte conversación.

—Lo que le atrae es el trabajo de marquetería, pero él tiene en casa calefacción central y allí se le secaría y agrietaría al cabo de medio año.

—Es un reloj precioso, Silas.

—Del siglo dieciocho. Era de mi padre. La parte delantera se ha combado un poco y parte de la taracea proyecta una sombra. La limpieza tiene que hacerla con mucho cuidado alguien que entienda. A nadie se lo deja tocar la señora Porter, que es quien le da cuerda.

—Qué suerte tienes de tenerla cuidándote, Silas.

—Ese maldito curandero quiere quedárselo antes de que me muera, y yo sé que anda detrás de un certificado escrito con la historia y el estado de la máquina, porque esa provisión incrementa el precio de subasta. Él mismo me lo dijo.

—Me alegro de verte tan bien —dije.

—Y tiene la casa llena de relojes: maquinarias con caja transparente, relojes de globo, relojes a lomo de elefante, relojes en la tripa de un águila... Yo no quiero que mi precioso reloj vaya a parar a una colección así. Sería como enviar a un niño al orfanato, o a la señora Porter a un taller. Es un maníaco de los relojes, y debería ir a un psicólogo, porque muy bien no puede estar una persona a quien le gusta vivir en una casa atestada de relojes. No se podrá oír lo que se habla entre tanto tictac y campaneos.

Se oyó un leve golpe en la puerta y Silas dijo: «¡Adelante!» en el tono jovial y rimbombante que usaba con la señora Porter, pero resultó ser uno de los jóvenes leñadores.

—Todo listo, señor Gaunt —anunció con el deje local.

—Muy bien —contestó Silas sin volverse a mirarle.

—Entonces, ¿seguimos? —inquirió el joven, tras quedársele mirando cual si aguardase una respuesta más concreta.

—Eso he dicho —replicó Silas, irritado.

El muchacho dirigió una mirada a la nuca de Silas, luego hacia mí, alzó los ojos al cielo y salió. Yo aguardé a ver si Silas daba alguna explicación por aquella interrupción, pero él prosiguió:

—He vuelto a descubrir a Wagner a mis años.

—Eso está muy bien.

Tras una larga pausa, dijo:

—Me quedo sin olmos. Les ha afectado esa puñetera enfermedad.

—¿A todos?

—A los de delante —dijo mordiéndose el labio—. Llevan ahí toda la vida; mi padre los adoraba. Supongo que no debería conmovirme por unos simples árboles, pero...

—Puedes plantar otros —dije.

—Sí, voy a plantar seis robles —replicó sonriendo. Era comprensible que se identificase con los árboles que toda su vida habían enmarcado la casa desde el camino. Otros árboles y otras gentes vendrían, pero Silas Gaunt ya habría sido talado, incinerado y olvidado cuando los nuevos estuvieran crecidos. Sacó un pañuelo de algodón rojo, se enjugó los ojos y se sonó—. ¿Hay mucho humo? Abre la ventana, si quieres.

—No, así está bien.

—¿Salió bien la Fledermaus? ¿Viste a Fiona?

De afuera llegó el ruido de la motosierra en marcha. Su rostro se contrajo, pero hizo como si no lo oyera.

—La ví —dije.

—¿Lo tienes claro?

Distaba mucho de estar claro, pero poco o nada iba a ganar negando que lo estuviera.

—Entonces, ¿vamos a sacarla? —inquirí, por ver si me lo confirmaba.

—A su debido tiempo.

—Es un milagro que haya durado tanto.

—Es una chica sensacional —dijo él—. Una mujer extraordinaria.

—¿Y Erich Stinnes también se viene?

Silas me miró con expresión inescrutable. Debió distraerle momentáneamente el estruendo de la sierra, porque en aquel momento se oía más fuerte y en ráfagas más largas, conforme iban cortando las ramas más grandes antes de talar el tronco. Efectivamente, un árbol es como una red; así lo describían los antiguos manuales militares. Igual que un árbol, una red se destruye comenzando por una ramita, luego una rama mayor y así sucesivamente hasta que se llega a la raíz y se erradica.

—Stinnes... —dijo Silas—. Sí, supongo que sí. ¿A Stinnes le preocupa?

—¿Que si le preocupa...? —repetí. Estaba tan perplejo como debía estarlo el citado.

—Reclutar a Stinnes... pasarle al otro lado y que trabajase para nosotros fue una jugada maestra —dijo él con ojos brillantes y despiertos—. Si Stinnes finalmente vuelve indemne, el Departamento se saltará todos los requisitos legales para que le den el título a Bret Rensselaer.

Le miré detenidamente. Así que Stinnes trabajaba para nosotros. Pero seguramente lo que él quería decir era si finalmente Fiona volvía indemne, pero no quería mostrarse tan cándido conmigo.

—¿Fue cosa de Bret?

—No. Pero el enviar a Stinnes sí que fue idea de Bret. Insistió e insistió.

—Fue una locura —dije—, porque quizá Stinnes no aguantaría, o quién sabe si no están jugando con él. En cualquier caso, hacerle volver fue temerario, porque ponía en peligro a Fiona.

—¿Es que ni siquiera ahora lo entiendes? —dijo Silas, meneando la cabeza—. A nosotros nos importaba un bledo lo que le sucediera a Erich Stinnes, y nos sigue teniendo sin cuidado. A él lo volvimos a enviar por un solo motivo concreto: para dar más verosimilitud a la historia de que Fiona era una disidente de verdad.

—¿No para trabajar con ella?

—No, no, no. Ahí estaba la gracia. Nadie le reveló a Stinnes que Fiona se había pasado para trabajar para nosotros; porque prácticamente no lo sabe

nadie más. Todos los nuestros creen que la deserción de Fiona ha sido el peor golpe que jamás ha recibido el Departamento y, por mucho que sospechase, Stinnes volvió allá convencido de lo mismo.

—¿Quieres decir que a Stinnes se le ordenó informar y paliar el daño que supuestamente ella pudiese hacernos?

Jugada perfecta, con esa simetría que distingue al arte de la naturaleza.

Silas sonrió satisfecho, viéndome reflexionar al respecto.

—Sí «Operación Control de Daño», eso es lo que Bret le dijo a Stinnes. Él ha sido un simple instrumento para nuestros fines.

—Igual que yo —dije con amargura—. Se me ha tomado el pelo desde el principio.

La revelación de que mi esposa era una heroína en vez de una traidora debería haberme llenado de satisfacción. Y en cierto modo así era, pero a nivel personal me sentía amargado por la manera en que me habían manipulado. Y mi indignación se extendía a todos los que conocían el compromiso de Fiona y no me habían dicho nada, incluida la propia Fiona. Ahora llegaba desde afuera el ruido continuo de la sierra: debían de estar cortando el tronco.

—No debes analizarlo así —dijo Silas con un suspiro. No era uno de los suspiros grotescos a los que recurría en los viejos tiempos, sino el de un viejo enfermo al que le pesa seguir viviendo—. Tú has desempeñado un papel fundamental en todo el asunto. ¿Qué sentido tenía implicarte en las preocupaciones del aspecto operacional?

—Eso es lo que dijo Fiona. ¿Me querías ver por eso? —inquirí.

—Ese maldito curandero dice que puedo morirme en cualquier momento.

Asentí con la cabeza. Se le veía enfermo y la señora Porter tenía razón en preocuparse.

—Supongo que te lo habrá dicho la señora Porter. Se lo dice a todos. Cuando entran a charlar conmigo se lo leo en la cara.

—Es muy discreta —dije para apaciguarle.

—Me he estado preguntado qué sucederá cuando yo falte. Bret está enfermo y, de todos modos, él no conoce la historia completa. El director general sí, pero nadie le haría caso porque dicen que está lelo. ¿Tú qué crees?

Eran aguas peligrosas y cambié de rumbo.

—Dicen que padece el mal de Alzheimer, pero mi médico dice que el único medio de confirmar esa enfermedad es mediante la autopsia.

De pronto se hizo un silencio y a continuación se oyó un chasquido seco y gente hablando a la vez al caer el tronco sobre el césped mojado. Aquel

sonido de muerte me entristeció. Silas hizo como si no lo hubiera oído, pero yo sabía que sí.

—¿Sabes lo que yo creo? —dijo, rebulléndose inquieto. Un hombre tan grande y fuerte como Silas tenía que sentir la enfermedad de un modo muy distinto a los demás. Me miró para asegurarse de que le prestaba atención—. El viejo está sordo —apostilló.

—Sí —dije—. Eso lo sabe todo el mundo.

—Más sordo de lo que él confiesa —prosiguió Silas—. Todos piensan que está loco por no querer ponerse un audífono moderno por vanidad, pero yo creo que el director general es tan listo como tú y como yo.

—Me gustaría darte la razón —dije, y procuré volver al tema anterior—. ¿Así que, Bret, el director general y tú sois los únicos que sabéis que Fiona es de los nuestros?

—Exactamente. Hasta el equipo de Viena que arregló la entrevista tuya la semana pasada cree que trabaja para Moscú.

—Es un alivio saberlo.

—Si nosotros tres, yo, Bret y el director general, faltásemos de repente, cosa que podría suceder, tú y Fiona seríais los únicos en conocer la verdadera historia. Incluso el oficial del caso que lleva los informes no es un auténtico oficial del caso, porque no sabe de dónde vienen.

—Y, por lo tanto, tengo muy pocas posibilidades de convencer a nadie de que ella es de los nuestros.

—Y Fiona no se atrevería a intentarlo —dijo con una tosecilla para aclararse la garganta—. Sí, así están las cosas, Bernard. Por eso te he hecho venir.

—¿Qué propones que hagamos? —dije.

—Esperar —le miré y su rostro estaba pálido y abotagado, pero, enfermo o no, aún traslucía aquella tenaz resolución que siempre le había caracterizado—. No podemos sacar a Fiona hasta el momento preciso.

—No esperes mucho, Silas —dije—. Ya sabes que los agentes acaban por confiarse demasiado. Yo quería habérmela traído.

—¿Desbaratando todo lo que ha conseguido? Bernard, tu mujer es una perfeccionista. Supongo que lo habrás advertido durante vuestro matrimonio.

—No —repliqué—. Lo único que he descubierto durante nuestro matrimonio es que, aunque yo con ella he compartido prácticamente todos mis pensamientos, ideas y emociones, ella se ha reservado sus secretos con una disciplina poco menos que obsesiva. Me siento estafado. No ya defraudado, quemado o dolido por una pérdida a corto plazo, sino

sistemáticamente engañado durante años y años por la persona que me había prometido amor y respeto. Fiona Kimber-Hutchinson, ¿se queda con este hombre soltero? Ya lo creo que se quedó.

Quiere montar su propia muerte para que no puedan saber lo que ha estado haciendo. Montar su muerte y luego desaparecer en alguna parte unos seis meses. Podemos seguir utilizando el producto de su trabajo durante siglos si no descubren sus actividades.

Entendía el razonamiento, pero sus implicaciones me apabullaban. Si Fiona tenía que esconderse en algún sitio, ¿la acompañaría yo? ¿Y qué explicación iba a darle a Gloria por mi súbita desaparición? La verdad no podía contársela, por descontado. ¿Y los niños?

—Nos ha obtenido informaciones increíbles —prosiguió Silas—, que no hemos aprovechado por temor a ponerla en peligro. Una vez que esté a salvo no habrá necesidad de tanta precaución.

Tal vez hubiera seguido contándome cosas, pero entró la señora Porter a servirnos el té. Aquel día se había superado: montaditos caseros de salchicha y un Kugelhopf, un pan dulce que había aprendido a hacer al enterarse de que a Silas le traía buenos recuerdos de tiempos pasados.

—¡Cómo voy a comerme todo eso, mujer! —exclamó Silas hecho un basilisco.

—¡No se preocupe! Se lo comerá el señor Samson, que ha hecho un largo viaje y tendrá hambre.

Silas sacó del bolsillo unas llaves que tenía en un anillo con cadena de oro, y eligió una que alzó en el aire.

—Señora Porter, ¿ve esta llave? Si me sucediera algo, coge la llavecita y se la entrega al señor Samson. Le telefona para decirle que venga y se la da a él y a nadie más. ¿Lo entiende, verdad, señora Porter?

Con gesto despreocupado, digno de un boulevardier, hizo pendular las llaves en el extremo de la cadenita antes de guardárselas en el bolsillo. Afuera, volvió a oírse el ruido de la sierra.

—No quiero ni pensar en eso, señor Gaunt.

—Usted haga lo que le digo. Puedo fiarme de usted, ¿verdad?

—Sí, señor, ya lo sabe.

—Estupendo, ahora váyase. Aquí no quiero lloriqueos.

La señora Porter dispuso las tazas y levantó la tapa del termo para mostrarme que estaba lleno de agua caliente. Silas profirió un gruñido para señalar su impaciencia y ella me dirigió una paciente sonrisa, dio un resoplido y salió.

—Vi a ese Dodo en Viena —le dije como quien no quiere la cosa, mientras servía el té de la magnífica tetera de plata, que tenía grabada la fecha en que se la había regalado el personal de Berlín.

—Ah, sí. Teníamos que hacer algo con él —contestó Silas sin gran interés.

—¿Y qué sucedió?

—Le concedieron un MBE^[14] o no sé qué y un aumento de la pensión.

—¿Cómo dices?

—No te sulfures, Bernard. Seguramente era la mejor manera de arreglarlo. Se estaba poniendo imposible y sabe demasiado para que vaya contándolo por ahí. Se ha aplicado el habitual sistema del palo y la zanahoria.

—Es un borracho.

—Ha sentado la cabeza, Bernard. Sabe lo que le conviene.

—¿Y la zanahoria ha sido un MBE? —incluso para un escéptico a los títulos como yo era ofensivo.

—Sin citación oficial; de eso no ha habido nada. Simplemente otorgado por su ayuda en relación con los servicios de inteligencia. Todo muy ambiguo. Un MBE descalificaría sus revelaciones. Con ese premio, Moscú pensaría que nos ha complacido su actuación y que trabaja por cuenta nuestra. —Sus deprimidos labios esbozaron lo que debía ser una taimada sonrisa, como colofón a la astuta iniciativa—. No cuesta nada, Bernard, y tenemos que pensar en la seguridad de Fiona.

—Claro. —¿Qué inglés! Cuando los palurdos dan la lata, se les concede un título.

—Dame ese paquete marrón.

Lo cogí de la mesa y se lo entregué. Sacó de él un documento legal, de ésos con curiosos adornos, que —junto con las pelucas, las togas y el sindicato más autocrático del mundo— consideran indispensables los abogados ingleses para ejercer la ley. Constaba de unas cuarenta páginas mecanografiadas, encuadradas con una cinta verde que pasaba por los taladros redondos practicados en el papel.

—Es una declaración exhaustiva de todo lo que sé respecto a la misión de Fiona. Nombres, fechas, etcétera. Todo figura ahí.

Pensando en que iba a dármelo, alargué la mano, pero él hizo caso omiso.

—¿Tienes una pluma que funcione? —dijo abriéndolo por la última página—. Es que quiero que seas testigo de mi firma. Mañana viene un abogado para que lo firme y jure ante él. Quiero que tú seas también testigo. No tendrás inconveniente...

—No —dije—. Claro que no.

Puso su nombre y luego me dijo dónde tenía que firmar yo, insistiendo con pedantería en que escribiese mi dirección con letras de imprenta en el sitio debido.

—Quiero tener la seguridad de que es válido ante la ley —dijo—. Donde dice profesión, he puesto servicio civil. —Comprobó lo que yo había escrito, sopló la tinta para que secase antes y expresó su satisfacción.

—¿Puedo leerlo ahora? —inquirí.

—No hace falta que lo leas, Bernard. No es más que por lo del seguro, aunque espero de todo corazón estar vivo y bien cuando regrese Fiona.

—Naturalmente.

Se alzó del sillón y fue a guardar el documento en una antigua cómoda militar, que cerró con una de las llaves de la cadenita. Levantó la llave antes de guardársela, diciéndome:

—¿Entendido, Bernard?

Asentí con la cabeza.

—¿La reclutasteis en Oxford, verdad? —inquirí.

—Digamos que más bien fue allí donde se hizo notar. Fue un primo mío, profesor de historia, quien nos la reclutó. Nunca nos había propuesto a ninguna estudiante. Fiona tenía que hablar en un debate, y él propuso que fuésemos los dos a oírla. Nunca lo olvidaré. Ella defendía la tesis de que la teoría de la relatividad de Einstein era una falsedad. Me gustaría que la hubieses oído: una disertación impresionante, Bernard.

—Pero si Fiona no sabe nada de matemáticas... —dije.

—Y es cierto, pero tampoco muchos de los asistentes. Y ella tuvo el acierto de saber aprovecharse. Los otros oradores aburrieron al público con argumentaciones racionales y cuando le llegó a ella el turno, se expresó con gracia, se burló de sus oponentes y expuso una tesis floja pero razonada y coherente. Resultaba evidente que ella no podía ganar, era obvio, pero demostró capacidad para pensar con rapidez, exponiendo una serie de hechos bien demostrados, unas cuantas medias verdades y gran cantidad de tonterías muy bien engarzadas en un cuadro general convincente.

—Yo tenía entendido que eso precisamente es lo que se hace en la universidad.

—Y no te equivocas mucho, Bernard, pero en Fiona ví una persona capaz de conservar una absoluta lucidez, manteniéndose distanciada del material que utilizaba. Y eso es la esencia de nuestro trabajo, Bernard. El fallo en el

arte del espionaje les sobreviene a los que no pueden distinguir entre hechos e hipótesis.

—O no los saben distinguir.

—Exacto. Y tu mujer es una realista, Bernard. No se deja arrastrar por la imaginación; nada de romanticismo ni ilusiones.

—No —dije—. En absoluto.

—Nunca la reclutamos. Me la guardé para mí. Entonces se hacían así las cosas. Teníamos todos nuestros propios agentes: tu padre, yo y Lange nos hacíamos cargo de nuestra propia gente por medio de transferencias anónimas de Pagaduría Central. Esa clase de dinero al que tú seguías la pista en torno a Bret Rensselaer no hace mucho. ¿Recuerdas?

—Sí —dije.

—Cuando sir Henry fue nombrado director general, le dije que Fiona era un agente secreto muy especial, y cuando ella insistió en intentar esa importante operación, hice que participase también Bret, pero decidimos dejarlo en el anonimato sin que su nombre figurase a nivel oficial.

Volvió a callar de pronto. Yo me serví más té, sin que él tocase el suyo. Mirando el fuego, parecía sumido en unos pensamientos que no le apetecía compartir.

—Echo de menos a tu padre —dijo por fin—. Tu padre siempre tenía soluciones a los problemas que se planteaban. Él no tenía el cerebro afectado por conferencias universitarias. Creo que no hizo ningún examen en su vida. —Me miró sin que yo le respondiera y prosiguió—: Los que adquieren su propia formación, como tu padre, autodidactos creo que los llaman ahora, no leen para contestar con respuestas predeterminadas a tribunales de examen inmaduros, sino que concluyen el razonamiento con un punto de vista personal. —Se inclinó en el sillón—. Te juro, Bernard, que me he reído de lo lindo viendo a tu padre demoler los argumentos de muchos de esos que nos envían. Era un hombre capaz de citar de memoria tal diversidad de fuentes que los dejaba atónitos: Jung, Nietzsche, Suetonio, san Pablo, Hitler, George Washington, estadísticas de los archivos secretos de Speer, Schiller y Einstein. Todo lo dominaba tu padre. Recuerdo una ocasión en que explicaba a un erudito general de las SS que su gran ídolo Arminius, que valerosamente derrotó a los romanos, algo que bretones, celtas y otros pueblos no habían logrado, privó a Alemania de los beneficios de la civilización, manteniéndola en un estado de caótica barbarie que hizo que durante siglos no llegasen ni a emplear la piedra para edificar. «Ustedes los alemanes llevan respecto a nosotros unos siglos de retraso en la civilización», le decía tu padre,

impávido. Aunque, claro, a saber hasta qué extremo lo decía en serio — agregó conteniendo la risa—. Pasamos muy buenos ratos juntos, tu padre y yo. —Por un instante volvió a ser el mismo de antes, pero luego, cual si hubiese recordado de nuevo la muerte de mi padre, se hundió en un pesado silencio.

—¿Qué sucedió en Berchtesgaden, Silas? ¿Qué pasó allí que acabó con la carrera de mi padre?

—Y afectó también a la mía —dijo él—. ¿Nunca se te ha ocurrido pensar por qué no me han concedido el título de sir?

—No —contesté, pese a que era una cuestión que me había planteado muchas veces.

—¿Qué es lo que sabes?

—Sé que mataron a un alemán, un hombre llamado Winter, y que le echaron la culpa a papá. Nada más.

—A dos alemanes: un preso confiado a la custodia de tu padre, y el hermano, quien, técnicamente al menos, realizaba una misión por cuenta del ejército americano. Sucedió en zona americana, cuando ya había concluido la guerra. Los soldados que intervinieron eran todos reclutas que esperaban volver a sus casas; no soldados del frente, sino hombres casados de mediana edad, destinados a intendencia, a almacenes, gente rechazada en el examen médico por las exenciones más bajas, no aptos para el manejo de armas: nerviosos, borrachos, individuos de los que están predispuestos a apretar el gatillo por cualquier motivo... ¿Quién sabe lo que realmente sucedió? Tu padre era el único inglés presente y había encrespado muchos ánimos. Los yanquis le achacaron toda la responsabilidad. Después, Max lo sintió; me lo dijo muchas veces.

—¿Max?

—Max Busby. El hombre de Lange, el que mataron cuando tú cruzaste con él el Muro —añadió al ver mi perplejidad—. Había sido capitán del ejército americano y era el que mandaba la patrulla que iba en busca de los alemanes aquella noche en que los mataron. ¿No lo sabías? ¿No te lo había contado Max?

Tardé un rato en rehacerme de la estupefacción.

—No, Max nunca me dijo nada. Era muy buen amigo mío.

Era una definición excesivamente circunspecta del hombre que había perecido por darme a mí la oportunidad de volver a casa sano y salvo, pero nada tenía yo que puntualizar, porque Silas conocía la historia.

—De ti siempre lo fue, Bernard. Max te tenía aprecio, ya lo creo. Pero muchas veces me pregunté hasta qué punto no estaría tratando de purgar la injusticia que él contribuyó a que se cometiera con tu padre. Porque fue su declaración la que convenció al jurado de que tu padre disparó por error. Esa versión les venía bien, porque así los soldados podían licenciarse casi de inmediato y evitaban que el caso saliera en los periódicos americanos con grandes titulares. Pero la reputación de tu padre nunca se rehízo. Querían destinarle a un remoto puesto de enlace, pero yo insistí en que lo dejaran conmigo.

—Por eso papá detestaba a Max —dije.

—Sí, a Max. Y a Lange también. Después de aquello nunca tuvo simpatía a los americanos. Fue una reacción pueril, pero es que se sentía amargamente frustrado.

—¿Y no quiso apelar para que se volviese a abrir la investigación?

—Claro que lo hizo. Tu padre ansiaba más que nada en la vida que revocasen el veredicto, pero el Departamento no podía permitirse el revuelo que habría levantado, y la política oficial, tanto nuestra como de los americanos, consistía en evitar todo lo que pudiese provocar fricciones entre los aliados —dijo reclinándose en el sillón. Los recuerdos le habían prestado una energía transitoria, y con los fantasmas del pasado en el cuarto, no parecía advertir mi presencia. Di un sorbo a mi té tibio.

Cuando Silas volvió a tomar la palabra, su voz acusaba el esfuerzo.

—Creo que debería tomar esa maldita medicina. La señora Porter sabe la dosis.

—Voy a irme, Silas —dije—, tienes que descansar.

—Quédate a almorzar, Bernard.

—Tengo que regresar a Londres —dije.

No me lo discutió mucho. Ahora que ya había cumplido su cometido, toda la energía parecía haberle abandonado y quería estar solo.

—Silas, siento lo de los olmos.

—Los robles quedarán bien —contestó.

Decliné las repetidas invitaciones de la señora Porter para que comiese algo. Me daba la impresión de que Silas quería que me marchase de la casa y no entrase a tomar nada a la cocina. ¿O era simple producto de mi paranoia? Lo cierto es que yo quería marcharme y reflexionar sobre todo aquello. En la iglesia, junto a la estrecha carretera que va de Whitelands a las puertas del pueblo, una fila de coches atestiguaba la celebración de un servicio religioso. Era un entierro. Habría unas dos docenas de personas vestidas de negro en

torno a la tumba, apelotonadas bajo los paraguas, mientras el cura desafiaba a los elementos con las vestiduras azotadas por el viento y el rostro reluciente por la lluvia.

Obligado a avanzar despacio por un tractor que llevaba delante, tuve ocasión de observar la solemne ceremonia, que me deprimió más aún al recordarme que pronto, muy pronto, Silas, Whitelands y todo lo que aquello representaba habría desaparecido de mi vida. Mi madre era mayor y estaba enferma, Lisl moriría pronto y el hotel sería irreconocible. Cuando eso sucediera, ya habría perdido todo vínculo con una época que tanto significaba para mí.

Quizá Silas tuviera razón: tal vez una vitrina en un museo, rodeados de todos los cachivaches de nuestra vida, fuese el mejor final para todos.

Abatido por aquélla melancolía algo irracional, me detuve a tomar una copa en el pueblecito más próximo. No había bares abiertos y el único restaurante que encontré estaba lleno de amas de casa comiendo ensaladas. Me dirigí a la tienda de comestibles y compré media botella de Johnnie Walker y un paquete de vasos de plástico.

Seguí por la carretera local hasta alcanzar la general y allí busqué un apartadero para detenerme. Seguía lloviendo. Era el día, el lugar y la hora ideal para suicidarse.

En cuanto desconecté el limpiaparabrisas, el cristal se convirtió en una maraña de regueros, al tiempo que en el techo resonaba el monótono tamborileo de las gotas. Cogí la botella, pero antes de decidirme a dar un trago me recliné en el reposacabezas y debí quedarme dormido. No era la primera vez que me acosaba una imperiosa necesidad de dormir, pero siempre había sido en momentos de peligro o de agotamiento.

No sé cuánto tiempo estuve durmiendo. Me despertó el ruido de un coche que se detenía al lado. Se oía el zumbido y golpeteo de los limpiaparabrisas y el murmullo confuso de un radiotransmisor. Abrí los ojos y ví que era un coche policial. El agente uniformado abrió la ventanilla y yo hice lo propio.

—¿Se encuentra usted bien? —dijo el hombre con una mirada suspicaz que contradecía en su curtido rostro la cortesía de la interpelación. Yo empujé la botella de *whisky* entre los asientos sin conseguir ocultarla del todo.

—Sí, estoy bien.

—¿Tiene alguna avería? ¿Quiere que llame a un servicio de reparación?
Seguía lloviendo y el agente no se bajó del coche.

—No, es que iba a echar un vistazo al mapa —dijo.

—Muy bien, señor, si está bien y puede conducir, adiós —replicó, al tiempo que arrancaba el coche.

Cuando se perdió de vista, me apeé y dejé que me mojase la lluvia. Aquello me refrescó enseguida y me sentí mejor. Volví a montar, conecté la calefacción y comprobé que la radio estaba sintonizada en el tercer programa: Brendel interpretando a Schubert. Estuve escuchándolo unos minutos y a continuación arrojé la botella de *whisky* al arcén sin abrirla.

Pensé si no habrían ordenado a la policía que me vigilase, pero me dije que no era probable. Sin embargo, la duda era exponente de mi angustia, porque en los viejos tiempos ni se me habría ocurrido. Quizá sí me sucedía algo; puede que todos los que no cesaban de decirme que estaba enfermo tuvieran razón.

Reflexioné sobre lo que me había contado Silas y me trastornó en particular la idea de que Fiona tuviera que esconderse en algún lugar para que el KGB no descubriese que había estado trabajando para nosotros. Sería una artimaña difícil de llevar a cabo.

El Departamento disponía de otro medio de conseguir el mismo objetivo: matar a Fiona cuando aún seguía trabajando al otro lado. Sería fácil de hacer, pues no faltaban tipos como Thurkettle, y sería eficaz y definitivo. Y aun en el caso de que el KGB detectase la mano del Departamento en semejante asesinato, simplemente se «demostraría» que la desertión de Fiona había sido auténtica. Fallecimiento expeditivo. Tan implacable solución era impensable y sin precedentes, pero la singular situación de Fiona era igual de impensable y sin precedente.

16

AQUEL día no fui a la oficina. Mientras regresaba a casa desde la granja de Silas el tiempo fue empeorando y ya cerca de Londres me sorprendió una espectacular tormenta con aparato eléctrico que encendía el cielo con relámpagos azules y provocaba en la radio del coche eructos de ruidos estáticos, sin que faltasen los retumbantes truenos. Fui directamente a casa. Era primera hora de la tarde y la casa estaba fría, vacía y oscura; aleccionador ejemplo de lo que podría ser vivir solo. Los niños se habían quedado a cenar en casa de unos amigos. Encendí la estufa de gas, me senté en el sillón a contemplar el color cambiante de la llama hasta que toda la rejilla se puso al rojo y me quedé adormecido.

Me despertó la llegada de Gloria, que encendió la luz y, aunque tenía que haber visto el coche afuera, levantó una mano haciendo un leve gesto de sorpresa al verme allí. Fue una reacción muy femenina, forzada quizá, pero por algún mágico poder ella siempre se libraba de reproches míos por aquellos gestos pueriles. Venía empapada. Pensé que habría debido llegarme a la estación a recogerla, pero no me dijo nada.

—No hay más que Székelygulyás congelado —dijo, quitándose la gabardina mojada y cogiendo un toalla para secarse el pelo.

—Sólo Székelygulyás congelado —repetí meditabundo—. Qué vida tan esplendorosa llevamos.

—Es que no he ido a comprar —replicó ella, y advertí un tono de amonestación.

—Podemos ir a Alfonso's o al restaurante chino —dije.

—¿Por qué estás hoy tan gruñón, osito?

—No estoy gruñón —contesté, enarbolando una sonrisa para demostrárselo.

—Con un huevo pasado por agua me conformo —dijo ella.

—Yo también —dije.

Estaba ante el espejo peinándose. Me miró y dijo:

—Bernard, ahora dices eso, pero cuando te doy un huevo antes de acostarte, siempre acabas rebuscando en la despensa y abriendo latas de trigo troceado.

—No tomamos la Székelygulyás congelada —dije, al recordar de pronto que no se trataba de ningún producto preparado de supermercado, sino de un plato húngaro casero que hacía su madre. Criticarlo habría podido suscitar una maraña psicológica susceptible de ser desentrañada sólo por un gastrónomo freudiano—. ¡Es mi plato favorito! ¿No es ese de pollo en salsa amarga?

—Es el de cerdo con col en salmuera —replicó ella enfadada, aunque sonrió al hacerle yo una mueca histriónica—. ¡Eres un auténtico mal nacido! —añadió.

—Ya sabía que era cerdo con col —dije.

—O, si quieres, hay una sopa nueva de pescado con patatas que no hemos probado.

—¿Con qué vino se toma la Székelygulyás?

—Detestas la comida húngara.

—No, qué va.

—Dices que las pepitas de alcaravea se te meten en los dientes.

—Eso era en los otros dientes.

Se arrodilló junto al sillón y me abrazó.

—Por favor, Bernard, inténtalo; haz un esfuerzo, por favor. Y quíereme. Yo puedo hacerte feliz, estoy segura; pero tú tienes que colaborar.

—Yo te quiero de verdad, Gloria —dije.

—¿Está muy mal Silas?

—No lo sé —contesté—. Hay veces que parece que vaya a hundirse y al poco rato está dando voces y mandando.

—Ya sé que tú le quieres mucho.

—Es viejo —repliqué—. Todos tenemos que morir tarde o temprano. Ya ha vivido lo suyo.

—Entonces, ¿es por algo que he hecho yo?

—No, cariño; tú eres perfecta. Te lo digo en serio —y se lo decía con toda sinceridad.

—Es esta casa, ¿verdad? La has odiado desde que nos mudamos a ella. ¿Es porque está lejos? Tu otra casa tenía calefacción central... —añadió besándome la oreja mientras yo la abrazaba.

—La casa está bien. Lo que sucede es que estoy tratando de resolver un par de problemas del trabajo. Tienes que dejarme un margen de gruñón.

—¿Te refieres a Dicky Cruyer?

—No, Dicky es quien menos me preocupa. Sin mí, que le resuelvo el noventa por ciento del trabajo, seguramente le trasladarían a algún puesto en que diese menos la lata.

—¿Entonces?

—Hay muchos a quienes les gustaría ver saltar a Dicky del negociado alemán. Al delegado de Europa, por ejemplo, que le detesta. Y si librarse de mí conlleva deshacerse de Dicky, Gus Stowe lo haría y lo celebraría con una fiesta.

Gloria se echó a reír. No era fácil imaginarse a Gus Stowe dando una fiesta para celebrarlo.

—Voy a poner la comida en el microondas —dijo de esa manera tan natural que compendiaba la esencia de nuestra relación. Pese a lo que otras personas pudieran pensar, mi amor por ella no era nada paternalista, pero ¿cuál era la naturaleza de su amor por mí?—. Y te traigo un vaso de vino.

—Me lo pondré yo.

—Tú estate sentado y tranquilo. Cuando tenga la cena te contaré la última de Dicky. Vas a quedarte de piedra.

—A estas alturas nada puede sorprenderme de Dicky —repliqué.

Me trajo un vaso de vino frío, porque no había *whisky*, ginebra, vodka ni nada parecido. Se nos había acabado el alcohol y no lo había repuesto porque quería redimirme de la bebida. Me arrellané en el asiento y me relajé mientras sonaban los chillidos electrónicos del microondas. Aquel horno era nuestro último juguete; yo la había oído hablar de él con la asistenta un día en que alardeaba de utilizarlo para guisar en él un delicioso hígado a fuego lento, y en el que el hígado había explotado, embadurnando el interior del artefacto con una pegajosa capa de pulpa desintegrada, cosa que la hizo estallar en lágrimas.

Pero la oía canturrear, y sabía que había sido un acierto optar por el guiso húngaro de su madre. La dejé jugar a ama de casa y el placer que ello le procuraba se hizo patente por la minuciosa preparación de la mesa para nuestra cena tête-à-tête; había puesto candelabros y una rosa de esbelto tallo, aunque, lamentablemente, artificial.

—Eres maravillosa —le dije cuando consintió en que entrara en la cocina una vez ultimados los preparativos.

—Se me había olvidado el molinillo de pimienta —dijo añadiéndolo apresuradamente. Había en su voz un nerviosismo, una ansiedad que a veces,

en su mejor deseo de complacer, me inquietaba porque me hacía sentirme como un déspota.

—Cuéntame lo de Dicky.

—Yo no sé cómo Daphne se entiende bien con él —dijo ella. Le gustaba comenzar con un preámbulo que diese ambiente—, porque ella es una mujer muy inteligente. ¿Sabes que ahora pinta cazadoras de cuero?

—¿Daphne pintando cazadoras de cuero?

—Es una artista, Bernard.

—Ya sé que estudió en Bellas Artes.

—Eso es igual.

—¿Cazadoras de cuero?

—Con dragones y desnudos psicodélicos. ¿No las has visto? Estoy segura de que te encantaría tener una, cariño.

—Ir con un desnudo psicodélico, aunque sólo sea en una cazadora de cuero, tal vez sea un poco fuerte a mis años.

—Tarda horas en pintarlos.

—Claro, no me extraña...

—¿Quieres callarte?

—¿Cómo dices?

—En serio, Bernard; Daphne trabaja mucho y Dicky no la comprende.

—¿Te lo ha dicho ella?

—Por supuesto que no. A ver si me escuchas en vez de hacerte el chistoso.

—Me gusta este cerdo con col. Te has pasado un poco con la sal, pero está riquísimo.

—La última vez dijiste que estaba soso, por eso he echado un poco más de sal.

—Delicioso. Bueno, ¿y lo de Dicky?

—Pues que se va el viernes a Berlín; ha reservado una *suite* en el Kempinski's y va con una mujer. Pobre Daphne. Si llega a enterarse...

—¿Qué mujer? ¿Alguna de la oficina?

—No lo sé —replicó ella.

—¿Y dónde has oído esos rumores?

—No son rumores. Tiene reservado el hotel.

—¿Te lo ha dicho su secretaria?

Gloria hizo una pausa para deglutir la col y después dio un breve sorbo de vino, para tener tiempo de pensarse la respuesta.

—No, claro que no.

—No tiene ningún derecho a cotillear esas cosas.

—No irás a decírselo a Dicky...

—Por supuesto que no, pero es una idiotez que sea tan chismosa.

—No me vengas con remilgos, osito —replicó ella sirviendo vino.

—Supón que no hubiera ninguna mujer —dije—. Supón que Dicky estuviese esperando a un agente del otro lado, y supón que la seguridad de ese agente dependiese de que todos se estuvieran calladitos.

—Sí —dijo ella pensándolo—, y supón que fuese una mujer. Supón que fuese tu mujer.

—Imposible —dije.

—¿Por qué imposible?

—¡Porque Fiona está con los otros! ¡Maldita sea, a ver si te metes esa idea básica en tu rubia cabecita de húngara!

Vi la cara de sorpresa que ponía y sólo en ese momento me di cuenta de que estaba dando voces y golpeando la mesa.

Ella no respondió. Yo estuve a punto de morderme la lengua nada más decir aquello, pero una vez dicho no tenía remedio.

—Lo siento, Gloria, perdóname, por favor. No quería decir eso.

Lloraba con lágrimas irrefrenables que le corrían por las mejillas, pero logró esbozar una sonrisa para contestarme:

—Sí que lo querías decir, Bernard. Y yo nada puedo hacer para que me veas bajo otra perspectiva.

—Vamos a sentarnos en la sala de estar —dije, echándome lo que quedaba del vino.

—No; es casi la hora de recoger a los niños y antes tengo que poner la ropa en la centrifugadora.

—Lo haré yo.

—Tú no sabes dónde es, Bernard. Son todo calles estrechas y oscuras y te perderías.

Tenía razón. Solía tenerla.

NO era difícil adivinar cuándo Dicky tenía una nueva historia amorosa. Supongo que a cualquier observador le resulta fácil saber cuándo un casado tiene una aventura. Dicky mostraba ese fulgor de tigre en la mirada y esa actitud tensa y autoritaria que Shakespeare atribuía a Marte más que a Venus; sus minuciosos relatos sobre restaurantes caros se habían perfeccionado aún más, y recibía todas las mañanas por telefax los platos del día de algunos de sus locales preferidos. Y hacía chistes.

—¡Por los dioses, Bernard! ¡En lo que a comida típica respecta, cuanto menos auténtica, mejor! —dijo mirándose la uña que acababa de morderse, dándole otro modesto envite.

Había estado paseando por el despacho, deteniéndose en ocasiones a mirar por la ventana. Estaba sin chaqueta, con el chaleco desabrochado, camisa azul oscuro y corbata blanca de seda; llevaba zapatos de charol negro con un grabado simulando piel de cocodrilo.

Aquella mañana ya había mencionado varias veces su proyectado fin de semana en Berlín, puntualizando que era «mitad trabajo mitad vacación», pero cambió inmediatamente de tema y me preguntó si sería buena idea que Pinky viniese a trabajar a Londres. A mí me pareció aterrador, pero no dije nada porque contestar a ese tipo de pregunta en Central de Londres estaba preñado de riesgos, ya que allí todos eran parientes o habían ido al colegio con algunos de los que trabajaban en el edificio. Podía darse el caso de que Pinky fuese prima lejana de Dicky o hubiese tenido la misma nodriza que el cuñado del director general o algo por el estilo.

—Fiona comentaba que no sabía ortografía —comenté.

—¡Ortografía! —exclamó él con uno de esos bocinazos hilarantes que indicaban lo ingenioso que yo era—. Ni siquiera yo la domino —añadió, como si con eso quedase zanjado el asunto.

Estuve tentado de decir: ¡tú qué vas a dominar nada!, pero me limité a sonreír, preguntándole si Pinky había solicitado el traslado.

—Oficialmente, no, pero es compañera de colegio de tu cuñada Tessa —sonrisita— y ha sido ella quien me lo ha comentado.

Como no reaccioné, añadió:

—En la cena de la otra noche.

—El mundo es un pañuelo —dije.

—Desde luego —añadió él con patente desahogo en la voz, cual si hubiese estado toda la mañana tratando de hacerme admitir aquel tópico—. Y, que quede entre nosotros, también Tessa va a Berlín este fin de semana.

—¿Ah, sí?

—Sí —contestó pasándose un dedo por la boca como para señalarme dónde la tenía—. En realidad... —Eché de pronto una ojeada a su reloj—. Oye, ¿puedes quedarte a tomar un café?

—Bien; gracias.

Yo había tomado muchos cafés con Dicky en su despacho, aunque eso no significaba que los chismorreos de café fuesen una costumbre cotidiana. Dicky solía recluirse apartado del mundanal ruido para tomarse el café. Decía que era un momento de pugilato con sus propias ideas; ideas complicadas. Un momento de confrontación en lo más profundo de su ser. Las invitaciones a que le acompañase en aquella vorágine intelectual no las hacía a la ligera ni gratuitamente, y puedo decir en honor a la verdad que las peores experiencias de mi vida derivaban de algún criterio, orden, favor o proyecto cuya primera noticia me había llegado tomando una taza del magnífico café de Dicky.

Él se fumó un purito con el café. Era un mal hábito el de fumar —un auténtico veneno— del que intentaba apartarse tres veces al día. Supongo que sería por eso por lo que no me ofreció uno.

—El caso es que... —comenzó a decir, reclinándose en su poltrona basculante, con el café en una mano y el purito en la otra— como factor fundamental en ese viaje, necesito tu ayuda y colaboración.

—Ah, bien.

Aquello era una nueva faceta en él, que siempre había negado que necesitase ayuda ni colaboración de nadie.

—Ya sabes lo indispensable que eres para mí, Bernard —prosiguió, balanceándose un par de centímetros hacia ambos lados sin derramar el café—. Siempre lo has sido y siempre lo serás.

—Pues no me había dado cuenta —dije, percatándome de que le respondía sin quitar la vista de la escalera de incendios.

Dicky colocó delicadamente el purito en el cenicero de cristal tallado y con la mano libre tiró de uno de los extremos de su corbata para aflojar el

nudo. En la pared, a sus espaldas, tenía una foto en color en la que se le veía con el director general en Calcuta; estaban en un quiosco entre una serie de rudimentarios retratos; carteles litografiados de personajes como el ayatollah, los dos Marx, Jesucristo y Laurel y Hardy rodeaban a Dicky y a su jefe, y todos miraban al objetivo, salvo él que miraba al director general.

—No quiero hacer sufrir a Daphne —prosiguió, como si de repente hubiese decidido otro enfoque—. Me comprendes...

Se calló y me miró. Yo ya comenzaba a imaginarme lo que quería decirme, pero no pensaba facilitárselo. Y, además, quería ganar tiempo para pensar.

—¿De qué se trata, Dicky? —inquirí, dando un sorbo de café y fingiendo no prestarle demasiada atención.

—Bernard, muchacho, de hombre a hombre... ¿Sabes lo que quiero decir?

—¿Quieres que vaya en tu lugar?

—¡Por Dios, Bernard, mira que eres obtuso a veces! —dijo aspirando humo—. No. Es que voy con Tessa —pausa—. Se lo he prometido y tengo que hacerlo. —Hizo ese añadido compungido, como si fuese una obligación a la que supeditaba sus deseos. Pero luego clavó en mí su mirada y volvió los ojos velozmente hacia la puerta como asegurándose de que nadie nos escuchaba—. ¡Es sólo el fin de semana! —continuó explicándose irritado, casi apretando los dientes cual si mi falta de comprensión estuviera a punto de sacarle de quicio.

—¿Tenemos que ir todos? ¿Gloria también?

Se puso en pie de un salto, como si se hubiese escaldado y se llegó hasta mí.

—¡No, Bernard! ¡No, no, no!

—¿Entonces, qué?

—Tú vienes con nosotros, te alojas en casa de Tante Lisl, pero a efectos prácticos ocupas la *suite* del hotel con Tessa.

—¿A efectos prácticos? Estoy seguro de que a efectos prácticos el que estará con Tessa allí serás tú.

—No estoy de humor para tus patochadas —vociferó. Pero luego, recordando que mi intervención estaba destinada a desempeñar un papel fundamental en el extraño montaje, se apaciguó y recobró el tono amistoso—. Tú te inscribes en el hotel, ¿entiendes? —Estaba encima de la piel de león, y le dio en la cabeza un afectuoso puntapié con el reluciente zapato de charol. A él siempre le habían gustado los animales.

—Si se trata de hacer las cosas con decoro, ¿por qué no te inscribes con nombre falso?

—Porque no voy a rebajarme a eso —replicó, ofendido.

—O que Werner te deje una habitación en el hotel de Lisl...

Le miré intencionadamente a la cara, porque estaba convencido de que ni la propia Lisl catalogaría muy positivamente a su establecimiento en el elenco de alojamientos berlineses adecuados para una cita amorosa.

—¡Dios mío! ¿Has perdido la cabeza? —En aquel momento advertí que se ponía nervioso. Temería que el empleado de recepción de un buen hotel pusiera en duda su identidad, quedando en evidencia no sólo como adúltero, sino como torpe adúltero. Y qué duda cabe que en tales circunstancias la presencia de Tessa no resultaría de mucho consuelo, porque se recrearía en la situación—. Lisl —dijo—. ¡Vaya idea!

Se mordió una uña. Supongo que no debía haberme sorprendido aquella faceta de Dicky; hacía tiempo que sabía que los donjuanes como él suelen ser indecisos e ineptos cuando se plantean la logística secundaria de sus aventuras: reserva de hotel, billete de avión o alquiler de coche. El tipo de hombre que alardea de sus proezas ante cualquiera de su club, pierde un tiempo increíble en engañar al portero, a los camareros o a la criada del hotel. Quizá lo hacen por eso.

—Bueno —dije—, no irás a...

No me dejó seguir. No iba a permitirme que le diese una respuesta negativa. Dicky era un consumado maestro en arrancar respuestas afirmativas a la gente. Ahora vendría la fase de ablandamiento: una batería de bobadas irrefutables.

—Tu cuñada es una de las mujeres más fabulosas que he conocido, Bernard. ¡Es extraordinaria!

—Sí —dije.

Me sirvió más café sin preguntarme si quería; y, encima, leche.

—Y tu mujer, por supuesto —añadió—. Sí, dos mujeres realmente extraordinarias: inteligentes, hermosas y de irresistible encanto.

—Sí —dije.

—Fiona optó por el mal camino, eso sí. Pero puede sucederle a cualquiera. —Con arreglo a sus parámetros, era una inopinada actitud indulgente como enjuiciamiento de la debilidad humana—. O a casi todos —añadió inmediatamente, quizá al leérmelo en los ojos.

—Eso; a casi todos.

—Daphne también es sorprendente —prosiguió, esta vez con mucho menos énfasis—, creativa, artista.

—Y buena trabajadora —añadí.

—Pues, sí, no digo que no.

—Daphne estaba muy en forma la otra noche —dije—. Oye, ¿te he dado las gracias por la cena?

—Lo ha hecho Gloria por escrito.

—Ah, bien.

—A mí lo que me gustaría es poderle dar a Daphne la clase de apoyo y estímulo que necesita —dijo él—. Pero ella vive en las nubes. —Me miró y yo asentí con la cabeza—. Los artistas son así todos; gente creadora, que vive en armonía con la naturaleza. Pero se lo ponen difícil a quienes los rodean.

—¿Ah, sí? ¿En qué sentido? Me refiero al caso de Daphne, claro.

—Ella sólo es feliz pintando. Me lo ha dicho ella misma. Necesita tener tiempo propio y se pasa horas en el estudio. Yo la animo, claro. Es lo menos que puedo hacer por ella.

—Con Tessa no tendrás problemas de reserva de tiempo —dije.

—No —contestó sonriendo nervioso—. Tessa es como yo: un animal social fundamentalmente.

—¿Puedo preguntarte por qué vas a Berlín?

—Por qué vamos —me corrigió—. Tienes que acompañarnos, Bernard. Por muchas reservas que tengas respecto a mis pecadillos... No, no —añadió alzando una mano como conteniendo mis protestas, aunque yo ni me había movido—. No, tus reservas las entiendo. Jamás se me ocurriría convencer a nadie de hacer algo en contra de su conciencia. Tú ya conoces mi actitud al respecto.

—Yo no he dicho que fuese en contra de mi conciencia.

—¡Ah!

—No es que vaya en contra de mi conciencia, sino en contra del código penal de Alemania. Hay una vieja ley por la que el incesto se considera delito, y que aún es aplicable en los casos en que alguien comete adulterio con su cuñada.

—Nunca lo había oído —replicó él, sospechando justamente que estaba inventándomelo sobre la marcha—. ¿Estás seguro?

—Si quieres pido al departamento jurídico que te lo compruebe —dije volviéndome ligeramente hacia el teléfono que había en su mesa.

—No —replicó él—. Déjalo de momento; si acaso, ya bajaré yo mismo a comprobarlo.

—No me has dicho por qué tengo que ir yo.

—¿A Berlín? Han decretado que tú, yo y Frank Harrington tengamos un conciliábulo en el Gran Berlín para analizar no sé qué cosa que plantean los americanos.

—¿Tan urgente es?

—Instrucciones por escrito del propio director general. No hay manera de zafarse; Gunga Din.

—¿Y tú vas con Tessa?

—Sí, porque tiene billete de regalo de esos que las líneas aéreas dan a los que viajan mucho en primera. Y necesita gastar el kilometraje que le queda.

—¿Así que no tienes que pagarle el viaje?

—Era una ocasión que no podía dejar escapar.

—Me lo supongo.

—Creo que debería haberme casado con una mujer como Tessa —añadió.

Comprendí que no lo decía exclusivamente por los atractivos de Tessa, sino que se refería a alguien de su categoría, aunque no especificó si es que a Daphne le faltaba inteligencia, riqueza, belleza, chic, encanto o rendimiento sexual.

—Tessa ya está casada —dije.

—No seas tan mojigato, Bernard. Tessa es una mujer adulta y lo suficiente equilibrada para saber lo que se hace.

—¿Cuándo es la reunión?

—Frank aún no ha especificado la hora concreta, y tendremos que amoldarnos a su golf, su *bridge* y las visitas a sus colegas del ejército.

—¿Y has reservado hotel?

—Están tan llenos en esta época del año... —replicó.

Noté su tono a la defensiva y, por una corazonada, le pregunté:

—¿Lo has reservado a mi nombre?

—Sí... —de momento se quedó aturdido, pero reaccionó enseguida—. He dicho que aún no sabemos con certeza quién va a utilizar la *suite*. Creen que somos de una empresa.

Estaba furioso, pero Dicky había llevado el juego con su habitual finura, y no veía yo nada concreto que objetar que él no fuese capaz de justificar.

—¿Cuándo salimos?

—El viernes. Tessa se ha empeñado en que vayamos a ver no sé qué maldita ópera que representan por la noche. De las entradas se encarga Pinky. Yo espero poder, celebrar una entrevista preliminar con Frank y su gente el

viernes por la tarde, y el lunes por la tarde ya habremos acabado. El martes, a lo más tardar.

Mi fin de semana con Gloria y los niños se iba al agua. Dicky notó la cara que ponía y añadió:

—Ya te tomarás unos días para compensar la pérdida del fin de semana.

—Sí, desde luego —dije, aunque no me hacía mucha gracia estar en el jardín arrancando hierbajos y hacerme yo la comida mientras los niños estaban en el colegio y Gloria haciendo de esclava en la oficina.

—Últimamente estás de muy mal humor —comentó Dicky mientras me servía el resto del café—. No pierdas los estribos: te lo digo por tu propio bien.

—Eres muy considerado, Dicky.

—No te entiendo —insistió él—. Tienes una criatura de fábula que te adora, y aún vas por ahí con esa cara larga. ¿Qué te pasa? Dímelo, Bernard, ¿qué problema tienes?

Aunque lo había expresado en forma inquisitiva, estaba harto claro por el tono y la modulación que no esperaba que le contestase.

Asentí con la cabeza. Era así mejor, porque Dicky, igual que los japoneses, encauzaba sus preguntas en la perspectiva de respuestas afirmativas.

—Porque te pongas triste no va a volver Fiona. Tienes que sobreponerte, Bernard —añadió, obsequiándome con una sonrisa de ánimo.

Me dieron ganas de decirle lo que realmente pensaba de él y de sus planes, abusando de mi persona para ponerle los cuernos a George, pero él no habría entendido mi indignación. Asentí con la cabeza y me marché.

Al final de la jornada laboral volví en coche con Gloria, pero no fuimos directamente a Balaklava Road porque me dijo que quería recoger unas ropas de casa de sus padres. El motivo real de la visita era que les había prometido echar un vistazo a la casa mientras estaban de vacaciones. Sus padres vivían en un barrio de las afueras, cerca de Epson, en el que se producían muchos robos. El sitio estaba unas paradas más allá de la nuestra en la línea del ferrocarril Sur de cercanías.

Los Kent —sus padres habían cambiado el apellido al fugarse de Hungría— habitaban una casa neo-Tudor con dos dormitorios de doble ventana y camino de grava, en el que podían aparcar los dos coches y aún quedaba sitio para la cisterna que los abastecía de gasóleo para la calefacción.

Aquella tarde estaba vacío el camino de acceso y los coches guardados en el garaje. Sus padres pasaban diez días de vacaciones en su chalet de España, y Gloria tuvo que acometer el complicado proceso de abrir puertas y desconectar alarmas antirrobo en los sesenta segundos prescritos. A continuación entramos en la casa.

Dentro olía a un perfume denso como un jarabe, parecido a violetas. Gloria comentó que la asistenta venía cada mañana y limpiaba sistemáticamente las alfombras con una especie de «champú». Dijo que iba a hacerme una taza de café, y a mí me atrajo la idea de verla actuar en casa de sus padres; era una persona totalmente distinta y no una mujer apocada o infantil, sino una especie de protectora de la propiedad de terceros, al estilo de un agente inmobiliario que muestra la casa a un posible comprador.

Nos sentamos en la cocina, estilo rústico María Antonieta, obra de un decorador. Ocupábamos unos incómodos taburetes en un mostrador de fórmica Luis XVI, mientras el café iba manando de la máquina. Iluminaban la escena unos tubos fluorescentes cenitales que, en constante zumbido, difundían una luz fría y azulada.

Aproveché para contemplarla. Había mostrado todo el día su natural afable y bonachón y se diría que había olvidado la riña del día anterior, pero no; Gloria no olvidaba nada. Estaba radiante, con esa energía vistosa, prerrogativa de la juventud. No me extrañaba que personas como Dicky me envidiasen. Y si hubiesen sabido que Fiona iba a volver pronto, a lo mejor me habrían envidiado aún más. Pero para mí era un cruel dilema, y no podía mirar a Gloria sin pensar en si iba a ser capaz de superar la crisis personal que el regreso de mi esposa me planteaba. La idea de que Fiona tuviese que permanecer escondida seis meses, la agudizaba aún más. ¿Y los niños?

—No te has enterado una palabra de lo que te estaba diciendo —la oí decir de pronto.

—Claro que me he enterado —respondí—. ¿Te he dicho con quién va Dicky a Berlín? —añadí en acertada táctica evasiva.

—No —replicó con los ojos muy abiertos, echándose hacia atrás su rubia melena, al tiempo que se inclinaba tanto hacia mí que noté la calidez de su cuerpo. Llevaba un vestido blusón carmesí, que en cualquier otra habría resultado chabacano, pero ella prestaba un no sé qué a esas prendas baratas llamativas, algo parecido a lo que sucede con los niños pequeños.

—Con Tessa —dije.

—¿Tu Tessa?

—Sí, con mi cuñada.

—Así que Tessa vuelve a las andadas. Yo creía que su historia con Dicky era agua pasada.

—Sí, a mí también me ha chocado.

—No es tanta sorpresa, cariño. La gente como Dicky y Tessa es muy veleidosa.

—Pero es que a Dicky ya le avisaron la última vez.

—¿De que no se viese con Tessa? ¿Te refieres a Daphne?

—No. Es que en el Departamento no gustó, porque verse a escondidas con la hermana de una disidente les pareció un potencial riesgo de seguridad.

—Me extraña que Dicky hiciera mucho caso.

—Pues no debería extrañarte, porque, a pesar de que Dicky se ponga corbatas chillonas y juegue al estudiante bohemio, sabe perfectamente cuándo no puede pasarse, y en cuanto suena la trompeta para el reparto de medallas, él enseguida forma y se pone firme.

—Salvo en lo que a Tessa se refiere, querrás decir. A lo mejor está enamorado.

—¿Dicky? Qué va.

—Pues entonces será que le han dado permiso oficial para acostarse con ella —replicó Gloria en broma.

—Eso debe ser —asentí, y poco después me puse a pensarlo en serio—. A lo mejor lo que a Dicky le ha parecido irresistible es no tener que pagarle el billete.

—Qué cerdo. Pobre Daphne —comentó ella sirviendo el café y sacando una lata vieja en la que quedaban unas galletas de chocolate.

—Y ha reservado el hotel a mi nombre. ¿Qué te parece?

—¿Por qué motivo? —replicó Gloria muy tranquila.

—Supongo que le contará a Daphne algún cuento de que yo salgo con Tessa.

—Pero tú no irás...

—Me temo que sí.

—¿Este fin de semana?

Asentí con la cabeza.

—Había invitado a los Pomeroy a cenar el sábado —añadió ella.

—¿Quién demonio son los Pomeroy?

—Los padres de los amigos de Billy. Los niños cenaron allí anoche. Son gente amabilísima.

—Pues tienes que aplazarla —dije.

—Ya la he aplazado dos veces por culpa de tus viajes.

—Mis viajes son por orden del director general. Ya sabes lo que quiero decir. No puedo librarme.

—¿En fin de semana?

—Salgo el viernes por la mañana y vuelvo el lunes o el martes. La secretaria de Dicky estará al corriente.

—El domingo es la asamblea del club de coches de Billy y le había dicho que le llevarías tú.

—¡Mira, Gloria, no ha sido idea mía!

Estuvo un buen rato tomándose el café sin decir palabra.

—Ya lo sé que no —dijo finalmente, como si respondiese a otra pregunta—, pero me dijiste que se iba a celebrar una fiesta en el hotel de Werner, y sé que te apetecía ir.

—Es para promoción del hotel. Ya iremos en otra ocasión. Siempre dan fiestas, y sin ti, a mí no me divierte.

Después del café fuimos a ver la habitación que tenía ella cuando vivía con sus padres. La conservaban igual, como si la esperasen por las noches. No faltaba nada: juguetes, el osito de peluche, muñecas, cuentos, libros de texto y un cartel de los Beatles en la pared. La ropa de cama estaba mudada de hacía poco. Era yo el que la había arrancado de aquello y a veces sentía remordimientos. Y ni siquiera había sido para casarme con ella. ¿Cómo me sentiría yo si un día mi hija Sally se marchaba de casa con un cuarentón casado? A veces me daba por pensar cómo aguantaría la inevitable separación de mis hijos. ¿Conservaría sus habitaciones como santuarios en los que rezar para que volvieran los días de su infancia?

Por la ventana de la habitación veía el tejado plano de un amplio edificio de una sola planta que habían construido anexo a la casa. Al ver que lo miraba, Gloria dijo:

—Lloré cuando me estropearon la vista del jardín. Había un castaño precioso y un rododendro.

—¿Para qué les hacía falta más sitio?

—Para el quirófano y el taller de papá.

—Yo creía que tenía la clínica en el centro.

—Aquí hace trabajos especiales. ¿No lo sabías?

—¿Y cómo iba a saberlo?

—¿Quieres verlo? Ahí hace los trabajos del Departamento.

—¿Qué trabajos?

—Ven y verás.

Cogió un montón de llaves que le había confiado su padre y bajamos a la impoluta clínica dental. Abrió la puerta y, mientras buscaba el interruptor, el cuarto quedó iluminado por el resplandor ultravioleta de una vitrina en un rincón, que contenía flores tropicales. Cuando dio la luz, además de ver que aquello estaba atestado de aparatos, comprobé que era como cualquier otra clínica dental: un sillón regulable moderno con el enorme brazo del torno junto a la ventana, la escupidera grande de cerámica, una lámpara basculante de luz fría y muchos armaritos con puerta de cristal llenos de variado instrumental; no faltaban fresas de curiosas formas, tenazas y toda clase de objetos puntiagudos.

Gloria fue nombrando las diversas herramientas y explicándome para qué servían. Sabía mucho de la profesión, a pesar de no haber satisfecho los deseos paternos de hacerse dentista. Me comentó que aquella dependencia era el sanctasanctórum de su progenitor.

—¿Y aquí, quién viene a consulta?

—Poca gente, actualmente; pero recuerdo una época en que papá trabajaba aquí más horas que en la consulta propiamente dicha. Me acuerdo de un pobre polaco a quien tuvo en ese sillón seis horas seguidas. El muchacho estaba tan agotado, que papá le dejó pasar a casa a que se sentase en la sala de estar conmigo y con mamá para despejarse.

—Los que venían, ¿eran agentes?

—Sí, claro. La tesis universitaria de papá fue una historia de la odontología europea, y después se dedicó a coleccionar instrumentos de dentista; ahora es capaz de saber con un solo vistazo a una dentadura dónde la han arreglado y cuándo. Mira —dijo enarbolando un instrumento de horrible estampa—. Es ruso... antiquísimo.

—Menos mal que a mí siempre me arregló la boca un dentista de Berlín y mi coartada siempre ha sido en alemán y no han tenido que cambiarme nada —dije.

—Yo sé que ha habido casos en que mi padre ha cambiado totalmente los arreglos dentales a un agente, haciéndole una boca nueva... Una vez realizó un trabajo dental anticuado de tipo español a uno que iba a asumir la identidad de un veterano de la guerra civil. Ven a ver el taller.

Abrió la puerta del cuarto contiguo y entramos en él. Estaba aún más repleto de trastos y de archivadores y estantes con herramientas e instrumental. Había un pequeño torno, un taladro de banco y hasta un pequeño horno eléctrico. En una gran mesa junto a la ventana tenía un trabajo

en curso: un flexo iluminaba algo cubierto con una tela. Gloria lo destapó y profirió un chillido al ver un cráneo humano.

—¡Ay, pobre Yorick! No se puede tocar. Seguramente es una muestra para fotografiarla para algún libro de texto. Hace réplicas de trabajos antiguos de odontología para enviarlas a patólogos de la policía y a forenses de todo el mundo. Eso debe ser algo especial por el cuidado con que lo tenía protegido contra el polvo.

Me acerqué a ver la calavera. Era reluciente, como de plástico, y presentaba empastes de oro y puentes de porcelana.

—¿Tú nunca quisiste ser dentista?

—Nunca. Y papá fue tan considerado que no volvió a insistir. Sólo hace poco me di cuenta de cuántas esperanzas había puesto en que me hubiese interesado la profesión y su propia colección. A veces venían a trabajar aquí estudiantes, y recuerdo que en cierta ocasión invitó a comer a un joven dentista con la carrera recién acabada; y se me ha ocurrido pensar si no abrigaría esperanzas de que naciera una historia de amor entre los dos.

—Cierra y vámonos a casa —dije—. ¿Quieres, que de paso, compremos pescado y patatas fritas para cenar?

—Vale.

—Lamento haber estado algo brusco últimamente, cariño.

—Ni me he dado cuenta —replicó ella.

CUANDO después consideré en retrospectiva lo sucedido, pensé que aquel fin de semana en Berlín había sido el principio del fin, aunque no sé hasta qué punto era una visión retrospectiva. En su momento me pareció de lo más sencillo por la velocidad con que se sucedieron las entrevistas y por la manera en que Frank Harrington —siempre en plan clueca— fue presa del aturdimiento al extremo de telefonearme a media noche y confesarme que no recordaba por qué me llamaba.

No es que en aquellas reuniones se adoptaran grandes decisiones. Fueron convocatorias informales en la mejor tradición del equipo de Berlín, presididas por Frank con su inimitable actitud paternalista, y durante las cuales fumaba su apestosa pipa y divagaba hablando de mí, de mi padre, de los viejos tiempos, o de las tres cosas a la vez.

Fue el sábado por la mañana cuando Frank me dio por primera vez una pista de lo que se tramaba. No estaba Dicky; había dejado una nota informando que iba con Tessa «a enseñarle la ciudad», a pesar de que él, sobre Berlín, sabía lo que cabe en la cabeza de un alfiler y aún quedaría sitio para el padrenuestro.

Estábamos Frank y yo a solas en su despacho en la casona de Grunewald. Tenía allí un secretario, y allí guardaba parte del material altamente secreto. Así tenía una excusa para pasarse de vez en cuando un día entero en casa. ¡Qué despacho increíble e inolvidable! Pese a que no podía identificar con certeza que fuesen objetos procedentes de la India, la pieza parecía un *bungalow* de Punjab de algún oficial de un regimiento pukka, de algún héroe de la insurrección de regreso de la caza del antílope negro con los cheetahs^[15]. Con las contraventanas que impedían el paso de la luz natural, las lámparas dejaban ver un escritorio militar con magníficos herrajes de latón, los cuernos de una especie rara de antílope, un inmenso sofá de cuero con botones, y muebles de mimbre; todo ello descolorido, roto y gastado, como sucede en los trópicos con ese tipo de mobiliario. Hasta el retrato sepia de la soberana parecía haber sido elegido por su parecido con la reina Victoria

de joven. La habitación desvelaba todos los anhelos secretos de Frank, que, como casi todos los secretos deseos de los seres humanos, carecían de base real.

El propio Frank daba una imagen sumamente militaroides con aquella camisa caqui de safari, pantalones sencillos y corbata marrón. Había estado tamborileando con su estilográfica sobre el mapa y haciéndome una clase de preguntas que, normalmente, habrían correspondido a agentes de otro grado.

—¿Qué sabes de las entradas en la autopista de Berlín Este? —dijo.

Señaló la pared en la que había dos grandes mapas. Eran recientes y estropeaban bastante aquel decorado de «época de esplendor del Raj». Uno de ellos era el mapa de Alemania Oriental, o República Democrática Alemana, conforme al orwelliano título que prefieren sus dirigentes. Como una isla en medio del mar comunista, nuestros sectores de Berlín estaban unidos a Occidente por tres largas autopistas. Aquellas Autobahnen que utilizaban los automovilistas de ambos bloques, eran el lugar predilecto para encuentros furtivos. Contrabandistas, espías, periodistas y amantes, concertaban peligrosas citas en sus lindes. Y, en consecuencia, la policía comunista las patrullaba sin cesar día y noche.

El segundo mapa —sobre el que Frank tamborileaba— era un plano de Berlín; de la ciudad entera, no del sector occidental. Estaba muy al día, pues enseguida advertí la indicación de las obras en proyecto en las entradas de la autopista, incluidos los dos desvíos por construir, que en un lejano y poco previsible futuro procurarían a Occidente nuevos puntos de control en el sur de la ciudad. Corría el rumor de que Alemania Oriental exigía a Occidente una desorbitada suma. Era el método habitual para impedir que se hiciesen las cosas.

—No las utilizo —dije—. Actualmente siempre vengo en avión.

—Lástima —comentó él mirando el plano de calles y señalándome con la estilográfica el viejo Berliner y la ruta que los berlineses del sector oriental seguían para incorporarse a la autopista.

—Cursaron una circular general sobre utilización de la autopista —le recordé.

Se debía al temor de que los empleados del Departamento, con sus cerebros repletos de secretos, fuesen raptados en la autopista. Y no era un temor injustificado, porque existía todo un expediente lleno de casos sin resolver de automovilistas que habían iniciado viaje hacia la República Federal y de los que nunca más se había sabido. A las autoridades occidentales les era imposible llevar a cabo una investigación, y había que

contentarse con apretar los puños y aguantarse. Mientras, los que podían escapar se escapaban.

—Esta vez quiero que tomes la autopista —dijo Frank.

—¿Cuándo?

—Estoy a la espera de que me lo comuniquen —me respondió con el mango de la pipa pegado a la nariz, lo que interpreté como gesto confidencial—. Va a pasarse alguien.

—¿Por el control Charlie?

Señal de que no sería un alemán, pensé.

—No. Tú los recogerás en la autopista —dijo él. Aguardé alguna explicación o comentario personal, pero no tuvo lugar. Siguió examinando el plano—. ¿Has oído hablar de un tal Thurkettle? ¿Un americano?

—Sí —contesté.

—¿Ah, sí? —a menos que Frank hubiese asistido últimamente a clases de interpretación, mi aserto pareció cogerle desprevenido—. Háblame de él.

Le expliqué brevemente quién era Thurkettle sin entrar en detalles sobre mi misión en Salzburgo.

—Pues está aquí —añadió él.

—¿Thurkettle? —ahora era yo el sorprendido.

—Llegó anoche. Lo he comunicado a Londres, pero se han limitado a contestar con la señal de «recibido-no intervengan». No sé si Londres sabrá todo eso que acabas de decirme.

—Sí que lo saben —dije.

—Tú no ignoras —prosiguió Frank, ceñudo— la facilidad con que transmiten las señales y luego se olvidan. Cuando menos, deberían autorizarme a que se lo comunicara a los americanos y a la policía.

—Puedes decírselo oficiosamente —dije.

—Pero puede repercutir en contra mía. —Frank era un experto en hallar pretextos para no entrar en acción—. Si Thurkettle ha venido aquí en misión secreta para los yanquis y a Londres le han informado por la vía habitual, ¡ya sabes...! —dijo encogiéndose de hombros—. Puede molestarlos que lo haya comentado.

—Y, por el contrario —repliqué—, si Thurkettle ha venido a cargarse a algún niño bonito de la CIA, puede parecerles que la señal rutinaria transmitida por Londres es una inhibición.

—La he sabido por vía confidencial —dijo él—. Mi informador es una persona que no puedo citar bajo ningún concepto, y si Londres o la oficina de la CIA me piden datos de identificación me verá enzarzado en una de esas

lamentables discusiones que tanto me repugnan —me miró y asintió con la cabeza—. ¿Para qué crees que ha venido ese tipo, Bernard?

—Nadie parece saber con certeza para quién trabaja. Prevalece la opinión (si hemos de creer a Brody) de que es un asesino a sueldo del mejor postor, es decir, para quien le procure la mejor víctima al precio adecuado. Si Thurkettle tuviese que ver a sus amigos de Normannenstrasse, habría venido en avión por Schonfeld.

—¿Quieres decir que viene a por alguien aquí en Occidente? —inquirió él torciendo el gesto—. No puedo hacer que le vigilen, porque ni sé dónde está ni tengo medios para ello.

—Desde Berlín Oeste no se va a ninguna parte —dije—. Nadie llega aquí en tránsito para otro sitio; llegan y vuelven a marcharse.

—Tienes razón. Quizá debería insistir con Londres —dijo atusándose con el puño cerrado las puntas del bigote. Quien lo viese por primera vez habría pensado que se daba puñetazos en la nariz; tal vez fuese lo que él esperaba recibir de Londres si insistía—. Lo dejaré para el fin de semana, no sea que contesten.

Al bueno de Frank no se le planteaban dudas para no hacer nada.

—Telefonea al viejo —dije.

—¿Al director general? Le sienta fatal que le llamen a casa —dijo rascándose el carrillo—. No, de momento lo dejo. Pero me preocupa lo que me has dicho, Bernard.

Comprendí que mis explicaciones sobre las actividades de Thurkettle colocaban a Frank en delicada situación. Antes de hablar conmigo tenía la ventaja de poder alegar ignorancia respecto a aquel individuo o el peligro que podía representar para el personal aliado de Berlín. No sabía si insinuarle que olvidásemos lo que le había contado, pero Frank resultaba a veces muy formalista, y, a pesar de la amistad que teníamos desde que yo era niño, o quizá precisamente por eso, podía considerar la sugerencia una insultante traición. Decidí no arriesgarme.

—Hay una cosa que aún no tengo clara, Frank —dije, y él enarcó una ceja—. Enviaste a Teacher a que me llevase ante Larry Bower para asistir al interrogatorio de aquel apparatchik. ¿Por qué?

—¿No te lo dijo Larry? —replicó él sonriendo.

—No. Larry no me explicó nada.

—Pensé que tendrías interés en estar presente, porque, si mal no recuerdo, te ocupaste en cierta ocasión de Stinnes.

—¿Y por qué, simplemente, no me enseñasteis el acta?

—¿De la deposición? —dijo frunciendo los labios y asintiendo con la cabeza, cual si fuese una sugerencia de lo más original e interesante—. Sí que podíamos haberlo hecho.

—¿Quieres que te diga lo que yo creo? —dije.

—Naturalmente que sí —replicó él con esa velada ironía con que un padre hace concesiones a su hijo más querido—. Dime.

—No se me quita de la cabeza eso de que me dejaras ver de cerca a un agente en activo. No es lo que recomienda el manual.

—Ya sabes que muchas veces no me guío por el manual —replicó él.

—Tú no eres terco ni perverso, Frank, y lo que haces lo haces con todo propósito.

—¿Qué mosca te ha picado, Bernard?

—No me invitaste a ir a aquel piso franco de Charlottenburg para que escuchase la deposición y viese a Valeri dije. —Me hiciste ir allí para que Valeri me viese de cerca, ¡y me marcarse!

—¿Por qué iba a hacer eso, Bernard? —dijo cogiendo un hilo que vio en su manga y echándolo al cenicero.

—Para ver si Valeri me identificaba como uno de los implicados en el tráfico de narcóticos.

—Perdona que me lo tome con escepticismo —replicó él, afable.

—No, en este negocio, imposible.

Él sonrió pero no me lo rebatió.

—Bernard, necesitas unas vacaciones.

—Tienes toda la razón —repliqué—. Mientras tanto, ¿cuándo empiezo el viajecito por la autopista?

—Hay que esperar unos días —respondió—. Por lo menos hasta el martes. —Supuse que pensaba que me encantaría la idea de pasarme unos días en Berlín sin hacer nada, pero yo lo que quería era volver a Londres, y debió de leérmelo en los ojos—. Míralo por el lado positivo: puedes divertirte en el baile de disfraces que da esta noche Werner. No está en mi mano, Bernard —añadió al ver que no contestaba—. Tenemos que esperar el mensaje.

—¿Y cuándo se me dan las instrucciones?

—No hay instrucciones. Se hace todo bajo cuerda, pero te acompañará Jeremy Teacher, que está esperando abajo; voy a hacer que suba para que te explique sus planes dijo cogiendo el teléfono interno. —Haga subir al señor Teacher, por favor.

No me llenaba de euforia la idea de que Teacher me expusiese sus planes.

—Vamos a dejar una cosa clara, Frank —dije—. ¿Quién dirige el asunto, Teacher o yo?

—No hay necesidad de nombrar ningún jefe —replicó—. Te entenderás bien con Teacher y el trabajo es bastante fácil.

—Frank, déjate de toda esa verborrea tranquilizadora típica de Central de Londres. Si voy a recoger a un ciudadano de la República Democrática en territorio de la República Democrática para sacarlo, se trata de una misión operativa. ¿Cuándo ha trabajado Teacher en Operaciones?

—No ha trabajado —admitió Frank—, y nunca ha sido agente de campo. Supongo que es ahí donde quieres ir a parar.

—Naturalmente que es ahí donde quiero ir a parar. Iré solo. No quiero hacer de niñera de un burócrata de escalafón que quiere intervenir en un dramático episodio de la vida real.

—Solo no puedes hacerlo. Llevas un pasajero y uno tiene que ir conduciendo. ¿Quién sabe si surge algo inesperado? No podemos correr riesgos.

—¿Y por qué Teacher?

—Es el mejor hombre de que dispongo.

—Déjame hacerlo con Werner —dije.

—Werner es ciudadano alemán y sólo se le pueden confiar encargos de otro tipo —replicó Frank con un remilgo.

—Y ese puñetero Teacher sí que...

Llamaron a la puerta y entró Teacher. La pérdida, de la esposa no parecía haber afectado en nada a su deplorable actitud. Con su presencia, el despacho se llenó de una siniestra melancolía. Nos dirigió una agria sonrisa al darnos la mano, que nos estrechó con fuerza, pero sin abandonar aquella actitud apática. Quizá me hubiese oído antes de entrar.

—Dígale a Bernard lo que ha preparado —dijo Frank.

—Una furgoneta Volkswagen con matrícula diplomática. Nos reunimos con el otro coche en un aparcamiento próximo a la salida de Brandeburgo. Será fácil porque a los vehículos diplomáticos no los paran.

—Bernard pregunta cuándo van a hacerlo.

—Estoy a la espera de los pasaportes diplomáticos de los tres. Pero no creo que los tengan hasta pasado el fin de semana.

—Bien, así no se nos fastidia el fin de semana.

Teacher me miró y luego miró a Frank.

—¿Vas armado, Bernard? —inquirió éste.

—No —respondí.

—Jeremy llevará una pistola de metal no ferroso —dijo Frank, sin poder ocultar su repulsa. Frank sentía por las armas de fuego un asco congénito que desentonaba de su romántica concepción del ejército.

—Muy bien —dije, mientras Teacher hacía como si yo no existiera.

—No hará falta —añadió Frank—. Es una acción sencilla. Un simple paseo por la autopista. —Ni yo ni Teacher dijimos nada. Pensé que por qué no lo hacía Frank si tan sencillo era—. Pero hay otra cosa... Ya lo he hablado con Jeremy. —La pausa daba a entender que le costaba exponerlo y que seguramente por eso lo había dejado para el final—. Por nada del mundo hay que dejar que el agente vuelva preso al otro lado. ¿Entendido?

—No, no lo entiendo —repliqué—. Has dicho que vamos en un vehículo diplomático.

—No es una garantía absoluta, Bernard. ¿Te acuerdas del pobre Fischbein, que le sacaron a rastras del coche en plena Alex?

—Ya he recibido instrucciones —dijo Teacher.

Pero yo no pensaba consentir que Teacher le echase un capote a Frank.

—Pues, entonces, dame instrucciones a mí, Frank.

—Si las cosas se pusieran mal, Bernard, al agente habrá que... eliminarlo.

—¿Matarlo?

—Sí, matarlo —replicó Frank volviendo a mirar el plano como buscando algo, pero creo que era por eludir mi mirada—. Para eso lleva Jeremy el arma.

—Pobre agente —dije.

—Todos los que intervienen en esto saben lo que se juegan —dijo Frank, muy tieso—. Incluido el agente.

En ese momento se volvió y me miró. Su bigote era ya del todo gris; él era muy viejo para participar en Operaciones. Demasiado viejo, demasiado aprensivo, demasiado cansado, demasiado bonachón. Por lo que fuese, el agobio se le reflejaba en la cara.

—Muy bien, señor —dijo el solícito Teacher—. Haremos lo que sea preciso.

También el rostro de Teacher tenía arrugas, pero él no era viejo ni estaba cansado. Teacher era un puñetero cabrón en una faceta que yo hasta entonces no había visto. Le habían elegido bien para aquella tarea.

Frank no pareció haberle oído. Era como si sólo estuviésemos él y yo en el despacho.

—¿Entendido, Bernard? —dijo con voz queda; yo le miré a los ojos y supe sin ningún género de duda que era Fiona a quien teníamos que recoger en la autopista. Era Fiona quien sabía lo que podíamos vernos obligados a

hacer para que no la sometiesen a interrogatorio los torturadores profesionales de Normannenstrasse. Y allí estaba Teacher por si yo vacilaba en apretar el gatillo.

—Sí, Frank —dije—, entendido.

El sábado por la noche se celebró una gran fiesta en el hotel de Lisl. Las invitaciones impresas decían que era para celebrar la inauguración de las últimas reformas, pretexto con el cual Werner había obtenido la colaboración de sus proveedores, y las tarjetas, igual que las servilletas de papel y otros objetos, llevaban la marca de cerveceros y licoreros.

Como ya era casi verano y los días eran más largos, el plan de Werner consistía en celebrar la fiesta en una enorme carpa que habían levantado en el patio trasero del hotel. Pero el cielo estuvo encapotado toda la tarde y al anochecer aquello era un verdadero diluvio. Sólo los invitados más intrépidos se aventuraron en la inhóspita tienda de campaña y la inauguración pasó a celebrarse en el interior del hotel.

Pero era algo más que la reapertura oficial del establecimiento. Y fue la presencia de Frank aquella noche en la fiesta de Lisl lo que me hizo pensar que también para él era algo más. Frank había sobrepasado la edad de jubilación y pronto abandonaría el puesto. Pensándolo después, comprendí que para él aquella fiesta era como su última gala oficial. A él nunca le había gustado Lisl, aparte de que, pese a toda evidencia en contra, se empeñaba en hacer responsable a Werner de aquel chasco «Baader-Meinhof» que a él le había valido acerbos críticas. Pero incluso Frank sabía que el hotel de Lisl era el único lugar en Berlín en que podía divertirse y, una vez decidido a acudir, estuvo de lo más animado y sociable. Incluso fue con su mejor disfraz: ¡el duque de Wellington!

—Es el final de una época —dijo Lisl.

Estábamos sentados en su pequeño despacho, el cuarto en que ahora que andar le resultaba tan penoso, pasaba ella casi todo el día. Allí desayunaba, jugaba al *bridge*, revisaba los libros de contabilidad y ofrecía a sus clientes preferidos una copita de jerez cuando entraban a pagar la cuenta. Tenía en la pared una foto del káiser Guillermo, un horrendo reloj dorado sobre la chimenea y, en torno a la mesa en que desayunaba, cuatro sillas venecianas torneadas, con respaldo en ocho, lo único que quedaba del suntuoso comedor de sus padres.

Aunque ahora ya no se sentaba en sus queridas sillas por hallarse confinada a aquel artefacto metálico de ruedas que podía dirigir a tal

velocidad, que Werner le había montado una bocinita.

El barullo de la fiesta llegaba fuerte a través de la puerta cerrada. No sé a quién se le ocurrió poner en marcha el gramófono de manivela de Lisl y sacar aquellos viejos discos de 78 revoluciones, pero la idea había sido acogida como «lo último», y ahora Marlene susurraba, por lo menos por quinta vez, el *Falling in Love Again* acompañada por un burdo piano. Werner había augurado que no sonaría lo bastante, pero ya lo creo que sonaba.

Hasta la propia Lisl había buscado refugio a aquella algarabía tenaz e infatigable de que los berlineses hacen gala en las fiestas. Tenía abierta en el suelo una vieja maleta que había sido de mi padre y que databa de la época anterior a las etiquetas diseñadas, cuando tales cosas se hacían como es debido. Era de lona gris por fuera, con cuero en el asa, correas y cantoneras, y tenía forro interior de calicó; en ella conservaba sus papeles: facturas, cuentas, recortes de prensa, un par de periódicos, un pañuelo de seda y hasta la guerrera del uniforme del ejército inglés que tan pocas veces se había puesto. Yo andaba rebuscando en todo aquello, mientras que Lisl, sentada en su silla de ruedas, me miraba dando sorbos a su jerez.

—Incluso la pistola... —dijo ella—. Ten cuidado, Bernd. Detesto las armas.

—La he visto —dije, sacándola de la funda de cuero. Era una Webley Mark VI, un gigantesco revólver que pesaría kilo y medio, el arma reglamentaria de los oficiales del ejército inglés desde la primera guerra mundial. Se veía el metal azulado en perfecto estado, y no sé si mi padre la habría estrenado. Había también una caja de munición: balas de níquel de 0,455 pulgadas «para uso en servicio», que tenía fecha de 1943, con el precinto intacto.

—Eso es lo que queda. Klara guardó las cosas de tu padre en esa maleta. Así que no hay más, aparte del escabel, el colchón y los libros de Dickens.

—Gracias, Lisl.

—El final de una época —musitó entristecida—. Werner se hace cargo del hotel y realiza reformas en las habitaciones, tú te llevas las cosas de tu padre... Soy una extraña, una extraña en mi propia casa.

—No seas tonta, Lisl; Werner te quiere. Lo ha hecho todo por ti.

—Es buen chico —dijo ella con tristeza, para no desairar el afecto que él le tenía, pero reacia a renunciar a su encarecida autocompasión.

De pronto subió el ruido del jolgorio de la fiesta al entrar Werner, que cerró la puerta tras sí. Iba disfrazado de caballero con armadura, aunque, lógicamente, de tela hábilmente bordada en oro y plata imitando el intrincado

dibujo grabado del metal. Estaba fastuoso; hasta Lisl tuvo que admitirlo. Ella también estaba espléndida con su vestido de vivos adornos que —según la etiqueta de la empresa de alquiler— correspondía a una dama noble del siglo XIII y estaba inspirado en figuras de las vidrieras de la catedral de Augsburgo. No faltaban la diadema, la toca y una capa ligera pero grandiosa. Al margen de la autenticidad del modelo, hacía buena pareja con Werner, dado que la silla de ruedas le servía de impresionante trono. Pensé que habrían elegido el disfraz de común acuerdo, pero Werner me confesó después que era el único traje en color carmesí que había encontrado para la talla de Lisl, a quien le gustaban los colores vivos.

—¡Qué locura ahí fuera! —dijo Werner apoyándose contra la pared para recobrar aliento. Tenía la cara rubicunda de excitación y esfuerzo—. Os he traído más champán. —Llevaba una botella en la mano de la que nos sirvió a los dos—. Es un horror.

—Sí que lo parece —dije, pese a que sabía de sobra que Werner organizaba aquella clase de enloquecedor baile de disfraces y luego iba diciendo lo mucho que lo detestaba.

—Me habría gustado que te hubieses puesto tu disfraz —dijo mirándome. Él mismo me había elegido un disfraz del siglo diecinueve denominado «caballero Bidermeier», que era un traje completo con levita, abrigo y sombrero de copa; y sospecho que había en ello cierta socarronería que yo no estaba dispuesto a tolerarle.

—Así estoy bien —dije. Había preferido un traje gris viejo, y mi única concesión festiva era una corbata de las más llamativas del propio Werner.

—Eres un puñetero inglés —dijo él en broma.

—Lo soy a veces —asentí.

—Debe haber por lo menos ciento cincuenta personas —me dijo—. Y la mitad han venido de gorra. Me imagino que se habrá corrido la voz y se han puesto un disfraz. —Era muy propio de él mostrar cierto orgullo porque a su fiesta hubiesen acudido tantos gorriones—. Lisl, ¿quieres que la Duchess te lea las rayas de la mano?

—No, no quiero —contestó Lisl.

—Dicen que es bruja —añadió él, como promocionándola.

—No quiero saber el futuro —replicó Lisl—. Cuando se llega a mi edad el futuro no te reserva más que penas y padecimientos.

—No te pongas tan pesimista, Lisl —replicó Werner, que con ella se atrevía a decir más que yo—. Voy a presentarte a más gente.

—¡Márchate! —exclamó ella—. Estoy hablando con Bernd.

Werner me miró y me dirigió una sonrisita.

—Volveré después —dijo, y volvió a la fiesta, que cada vez era más ruidosa.

Permaneció en el umbral de la puerta el tiempo suficiente para dejarme ver la atestada pista. Había una multitud enloquecida de enrevesados disfraces bailando —los alemanes se toman tan en serio las fiestas de disfraces como cualquier otra reunión social, desde ir a la ópera a emborracharse— y agitando los brazos más o menos al compás de la música. Vi coristas cubiertas de lentejuelas, un senador romano; el viejo Shatterhand de Karl May y dos indias norteamericanas pasaron bailando entre meneos y risas. Jeremy Teacher —disfrazado de esbelto y peludo gorila— bailaba con Tessa, que lucía un vestido amarillo transparente con unas largas antenas que se bamboleaban por encima de su cabeza; Teacher la abrazaba con ganas sin dejar de hablar y ella le miraba con ojos muy abiertos, asintiendo enérgicamente con la cabeza. Se me antojó una pareja poco verosímil. La puerta se cerró.

—¿A qué hora se acaba? —inquirió Lisl.

—No muy tarde, Lisl —dije yo, a sabiendas de que sí se prolongaría.

—Detesto las fiestas —añadió ella.

—Ya —comenté, aunque me daba cuenta de que ella ya tenía decidido darse una vuelta. Prefería que le empujasen la silla de ruedas porque eso le confería cierta majestad. Me imaginé que tendría que hacerlo yo, y sabía que ella se las apañaría para dejarme en ridículo.

—Vamos, Lisl —dije, cerrando la maleta—. Echemos un vistazo.

—¿Tú crees? —replicó ella, mirándose en el espejo los detalles de su maquillaje. En aquel momento volvió a abrirse la puerta y vimos a un joven sonriente.

Al principio lo tomé por un complicado disfraz de alguien con cara de negro, pero enseguida reconocí al tamil Johnny. Parecía otro porque llevaba gafas de montura dorada.

—¡Qué estupendo! ¡Qué estupendo! —dijo, echándose a reír, y yo pensé que se refería a la fiesta, pero a él no parecía importarle el jolgorio. A lo mejor estaba «colocado»—. Qué estupendo encontrarle, Bernard —añadió—. Le he buscado por toda la ciudad.

—Me habían contado que te detuvo la policía.

—Pero tuve suerte —replicó mirándome por encima de las gafas—, porque hubo esa manifestación antimisiles, en la que detuvieron a trescientas personas, y no quedaba sitio en las celdas. Así que me soltaron.

Su alemán no había mejorado, pero yo me había acostumbrado a su acento.

—Voy a traerte una copa —dije, y a sus espaldas, por la puerta abierta, ví al duque de Wellington muy abrazado a una *geisha* bastante apetecible. Por una fracción de segundo pensé que era Daphne Cruyer, pero cuando volvió la cabeza para sonreír a Frank, ví que no.

—No, tengo que irme. Le he traído esto —dijo Johnny entregándome un sobre.

Lo abrí inmediatamente y ví que contenía una cajita de plástico parecida a un transistor.

—Era de Spengler... —añadió él—. Él quería dárselo a usted. Es el ordenador ajedrecístico.

—Gracias.

—Siempre decía que si le sucedía algo, yo me guardase las gafas y el ordenador para usted. Era todo lo que tenía —añadió innecesariamente—. El pasaporte se lo quedaron los polis.

—¿Seguro que es para mí?

—Seguro. Spengler le apreciaba. Le he puesto pilas nuevas.

—Gracias, Johnny. ¿Te van bien las gafas? —Desde luego le transformaban radicalmente.

—No, lo veo todo borroso, pero son bonitas, ¿verdad?

—Sí que lo son —dije—. Te presento a Tante Lisl. Bebe algo.

—Hola, Tante Lisl —dijo él, como desconcertado pensando en que Lisl fuese realmente mi tía—. Ahora tengo que irme, Bernard.

—¿Han descubierto quién mató a Spengler? —inquirí.

—Ni siquiera saben cuál es su verdadero nombre ni de dónde era. Aparte de nosotros, a nadie le importa.

Nos hizo un saludo con la mano y se marchó. Lisl no reanudó la conversación que sosteníamos.

—Tienes que andar con cuidado con quien te juntas, en Berlín —dijo—. Esto no es Londres.

Lisl, que, por lo que me constaba, nunca había estado en Londres, me venía diciendo aquello desde que, cuando yo tenía seis años, un día traje a casa a Axel Máuser a que viera mi colección de insignias nazis.

La visita de Johnny había sido tan rápida que no se me ocurrió darle algo de dinero. A la gente como Johnny unos marcos les hacen mucho avío. Dios sabe lo que le habría costado localizarme; incluso había robado unas baterías

para el ordenador, de las mejores. Seguro que de Wertheim, porque a él le gustaba robar en Wertheim: decía que eran unos almacenes de gran calidad.

Finalmente fue Werner quien recorrió la fiesta empujando la silla de Lisl, quien se dedicó a ir saludando con airoas inclinaciones de cabeza, ofreciendo la mano para que se la besasen o efectuando regios ademanes, según el grado de complacencia con que obsequiaba a los bulliciosos invitados.

Llevé la maleta de mi padre al sótano y me quedé allí sentado unos minutos. Me percataba de cuán absurdo era esconderme en la fiesta de Werner y de lo ridículo que sería si él me descubría en aquel sitio, pero no me apetecía andar arriba, en medio de ciento cincuenta personas eufóricas a quienes en su mayoría no conocía, amén de ir irreconociblemente disfrazadas y celebrar algo a lo que no me resignaba a decir adiós.

Entré en el pequeño escondite trastero que había junto al cuarto de la caldera, un lugar al que iba yo de pequeño a hacer los deberes y en el que siempre había buena luz y un montón de periódicos y cuya lectura, en lugar de hacer los deberes, era uno de los principales motivos de haber aprendido tan bien el alemán, que muchas veces superaba a los niños alemanes indígenas en vocabulario y redacción.

En esta ocasión hice igual. Cogí un periódico del montón y me senté en el banco a leerlo. Traía un artículo sobre el descubrimiento de un cargamento de gases tóxicos, enterrado en Spandau desde la segunda guerra mundial.

—¡Bernard, querido! ¿Qué haces aquí? ¿Te encuentras mal?

—No, Tessa, quería apartarme del barullo.

—Desde luego, eres lo último, Bernard. Lo último, lo último. —Lo repetía como si aquellas dos palabras le causasen placer. Tenía los ojos húmedos y con la pupila dilatada y me di cuenta de que estaba bajo los efectos de la droga; no eran los efectos del alcohol: era algo más fuerte—. De verdad: lo último —repitió, abriendo los brazos. Llevaba una tela amarilla casi transparente atada a las muñecas, simulando una mariposa, y la fuerte luz proyectaba una palpitante sombra sobre la pared blanca.

—¿Qué quieres, Tessa?

—Tu amigo Jeremy te busca —dijo dando rápidos giros, recreándose en la sombra que proyectaba.

—¿Quién es Jeremy?

—¿Dices Jeremy quién, querido? —repitió, riendo estrepitosamente su supuesta gracia—. ¡El Jeremy! —añadió chascando los dedos—. Jeremy el mono instruido. Seguro que conoces el pareado: Hace como el mono, pero

cuanto más sube, más enseña el trasero. Francis Bacon. Me tomas por una lasciva inculta, pero fui al colegio y puedo citar a Bacon como la primera.

—Claro que sí, Tessa, pero tú también me pareces un poco «subida».

—¿Por lo tanto enseño el trasero? ¿Es eso lo que quieres decir, Bernard, bestia grosera?

—No, Tessa, claro que no; pero creo que convendría que volviesses al hotel. ¿Y Dicky?

—¿No me escuchas, Bernard? Jeremy, el mono, te busca desesperado. Se está volviendo loco. ¡Se está volviendo mico! —Otra carcajada, contenida pero desgarrada; síntoma de que se hallaba al borde de la histeria—. Han dado la señal y tenéis que ir.

—¿Eso ha dicho Jeremy el mono?

—Han dado la señal y tenéis que ir.

—¡Tessa! —exclamé zarandeándola—. Tessa, escucha. Modérate. ¿Dónde está el mono?

—Quería entrar en una de las *suite* de tres piezas de Werner, azules con rayas, pero él se enfadó y no le dejó coger ninguna ropa. Andaban a gritos. A Werner no le gusta —dijo sonriendo—. Y las *suite* de Werner son muy grandes.

—¿Dónde está ahora Jeremy el mono? —le pregunté muy despacio.

—No os vais sin mí. Ha llegado el coche. Furgoneta. Furgoneta Ford; de un azul muy bonito. Matrícula diplomática. Afuera bajo la lluvia. La conduce Jeremy el mono. Conducen bien los monos. Mi padre tuvo a uno empleado durante años. Pero luego empezó a pedir constantemente plátanos de dieta. Llegan a ser aburridísimos, los monos. ¿Te lo había dicho?

En la calle la lluvia caía en grandes sábanas grises que martilleaban el asfalto y batían sobre el techo de la furgoneta. Jeremy Teacher, disfrazado aún de gorila, estaba empapado, sentado al volante. Le pregunté qué pasaba y tuve que gritárselo para que me oyese por encima del ruido de la lluvia y los truenos.

—Suba —dijo.

—¿Qué sucede? —le pregunté por cuarta vez.

—¿Qué demonios va a suceder? —replicó enfurecido—. ¡Que cursaron la puñetera señal hace tres horas y media!

—Me dijo que iba a ser una camioneta Volkswagen —él me dirigió una mirada asesina—. Y no tengo pasaporte —añadí, pensando apresuradamente en las demás cosas que no tenía.

—¡Suba! Los pasaportes los llevo yo.

Sin duda, la perspectiva de pasar los puestos de control disfrazado de gorila le había puesto de mal humor.

Sólo en aquel momento advertí que Tessa bailoteaba bajo la lluvia. Estaba calada hasta los huesos, pero no parecía darse cuenta del increíble espectáculo que ofrecía con la tela pegada al cuerpo.

La escena de Tessa bailando alrededor del Ford Transit —junto con la visión de un gorila calentando el motor, mientras discutía acaloradamente con un paisano que podía parecer su dueño— es lo que hizo que otros invitados saliesen para no perderselo. Componían con sus disfraces una escena indescriptible y, aunque algunos llevaban paraguas, a muchos, igual que a Tessa, no parecía importarles el aguacero.

También salió Werner, vencido por el peso de la maleta de mi padre; abrió la puerta trasera para cargarla y en eso estaba, cuando Tessa le dio un empujón y montó en el vehículo, cerrando con un portazo que hizo temblar la carrocería.

—¡Vámonos! —gritó Teacher.

—Tessa ha montado atrás —dije.

—Tessa, salga de ahí —gritó él, volviendo la cabeza.

—Voy con vosotros —contestó ella con un arrullo.

—No sea tonta. No tiene pasaporte —replicó Teacher con tranquila cortesía, encomiable dadas las circunstancias.

—Oh, sí lo tengo —replicó ella en tono triunfal. Lo había sacado de no sé dónde y lo enarbolaba en una mano—. Me dijo Dicky que lo llevase siempre encima.

—¡Bájese, zorra de mierda! —replicó él acelerando el motor, como para conminarla a apearse, lo que sólo sirvió para apreciar que no funcionaba bien del todo. Yo tenía mis dudas de que con aquella furgoneta pudiésemos cubrir nuestro objetivo.

—No me bajo, no me bajo.

—Por todos los santos, sáquela de ahí —me gritó Teacher.

—¿Pero quién se cree que es? —repliqué—. Sáquela usted. —Yo había notado que a Tessa le había dado por una de sus cabezonerías y opté porque el intrépido señor Teacher se ganase el sueldo.

Él miró el reloj.

—Tenemos que irnos —dijo, y, entre una sarta de maldiciones, abrió la portezuela y se apeó, pero nada más recibir el chaparrón que lo dejó calado, cambió de idea y volvió a sentarse al volante.

—Vamos, Tessa, tenemos que irnos.

—Yo voy también —contestó ella.

—¡Qué coño va a venir! —vociferó Teacher, conectando la calefacción; debía darle frío el disfraz empapado.

En aquel momento apareció Dicky. Iba vestido de Arlequín, con la cara perfectamente pintada, traje de rombos y un sombrero imponente, ideal para el carnaval alemán. Vio a Tessa y, cómo no, nos informó de que estaba en la parte de atrás de la furgoneta. Teacher lanzó un profundo suspiro de irritación.

—Pues sáquela —replicó, abandonando su habitual actitud de respeto frente a un superior.

Había ya docenas de invitados en estrafalarios disfraces rodeando la furgoneta, aunque en la oscuridad y bajo la lluvia torrencial no se los distinguía bien. Pero formaban una barrera, y cruzarla, abrir la portezuela y sacar a Tessa habría sido poco menos que imposible, aun en el caso de que ninguno de los mirones hubiese tratado de impedir que se maltratase a Tessa. Y yo sabía, conociendo los efectos del alcohol sobre la psique masculina, que cualquier forcejeo con la interfecta bastaría para desencadenar un tumulto.

Un relámpago iluminó la escena. Seguía saliendo gente a la calle, con disfraces aún más raros. El barullo en torno a la furgoneta se había convertido en el centro de interés de la fiesta. Un Federico el Grande empapado agitaba alborozado los brazos, mientras Barbarroja, con la falsa barba manchada, ofrecía su sombrero a una doncella romana para que no se mojase el pelo.

Vi a la Duchess disfrazada de bruja con cucurucho y vestido negro largo con símbolos ocultistas pintados en la falda. A pesar del aguacero, llevaba al puñetero gato, cuyos ojos centelleaban furiosos en la noche. La Duchess se situó delante de la furgoneta y comenzó a hacer solemnes gestos con la varita mágica. En respuesta, se oyó un gran trueno.

—Pero ¿qué hace ese viejo loro? —exclamó Teacher.

—Creo que un hechizo —dije.

—¡Por Dios bendito! —exclamó él, ya casi perdiendo los estribos—. ¿Es que se han vuelto todos locos?

Antes de que la Duchess hubiese concluido su encantamiento, Arlequín metió su cara pintada por la ventanilla para decir:

—Teacher tiene el mando; recuérdalo, Bernard.

Yo no hice caso, pero él me agarró del hombro y, con voz de padre airado que riñe a un hijo travieso, añadió:

—¿Me has oído, Bernard? ¿Has oído lo que te he dicho?

Miré aquel rostro profusamente maquillado de ojillos fríos, y en mi interior se agolparon años y años de resentimiento reprimido. La manera en que le habían ascendido por encima de mí, las cosas pomposas que decía, su presuntuoso estilo de vida, la capacidad para poner los cuernos al pobre George y hacer chistes al respecto... y la emoción anuló mi sentido común. Pese a las consecuencias, era el momento de reaccionar: alargué el brazo y le asesté en la nariz pintada de rojo un puñetazo no muy fuerte, pero que le hizo retroceder sobre el asfalto en el momento en que pasaba un coche. Para esquivarlo, el conductor dio un hábil golpe de volante con un chirrido de frenos. Me volví a verlo, asomado por la ventanilla, y ví que se tambaleaba hacia atrás con el sombrero ladeado y las piernas abiertas, intentando guardar el equilibrio con los brazos, pero finalmente cayó de espaldas en la calzada, perdiendo el sombrero de tres picos.

—¡Arranque! ¡Arranque! Ya lo arreglaremos en el control —grité.

Teacher desembragó y se oyó un chirrido de neumáticos y un bamboleo seguido de un chillido de mujer. Inmediatamente comprendí lo que había sucedido: el puñetero gato Jackdaw se había metido debajo de la furgoneta para guarecerse de la lluvia y acabábamos de aplastarlo. Casi atropellamos también a la Duchess, pero Teacher maniobró y pasó rozando; enseguida nos incorporamos a todo gas al tráfico de la Ku-Damm.

Las calles mojadas relucían con los colores de los anuncios de neón, invitando a los turistas a conocer a los drogadictos, borrachos y vagabundos que habían hecho su hogar del centro de Europa.

—¿Sigue ahí atrás? —preguntó Teacher cuando pasábamos ante la Gedächtniskirche, conservada como recuerdo de esa transigencia nostálgica por los edificios feos del viejo Berlín. Aun a aquella hora nocturna había bastante tráfico. Teacher forzó las revoluciones del motor un par de veces y después de eso ya carburaba mejor. Imaginé que los fallos anteriores eran por culpa de la lluvia.

—Aquí sigo, querido —dijo una voz desde atrás—. Me imagino con quién vais a reuniros, y si osáis echarme abajo en el control lo gritaré a los cuatro vientos. ¿Verdad que no os gustaría?

—No, no nos gustaría —dije.

—Esta puñetera calefacción no funciona —dijo Teacher, castigando el botón con un peludo manotazo.

—Jeremy —dije en tono admirativo—, lleva usted un disfraz muy realista.

Tessa dejó escapar una risita pero él permaneció mudo.

19

EL tráfico al salir de Berlín para tomar la autopista hacia Alemania Occidental discurre por el punto fronterizo de control de Drewitz, en la zona sudoeste de la ciudad.

Los formalismos son rápidos y para un coche con matrícula diplomática, mínimos. En el lado del control de la Alemania Oriental, conductores y pasajeros suelen poner en plano contra el cristal los documentos de identidad, y los oficiales comunistas los examinan a la luz de las linternas, actuando con esa lentitud que en Occidente es propia de los sindicalistas en huelga.

Finalmente, gruñendo, los guardias nos hicieron gesto de que continuásemos sin dar muestra de haber advertido que uno de los ocupantes del Ford era un gorila. Teacher puso los pasaportes diplomáticos en la guantera e iniciamos el largo y monótono viaje hacia Occidente. En conformidad con la obsesión de asedio de la República Democrática, en esa carretera no hay cafés ni restaurantes, ni sitio alguno para saborear las sesenta y ocho variedades de helado que pueden tomarse en el trayecto de las largas y amplias autopistas americanas, y menos el bisté con patatas fritas, regado con Château Vinaigre, que puntúa los kilómetros de las costosas autopistas francesas, ni siquiera las porquerías y el fuerte té que sirven en las autopistas británicas.

Al principio el tráfico era denso: novios y maridos que regresaban del feliz fin de semana a sus respectivos domicilios, camiones que se ponen en ruta a media noche después de la prohibición para vehículos pesados de circular en fin de semana, y que, despacio y con cuidado, adelantaban a otros. Por el carril rápido, los alemanes nos adelantaban a toda velocidad, deslumbrándonos con juegos de luces demostrativos de la superioridad automovilística germana. Deutschland über alles, dijo Teacher en el momento en que el conductor de un Mercedes que venía detrás pegado a nosotros nos adelantó llevándose significativamente el dedo a la sien, al tiempo que nos salpicaba de agua sucia.

—Tessa se ha quedado dormida —dije.

—Por la ley de la compensación —dijo él—, tiene que pasarnos algo bueno.

—No se fíe mucho —contesté. Bajo la constante lluvia, los limpiaparabrisas chirriaban. Teacher llevó la mano al botón de la radio, pero luego se lo pensó mejor.

Alcanzamos a una caravana de enormes camiones, en la que el viento azotaba furioso la lona del último, y allí permanecemos un rato.

—Esté atento —dijo Teacher—. Comprobaremos todas las salidas, no sea que hayan equivocado el mensaje.

—Sin comentarios —dije.

Aquellas autopistas de Alemania Oriental estaban muy mal, y en sus tramos poco se había hecho desde su construcción en tiempos de Hitler; socavones aquí y allá habían provocado grandes grietas, y los parches de su apresurada reparación no habían servido para subsanar las fracturas del firme. Por el contrario, en el resto de Europa, las autopistas están atiborradas de indicadores y llenas de maquinaria de empresas constructoras por haber sucumbido la red a una arteriosclerosis de síntomas mortales.

En varios puntos del itinerario sí se habían llevado a cabo obras, pero después de la salida de Brandeburgo —una ciudad situada en el centro de una serie de lagos al oeste de Berlín— en la Autobahn hacia Occidente la circulación se reducía a un carril. Teacher aminoró la marcha al ver a la luz de los faros la doble fila de conos de plástico, algunos tumbados por las rachas de viento que acompañaban aquel pertinaz aguacero.

La autopista describía allí una suave curva hacia la izquierda, para iniciar luego una pendiente en descenso. Desde nuestra posición, veía ante nosotros la cinta de la autopista, marcada por unos puntos luminosos, que a continuación ascendía como una línea de insectos, para desaparecer de pronto tras un lejano promontorio intuido en el horizonte púrpura.

Estaban ensanchando aquel tramo y junto al arcén había enormes máquinas, a guisa de extraños juguetes de algún gigante.

—¡Mire! —exclamé al ver un coche parado entre las máquinas, cuyas luces de posición brillaban bajo el aguacero.

—Son ellos —dijo Teacher, con evidente alivio. Dio un golpe de volante y cruzamos el arcén para internarnos en el barro, sorteando bidones metálicos, hierros de construcción, tabloncillos de vallado y otros restos indefinibles. Estábamos a unos cincuenta metros del coche, cuando Teacher lo consideró distancia conveniente y paró el motor, apagando las luces. El ruido de la lluvia se acentuó notablemente. No se veía nada, salvo el paso de los coches

que salían de la curva y que con sus faros barrían la zona como el haz de un faro. No se detectaba un solo movimiento.

—Cuidado al abrir la puerta —dije— cuando se encienda la luz interior porque seremos blancos visibles en los asientos. —Me escurrí hacia la parte de atrás, abrí la maleta y rebusqué hasta encontrar la munición y la pistola. La cargué con cuidado y, como no era un arma para llevar tranquilamente en el cinto, la mantuve empuñada.

—Voy a salir —dijo Teacher—. Ustedes quédense aquí.

—Como quiera.

No era momento para discutir, pero en cuanto abrió la portezuela y saltó del asiento, yo me apeé por la parte de atrás. Seguía lloviendo sin tregua y dominaba en la zona ese mal olor de las obras recientes a tierra removida, heces y gasóleo; pero allí la autopista atravesaba un bosque, y el aroma de los árboles se mezclaba al de las obras. Apenas había dado dos pasos en el pegajoso barro ya estaba calado. Mantuve la pistola oculta bajo el abrigo y contemplé la borrosa figura de Teacher avanzando con cautela hacia el coche. Por el carril restringido pasaron algunos coches a marcha lenta, con el haz de los faros velado por la fuerte lluvia.

Conforme Teacher seguía avanzando, ví que alguien se apeaba del coche, que en ese momento reconocí como un Wartburg. Ellos habían tenido la precaución de tapar la luz de dentro, por lo que el interior del coche quedó a oscuras y el fulgor de las luces de posición no bastaba para ver si era un hombre o una mujer quién estaba de pie. Cerca de mí —justo detrás de las enormes máquinas amarillas— había una valla bordeando las profundas zanjas para ampliación de los cimientos.

—Hagan el favor de avanzar uno a uno —oí decir a Teacher en voz alta y en alemán inseguro.

De pronto se encendieron las luces del Wartburg, unos faros potentes y deslumbrantes que destacaban en plena lluvia como relucientes cuentas de cristal, alumbrando la absurda figura de gorila mojado de Teacher. Él, alarmado, se desplazó de un salto hacia la zona oscura, pero aún se atisbaba su silueta.

Del *bulldozer* más cercano a dónde yo estaba me llegó ruido de movimiento y un sordo clic metálico, que podía ser el seguro de un arma. Alguien había cambiado de posición detrás de las orugas del *bulldozer* para ver dónde se situaba Teacher. Me acerqué a la fila de palas excavadoras para tener la misma cobertura que el invisible emboscado. Ahora veía mejor en la oscuridad: parecía haber una mujer de pie junto al Wartburg, y seguramente

habría alguien más dentro de él. El ruido metálico que había oído procedía de alguien situado junto a la valla. Sí: era un hombre con una pistola de largo silenciador, y prestaba toda su atención a los movimientos de Teacher.

Era como asistir a una representación en un escenario bien iluminado, en el que los grandes árboles del inmenso bosque fuesen el telón de fondo y a un lado las dobles líneas luminosas del tráfico —una roja y otra blanca— desvaneciéndose en la lejanía. Ahora veía a Teacher, pero él no podía ver al de la pistola, cuya silueta destacaba contra el barro y los charcos que brillaban plateados al reverbero de los faros del Wartburg.

Oí una exclamación —casi un grito— proferida por una voz de mujer, y alguien echó a correr a mis espaldas chapoteando por el barro. Me volví a mirar, pero nuestra furgoneta me lo tapaba. En aquel momento sonó el primer disparo: un sonido sordo característico de una pistola en la que se estrena silenciador. No era Teacher. La mujer volvió a gritar: «¡Haga lo que le han dicho!»; lo decía en alemán, alemán de Berlín.

Luego sonó otro disparo, un tiro más fuerte, de una pistola sin silenciador y ruido de cristales rotos. Lo había efectuado alguien a mi izquierda. En plena oscuridad se organizó un barullo entre disparos de pistola y los fugaces resplandores de los faros de los coches que pasaban. A su luz pude ver que el Wartburg tenía roto el parabrisas y los fragmentos de vidrio estaban esparcidos como granizo. En ese breve instante de luminosidad distinguí a Teacher agachado con la pistola sostenida a pulso con el brazo estirado como hacen los actores de televisión en las películas policíacas. No estaba seguro de si era él el que había disparado. ¿Lo habría hecho con la intención de alcanzar a alguien dentro del coche, y hecho blanco?

En ese momento una figura difusa comenzó a interponerse entre mi posición y los faros del Wartburg. Hasta entonces yo había creído que Tessa seguía en la furgoneta, pero sólo una persona podía estar dando vueltas y saltitos por el barro, insensible a la lluvia y a los tiros.

El que disparó sobre ella estaba junto a la rueda delantera del Wartburg y ella ya se hallaba muy próxima al recibir el impacto que la hizo saltar en el aire. Bang, bang. Dos disparos de escopeta la hicieron botar a través del haz de los faros y en el aire flotó fugazmente la iridiscencia amarilla de su tenue vestido que, al caer a tierra, se tornó granate envolviéndola cual precioso insecto volador que en fulgurante retrospectiva se convierte en espasmódica crisálida. Allí quedó estirada bajo los faros del coche. Arreció la lluvia. Aún volvió a rebullirse antes de quedar inmóvil.

—¡Hijoputa! —exclamó una voz en inglés. Debió ser Teacher. Luego, hizo fuego; reconocí el ladrido rotundo de la Browning de 9 mm que le había visto. Dos disparos muy fuertes y seguidos. Uno de ellos alcanzó la carrocería metálica de una enorme pala excavadora y rebotó hacia arriba con ese chillido agónico que hacen las balas perdidas, pero el otro dio en el faro más próximo a el del Wartburg, que se apagó con una explosión y un prolongado silbido al caer la lluvia en el filamento al rojo vivo.

Bang, bang, bang, bang, bang. En la oscuridad, más allá de donde se hallaba Teacher, había hombres armados sin silenciador que respondían al fuego con disparos tan seguidos que casi parecían uno solo. Teacher echó a correr, se tambaleó y se desplomó con un grito de dolor. Le veía al resplandor del único faro del Wartburg: se retorció y gritaba, sujetándose los costados con ambos brazos, como quien trata de deshacerse de una dolorosa camisa de fuerza.

Pero gracias a la atención que suscitaba, pude escurrirme dando la vuelta al *bulldozer* y subirme a la enorme rueda. Tenía la pala levantada y me servía de parapeto mientras me encaramaba lo más posible.

Desde allí arriba dominaba todo el escenario. El reflejo de la luz del tráfico que avanzaba en lenta fila, me permitía vislumbrar la profunda zanja, la fila de excavadoras y, al final, el Wartburg. En el centro de la escena estaba la furgoneta Transit cruzada, y a la izquierda el cadáver de Teacher. De donde habían partido los disparos salieron dos hombres que se inclinaron sobre él. Uno de ellos removió el cuerpo con la punta del zapato. No se movía. «Ya no hay peligro», le oí decir, y reconocí la voz de Stinnes.

La mujer salió de detrás del Wartburg y avanzó cautelosamente para no pisar a la ligera en el barro y los charcos. Era Fiona, mi mujer.

—¿Cuántos han enviado? —dijo uno de los hombres.

—Un hombre y una mujer —respondió Stinnes—. Los dos están muertos.

Fiona pasó junto al cadáver de Tessa y miró al de Teacher sin hacer gesto de reconocerle. En ese momento comprendí que tampoco había reconocido a su hermana. Stinnes se volvió a mirar a la furgoneta Transit. Seguramente pensaría en el parabrisas destrozado del Wartburg y en el inconveniente de conducir sin él con aquella lluvia.

Mi posición me permitía varias alternativas. Supongo que, con arreglo al manual, habría debido entablar negociaciones, pero yo no era un acendrado lector de manuales y libros de texto, razón principal por la que seguía vivo. Así que levanté el voluminoso revólver y, apoyando el cañón en la pesada pala del *bulldozer*, postura considerada poco deportiva por los instructores de

tiro al aire libre del Departamento, disparé contra el que estaba más lejos después de apuntarle al centro del cuerpo. La gruesa bala de la Webley le derribó como un mazazo, dejándole tumbado e inmóvil en la oscuridad sin que prohiriera un grito. El otro, el llamado Stinnes, retrocedió un paso, cogido por sorpresa, pero su experiencia le hizo sobreponerse y, a ciegas, levantó el arma y efectuó tres disparos hacia donde yo estaba. Las balas me pasaron silbando junto a la cabeza y una se me clavó en el abrigo. Había reaccionado como es debido, pues la teoría dice que el adversario deja de disparar y se parapeta. Pero mi reacción fue demasiado rápida respecto a tal teoría, y ya le había alcanzado en el cuello con el segundo disparo.

Era un espectáculo que me quitaría el sueño, visión culminante de una pesadilla que me haría despertar sudando durante muchas noches: del cuello de Erich Stinnes brotaba sangre como un surtidor. Con las manos en la garganta, con una aparatosa hemorragia, se tambaleó hacia atrás ya agonizante, resbalando y deslizándose por el barro hasta tropezar con la valla de la zanja. Se detuvo allí un instante y luego, como a cámara lenta, cayó de cabeza en el hoyo lleno de agua con un fuerte chapoteo.

Fiona, paralizada de espanto y salpicada de sangre, no se movía del sitio. Aguardé. No llegaba ningún ruido de ninguna parte. Se hizo un alto en el tráfico de la autopista y el bosque amortiguó el sonido del viento y de la lluvia.

Luego, Fiona echó a correr hacia el Wartburg, pero se le rompió un tacón y se torció el tobillo, por lo que llegó tambaleándose al coche, donde cayó de rodillas, sollozando dolorida. Desde la supuesta seguridad que le confería la oscuridad —y sin saber que yo estaba muy cerca— gritó:

—¿Quién es? ¿Quién está ahí?

Yo no contesté, hice ruido ni me moví. Había por allí uno con pistola y silenciador y hasta que no le ajustase las cuentas, era peligroso saltar al barro.

Esperé un buen rato. Luego, Fiona se introdujo cojeando en el Wartburg, se inclinó y apagó el faro. Ahora estaba todo en completa oscuridad, salvo por el esporádico reflejo de los coches que doblaban la curva y proseguían cuesta abajo.

Fiona intentó arrancar el coche, pero la bala que había destrozado el faro debía haber causado más daños, porque el estárter zumbaba pero no ponía el motor en marcha. En el silencio del bosque, oí las maldiciones que lanzaba en voz baja en tono desesperado.

En aquel momento ví al otro. Se arrastraba muy despacio junto a la valla. Sólo le ví un instante, pero lo suficiente para apreciar que llevaba gabardina y

el tipo de sombrero impermeable que se ponen los americanos para jugar al golf; y me imaginé quién era: Thurkettle.

Durante un buen rato no ví ni oí nada más que las luces y el ruido del tráfico de la autopista. Luego se oyó una voz de hombre decir:

—Samson, ¿vamos a estarnos así toda la noche?

Era la voz de Thurkettle. Yo no contesté.

—Puedes llevarte a la mujer y el Ford —volvió a decir—. Márchate y llévate también tu gorila. Yo no los quiero para nada.

Yo no contesté.

—¿Me oyes? —añadió—. Trabajo para los tuyos. Márchate, aún me quedan cosas que hacer.

—¡Fiona! —grité—. ¿Me oyes?

Ella trató de escrutar en la oscuridad, pero no me localizó.

—Monta en el Ford, enciende el motor, avanza un par de metros y déjalo en ralentí.

Fiona dio un paso adelante y de una patada se quitó los zapatos para caminar chapoteando por el barro. Nerviosa, con gesto de dolor por el tobillo torcido, fue acercándose despacio a la furgoneta, montó y puso el motor en marcha. Tras una pausa para hacerse idea del tablero, avanzó unos metros y dejó el Ford al ralentí.

—Ahora me debes un favor, Bernie —gritó Thurkettle.

—Recuerdos al conde Zeppelin —dije, porque yo aún tenía la ventaja al saber dónde estaba él sin que me hubiera localizado. Me dejé caer a tierra y calculé los pasos que necesitaba para llegar al otro lado de la furgoneta. Si Thurkettle comenzaba a disparar, el vehículo me cubría.

Esperé unos minutos para inquietar a Thurkettle y hacerle mirar para comprobar si me había ido y luego eché a correr hacia la furgoneta. Un camión pesado apareció por la curva, dándome de lleno con sus faros. Seguí corriendo y me tiré cuerpo a tierra en el barro, justo cuando alcanzaba la parte de atrás del Ford. Allí me quedé quieto un instante recuperando el aliento. No se produjo ningún disparo; fui hasta la cabina y asomé una mano por el cristal para llamar la atención de Fiona.

—¿Le ves? —musité.

—Está detrás del Wartburg.

—¿Es de los tuyos?

—No le conozco de nada.

—¿No ha venido contigo? —insistí.

—No; ha venido en moto.

—¿Puedes conducir?

—Sí, sí, claro —dijo ella con voz firme y decidida.

—Vamos a salir de aquí y se lo dejamos todo. Agáchate en el asiento por si dispara. Voy a montar. Cuando te diga «adelante», arrancas; pero despacio, no se te vaya a calar.

Introduje la mano por el hueco de la portezuela hasta tocar el interruptor de la luz, que apreté para que no se encendiera, y monté de un salto.

—¡Adelante! —exclamé en voz baja.

Fiona pisó gas y avanzó dando tumbos por el irregular terreno. No hubo ningún disparo.

La furgoneta continuaba por la oscuridad, dando bandazos sobre tablones. A continuación cruzó un reborde alto y nos encontramos en la autopista. Era noche cerrada y no circulaba ningún coche en uno u otro sentido. Tomamos rumbo Oeste y habíamos cubierto unos ochocientos metros cuando vimos a nuestras espaldas un inmenso resplandor rojo.

—¡Dios mío! —exclamó Fiona—. ¿Eso qué es?

—Tu Wartburg que arde, si no me equivoco.

—¿Se habrá incendiado?

—Alguien que destruye pruebas.

—¿Pruebas, de qué? —replicó ella.

—Bueno, no vamos a volver a preguntar.

Eran unas llamaradas enormes, que seguimos viendo durante unos kilómetros. Luego, al coronar una colina, el resplandor del horizonte se apagó de pronto. Pocas pruebas forenses quedarían.

Pregunté a Fiona si quería que condujese yo, pero ella meneó la cabeza sin contestar. Probé otros métodos para iniciar una conversación, pero sus respuestas eran monosílabos. Aquella noche se limitó a concentrarse en conducir por la autopista; estaba decidida a no pensar en lo que acababa de hacer y no estaba de humor para hablar de lo que nos esperaba.

Empezó a dolerme el brazo. Me lo toqué y ví que la manga estaba empapada en sangre. Una de las balas me había rozado más de lo que yo creía. En realidad, no era una herida, sino un gran arañazo con un no menos aparatoso hematoma, de esos que causan las balas que rozan la carne. Saqué un pañuelo y me lo apreté contra el brazo para contener la hemorragia. No era cosa que me llevase al hospital, pero bastaba para estropearme el traje.

—¿Estás bien? —me dijo Fiona. No había ternura en su voz y era más una reprimenda que auténtica preocupación, la voz de una maestra que hace cruzar la calle a los niños.

—Estoy bien —contesté.

Habríamos debido estarnos abrazando y hablando, entre risas y besos, por volver a estar juntos y regresar al hogar. Y no sucedía nada de eso. No éramos ya la pareja despreocupada que celebra la luna de miel con números rojos en la cuenta y se emborracha alocadamente en el archivo con media botella de champán compartida con otra pareja. Rodábamos en silencio por la noche oscura, observando el tráfico en dirección a Berlín, viendo cómo nos adelantaban raudos los Porsches, y yo iba sangrando y enfrascado en esos pensamientos que hacen naufragar al matrimonio.

Cesó la lluvia, o quizá fue que la dejamos atrás. Conecté la radio del coche y nos llegó una racha en árabe, las noticias en alemán de Radio Moscú y luego la potente interferencia que por las noches no deja escuchar ninguna emisora oponente centroeuropea. Después, un grupo melancólico comenzó a cantar: Sólo sueño que te amo. Sólo sueño que me amas. Otros se calman fingiendo, ¿por qué no puedes tú, puedo yo, podemos?

A nuestras espaldas una banda en el horizonte del cielo fue iluminándose poco a poco, adquiriendo un tono cárdeno de malvas y púrpuras.

—¿Estás bien, cariño? —dije, pero ella seguía sin contestar. No hacía más que concentrarse en el volante con los labios apretados y los nudillos blancos del esfuerzo.

La insoportable ambigüedad que me producía dolor de estómago cuanto más nos aproximábamos a la frontera, era infundada. Cuando llegamos al control, hizo un alto para mirarse en el retrovisor y limpiarse las manchas de sangre con un pañuelo humedecido en saliva, pero permaneció impertérrita.

—¿Todo bien?

—Sí —contesté.

Volvió a arrancar avanzando y el guardia fronterizo, sin el menor interés, al ver la matrícula diplomática se limitó a echarnos una ojeada y a seguir leyendo el periódico.

—Lo hemos conseguido —dije. Ella no contestó.

Había un comité de recepción esperándonos al otro lado del control. Ya amanecía con esa luz incierta a la que suelen iniciarse las batallas. En el arcén, dos vehículos militares aparcados: un blindado de transportes, un coche de mandos y una ambulancia. La guerra en todo su esplendor. De pronto surgieron dos militares; uno era de mediana edad y el otro joven. A continuación apareció un alborozado coronel de no sé qué unidad con la boina caqui bien calada y uniforme de campaña con las alas de paracaidismo y el galón de su rango en negro.

—Tenemos un helicóptero —dijo el coronel, haciendo una especie de saludo con su fusta a Fiona—. ¿Se encuentra en condiciones de viajar a Colonia?

Hablaba con voz fuerte, con gestos casi de júbilo. Estaba limpio y recién afeitado y no parecía importarle el madrugón.

—Estoy bien —contestó Fiona. El coronel le abrió la portezuela para que se apease, pero ella siguió sentada muy rígida sin siquiera mirarle ni darle explicaciones. Aferrada tenazmente al volante, sin dejar de mirar al frente, lanzó un leve resoplido, luego otro más fuerte, como un niño resfriado, y por fin se echó a reír. Al principio era la risa encantadora natural que cabe esperar de una mujer que acaba de ganar el título de campeona mundial de espía y agente doble, pero como la risa no cesaba, el coronel comenzó a fruncir el entrecejo. El rostro de Fiona se congestionó y su risa se hizo más chillona, al tiempo que se estremecía y una auténtica risa histérica sacudía todo su cuerpo como presa de un sofocón.

No paraba de reír. Yo me asusté, pero el coronel parecía haberse enfrentado a similares situaciones y, tras dirigir una mirada a las manchas de sangre que la cubrían, volvió la cabeza hacia mí.

—Es la reacción —dijo—. Por lo que veo, debe haber vivido terribles circunstancias. Doctor, venga a echar una mano —añadió por encima del hombro.

Se apartó y el joven que estaba a sus espaldas se acercó a la furgoneta. El soldado de mediana edad le entregó algo y el joven galeno alargó la mano por la ventanilla, le sujetó el brazo sin contemplaciones y le clavó una aguja hipodérmica a través de la manga. Así las gasta el ejército. Sin soltarle el brazo, la estuvo observando mientras se calmaba y a continuación le tomó el pulso.

—Eso le hará bien —dijo—. Es un sedante. Que no tome alcohol, y mejor si no come nada hasta dentro de un par de horas. En Colonia los espera un médico de la RAF que los acompañará durante el viaje; les daré una nota para él.

—¿El viaje, adonde? —inquirí.

El joven médico miró al coronel, que dijo:

—¿No se lo han dicho? Siempre igual, ¿no es cierto? Nunca cuentan el final. Harán transbordo a un vuelo transatlántico. Es un viaje largo, pero las fuerzas aéreas los atenderán.

Fiona comenzaba a relajarse. Ya no reía, y ahora miraba en derredor como si despertase de un profundo sueño. Dejó que el coronel la ayudase a bajar de

la furgoneta.

—¿Y sus zapatos? —preguntó el hombre galantemente, mirando como buscándolos.

—Los he perdido —dijo ella con voz neutra, echándose el pelo hacia atrás, consciente de su desaliñado aspecto.

—No tiene la más mínima importancia —replicó el coronel—. En Estados Unidos hay zapatos preciosos.

EL verano no es la mejor época para California del Sur. Incluso en La Buona Nova, la gran estribación montañosa de Ventura County, en donde estaba escondida Fiona para la deposición oficial, vivíamos unos días agobiantes en los que no soplaba brisa del Pacífico alguna. Se ocupaba de todo Bret Rensselaer. Algunos habían comentado —y yo entre ellos— que ya era muy viejo para seguir trabajando normalmente para el Departamento, pero lo cierto es que era él el oficial del caso de Fiona. Él había participado en el meditado plan de Fiona para pasarse a los rusos desde el primer día que ella se lo había confiado, y quién había seguido sus progresos: no había ninguna otra persona para escuchar la confesión.

Bret Rensselaer estaba decidido a obtener un gran triunfo con lo que evidentemente iba a ser su último trabajo. Nunca se habló de la perspectiva de un título de sir, pero no hacía falta ser adivino para darse cuenta de que Bret estaba convencido de que era la recompensa debida por parte de una corona agradecida. No había que temer que Bret no se aviniese a recibirlo con una reverencia, porque era capaz de ir de rodillas de una costa a otra por aquel título.

Nadie mencionó en ningún momento ningún tipo de agradecimiento para mí. Al cobrar el talón de mi sueldo, ví que le habían esquilgado pluses y extras, dejándolo reducido al mínimo. Cuando se lo mencioné a Bret, me dijo que tuviese en cuenta que no iba a hacer falta que pagase comida ni vivienda. ¡Demonio!, dije, ¿y el hecho de estar separado de mis hijos? No mencioné a Gloria por razones obvias, pero fue él quien la sacó a colación para decirme que le habían explicado que yo estaba en una misión muy especial y que el secreto impedía dar detalles. El Departamento se encargaba de que mis hijos estuviesen bien y no les faltase de nada. Lo dijo como si sus palabras contuviesen alguna velada amenaza hacia mí, y tuve la impresión de que le habían dicho a Gloria que todo dependería de mi buen comportamiento.

Un día advertí entre los papeles de la mesa con sobre de mármol de Bret una vistosa postal. Era el retrato de Van Gogh de un cartero con uniforme

azul, un cuadro que a Gloria le encantaba.

—¿No será para mí esa postal? —dije.

—No —replicó él sin pensárselo un instante.

—¿Estás seguro?

—Es correspondencia mía —contestó.

Me dieron ganas de arrebátarsela, pero la mesa era grande y él la recogió rápidamente y la guardó en un cajón. Yo sabía que era una tarjeta de Gloria para mí. Estaba seguro.

Después de aquello, pocas veces se me permitió entrar al «despacho» de Bret, y cuando lo hacía no había ningún papel en la mesa. En todo aquel tiempo, la única correspondencia que me hicieron llegar fue una tarjeta de Paul Bocuse con matasellos de Lyon en la que Tante Lisl me describía una comida que acababa de hacer.

A Fiona y a mí nos alojaron en una confortable casa para invitados apartada de los edificios principales. Disponíamos de cocina y comedor y teníamos una joven mexicana que hacía el desayuno y limpiaba. Fiona pasaba cuatro y cinco horas casi a diario con Bret y nunca almorzaban a una hora decente; les pasaban emparedados, fruta y café para no interrumpir las conversaciones. Bret tenía una secretaria a tiempo parcial que nunca asistía a aquellas sesiones. En su amplio y cómodo despacho, de ventanas enrejadas y cierres de seguridad, tenía mapas y libros de consulta y un ordenador que mostraba en la pantalla —imprimiéndolos en caso necesario— cuantos datos requiriese. Todo lo que decía Fiona lo iba grabando y lo guardaba en una enorme caja fuerte. Pero no había transcripciones; eso vendría después. Las sesiones constituían la primera fase para que Bret pudiese comunicar a Londres y a Washington cualquier dato urgente.

Yo asistía a veces a las entrevistas para escuchar, pero al cabo de unos días Fiona me pidió que no entrase porque mi presencia la cohibía, según dijo. En aquel momento me dolió y me sentí ofendido, pero hay que reconocer que el método de aquellas deposiciones era cara a cara con el interrogador, y a mí tampoco me habría gustado que hubiese otra persona mientras efectuaba aquellas inenarrables hazañas analíticas.

Así que me dedicaba a nadar en la piscina, ponerme al día en lecturas y escuchar música clásica en la emisora KSCA de FM o en casetes en el gran aparato de alta fidelidad. Me bañaba casi todos los días con la señora O'Raffety, la artística anciana propietaria de la finca, quien tenía que nadar obligatoriamente por su enfermedad vertebral, y casi todos los días almorzábamos juntos.

Me habría gustado ir a Los Ángeles, o, en su defecto, acercarme a tomar una cerveza a Santa Bárbara que no estaba tan lejos; pasear por la playa, ir en coche por la autopista del Pacífico y echar un vistazo a la mansión Hearst — cualquier cosa para vencer la monotonía—, pero Bret era inflexible: los dos estábamos confinados en La Buona Nova, complejo rodeado de vallas metálicas y vigilado por guardianes mexicanos armados y con perros. Era una cárcel, una cárcel bonita y cómoda en la que estábamos condenados a vivir hasta que decidiese el Departamento. Tenía la horrible impresión de que aquello iba a durar mucho, pero ¿qué podía hacer? Era por la seguridad de Fiona, decía Bret. Y no se podía rechistar.

Una noche, a los pocos días de estar allí, intenté hablar con Fiona de la época en que había trabajado con Stinnes y sus hombres. Estábamos a punto de acostarnos y ella, al principio, me contestó normalmente, pero luego fue mascullando concisas respuestas y me di cuenta de que le molestaba profundamente. No es que se echase a llorar ni cosa parecida, aunque quizá hubiera sido mejor para todos y le hubiese sentado bien. Pero no, no lloró; se metió en la cama y se arropó hecha un ovillo.

Cenábamos todos los días con Bret, nuestra anfitriona y su yerno, un simpático abogado. Eran cenas aburridas, solícitamente servidas por criados mexicanos, en las que se hablaba de cosas intrascendentes. A veces veía a Bret Rensselaer en la piscina y nos gastábamos bromas. Su única respuesta siempre que le comentaba que me parecía que Fiona no se encontraba muy bien era tranquilizarme afablemente. El médico le había hecho una revisión al día siguiente de llegar a California y podía disponer de todas las vitaminas y somníferos que quisiera; me aseguró que había pasado por una ímproba experiencia, y generalmente solía tratarme como a una madre neurótica que se preocupa porque el hijo se ha magullado una rodilla. Pero el cambio que yo advertía en Fiona quizá no resultase evidente para quienes no la conocieran del todo. Eran pequeños detalles: parecía encogida y estaba demacrada, no andaba bien erguida del modo tan atractivo que yo recordaba, hablaba con voz floja e indecisa y mostraba un gran apocamiento ante todos: yo, Bret y el servicio mexicano.

Una noche, cenando, derramó unas gotas de salsa de barbacoa en el mantel —cosa que a mí me sucedía con frecuencia— y se arbulló en la silla cerrando los ojos. Nadie de los que estábamos en la mesa hicimos muestra de haberlo advertido, pero yo sabía que estaba a punto de gritar, casi al borde del ataque de nervios. El problema era que ella no me confiaba nada por mucho

que yo me esforzase en hacerla hablar. Finalmente, me reprochó que la acosase, así que no insistí y la dejé en manos de Bret.

Dos días más tarde, Bret me pidió que asistiese a la sesión matinal.

—Hay algunas cosas inexplicables —me dijo.

—Desde mi posición, hay muchas cosas inexplicables —repliqué.

Fiona estaba sentada impasible en un gran sillón. Bret, en una mesa moderna de rebuscado diseño, de mármol rosa y patas de acero pulimentado, daba la espalda a la ventana de vidrio matizado. El jardín rebosaba colores. Contra la tapia encalada del patio había naranjos y limoneros, jazmines, rosas y buganvillas, aunque no llegaba su perfume porque la ventana estaba herméticamente cerrada y el aire acondicionado al máximo. Bret me estuvo mirando un buen rato y, finalmente, dijo:

—¿Como cuáles?

—Los restos de heroína en la furgoneta Ford, por ejemplo.

Era un bluf y no surtió efecto.

—No nos vayamos por las ramas —replicó él—, lo que se trata es de determinar la identidad de los que participaron en la operación.

—Eso te lo puede decir Fiona —dije—, que iba en el coche con ellos.

—Erich Stinnes —dijo ella con voz un tanto mecánica— y un enlace ruso. Y había uno que yo no conocía, que llegó en moto.

—¡Bien! ¡Bien! —musitó Bret anotándolo minuciosamente para no olvidarlo—. Tres hombres —añadió levantando la vista y dirigiéndome una sonrisa nerviosa.

Bret Rensselaer era uno de esos americanos esbeltos y elegantes que, enfermo o sano, nunca perdía su aspecto atildado, como un Bugatti antiguo bien cuidado o un diamante de cincuenta quilates. Sentado en su escritorio, empuñando un bolígrafo de oro, parecía alguien posando cuidadosamente para la foto de una revista de sociedad. Vestía impecables pantalones blancos y camisa blanca de tenis con reborde rojo en el cuello, una indumentaria que armonizaba bien con su pelo blanco y hacía resaltar su bronceado rostro.

Pensé si el misterioso «tercer hombre» sería finalmente identificado como Thurkettle. Yo no aventuré ninguna sugerencia, y advertí que Fiona no mencionaba nada de su acento americano.

—¿Han detectado algo los escuchas? —inquirió Fiona.

—Nada en periódicos ni revistas, y menos en la radio —dijo él esbozando otra sonrisita, jugueteando con el anillo del sello—. Me sorprendería que lo hiciesen.

—Y más sorprendente sería que tú nos lo dijese —tercié.

Bret casi ni se molestó en reaccionar; lanzó un gruñido y se volvió de nuevo hacia Fiona.

—¿Por qué quemarían el coche, Fiona?

—Bernard dice que para borrar pruebas —contestó ella.

—Te lo he preguntado a ti, Fiona.

—Verdaderamente, no tengo ni idea. Tal vez fuese fortuito, porque aún quedaba un hombre.

—¡Ah! ¿El de la moto?

—Sí —contestó ella.

—Ojalá me explicases algo más —prosiguió él, esperando a ver si ella contestaba—. ¿Y no hablaste con Stinnes o el enlace durante el viaje en coche? —inquirió al ver que ella no decía nada.

—No, no hablé.

—Y ellos, ¿hablaron entre sí?

—No creo que vayamos a sacar nada en claro con esto —replicó ella—. Ya te he dicho todo lo que sé de ellos.

Bret asintió con la cabeza, comprensivo, y miró su bloc amarillo oficial.

—Ese otro hombre, ¿llegó en moto? —inquirió—. Es raro, ¿no crees?

—Pues no sé si es raro, Bret.

—Pero si el coche lo incendiaron después de marcharte tú, debió de hacerlo el de la moto, ¿no?

—Es de suponer —contestó Fiona.

—Claro —dijo él—. Y ahora llegamos a la fase final de este extraño asunto... que os dejase marchar tan fácilmente.

Fiona asintió con la cabeza y se humedeció los labios, como si la agobiase pensar en ello.

—Raro, sí —dijo.

—¿Qué le impulsaría a hacerlo? Bernie acababa de cargarse a sus compañeros y él os deja marchar. ¿No parece un tanto absurdo?

—Estábamos en tablas —contestó Fiona—. No podía moverse sin que le alcanzase un disparo y sabía que Bernard no podía llegar a la furgoneta sin ponerse al descubierto. Había que llegar a un compromiso.

—No, no es cierto, querida —dijo Bret—. Ellos estaban en su país. Supongamos que el señor X aguanta hasta que amanece y los que circulan por la autopista ven lo que sucede; llegan los obreros y de un modo u otro se resuelve a su favor. ¿No?

—Yo no sé quién era —dijo Fiona, como si no hubiese oído la pregunta de Bret.

—¿Eso qué quiere decir? —insistió él.

Fiona me miró como pidiendo ayuda.

—Lo que quiere decir Fiona —tercié yo— es que si un agente de la CIA se viese envuelto en un tiroteo en la autopista del Pacífico, en el tramo que hay cerca de aquí, ¿hasta qué punto le interesaría que le descubriesen al amanecer la policía y los automovilistas que pasasen?

—Bien, de acuerdo —replicó Bret en tono poco asertivo—. Pero aquí estamos en Estados Unidos, y los periódicos liberales buscan siempre pretexto para echar el rapapolvo al gobierno, a los senadores chiflados, etcétera. En semejante situación es posible que un agente de la CIA hubiese preferido tapan las cosas a cualquier precio, pero en la Alemania Oriental... No veo el porqué.

—Bret, ¿por qué no nos dices qué quieres que digamos? —dije.

—No empieces otra vez —replicó él, dejando entrever su mal genio.

—Sabemos que estás redactando un cuento de hadas —dije—. Seguramente los hechos fueron preparados con meses de antelación, de años, quizá. Y no quieres saber lo que realmente sucedió, sino encontrar pretextos para decir que todo salió según lo previsto. Ya estoy viendo el informe: cincuenta páginas elogiando a todos los burócratas, diciendo que han realizado una excelente tarea. Las únicas decisiones que faltan por tomar es a quién le conceden el título de sir y a quién un MBE o un CBE.

—Eres un grosero mal nacido, Bernard —replicó él con voz inalterable.

—Sí, claro, todos me dicen lo mismo; pero, de todos modos, lo que digo es cierto.

Me miró una fracción de segundo como asintiendo a mis palabras.

—¿No fue Goethe quien dijo *Der Ausgang giebt den Taten ihre Titel*?: el resultado decide cuál ha de ser el título. Claro. Ésta es una historia con un resultado fenomenal. Un éxito de Fiona. Y, sin embargo, no recibirá el reconocimiento debido porque no es la manera que el Departamento tiene de tratar las cosas; todos lo sabemos. Lo único que obtendrá será el informe. ¿Preferirías que lo redactase como si hubiese sido un fracaso? ¿Quieres que diga que lo echó todo a perder?

—No —repliqué. Bret siempre encontraba el modo de dejar en mal lugar a su oponente.

Fiona no dijo nada. Su intervención en la conversación era mínima, y aun así no es que no quisiera colaborar, sino que parecía una sonámbula. Sabía que había muerto su hermana —se lo había dicho Bret—, pero evitaba mencionarlo; era como si Tessa no hubiese intervenido para nada, y Bret no

aludía en ningún momento al tema. Había muchas cosas de las que Fiona no hablaría, como era el caso de nuestros hijos. No le envidiaba a Bret su cometido.

—Bueno, vamos a por otras preguntas más sencillas —dijo Bret mirando el reloj—. Tomaremos antes unos de esos emparedados raros de rosbif y acabamos pronto, ¿que os parece?

Los emparedados fueron también lamentables.

Un par de días más tarde tuvimos visita. James Prettyman era un inglés americanizado que había trabajado conmigo. Desde entonces, Central de Londres le tenía destinado en Washington con algún plan muy secreto que le permitía hacer cosas para ellos estando a distancia. En cierta época habíamos sido buenos amigos, pero ahora no estaba yo muy seguro, aunque supongo que le debía un par de favores.

Jim pasaba de los treinta y tenía un físico nervudo y la agudeza mental generalmente propios de los tenaces vendedores puerta a puerta. Era de cutis claro y pálido, con cabeza redonda de poco pelo, aunque a veces le caía sobre los ojos un mechón, que imagino que a él le gustaba vérselo.

Llegó a primera hora de la mañana. Vestía un traje azul a rayas de ese algodón fino imprescindible en Washington en aquella época calurosa del año; llevaba en el bolsillo superior un pañuelo de seda con dibujo de cachemira doblado rectangularmente, y los pantalones se le veían muy arrugados, como si hubiera estado varias horas seguidas sentado.

—Me alegro de verte, Bernie —dijo con un sincero apretón de manos y mirándome de ese modo característico de los americanos cuando tratan de recordar tu apellido—. Vengo a la reunión que hay después —añadió mirándose el reloj—. Tú, y yo y Bret, ¿entendido?

—Bien —dije, sin saber qué era lo que esperaban de mí. Yo pensaba que había venido a hablar con Fiona, pero ella estaba desayunando en la cama porque tenía la mañana «libre».

Bret Rensselaer y Prettyman se reunieron a solas y a mí me llamaron a las diez. Aún quedaban por el cuarto los restos de desayuno, porque Bret era incapaz de pensar sin pasearse de arriba abajo, y había platos con restos de cereal, tazas y vasos con zumo de naranja. Me serví café del termo y me senté. Cogí el jarrito de la leche, pero al ir a servirme ví que sólo quedaban unas gotas.

—A Jim le gustaría oír tu versión de lo sucedido —dijo Bret Rensselaer. Yo le miré y él añadió:

—En la autopista.

—Oh —dije—, en la autopista.

—¿Quién era ese de la moto? —inquirió Prettyman.

—Por lo visto, nadie lo sabe —dije.

—Le he dicho a Jim que tú tenías una hipótesis —terció Bret— y que no querías exponerla.

—Oficiosamente, Bernie —dijo Jim.

—Era una noche muy oscura, Jim —contesté.

—Oficiosamente —replicó él, inclinándose y desconectando el magnetofón.

—Ah, así de oficioso... —dije, y tomé un sorbo de café. Estaba frío—. Me parece que ese termo está en las últimas —añadí—. Bien, pues... tenía acento americano.

—Todos tienen acento americano por los sistemas audiovisuales —dijo Bret.

—Eso tengo entendido —añadí.

—¿Reconociste la voz? —inquirió Prettyman.

—¿Es que me incluí en el interrogatorio? —protesté—. ¿Es necesaria toda esta tontería?

—¿Quién era?

—¡Jim, por favor! Sabes perfectamente quién era. Un bestia llamado Thurkettle, un renegado americano. Un asesino a sueldo que hizo intervenir el Departamento para asegurarse de que desaparecían los restos de Tessa Kosinski.

—Serás estúpido... —comenzó a decir Bret, pero Prettyman alzó una mano interrumpiéndole.

—Sigue —me dijo a mí—. ¿Por qué iba el Departamento a querer matar a la hermana de Fiona? —Lo había dicho como quien no quiere la cosa, pero con ese tono exageradamente amable con el que los psiquiatras tiran de la lengua a los maníacos.

—El coche ardió con los restos de Tessa Kosinski —contesté—, unos cuantos huesos que serán identificados como si se tratase de su hermana Fiona. Y Fiona está escondida aquí para que Moscú no sepa que sigue viva y contándooslo todo a vosotros.

—Olvidas la dentadura —dijo Bret—. Encontrarán una mandíbula; y a Fiona, mientras estaba en el Este, le hicieron un empaste y una corona —añadió, como para mayor confirmación de mi hipótesis, dado su sospechoso conocimiento de la dentadura de Fiona.

Prettyman le miró, luego a mí y después echó una ojeada a su reloj.

—No se me olvida nada —repliqué—. Supongamos que se preparó un cráneo lo bastante parecido al de Fiona y con una dentadura igual a la suya, para ponerlo en el coche.

—¿Dos cráneos de mujer en el coche?

—Por eso hacía falta un loco como Thurkettle, pues arrancar la cabeza a un cadáver forma parte de sus emolumentos sin límite de gastos.

—Fue Thurkettle quien eliminó en Salzburgo al agente de la CIA —dijo Prettyman como quien recuerda el nombre en relación con un hecho borroso muy lejano—. Requeriría una minuciosa planificación... —añadió—, mucha colaboración. ¿Quién iba a encomendárselo, etcétera...

—Había tráfico de drogas; funcionarios de ambos bloques. Y hacía falta un chivo expiatorio. Todos los implicados estaban deseando echar tierra al asunto y ese punto de la autopista con obras en curso es ideal para enterrar cualquier prueba en contra.

—¿De dónde has sacado todo eso? —inquirió Prettyman.

—Es la única explicación viable —contesté.

—Pues tendrás que mejorarlo, Bernie —replicó él con voz que parecía realmente amistosa—. Escucharé todo lo que tengas que decirme. Lo que sé es lo que me has contado y nada más; pero tendrás que repetir esa versión absurda.

—Entonces, ¿qué diablos hacía Tessa allí?

Bret se sintió obligado a intervenir.

—¿Y no te corresponde a ti contestar, Bernard? Tú la llevaste allí, ¿recuerdas?

—¿Vas a ir a ver a Gloria? —pregunté a Prettyman en un súbito y desesperado impulso—. Di a los niños que estoy bien y que los quiero.

Bret no dijo nada.

—No creo que yo tenga muchas posibilidades de viajar a Londres en un futuro previsible, Bernie —respondió Prettyman con voz tranquila.

Me bebí el café frío y no repliqué.

—Ya volveré —añadió Prettyman, como un hijo solícito que visita a su padre octogenario—, pero ahora tengo que estar a las dos en el aeropuerto municipal de Camarillo... Me ha alegrado verte, Bernie. ¡Mucho! Te lo digo sinceramente.

—¡Vete al cuerno! —dije.

Prettyman miró a Bret y él le contestó con un leve encogimiento de hombros mientras le acompañaba. Yo me quedé sentado, oyéndolos hablar en

la pieza contigua. Cuando se despedían, oí decir a Prettyman:

—Qué tragedia para los dos.

—Aún hay esperanzas —le contestó Bret—. Ya veremos.

Una semana después me enteré de que el aeropuerto municipal de Camarillo era una base de las fuerzas aéreas de Estados Unidos, bien equipado y operacional, y que las pistas estaban en perfectas condiciones. Así que Prettyman fue allí a tomar el avión supersónico militar que le había traído y que le depositaría en Washington en cuestión de una hora. Imagino que Fiona habría informado de algo a Bret y que a Washington le faltaba tiempo para enterarse.

Llevábamos en aquella casa más de un mes cuando Fiona comenzó a sincerarse conmigo. Aun así, lo que me contaba eran cosas bastante banales sobre su trabajo cotidiano en Berlín, pero por algo se empieza. Luego establecimos la costumbre de hablar todas las tardes una media hora; a veces charlábamos tomando una copa en nuestra sala de estar, y otras, dábamos un paseo por el recinto vallado. Después, una tarde, Fiona estuvo a punto de pisar una enorme serpiente de cascabel y a partir de entonces restringimos nuestros paseos a los senderos y a la terraza. Era una finca grande y a bastante altura, de manera que en las noches muy oscuras como aquélla la línea de la costa californiana brillaba como un collar de diamantes que se extendía hasta Los Ángeles.

—¿Qué es lo que sucedió realmente? —dijo ella una noche en que contemplábamos aquel panorama, escuchando el océano.

—Que se han aprovechado de ti —contesté—. Eso es lo que ha sucedido.

—¿Qué haría Tessa allí? Eso es lo que no entiendo. ¿Qué hacía Tessa allí, Bernard?

—Ya te lo dije —respondí—. Tenía una aventura con Dicky. Me imagino que le divertía.

—Te quería mucho cuando me casé contigo, Bernard... Te quería porque pensaba que eras el único hombre que había conocido que respetaba auténticamente la verdad. Nunca me mentías, Bernard, y quería que mis hijos fuesen como tú.

Yo sostenía su mano y escrutaba la oscuridad tratando de divisar la lejana línea costera.

—Tú no serías capaz de trabajar en contra mía, Bernard —añadió Fiona—. ¿Verdad que no?

—¿Qué quieres decir?

—A George ni siquiera le han comunicado que Tessa ha muerto.

—¿Y por qué?

—Pobre George, él que nunca ha hecho daño a nadie...

—¿Por qué no se lo han dicho?

—Le han hecho jurar que guardará el secreto, y le han contado que Tessa fue a Berlín contigo y que os habéis fugado juntos —contestó ella volviéndose a mirarme—... a algún sitio remoto.

—Así que ésa es la versión —dije.

Claro, casaba a la perfección: el cuarto de hotel que Dicky había compartido con Tessa estaba reservado a mi nombre.

—Quieren que Moscú crea que Tessa vive y que fui yo quien murió en la salida de Brandeburgo.

—El coche incendiado, claro; eso es.

—¿Tú crees que lograrán engañarlos, Bernard?

—Existía tráfico de heroína. ¿Estaría implicado Stinnes?

—¿Erich? ¡No!

—Hay muchos que lo creen —insistí—. Y él trabajaba para el Departamento. ¿Cómo crees que lo habrían organizado?

—Deja de preocuparte por Erich.

—¿Pero quién dice que me preocupo?

—Te identificas con él... porque se crió en Berlín con su padre en el ejército... te identificas con él.

No se lo rebatí, porque ella lo sabía. Me imagino que lo habría hablado en sueños, porque tenía un par de pesadillas.

—Yo le maté.

—Ya ha pasado todo, cariño. No te atormentes. ¿Por qué estaría Tessa allí? Eso es lo que quiero averiguar.

—Tessa era drogadicta, ¿sabes?

—Eso dice Bret.

—Tal vez fuese por eso por lo que viajó a Berlín. Había un tal Thurkettle que seguramente era quien se la suministraba. Imagino que habría dejado de abastecerla para que le siguiera allí. Había mucha gente implicada y necesitaban un chivo expiatorio. Ya verás como la explicación oficial es que tú introducías la droga.

—¿Yo, introduciendo droga? ¿Heroína? ¿Explicación de quién, del Este o del Oeste?

—Lo mismo da. Es la oportunidad para dar carpetazo.

—¿Y hasta dónde llegará el Departamento con esa versión?

—Esto es un caso sin precedentes y no podemos guiarnos por ejemplos anteriores.

—Tío Silas sabía lo que yo estaba haciendo.

—Lo sé; hablé con él y me dijo que necesitaban seis meses para que Moscú siguiera creyendo que tú les habías sido fiel y poder aprovechar todo el material que no se habían atrevido a usar por si te comprometían.

—¿Quieres decir que alguien planeó deliberadamente la muerte de Tessa?

—No lo sé. —Mi respuesta fue muy átona y ella pensó que no le decía todo lo que sabía—. De verdad que no lo sé, Fi.

—Ya no me queda nadie en quién confiar —dijo ella rodeándome con el brazo—. A veces me asusta.

—Lo comprendo.

—¿A ti te ha sucedido eso?

—A veces.

—¿Y quién iba a planear algo tan horroroso?

—A lo mejor me equivoco —dije.

—¿Bret?

—Yo no me pondría a examinar las posibilidades. Seguramente ha sido una mezcla de planificación y casualidad. Quizá no sea nada de eso. Ya te digo: a lo mejor me equivoco.

—Supongo que será porque Tessa se parecía a mí. Papá siempre lo decía.

—No tengo ninguna prueba a favor ni en contra —dije—. Lo que importa ahora es darle a Bret la clase de respuestas que quiere. Tenemos que salir de aquí. Los niños nos necesitan.

—Los dejé abandonados —dijo ella—. Deben detestarme.

—¡Qué van a detestarte!

—¿Por qué no me tocó a mí? Tessa amaba tanto la vida..., y tú y los niños os habríais arreglado sin mí. ¿Por qué no fui yo?

—Tienes que empezar de nuevo, Fi —dije.

—Ni la reconocí —añadió ella—. Se quedó allí, en el barro.

Oía el rumor del mar, pero sólo veía la oscuridad.

—¿Por qué no intentamos que Bret deje venir aquí a los niños las tres o cuatro últimas semanas? —dije.

—Bret dice que vamos a estar aquí mucho tiempo —respondió ella con voz monótona, como si le tuviera sin cuidado.

Me estremecí. Yo estaba en lo cierto. Nos tenían allí presos. Quizá para años. O indefinidamente. Sabía de casos de disidentes que habían estado ocultos diez años e incluso más por necesidad de protección.

—Insiste con Bret que quieres ver a los niños —dije.

No me contestó enseguida, y luego lo hizo en tono apático.

—Quiero a los niños y deseo desesperadamente verlos. Pero no aquí.

—Lo que tú digas, Fi.

—Necesito tiempo, Bernard. Volveré a ser aquella chica alegre con la que te casaste, y otra vez seremos felices. Ya verás como viviremos felices; pero necesito tiempo.

Del océano Pacífico llegaba ese olor a sal y podrido que llaman aire fresco. Ni estrellas ni fulgor de luna. Incluso las luces de la costa se iban apagando.

Notas

[1] El aire berlinés. (*N. del t.*) <<

[2] Especie de riel que suele haber en los bares, y en el que se introduce el periódico por el lomo para que no se desencuaderne. (*N. del t.*) <<

[3] Doncella, criada. (*N. del t.*) <<

[4] «Aquí no se fuma, señor Harrington». (*N. del t.*) <<

[5] «¡La pipa! ¡La pipa está estrictamente prohibida!» (*N. del t.*) <<

[6] Personaje de la ópera de Mozart La flauta mágica. (*N. del t.*) <<

[7] Íntima. (*N. del t.*) <<

[8] Sentimentalismo. (*N. del t.*) <<

[9] Encanto. (*N. del t.*) <<

[10] Broches diminutos japoneses. (*N. del t.*) <<

[11] Alegría por el mal ajeno. (*N. del t.*) <<

[12] Conciencia estatal socialista. (*N. del t.*) <<

[13] Expresión decimonónica, aplicada al caballero parisino, habitual paseante de bulevar. (*N. del t.*) <<

[14] Member of the Order of the British Empire, título honorífico inglés. (*N. del t.*) <<

[15] Perro de caza de la India parecido al leopardo. (*N. del t.*) <<